



CAPITULO XII.

RESUMEN.

1. Derrota de los realistas en el Jucar. 2. Retírase el virey á Morella. 3. Segundo tercio morellano. 4. Consejos y deliberaciones en Nules. 5. La bandera de Ciurana sobre el castillo de Murviedro. 6. Tercer tercio de Morella y bloqueo en Valencia. 7. Convocacion á los sindicos de las villas. 8. Sitio de Alcira. 9. Id. de Játiva. 10. Capitulacion. 11. Los tercios en Morella. 12. Renuévase la guerra. 13. Llega á España el rey D. Carlos. 14. Fin de la guerra de la Germania y castigo de los gefes. 15. Entrada triunfal de Ciurana en Morella. 16. Juicio crítico sobre aquella conmocion popular.

1. **S**i la fortuna halagaba á los realistas en las márgenes del Mijares y del Palancia, se mostraba con ellos cruel y despiadada en las riberas del Jucar. El duque de Segorbe contaba con un ejército poco numeroso, pero leal y decidido; el conde de Melito, D. Diego Hurtado de Mendoza, virey de Valencia tenia á sus órdenes muchas banderas, caballería y un tren de campaña, que todo esto fuera bastante para conquistar un reino, pero sus tropas no eran leales, no tenian el entusiasmo y desicion que se vió en los vencedores de los campos de Murviedro; lle-

vaban los soldados del virey la bandera realista, pero entre sus pliegues se ocultaba un afecto poco disimulado á los comuneros; mal podia prometerse la victoria, quien capitaneaba un ejército desleal, y que no entraría al combate, sino para hacer traicion á su bandera.

En efecto hallábase el virey en Beniajar, cuando Palomares escribano de Orihuela, levantó el estandarte de la Germania, reuniendo á los comuneros de aquellos pueblos, que agregados á los que mandaba Vicente Peris, formaban un cuerpo de ocho mil hombres, con la correspondiente caballería y tren de campaña. No eran las fuerzas desiguales, pero el virey llevaba algunos batallones de moros, que apenas habian oido silvar las balas, y muchos castellanos unidos con el corazon á los que habian peleado con Padilla y Maldonado: recibian el sueldo de los oficiales del rey, y eran comuneros en su voluntad. No en vano, pues temia el virey empeñar una batalla, no teniendo confianza en la mayor parte de sus soldados. Pero llegó la noticia de la victoria alcanzada en Murviedro por los realistas, y los caballeros que le acompañaban, como si se avergonzaran de su inaccion, mientras el duque de Segorbe con poca tropa derrotaba á los comuneros, instaron una y otra vez al virey, para salir al campo y escarmentar la osadía de los plebeyos: era esto el 22 de Julio y en este mismo dia salió para Gandía. No ignoraba que los manchegos estaban en trato con los comuneros del Jucar; pero le obligaron á acceder á las pretensiones, y tal era su presentimiento de una derrota, que habia prevenido un barco de grande porte, y enviado su familia á Denia, para embarcarse en caso de un apuro.

¡Plegue á Dios, dijo, que la batalla se dé en buena hora y quevenzamos! manifestando los recelos de alguna traicion.

En el dia de San Jaime se determinó salir á combate. Las cajas de guerra tocaron á marcha, pero los manchegos, inmóviles en la formacion manifestaron, que no saldrian al campo si no se les pagaba lo que se les debia. Hicieron los caballeros un esfuerzo para satisfacer las inoportunas exigencias y pudieron acallar por entónces las quejas; pero mal augurio, al emprender una batalla tener que comprar la voluntad de los combatientes. Al poco rato, que habian salido de Gandía se encontraron con el ejército de los comuneros, á cuyo frente se hallaba Vicente Peris. Uno y otro bando se encontraban en campo de batalla. Comenzó la accion con las descargas de artillería: por desgracia las piezas de los realistas estaban á cargo de los castellanos, y mientras la metralla de los comuneros diezmaban á la tropa del virey, la artillería de este no hacia mella en los agermanados. Conocióse que tomaban alta la puntería, ó que cargaban los cañones con pólvora sola; al menos esto se dijo. Fué preciso disponer dar una carga de caballería, y entonces vióse clara la traicion, porque los manchegos bajaron sus lanzas y dando vuelta á retaguardia, desfilaron tomando el camino de Gandía, en cuya poblacion saquearon el palacio del duque y las casas de los nobles. Los moros que militaban con el virey, dejaron las filas y marcharon á defender sus casas y familias, y D. Diego Hurtado, con sus caballeros pudieron salvar sus vidas, retirándose á Denia.

La artillería, y todo el campo quedó por los agermanados.

La victoria fué completa. Peris entró en Gandía, reprendió á los manchegos, pero entregó á sus soldados la población. Obligó á los moros á recibir el bautismo, sacándoles á centenares á la márgen de las acequias, y con ramos y escobas los rociaban contra su voluntad, como si los adultos no necesitaran intencion! Pasó luego á Polop, pueblo de moros y estos se retiraron al castillo, defendiéndose algunos días con valor; pero no pudiendo resistir, se entregaron con la condicion de que no les habia de obligar á recibir el bautismo. ¡Vana promesa! apenas los comuneros se apoderaron de los moros, cuando les mandaron bautizar, degollándoles en número de seiscientos y apoderándose de sus bienes; porque decian, *esto es enviar almas al cielo, y llenar nuestros bolsillos con sus dineros*. Tal fué la derrota de los realistas en las inmediaciones de Gandía.

2. Denia fué el lugar de refugio para el virey y sus caballeros. Allí acudieron no solo los que habian escapado de la derrota, sino tambien los nobles y todos los que temian atropellos y vejaciones de los victoriosos comuneros. Pero este punto no ofrecia gran seguridad, porque tambien en Denia eran muchos los que se habian agermanado. Preciso era, si querian salvar sus vidas, porque los bienes estaban secuestrados, preciso era marchar á un punto más seguro. El primer pensamiento era retirarse á Cartagena, plaza fuerte y de cuyo punto podrian escribir á Castilla y Andalucía pidiendo tropas; pero recelaban que en Cartagena no serian bien recibidos, porque las doc-

trinas comunistas encontraban eco en la clase del pueblo. Dirigieron su vista á Morella, única plaza que ofrecia una indudable seguridad.

En una nave de gran porte se embarcaron aquellas familias en Denia, pero era tanta la confusion, tantas las familias que se agruparon, que ni hacinados cabian en la embarcacion. Antes de saltar al agua fueron ya despojados de sus ropas y joyas por la plebe, y sin otro vestido que el que llevaban puesto, y sin más provision que para un dia, se embarcaron el 26 de Julio, indecisos si tomarian la ruta para Cartagena ó para Peñíscola. El viento era contrario para llegar á Cartagena, y dirigieron la proa á la costa del Maestrazgo. En una caravela se embarcó tambien el Maestre de Montesa y los comendadores y familias. Cuatro dias duró la navegacion, que fueron cuatro dias de tormento, por la estrechéz y penuria del lugar y por la escacéz de alimentos. El 30 llegaron á Peñíscola en tal lamentable estado, que más parecian naufragos arrojados por una tempestad, que la flor de la nobleza de España. Despues de descansar un dia, tomaron el camino de Morella, y fué tan cordial el recibimiento que les hicieron los morellanos, que se disputaron el poder albergar en sus casas á los que habian abandonado las suyas por no ser víctimas de un populacho ingrato y despiadado. El virey, el conde de Oliva, el duque de Gandía, el conde de Albaida, el Maestre de Montesa y cien señores principales, se acogieron á estas rocas, como aves que en dias de tormenta abandonan la ribera del mar, para buscar un asilo en las montañas. San Vicente Ferrer habia dicho al despedirse de los morellanos. *Vendrá dia*

en que se tendrá por muy feliz el que sepueda cobijar á la sombra de este castillo. ¿Se referia el Santo Varon á estos tiempos de furor, en que una plebe ciega persiguia de muerte á los que heredaron de sus padres los bienes y la nobleza, ó los habian adquirido por su trabajo, industria y economías? El historiador Escolano, recuerda la profecía y no teme en afirmar, que en estos diastuvo su cumplimiento. Fué digna de elogio la conducta de los señores de Morella y otros caballeros de estas montañas. Al ver el estado lamentable de los emigrados, no solo les proporcionaron ropa para vestirse, sino que, apesar de los continuos gastos de la guerra, les enviaron comestible y dinero, prestando además al virey para continuar la campaña *setenta mil ducados*; cantidad respetable, si nos hacemos cargo de la escacéz de moneda en aquellos tiempos.

El gran descalabro que los realistas habian sufrido en Gandía no era para desmayar y abandonar la empresa. Parece, que el virey queria marchar á Castilla, pero detuviéronle los nobles, diciendo, que era preciso continuar la guerra en el reino, ya que el duque de Segorbe permanecia en Nules con sus tropas, dispuesto á contraestimar las acometidas de los de Murviedro y de Valencia; y que seria acertado, enviar una comision al Condestable y Almirante de Castilla, para que les socorriese con tropas. Así lo hicieron nombrando al duque de Gandía que partió inmediatamente.

3. Daremos razon del resultado de la comision confiada al morellano D. Bartolomé Vilanova. Este habia recibido el encargo, como hemos dicho, de reclutar gente á

sueldo, para reforzar la tropa del duque de Segorbe. Pero si recorrió todo el bajo Aragon y las bailias de Aliaga y Cantavieja, fué para convencerse, que estos pueblos abundaban en los mismos sentimientos que la plebe en Valencia. Pasó á Zaragoza, para levantar bandera, y el Justicia D. Juan Lanuza le prohibió hacer pública su mision, temeroso que el pueblo se alborotase. Pudo alistar algunos, aunque pocos, y se vino á Fuentes, en cuya villa se opuso tambien el conde, no por falta de voluntad sino receloso de que fuera mal recibido. Tuvo Vilanova noticia, de que un cuerpo de voluntarios, despues del encuentro de Fuente-Rabia, se volvian á sus casas y saliéndoles al encuentro pudo concertarse con ellos, y formar un tercio de doscientos hombres aguerridos. Satisfecho con haber logrado su intento, compró una bandera blanca, en cuyo centro hizo pintar un *moral* orlado de oro, escribiendo la divisa NECE LA FIDELIDAD EN CADA CUAL, CUANDO NECE EN LA FIGURA DE ESTE MORAL. Aludiendo á la fidelidad de los morellanos, que todos sin escepcion la conservaron á su rey.

En los primeros dias de Agosto entró D. Bartolomé Vilanova en esta villa, siendo recibido de sus compatriotas con demostraciones de júbilo y general entusiasmo. Era cuando los emigrados del Jucar habian llegado para tener un lugar seguro en nuestro castillo. Alentados aquellos caballeros á la entrada de Vilanova, determinaron dejar en Morella sus familias y marchar á Nules en donde se encontraba el duque de Segorbe, esperando allí las fuerzas que les enviarian de Castilla. En la tarde del 7 de Agosto llegaron á dicha villa, celebrándose su llega-

da con fiestas, según espresion del cronista morellano. Conocia el virey y el duque de Segorbe los grandes sacrificios, que Morella tenia hechos por defender los intereses del Emperador; y apesar de esto, se atrevieron á suplicar á los jurados que hicieran el último esfuerzo, y pues los soldados morellanos se habian portado como héroes en el campo de batalla, reclutaran otro tercio, dejando la plaza al cuidado de sus vecinos, que todos la defenderian en caso de una invasion. Habian dicho los representantes de Morella, que sus personas y bienes eran del rey, y así lo probaron. Abrieron un empréstito de cinco mil ducados, y escogiendo doscientos jóvenes de los más robustos, enviaron un tercio, capitaneado por D. Damian Monserrat, otro de los prohombres que más se habian señalado en esta guerra. Su bandera de seda blanca con cenefas verdes: no dice la crónica la empresa que llevaba.

4. La derrota del virey en Gandía despertó á los Generales del ejército del rey, y á los que en nombre suyo gobernaban en España. No podia mirarse con indiferencia una rebelion armada, que se oponia á los mejores capitanes y se enseñoreaba de una gran parte del reino; habia llegado la hora de no usar de temporizaciones, sino emplear remedios empíricos para restablecer la páz y restituir el sosiego público; esto pedian no solo los nobles, sino el comercio y los propietarios, y todos los que no esperaban medrar al calor de la revolucion. Castilla, Aragon y Cataluña se preparaban para enviar sus mejores tropas, y los nobles hacian sus empréstitos, hipotecando sus fincas para comprar armas y pertrechos de guerra. Las actas de las congregaciones que se tuvieron en Nules, cuyos

originales poseémos, nos darán una idea del entusiasmo, la abnegacion de los caballeros y de las principales villas de esta parte del reino. Todos abundaban en los mismos deseos de acabar con los que llaman, bandidos, asesinos é incendiarios, segun el lenguaje del resentimiento y la venganza, y buscar resortes para inclinar á los oficiales del rey á poner en campaña todas las fuerzas de que pudieran disponer.

Habian llegado refuerzos á Nules y con aquellas fuerzas pensaron bloquear á Murviedro; pero á la noticia de la venida del Marqués de Velez con un ejército numeroso, se contentaron con enviar destacamentos á los pueblos inmediatos, como vanguardias ó cuerpos avanzados, que custodiaran el cuartel general. El segundo tercio de Morella estaba destacado en Moncofa, y su capitán D. Bartolomé Vilanova, que no queria estar ocioso, tomó algunos soldados y se aproximó á Murviedro, en cuyo alrededor pastoreaba un ganado de bueyes para consumo de la guarnicion. Aprovechando un momento de descuido, se llevó cien bueyes, sin que los esfuerzos de los de Murviedro pudieran rescatar la presa. Esta rápida maniobra mereció los aplausos de los que en el cuartel general esperaban el resultado.

5. En estos dias los de Valencia reclamaron el pendon de la Cruzada, que se habia quedado en Murviedro, cuando la derrota de los comuneros; pero se negaron á entregarlo. Fué preciso que los *Trece* enviaran al marqués de Zenete con mil hombres, para obligar á los de Murviedro á restituir la enseña histórica, de tanta estima para los valencianos. Sea este resentimiento, ó porque una par-

te de los de Murviedro estaban cansados de las exigencias de la plebe, ó porque imposibilitados para resistir al ejército real que cada día se aumentaba, lo cierto fué, que concibieron el pensamiento de entregar el castillo al virrey. Arriesgada era la empresa, si se consideraba, que el populacho no vendria bien, temeroso de un ejemplar castigo; pero quisieron llevarlo á efecto y para ello entraron en trato con el maestro racional D. Juan Escribá, que se hallaba en Nules con el duque de Segorbe. Salieron una noche, y bajo un moral, á la escasa luz de las estrellas, se vieron los de Murviedro con el racional Escribá y se convinieron en que, la bandera del rey con cincuenta hombres se presentara con el mayor silencio á la puerta del castillo, que ellos abririan, y sorprendiendo los guardias, se apoderarian del principal y de una de las torres, enarbolando la bandera al grito de viva el rey.

El plan era halagüeño, el resultado dudoso, porque podia temerse una celada, para aprisionar á los temerarios que á tal se atrevieran. Sin embargo consultado con el virrey y con el duque de Segorbe, mereció su aprobacion. Solo faltaba quien se encargase de llevar á cabo la empresa, y que tuviera la serenidad y el valor necesarios, para entrar en Murviedro, por cuyas calles pululaban los comuneros. El duque de Segorbe no titubeó en designar á D. Berenguer Ciurana, que tantas pruebas le tenia dadas; y consultando con el capitan morellano, aceptó la comision, con tal de que con él marchara su alférez Don Pedro Sancho y le dejaran escojer cincuenta hombres de su compañía.

Llegó la hora convenida, y plegada la bandera y em-

bozados los soldados, caminaron silenciosos al lugar designado; pero con gran recelo y precaucion, por la poca seguridad que tenian de los conjurados de Murviedro. Llegaron felizmente á la puertadel castillo, que se les abrió de par en par. Se adelantó Ciurana, desplegó Sancho la bandera y los cincuenta bravos se arrojaron sobre el cuerpo de prevencion, sorprenden á los comuneros, y al grito de *Viva D. Carlos nuestro Rey*, se aperciben los de la plaza, que al dirigir sus miradas, al rayar el alba, al castillo, vieron flotar en el aire la bandera morellana. Parecióles que un numeroso ejército ocupaba la fortaleza, y diéronse á partido, saliendo á recibir al conde de Mólito una comision, mientras el pueblo preparaba un recibimiento mas solemne. (1)

Al saber el virey, que los soldados de Ciurana ocupaban ya el castillo de Murviedro, llamó á los capitanes Don Bartolomé Vilanova y D. Damian Monserrat, para que con sus tercios le acompañasen á prestar auxilio á sus compatricios. A paso doble llegaron á Murviedro por la mañana, y el pueblo todo, como arrepentido de la infidelidad á su rey, habia salido á recibirles en procesion, llevando el Santísimo Sacramento, *portan lo Corpus*, no sabemos si para aplacar la ira del gefe realista, ó por un obsequio superior. Al llegar el virey, se apeó, dobló sus rodillas, adoró al Dios de los ejércitos, y siguió la procesion, cantan-

(1.) Escolano aplaza algunos dias la entrada del virey; pero nosotros seguimos la Crónica, y nos parece que no se aguardaria, dejando á Ciurana cuasi solo.

do *Te Deum laudamus*, hasta llegar á la iglesia. Oyó misa, y saliendo despues otorgó el perdon de lo pasado y encargó la fidelidad á su rey para el porvenir. El cuartel de Nules se trasladó á Murviedro, encargando la custodia del castillo á D. Berenguer Ciurana y á D. Damian Monserrat: he aquí la confianza que inspiraban los morellanos en aquellos dias.

6. Una mirada á las tropas realistas del Jucar. Cuando después de la derrota de Gandía se embarcaron los caballeros que pudieron salvar sus vidas, D. Pedro Maza y D. Ramon Rocafull se quedaron en el terreno con algunos caballeros. No tardó en ir en socorro el marqués de Velez, con un ejército respetable, y reanimó el espíritu abatido de los realistas. Sitió á Elche, que se rindió después de una débil resistencia; ganó á Alicante, y si no entró en seguida en Orihuela, una victoria completa alcanzada en sus inmediaciones le despejó el campo y le allanó el camino para marchar á Valencia. Cansados estaban ya en esta ciudad y desalentados, despues de los reveses de sus tropas, y al verse rodeados por todas partes sin que se hubiera secundado su movimiento en otra parte, que en Mallorca, y tambien en aquella isla se habia sofocado. La escasez de recursos aumentaba la desazon en el pueblo. Se envió una comision al infante D. Enrique, que se hallaba en Segorbe, para que se dignase ir á Valencia y tomar las riendas del gobierno. Acudió el infante, pero su voz era débil entre la multitud avezada á los alborotos y al estado de anarquía, porque una vez, que dispuso no se tocaran los tambores, revocó la orden Vicente Peris, que se hallaba aposentado en el Real. Sin embargo, se en-

vió una comision al virey, proponiendo los medios de asentar la paz en aquella ciudad, lo que no rehusó con la condicion de que depusieran las armas en el convento de San Francisco, y nombrasen nuevos jurados que representasen al pueblo de Valencia.

El 24 de Octubre salió el virey de Murviedro y se alojó en Moncada, como dice Escolano, ó en Paterna segun la Crónica. Los morellanos, que no habian quedado de guarnicion, ocuparon al pueblo de Alboraya, llevando por capitán á D. Bartolomé Vilanova y por alfez á D. Pascual Gagua. El ejército real podia contar en las cercanías de Valencia con veinte mil hombres: pocas esperanzas tendrian los comuneros. Bloqueóse la ciudad y era tal la carencia de comestibles, que el hambre no solo alcanzaba á los menestrales, sino hasta las familias acomodadas. Por otra parte los sitiadores arrasaban los pueblos de la huerta, llevándose los ganados y destruyendo sus campos; no se debe estrañar, que con ansia se deseara el término de aquella lucha, fecunda en desastres, sin ningun fruto para el pueblo, que habia saboreado las riquezas de los nobles. El 27 de Octubre se entregaron las armas y trece piezas de artillería. El dia de Todos Santos entró el virey en Valencia, se aponsetó en el Real, á donde se presentaron todos los oficios implorando el perdón.

7. Parecia, que despues de la rendicion de la capital los realistas no podrian encontrar oposicion alguna; pero los caudillos principales se habian escapado, y no faltaron hombres turbulentos, ó como dice Escolano, los ladrones y gente perdida, que se agruparon al rededor suyo

con ánimo de sostener la guerra hasta el último trance. El virey reunió consejo de nobles, y se determinó escribir á todas las villas reales, para que dentro el término de seis días enviasen su síndico, para prestar juramento de fidelidad al Emperador D. Carlos, conminándoles con la nota de rebeldes, sino se presentaban dentro el término señalado. Presentáronse los representantes de los pueblos, pero los de Alcira y Játiva, no solo se negaron, sino que con altivez se atrevieron á retar al virey y á sus soldados. En aquellos dos puntos se habian retirado los gefes de la Germanía, y todos los más entusiastas, que antes querian morir, que doblar su cerviz ante los oficiales del rey. Preciso era emplear toda la energía para reducir aquellas dos plazas, que encerraban una multitud de agermanados, los más decididos y valientes, no solo del reino, sino de otros puntos que habian venido á engrosar sus filas.

8. El 27 de Noviembre salió el conde de Mérito de Valencia dirigiéndose á Alcira. Mandaba las tropas de esta villa un tal Enego, ó Ignacio, gefe de los mozos Lorenzo Peris, y de los voluntarios forasteros Perico Espinochi, pero hallábase tambien por entónces Vicente Peris, el caudillo vencedor en Gandía. El virey con ocho mil hombres se presentó á la vista de la poblacion, pasaron las tropas el rio y se apoderaron del arrabal de San Agustin. Pero como los pueblos de la ribera estaban apasionados á los comuneros, interceptaban los comboyes y apenas podian llegar comestibles para los realistas. El capitán Vilanova, que se hallaba en San Agustin, dice, que fué mucha la hambre de sus soldadados en estos dias:

esto obligó al virey á disponer un asalto. Habia en el extremo del puente una tapia de diez palmos de alta, defendida por algunos miles de los más decididos comuneros, y el conde de Mérito, que conocia la importancia de aquel reducto, ofreció doscientos ducados á la bandera que lo asaltase. Presentáronse inmediatamente las compañías de Vilanova, de Ciurana y la del comendador, reueltos sus gefes y soldados á asaltar el muro. Se encendieron á trecho algunas hogueras, para llamarla atencion de los sitiados, y á media noche avanzan las tres compañías á la par, se acercan al muro, defendido con teson, suben escalonados por los cadáveres de sus compañeros, y cuando el alferes de Vilanova, habia desplegado su bandera sobre el muro, una descarga á quemaropa acabó con su vida. Sensible fué la muerte del alferes morellano D. Pascual de Gagua, pero en aquellos momentos no se llora la muerte de un héroe, se procura reemplazarle y continuar el combate. El mismo capitán D. Bartolomé Vilanova tomó la bandera, la levantó al aire, animando á sus soldados, cuando el virey mandó tocar á retirada, viendo la imposibilidad de entrar en Alcira por asalto. A Gagua reemplazó otro alferes valiente, llamado Juan Hacedor, que habia peleado con valentia á su lado. Las bajas de un sitio de tres semanas eran cerca de mil, el hambre se aumentaba en los sitiadores, y tres mil comuneros habian salido de Játiva con direccion á Alcira. El virey, que no dormia, mandó emboscar en unos olivares á las compañías de Ciurana, Vilanova, Piquer, Avila, Moncayo y otras; pero los de Játiva, que tenían buenos confidentes y eran prácticos en el terreno,

eludieron el encuentro y marchando por una travesía, pudieron entrar en Alcira, con escasa pérdida de sus soldados. Pareció entónces el conde de Mélito levantar el sitio y correr con sus tropas y gran número de cañones á sitiarse á Játiva, reduciendo antes á pavesas el arrabal de Alcira, dejando el campo á media noche.

9. En los primeros dias de diciembre hallábase el virey á vista de Játiva con ochocientos caballos, mil y quinientos infantes, y cuarenta piezas de artillería de campaña: no estaban desprevenidos los comuneros de Játiva, porque se habian reunido los de la ribera y los de Murcia, con ánimo de resistir los ataques del enemigo hasta morir. Alentábales un hombre desconocido, que unos miraban como nigromántico y otros como á enviado de Dios para lanzar de aquel suelo los restos del mahometismo. Llamábase el «Rey encubierto», porque su idioma era el castellano puro, nadie podia dar razon de su patria, ni de su familia, que decia él ser de real estirpe. En realidad era uno de aquellos aventureros locuaces, que sabia embaucar al pueblo, para medrar á costa de su credulidad. Este hombre les prometia la victoria y no era estraño, que aquella turba armada se sintiese dispuesta á todos los sacrificios.

Cercada que estuvo la plaza, el virey dió orden de asaltar el arrabal, en donde estaba la morería. El cronista Vilanova nos dice, que su compañía fué la primera que entró, obligando á los comuneros á retirarse á la poblacion; pero le siguieron los castellanos, que en vez de atacar al enemigo, se entregaron al saqueo y al pillaje, sacando segun sus cálculos, más de cien mil libras en dinero y

alhajas. Añade que se adelantó con sus compañías hasta la casa del señor de la Llosa, frente al portal, en donde puso enarbolada su bandera, y que al regresar sus soldados, no encontraron en las casas del arrabal otra cosa que las paredes.

El día tres de Diciembre, víspera de Santa Bárbara, previno el virey, que al día siguiente se había de asaltar la muralla, prometiendo quinientos ducados á la primera bandera que entrara; trescientos á la segunda, y cien á la tercera. La gloria y el interés animaron á algunas compañías para ofrecerse al asalto. Toda la noche obró la artillería para derrocar los muros, abrióse un boquete regular, y las banderas realistas adelantaron á las ocho de la mañana hasta las ruinas desplomadas del muro. Don Bartolomé Vilanova, con su bandera, que llevaba el alférez D. Juan de Hacedor, se aproximó á la brecha, saltó, y al colocar su pendon, una bala enemiga atraviesa al alférez y cae muerto entre los pliegues de la enseña. La toma el capitán en sus manos, la levanta, la compañía le sigue, y quiere penetrar entre los cadáveres de sus compañeros. Pero los comuneros de Játiva habían levantado un contramuro con cestones rellenos de tierra, y parapetados detrás, hacían un horroroso fuego de escopetería, entre las descargas de metralla de su artillería, que cruzaba la línea de los bravos morellanos. Viendo la imposibilidad de asaltar la segunda trinchera, el virey mandó tocar á retirada, presentándose el capitán Vilanova con su perforada bandera, que dos veces en pocos días había caído sobre los cadáveres de sus alféreces, de Gagua y de Hacedor.

Habia en el campo realista un coronel italiano, llamado Palomino, hombre de ingenio, y éste aconsejó al virey que colocando la artillería en una línea, batiesen el muro y cuando el boquete tuviera una larga estension, acometieran algunas compañías con haces embreadas en la mano, para abrasar con el fuego á los sitiados que defendian el recinto, y en medio de la confusion penetrar otras compañías, que debian servirles de refuerzo. No sabemos si tendrian los de Játiva espías en el campo realista, ó si se apercibirian del movimiento, lo cierto fué, que los sitiadores, abierta la trinchera, penetraban por el boquete con aquellas hogueras ambulantes, más de mil sitiados salian con otras haces embreadas, confundiéndose unos y otros entre las llamas de aquel infierno: el mismo Palomino se vió abrasado por el fuego de uno y otro bando. Tambien tuvieron que retirarse los realistas.

Tenia el virey un hermano, el marqués de Zenete, hombre politico, que á pesar de pertenecer á la clase noble conservaba el prestigio entre la plebe. Las muchas bajas que habian costado á sitiadores y sitiados los asaltos hacian desear una capitulacion. Los comuneros enviaron á un fraile portugués llamado Juan Forteventura, para proponer una capitulacion honrosa. Entre los pactos era el principal, que no se entregarian al conde de Mélito, sino á su hermano marqués de Zenete, y que este debia entrar en la plaza para tratar sobre el modo de convenirse. No sospechó el virey la trama que tenian urdida los comuneros, y como sabia el aprecio que se merecia su hermano de la plebe de Valencia, consintió en que entrase, dándole facultad para arreglar la capitulacion. Permitió la

entrada en Játiva al marqués, y retiró la tropas, pasando él á Montesa; pero apenas el de Zenete estuvo dentro la plaza, cuando fingieron un motin. Vicente Peris, al frente de una turba, se apoderó de su persona, después de haberse defendido inútilmente, y lo encerraron en la torre de San Jorge. La noticia de la prision del marqués de Zenete, y el haber el virey levantado el campo en el sitio de Játiva, alarmó á los comuneros de Ontiniente, que se levantaron en número de ochocientos. Súpolo el virey y se dirigió otra vez á Játiva, procurando antes escarmentar á los de Ontiniente. Estos salieron de la poblacion, uniéronse con otras partidas, que se habian revelado en el terreno, y se fortificaron en la Ollería, eligiendo la iglesia y la casa del cura para su defensa; pero la tropas reales se apoderaron de la iglesia, quemaron la casa del cura, cayendo en su poder seiscientos prisioneros: setenta fueron ahorcados en medio la plaza. Otro cuerpo sugetó á los de Carcajente y otros pueblos de las inmediaciones de Játiva.

10. La prision del marqués de Zenete causó sensacion en Valencia, y deseosos de corresponder á los servicios prestados en las pasadas borrascas, enviaron una comision á Játiva para reclamar su persona. Pudieron arreglar el convenio, y fué puesto en libertad. Pero no quedaría Peris satisfecho, porque pasó de incógnito á Valencia con el fin de levantar de nuevo á la plebe y repetir las escenas anteriores. Llegó á noticia del gobernador Cabanilles, reunió tropas, las dividió en tres columnas, y dirigiéndose á la calle de Gracia, en donde tenia su casa el decidido

comunero, la cercaron. Peris que habia reunido á muchos de sus amigos, se defendió con valor, pero quedó preso. Cuando se hallaba en presencia del gobernador, las turbas, porque en uno y otro bando las habia, las turbas realistas le arrebataron, le cosieron á puñaladas y arrastrándolo hasta la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, la colocaron en una pica y la pusieron en una ventana del palacio arzobispal. En el mismo dia dieron garrote á diez y nueve comuneros de los más principales.

11. Entre las condiciones del convenio era una, que las tropas del virey habian de salir del terreno; temerosos los comuneros de que si se quedaban, podrian aprisionarlos y darles algun castigo. Quiso cumplir el conde de Mérito, y llamando á los capitanes, les dió permiso para volverse á sus casas. Dice el cronista Vilanova, que le llamó á parte, diciéndole: *Capità, ya crech aureu antes lo ajustament, que yo he pres ab los de Exátiva, lo cual es estat forsat de pendre, de tal manera per forsa, per no haber dinés pera pagar lo camp é no haber vitualles en tota la terra.* Añadió, que su voluntad fuera tenerlo en su compañía, pero que le daría una certificacion de su comportamiento. La certificacion, que copia el capitan cronista, confirma su valor y la decision en aquella guerra.

Los tercios morellanos volvieron á sus hogares, recibiendo las mayores demostraciones del júbilo y satisfaccion que cabia á los morellanos, no solo por haber concluido una guerra, que ellos habian comenzado con temeridad; sino por el éxito favorable á los intereses del monarca y de la nacion, que deseaba dias de calma.

12. Sin embargo duraron poco aquellos dias tranquilos, porque ni los agermanados de Játiva y Alcira, ni todos que habian depuesto las armas, no por amor á la paz, no para ser fieles á su rey; sino por necesidad, porque acosados por las tropas realistas no podian respirar un momento, luego que se vieron libres, tornaron á sus viejas pretensiones, renovaron las hostilidades, y empuñando las armas con más furia y coraje, se lanzaron al campo, ó cerraron sus puertas á los soldados del rey. El virey, que tenia su cuartel general en Montesa, tomó de nuevo la espada, llamó á los caballeros, que habian sido sus compañeros en la campaña, y procuró apagar aquel fuego que se reproducia, y que amenazaba propagarse en un país demasiado comprometido en favor de la Germania. Diferentes encuentros parciales diezaban la tropa de uno y otro partido, el mismo *Rey encubierto* fué gravemente herido cerca de Játiva, pero aquella herida exacerbó su ánimo, y tan pronto como pudo salir á campaña, pasó á Alcira y otras poblaciones, predicando con la espada en la mano y haciendo el doble oficio de misionero y capitan: era esto en Mayo de mil quinientos veinte y dos. Pasó á Valencia alborotó la huerta, porque sus predicaciones atrevidas no eran ya solo de política, sino que predicia los sucesos, que se decia inspirado de Dios, y un profeta, que se hallaba anunciado en el Apocalipsis. Por esto no solo el gobernador, sino tambien el tribunal de la Inquisicion, buscaban medios de prenderle. Hallábase en Burjasot, cuando dos labradores, que sabian que la cabeza del Encubierto se habia pregonado, ofreciendo cuatrocientos ducados á quien la presentase, arremetieron con-

tra el falso profeta, le cosieron á puñaladas y cortándole la cabeza, la presentaron á Valencia: tal fué el término de las aventuras del Rey encubierto.

13. El jóven Emperador D. Cárlos V tenia arreglados los asuntos de Alemania, y quiso venir á España á ponerse al frente del gobierno de la nacion, despedazada por la guerra civil, y no muy tranquila en las altas regiones del poder, por las rivalidades y envidias de los que la gobernaban. En 16 de Octubre desembarcó en Santander, y la noticia de su llegada se comunicó rápidamente por los pueblos de la monarquía. Su primer cuidado fué acabar con la rebelion y para está escribió al conde de Mérito, que se hallaba en Montesa, facultándole para tomar las disposiciones oportunas. Dió orden á los gobernadores y vireyes de Aragon, Cataluña, Castilla y Andalucía, para que enviasen fuerzas á la ribera del Jucar, y no omitió medio para llevar á fin su plan.

El virey pidió todos los tercios de las villas del reino; pero al oficiar á Morella tuvo presente los inmensos sacrificios que tenia hechos y se contentó con que enviasen cien hombres. Accedieron los Jurados, y enviaron á D. Berenguer Ciurana, y su alférez D. Pedro Sancho, y como voluntario quiso acompañarles D. Bartolomé Vilanova. Esta compañía salió el 16 de Agosto de Morella. Era tal el odio, que los agermanados de la ribera del Jucar tenian á los de Morella, que en todas partes encontraban emboscadas, y solo la sagacidad de Ciurana pudo librar á su compañía de caer en manos de los de Alcira. Pero llegaron felizmente al campo del virey, y se unieron al ejército real, que se aumentaba todos

los días, con nuevas divisiones que llegaban de todas partes.

14. Habia llegado la hora de dar el último golpe definitivo; honor era para el virey acabar con el puñado de valientes, á quienes no intimidaban los grandes ejércitos, y sin embargo de ser labradores y menestrales, tenian en continua lucha á los caballeros y militares, sin desmayar en sus derrotas. En aquel apurado extremo quisieron los agermanados hacer un esfuerzo, pero la fortuna les fué contraria cerca de Bellús, y apesar de una ingeniosa estratagema, fueron vencidos, muriendo cerca de mil. Esta victoria alentó á los realistas para poner sitio á Játiva, más los comuneros juzgaron más oportuno salir al campo, dejando la plaza con poca guarnicion, y encargando la defensa á las mujeres. No sabemos que en los tiempos modernos, se hayan visto amazonas más valientes. Eligieron por capitanas á Lucía Martin y á Juana Segura y no correspondieron mal á su eleccion, porque colocadas en la muralla al frente de doscientas mujeres, con picas, piedras y calderos de aceite hirviendo, rechazaron el primer asalto de los realistas y conservaron la plaza hasta que llegaron los hombres.

Entre los gefes que habian llegado de Castilla se hablaba D. Pedro de la Cueva y D. Jorge Ruiz de Alarcon. Este, que conoció la inflexibilidad de carácter de los comuneros del Jucar, quiso probar si los ablandaría con halagos y promesas. Determinó pues entrar de parlamento en Játiva, les hizo ver su ruina y la del terreno, entónces, cuando el rey tenia un empeño de acabar con la Germanía, y concluyó con prometerles indulto y perdon de

lo pasado. Escucharon la voz de Ruiz y en 21 de Noviembre entregaron el castillo de Játiva al virey, con la condicion de que no entrara la tropa ni se entregara á saqueo. Se abrió un solo portal y D. Diego Hurtado, el virey, confió su custodia á D. Berenguer Ciurana y sus soldados, cuya honradéz le era notoria. Asi acabó la guerra de la Germania después de dos años de desastres.

Concluida la guerra comenzaron los castigos á los principales motores del desórden. El primero que fué ejecutado fué Sorolla, aquel comisionado que vino á Morella, y que pudo escaparse del meson con sus dos compañeros. Este hábil y vanidoso síndico de la Germania se habia apoderado de las Baronías y se hallaba en Benaguacil como un reyèzuelo. Entre otros de la servidumbre tenia un criado moro, que con su carácter festivo le servia de soláz. Tanta era la franqueza que tenia con su amo, que entre sus bromas, le decia. *Cuando os hayan de ahorcar, señor, yo os pondré el dogal al cuello.* Esto lo repetia sin que Sorolla penetrara sus designios, y á tanto se atrevia, que algunas veces, buscaba una cuerda, y hacia pruebas de ahorcarle, recibiendo Sorolla con risa aquellos juegos, á su parecer inocentes. Un dia, que el criado moro tenia ocultados á un alguacil y tropas del virey, repitió aquel juego, pero con tanta viveza, que Sorolla se ahogaba; entónces, salen los soldados, lo atan y se lo llevan preso al castillo de Montesa. Formósele proceso en Játiva, á donde fué conducido, nombrando por abogado fiscal á Don Onofre Oller, comunero; y como este letrado queria contraer méritos, hizo un interrogatorio, que no pudo negar

Guillem Sorrolla, y fué sentenciado á muerte. Luego, tomando otro letrado en sus manos el mismo proceso, preguntó á Oller, que no pudo negar sus hechos y fué igualmente condenado á morir. Sorolla fué arrastrado por las calles de Játiva, descuartizado despues y llevada su cabeza á Valencia, fué puesta en un harpon en una esquina de la calle de la ciudad. Poco tiempo despues fué tambien arrastrado Juan Caro; sufriendo pena de muerte los principales caudillos comuneros, no solo de Valencia, sino de todo el reino.

15. No habia de ser solamente el tiempo del castigo, menester era que de algun modo se premiasen las acciones heroicas de los que habian defendido al rey en aquella guerra. Mucho se debia á los morellanos, y ya que no era posible recompensarles con dignidad, el virey dió orden para entregar á D. Berenguer Ciurana, á su paso por Murviedro, los tres cañones, que su tercio cogió en la accion de Murviedro, para que Morella recordara el valor y arrojo de sus hijos en aquella célebre batalla. Se despidió Ciurana, y al pasar por Murviedro, tomó aquellos trofeos de una victoria, debida en gran parte á su compañía, escribiendo á los Jurados de Morella el dia de su llegada. Se improvisaron unas fiestas, para recibir á la compañía espedicionaria, y cuando llegó la noticia de haber dormido en la ermita de Vallivana, salió por la mañana todo el pueblo en procesion; un coro ó danza de pastores precedia recitando algunos versos, mientras que el Rev. clero de la Arciprestal cantaba á dos coros algunos versículos de los sagrados salmos. *Benedictus Dominus, qui non dedit in captivitatem dentibus eorum.* El otro coro

Protexisti nos à conventu malignantium et à multitudine operantium iniquitatem. Así llegaron á la iglesia mayor, en donde se cantó una misa, haciendo algunas descargas de artillería durante el santo sacrificio.

Las piezas eran tres cañones de bronce, con el escudo de los oficios, ó gremios á que pertenecian. Una era de los pelaires, otra de los carpinteros y la tercera de los panaderos. Antes de concluir este capítulo diremos el destino que se dió á los tres cañones.

Hasta principio del pasado siglo, los tres cañones tomados á los agermanados se conservaron en nuestro castillo. En 1650 acompañaron á nuestros tercios, y con otros dos que guarnecian esta plaza, hicieron un terrible fuego en el sitio de Tortosa, como en su lugar veremos. Pero en 1701 los Jurados determinaron fundir uno, que se hallaba inutilizado, vaciando de su bronce una campana, que ahora llamamos *La de los cuartos*, y para que no se perdiese la memoria, gravaron en ella el siguiente cuarteto, que se conserva hasta el dia.

*Gran honra pera Morella
Posar en esta campana
La pesa de artillería
Als Agermanats guañada.*

Los otros dos cañones pudieron conservarse hasta 1750, que tambien se fundieron, para otra campana, que llamamos *La Cantonera* y no se olvidó al vaciarla de conservar el recuerdo con otra cuarteta semejante.

LA PESA DE ARTILLERÍA
 ALS AGERMANATS GUAÑADA
 AL HONOR DE DEU DEDICA
 MORELLA EN ESTA CAMPANA.

A pesar de las vicisitudes de los tiempos que hemos atravesado, podemos ver esos monumentos históricos, que nos recuerdan unos días, en que el nombre de Morella resonaba con gloria por todos los pueblos de España y del imperio. Los historiadores de aquellos tiempos y los que siguieron en los siglos despues, no hallan palabras para ponderar el arrojo de los morellanos, sostenido con valor y fortaleza y dirigido con prudencia. Si nosotros al recordar aquellos días, nos complacemos en ser hijos de aquellos héroes, que á tal altura colocaron el nombre de nuestra patria, no se nos acuse de parcialidad, pues no hemos hecho otra cosa, que reducir á un breve resúmen lo que estensamente se halla escrito en obras voluminosas. Hasta los poetas invocaban las musas, para que les ayudasen á cantar nuestras glorias. Nuestros lectores nos dispensarán, si nosotros trasladamos alguna poesía, como confirmante de lo que decimos.

SONETO.

*Mientras el sol con paso apresurado
 Diere vuelta á la tierra, y fuego ardiere;
 Entre tanto que el prado flores diere,
 Y criare pescado el mar salado,*

*Será pueblo de todos muy loado
Y temeré aquel, que mal hiciere.
Y cuando contra el Rey se revolviere,
Será, si él lo apoyase, castigado.*

*Y pues en la Hermandad sola Morella
Fué en quien quedó la fé; viva su fama
Y los que agora estan morando en ella.*

*Y por tanto el Rey la honora y ama
Porque en todo el reino sola ella
Fué la que rehusó traicion y trama.*

Esto escribia D. Ramon Roig en 1522. Pero si el testimonio de este poeta puede ser apasionado, copiaremos una décima del célebre D. Luis Crespi de Valldaura, alabando la *siempre leal* villa de Morella.

*Ab tota lealtad Morella
may son fort valor amolla,
puix la Germania folla
fonch tan persiguida della.
De Valensia es maravella
y de tot lo mon espill
no ha consebut traidor fill
perque en observar les lleys
y la obediencia dels Reys
no repara en lo perill.*

Era el poeta natural de Valencia y rector que fué de su Universidad, y por esto, como á sabio y desinteresado hemos copiado los versos suyos que preceden, por tener pre-

sente lo que se escribe en los Proverbios. *Laudet te alienus, et non os tuum: extraneus, et non labia tua.*

El emperador D. Carlos V no olvidó jamás la fidelidad de los morellanos, escribiéndoles algunas cartas, que les honraban. Pero quiso también ennoblecer el escudo de sus armas, y dispuso, que al título de FIEL que había concedido D. Jaime I, añadieran los títulos de FUERTE, Y PRUDENTE, por el valor que habían manifestado en la pasada guerra, y por la prudencia en no obrar por capricho, sino después de haberle consultado en los asuntos más árduos. Hoy orna nuestras armas el lema FIDELIS FORTIS ET PRUDENS. Nuestro anticuario D. Ramon de Pedro decía, que regaló el rey una bandera á Morella recamada de oro. Nosotros no hemos podido encontrar documento alguno que lo confirme; no por esto lo negamos.

16. Al concluir la relación de la guerra de la Germania hemos hojeado de nuevo nuestro escrito, nos hemos fijado en los hechos y hemos querido juzgar. Si hubiéramos nacido á últimos de la mitad primera del siglo en que vivimos, y no tuviéramos otras ideas de los siglos que pasaron, maldiciríamos el nombre de nuestros abuelos; les llamaríamos tiranos, verdugos del pueblo, serviles ó esclavos de los reyes y de una aristocracia soberbia y orgullosa, que se complace en ver al pueblo humillado á sus pies, y altanera ostenta sus galas entre los andrajos del pobre. Tiempo ha que oímos este lenguaje, y no sería extraño, que se nos hubiera pegado y nuestra pluma lo trasladara al papel. Se ha dicho y se repite, que los agermanados se levantaron para vindicar los derechos del pue-

blo y derrocar á los ricos del poder, que esclusivamente ocupaban con perjuicio de la plebe; á los principales caudillos de aquella conmocion popular se les llama héroes, y despues de más tres siglos, se colocan sus retratos en la galeria de los hombres de grata memoria; en la capital de nuestro reino se ha dado el nombre de Peris, de Caro y otros, á algunas calles, para perpetuar su memoria, haciendo la apotehosis de los que conculcaron las leyes y se abrogaron el mando ¿Quién en nuestros dias se atreverá á recordar sin avergonzarse los hechos de valor de nuestros tercios y la imperturbable serenidad de Morella en defender á su Rey y á las leyes que entónces regian? Quién se podrá complacer en dirigir una mirada á la bandera, que ondeó triunfante en los campos de Murviedro y se paseó con gloria desde San Mateo á las ribe-
ras del Jucar? Esa enseña histórica, que nos envance, debería estar plegada y sepultarse en el olvido, porque ella es el signo de la fidelidad de los morellanos; debiéramos arrancar de nuestro escudo de armas el loma, que le ennoblece y renunciar á nuestra historia.

Pero nosotros para juzgar cerramos los oidos á la algarabía que nos ensordeciera, y con más calma, tranquilas las pasiones, retrocedemos los siglos, y siguiendo la serié de los hechos que han llegado hasta nosotros, con detencion los examinaremos, sin hacer caso de palabras de dudosa significacion.

Fuerza se necesita y fuerza tenemos para ir contra la corriente del rio, que desbordado corre en los tiempos de ahora; no queremos dejarnos llevar de sus aguas en las fuertes avenidas, ni nos espantan los rugidos del mar al-

borotado; nuestro escrito no solo es para hoy, ha de pasar á la posteridad, y no queremos, que los que vengan despues nos acusen de habernos dejado llevar de las impresiones de un momento. Repetimos, que amamos al pueblo; que compadecemos al pueblo, cuando le vemos afanoso trabajar para proporcionarse el sustento; que nos sirve de soláz aliviar sus penas y amarguras; porque pertenecemos á la clase del pueblo, y nuestro destino nos constituye padres del pueblo. Pero Dios no permita que lisonjemos á este pueblo, ni que le llamemos rey, mientras no tengamos coronas con que regalarle; no permita que le incitemos á la rebelion, poniendo las armas en sus manos, ni que en tiempo alguno digamos á ese pueblo, á quien la Providencia ha sujetado al trabajo: levántate; deja los aperos de la labranza ó los instrumentos mecánicos, y sube á ocupar un puesto mas alto; todos los hombres somos iguales, y un hombre no debe sobreponerse á otro hombre; levántate, la propiedad es un robo, toma la parte que te pertenece y goza de los frutos de la tierra, que todos somos iguales. ¡Oh! no; no lo permita Dios, porque quien ama, no empuja al abismo el objeto de su voluntad.

En sociedad vivimos; queremos orden, sumision á la autoridad y respeto á la ley. Si el que manda abusa de su poder, tribunales hay, y el pueblo de motin no es el tribunal más justo, ni sabe moderar los arranques en su poder: es el eco múltiple de la ambicion, de la venganza y ruines pasiones; es una fuerza ciega empujada por los que desean subir á una altura, que nunca llegarán por sus méritos personales; es un torrente desbordado que ar-

rumba cuanto encuentra al paso, sin fecundizar la tierra, ni dar á las plantas vigor y lozanía. La idea de un déspota oprime nuestro corazón; pero tememos menos el despotismo de un rey, que el vertiginoso despotismo de la plebe. Las historias escritas y las historias vivas hablan muy alto para que nos entretengamos en pruebas. Fijemos ahora nuestra vista en el viejo cuadro que nos ofrece la Germania, y cada uno dígase á sí mismo, si Morrela de entónces merece los aplausos ó la execración de su posteridad.

Un rey jóven vino á España á ocupar el trono que por derecho le pertenecía. Esta nación, como todas las naciones del mundo tenía sus pobres y ricos; familias que heredaron la nobleza de sus progenitores y familias de la plebe. La constitucion de nuestro reino era libérrima; todas las clases de la sociedad estaban representadas en las córtes, que sin charlatanismo defendian los derechos de sus representados, y daban cuenta de los contrafueros de los empleados del reino. Si los empleos se concedian alguna vez á la clase noble, ó á los propietarios era en beneficio del comun, porque además de encontrarse en esa clase la instruccion y la probidad, los que podian disponer de sus bienes patrimoniales, se contentaban con un escaso salario, que más bien era una gratificacion. Más no por esto se despreciaban las cualidades personales de los hijos del pueblo; hojeando las historias de aquellos tiempos encontramos en los primeros destinos de la nación á hombres que nacieron de modestas familias, y se levantaron por sus méritos á grande altura. Cuando unos hombres de la plebe se dijeron: nosotros podemos gober-

nar con gran ventaja; derroquemos de sus puestos á los que mandan; arrojemos á esa nobleza, que vive sin el trabajo de sus manos, y ya que somos los más, triunfemos de los menos. Fuera la ley; no queremos «leyes, ni fueros, ni sus glosas,» bástanos nuestro rectojuicio y las intenciones de nuestro corazon; y abusando de las armas que se habian puesto en sus manos para defender nuestras costas de la piratería de los moros, saltan á las calles, y soliviantan al pueblo con frívolos pretextos. Hoy arrancan de la autoridad eclesiástica un presunto reo y le dan una horrorosa muerte; mañana entran en los asilos pacíficos del noble y del rico, para cometer atropellos, robos, asesinatos; luego asaltan la morería y no perdonan edad, ni sexo, porque no profesaban una religion, que condenaba el hurto y asesinato. ¿Y estos hombres querian gobernar el reino sin ley, solo con su juicio recto? Podria prometerse un recto y justo fallo de tales jueces? ¿Hombres salidos de los talleres, sin luz en la mente, con un corazon que hervia, podrian tomar en sus manos las riendas del gobierno?

Morella oyó el ruido de la tempestad, escuchó las quejas infundadas de la plebe, preveyó las fatales consecuencias de aquella mudanza, que en sus dias primeros daba señales de lo que habia de ser: Morella habia sido siempre fiel á su rey, y en sus armas tenia escrito el nombre FIDELIS que sus mayores le habian legado, y al alargarle la mano los *Trece* de Valencia para que se hermanase con ellos, dijeron: no queremos tales hermanos, vuestra insubordinacion nos dice, que no somos hijos de un mismo padre, vuestra travesura y el mal estar en que

habeis colocado á nuestro reino no cuadran con la sensatez que ha sido nuestro patrimonio; y al rey elevaron una consulta y las palabras del rey fueron mandatos; y se armaron para resistir á los que pudieran asaltar los muros que cercaban sus hogares, y..... ¡oh! despues con valentia defendieron los intereses de la nacion, sacrificando sus caudales, su reposo, sus vidas, para restituir á nuestro reino la paz y la tranquilidad, perdidas por la rebelion de una plebe tumultuosa, inquieta, aunque ciega é inconsciente. No hay orden, sin subordinacion á la autoridad, y sin respeto á la ley no puede haber sociedad bien ordenada. Dígase pues, sin dejarse llevar de utopias peligrosas, sino disolventes, si Morella debe envanecerse de los títulos que la condecoran y que orlan el escudo de sus armas, ó debe bajar su cabeza al recuerdo de lo que hicieron los hombres que le precedieron en la vida. Nosotros, puesta la mano sobre el corazon, alabamos la fidelidad, la fortaleza y la prudencia de los morellanos. Si nos engañamos, nos engañamos de buena fé.



CAPITULO XIII.

RESUMEN.

1. Conquista de Méjico. 2. Rebelion de los moros. 3. Tercios morellanos en Espadan. 4. Reduccion de los rebeldes. 5. Resúmen de los hechos principales del reinado de Cárlos I. 6. Su abdicacion; su muerte. 7. D. Felipe II. 8. Jornada de San Quintin. 9. Batalla de Lepanto. 10. Felipe III. 11. Espulsion de los moriscos. 12. Conducta de los morellanos con aquellos desterrados. 13. Muerte de Felipe III.

1. **A**ntes de continuar la ingrata tarea de seguir á nuestros tercios en sus expediciones y recordar sus combates, se nos permitirá atravesar el Adlántico y dar una mirada á los españoles, que surcaban las aguas en busca de nuevos reinos. Mientras la guerra ardía en el bello suelo de Valencia, y derramaba la sangre en lucha fratricida, para conseguir estériles resultados: cuando las artes, el comercio y la agricultura se hallaban paralizadas en este reino, porque las armas ocupaban los brazos de sus hijos y se empleaban los caudales en comprar pertrechos de guerra; allá lejos de nosotros, en unas islas re-

cien descubiertas por los españoles, se ensanchaban los dominios del rey de España, añadiendo á su corona un imperio vasto, rico, de un suelo fecundo y casi virgen. Cristóbal Colon habia descubierto las Antillas y los españoles que guarnecian aquellas islas tenian noticias, de que más allá se hallaba un vasto continente. Aparejaron algunas naves y un puñado de voluntarios, á cuya cabeza se hallaba Hernan Cortés, se dieron á la vela en busca de gloriosas aventuras. Los trabajos y contradicciones que tuvieron que superar aquellos bravos y constantes soldados; las batallas que ganaron por la superioridad de sus armas contra un enjambre que les cercaba por todas partes; lo arriesgado de la empresa y admirable del resultado, hasta conquistar el vasto imperio de Motezuma, y agregar á España el terreno de Méjico, más parece una ingeniosa ficcion, que una relacion histórica de los hechos de aquellos conquistadores, si esta verdad no estuviera tan provada y fuera tan cierta. Nosotros solo apuntamos el descubrimiento y conquista de Méjico, por ser un hecho culminante, que tan glorioso fué para el reinado de D. Carlos I, la historia de aquella conquista se halla en manos de todos.

2. La raza árabe, que desde la ribera del Guadalete se habia esparramado por toda España, tuvo tiempo para multiplicarse en los siete siglos que, sinó dominó en la península ibérica, tenia provincias y reinos bajo su dominio. Al arrojarla de las fortalezas se retiraba en los campos, si dejaba las armas, empuñaba el arado, el azador ó los instrumentos de su oficio y vivia, ahora mezclado entre los cristianos, sirviéndole de criado, y otras

veces poblando algunos barrios y pequeñas aldeas. Pero esta raza vencida era mirada con desprecio por los vencedores y no pocas veces manifestaban odio y venganza á los descendientes de aquellos fieros conquistadores, que se habian enseñoreado de España derrocando con sus cemitarras los tronos y los altares. Trabajaban para que los moros abrazasen el cristianismo; á la persuacion seguia la violencia; pero si alguna vez se lograba que se bautizasen, era una ceremonia simulada, porque luego manifestaban que en su corazon conservaban las creencias islamistas.

Los nobles y propietarios conservaban á los moros por el interés, pero el bajo pueblo les odiaba de muerte, y cuando no les ofendia con hechos, acomulaba calumnias para hacer mas odiosa la raza mahometana. Robos sacrílegos, infanticidios, desprecios á lo más sagrado para nuestra religion, todo se atribuia á los moros; y no siempre era calumnia, porque, ó por odio á nuestra religion, y por vengarse de los que les oprimian, alguna vez se provó, que no eran inocentes. En el reino de Valencia era bastante comun arribar embarcaciones de los piratas de Africa, saltar á nuestras playas y cautivar á los cristianos, que descuidados encontraban en las pequeñas poblaciones. Esto hacia pensar, que los moros del reino estaban en connivencia con los de la otra parte del mar, y aumentaba el odio, que el pueblo les tenia. En la guerra de los agermanados hemos visto que pelearon al lado del partido de los nobles, y si estos vencieron, el pueblo disimuló ó tal vez olvidó su odio á la nobleza, más nunca perdonó á los moros el haber contribuido á su derrota.

Tres años habían pasado cuando el rey D. Cárlos recibió serias reclamaciones contra los moros y más contra los moriscos, cristianos de raza mora, bautizados por fuerza. Altos personajes se interesaban en una medida violenta, y el rey cometió el asunto al exámen de su consejo y de las personas más ilustradas y de juicio recto de su reino. Los grandes señores, que tenían en sus tierras vasallos de raza mora, no pudieron impedir algunas medidas preventivas, que eran presagios de otras medidas violentas que seguirán despues; ni á los moros se ocultaba la gran tormenta que había de descargar sobre sus cabezas y les había de poner en rigurosa prueba.

Oido el parecer de sus consejeros, el rey dictó una providencia despachando una cédula en 4 de Abril de 1525, declarando que los moros bautizados se debían mirar como á cristianos, por más que el bautismo hubiera sido forzoso, y que los hijos de estos que nacieran en lo sucesivo deberían recibir el bautismo, porque siendo los padres cristianos, no debían sus hijos quedar moros. No faltó quien se opusiera á la recepcion del bautismo forzado, el P. Jaime Benet, del monasterio de Murta, pero todas sus razones perdieron su valor ante el general deseo del reino y el interes que manifestaron, no solo los prelados españoles, sino hasta el Sumo Pontífice Clemente VII. No pasó mucho, en 9 de Octubre, se publicó un bando vedando que ningun moro dejase el lugar de su residencia ordinaria, bajo la pena de quedar esclavo del que lo denunciare. Doce dias despues se les prohibió vender alhajas de oro, plata, seda, ganados y otras riquezas de su pertenencia, y á mediados de Noviembre se publicó

otro bando de un rigor desmesurado, sino supiéramos que para asegurar la tranquilidad del reino y evitar motines en un pueblo predisposto contra los moros, estaba decretado el espulsarlos de los dominios españoles. Decia pues el mandato; que todos los moros acudiesn á los sermones; que cada uno llevase en el sombrero una media luna de paño azul; que dentro de tres dias entregasen todas las armas, que tuvieran en su poder, castigando á los contraventores; que no pudieran trabajar en los dias festivos; que debian descubrir su cabeza siempre que pasase el Santísimo Sacramento; que se abstuviesen de sus reuniones y de las ceremonias públicas y privadas de su religion; y por último, que cerrasen sus mezquitas, quedando bajo la vigilancia de sus señores. Ni aquí paró: el poco fruto que los encargados de la predicacion sacaban de aquellos hombres desesperados por el trato violento y los insultos de la plebe, obligó á dictar una órden severa, la espulsion completa de los moros, debiendo salir para últimos de Diciembre. Todo se preparaba para el embarque, que debia verificarse en la Coruña, cuando la raza proscrita determinó enviar sus alfaquies para saber la voluntad del rey si era violentada ó si podrian sacar algun partido del buen corazon del monarca. Pero la espulsion estaba decretada, y en vano pidieron los comisionados cinco años para abrazar el cristianismo por convencimiento; en vano ofrecieron la suma de cincuenta mil ducados, el rey se mostró inflexible y los alfaquies tuvieron que volverse para deliberar lo que en tan apurado trance debian determinar.

Restituidos á sus casas, parece que algunos moros se

resignaban á recibir el bautismo, esperando que con el tiempo podrian romper las forzadas cadenas, que les oprimian; pero una gran parte resentidos por el trato duro y no queriendo hacer traicion á sus creencias, por más que fueran falsas; exasperados por la idea de su triste porvenir, apelaron á las armas, llamando á sus correligionarios de Aragon, á los que alcanzaba tambien la órden del rey.

El primer grito de rebelion se oyó en Benaguacil, acudiendo en socorro los moros de Benisanó, Bétera, Paterna y otros pueblos. Eligieron por caudillo á un tagarino de Calanda, que con otros aragonésos habia pasado á este reino á unirse con sus moros. La resolucion era desesperada, prontos estaban los moros á derramar su sangre, antes que ceder, porque sabian que sus enemigos no tendrian compasion despues de la victoria. Al saber el gobernador de Valencia D. Gerónimo Cabanilles el movimiento de insurreccion de Benaguacil, reunió dos mil peones y cien caballos y con esta fuerza y algunas piezas de artillería, se marchó á sofocar aquel primer fuego antes que se propagase por el reino. El tagarino esperó á las tropas cristianas fuera de la poblacion, trabóse una accion empeñada, pero el fuego de artillería derrocaba las masas rebeldes y el caudillo moro dió órden para que su tropa se retirase á la poblacion, defendida por unas débiles murallas. Si grande era el empeño del Gobernador Cabanilles en reducir á los moros, grande era el valor de los moros, y esfuerzos hicieron para rechazar los ataques de los sitiadores, con la esperanza de que el movimiento habia de secundarse por sus correligionarios, em-

peñados como ellos en defender sus personas y bienes. Un mes que se defendían, sin que hubiesen recibido refuerzo alguno, y viendo perdidas sus esperanzas, trataron de capitular. Aceptadas las condiciones, entró Cabanilles en el pueblo, y mientras alojaba su tropa, el caudillo moro, aprovechando un momento de descuido, pudo fugar y buscar la montaña, para ocultarse entre las breñas.

Hay una cordillera de montes, que levantándose en las inmediaciones de Murviedro, parte la España en dos metades, la cordillera del Idubeda, que en su principio forma la sierra de Espadan, sierra quebrada, que forma en su lomo algunas masetas, rodeadas de rocas escarpadas y cuyas pendientes sembradas de arbustos y cortadas por sinosidades, pedruscos y barrancos es de difícil ascenso. El fugitivo moro de Benaguacil vió esta sierra y parecióle ser una fuerte ciudadela y un lugar donde con algún esfuerzo se defenderían los que quisieran seguirle. Sublevó el valle de Almonacid, el de Uxó, Onda y Eslida, y pudiendo reunir algunos centenares de moros, no dudó ya que el terreno les ofreciera ventajas, sino para el triunfo, para ser el núcleo en donde los islamistas pudieran llamar á sus correligionarios y comenzar una guerra con el fin de sostenerse por algún tiempo y salvar sus intereses y sus vidas. Desde aquellas fragosidades escribieron á los moros de allende la capital, á los de Segorbe y hasta los que habitaban el bajo Aragón, y como la situación desesperada de los proscritos no daba lugar á dilaciones, en pocos días se agruparon centenares de agarenos, aumentándose las masas rebeldes. Era tiempo de

elegir un caudillo y regular aquellas masas y recayó la elección en un moro de Algar, llamado Garbau, dándole el título de rey y mudando su nombre con el de Zelim Almanzor. Este procuró organizar el movimiento, formando compañías, nombrando capitanes, construyendo tiendas de campaña con ramaje y entenas, y procurándose algunas provisiones armas y pertrechos para su defensa. Eligió algunos puntos, que fortificó rústicamente; mandó colocar grandes pedruscos en el alto de las rocas y cercar con paredes las masetas que habian de servirles de rústicas ciudadelas. La actividad de los sublevados era conforme el resentimiento de verse vejados por la raza española que habia triunfado de sus padres.

3. La actitud de los moros era alarmante, no era tiempo de durmirse, sino querian las autoridades renovar una lucha entre las dos razas, que podria ser fatal, si de la otra parte de los mares respondian á los llamamientos de los mahometanos españoles. Valencia reunió su gente de armas y envió dos mil hombres á cargo de D. Diego Ladrón y D. Pedro Zanoguera, al mismo tiempo que el duque de Segorbe, D. Alfonso de Aragon, se disponia para salir al campo, como á general nombrado, para dirigir las operaciones. A últimos de Abril de 1526 se hallaban las tropas cristianas en el Vall-de-Almonacid, y pareciéndoles que un ataque de sorpresa podria tener buenos resultados, determinó el duque, que al dia siguiente se asaltasen los fuertes que los moros habian levantado en las muelas de Espadan, antes que pudieran ordenarse sus compañías y ocupar los puntos más fuertes por naturaleza. Pero los agarenos que estaban de vela tenian

sus guarniciones apostadas, y sobre las elevadas cuestras habian amontonado grandes piedras y troncos de árboles, para hacer rodar por aquella pendiente aquellos moles temibles, cuando sus enemigos se hallaran á trecho.

El primero de Mayo emprendieron los cristianos el ataque y con valentía se empeñaron, trepando la pedregosa pendiente; pero al hallarse á tiro de ballesta, un diluvio de saetas, un mortífero fuego, las grandes piedras arrojadas de lo alto, que precipitadas rodaban por aquellas vertientes, aplastaban á los soldados del duque, ó magullávanles los miembros en su rápido descenso. Si antes de llegar á raiz de las rocas, que cercaban la muela sentian el destrozo, temeridad fuera empeñarse en subir á lo alto de la montaña y asaltar las rústicas paredes. Sesenta muertos, entre estos el valiente capitán Don Serafin Ribelles, y doscientos heridos era una pérdida considerable para esponerse á quedar yertos cadáveres en aquella soledad los que pretendian sacar á los moros del rústico castillo, y el duque tocó á retirada, desoyendo á los capitanes que querian continuar el ataque á todo trance. Esta medida, tal vez prudente, del duque dió pábulo á la murmuracion, acusando al jóven caudillo de proceder con blandura contra los que eran sus vasallos y colonos de sus tierras. Cundió el descontento y al día siguiente dos terceras partes de los voluntarios desampararon á D. Alfonso y se volvieron á sus hogares, despresigiando al general, porque habia retrocedido al comenzar la campaña. El duque, al verse cuasi solo, se volvió

á Segorbe, pasó luego á Valencia y pidió un consejo de guerra que juzgase su proceder.

Este primer triunfo de los moros de tal modo les envalentonó, que ya se creían dueños del terreno. De todas partes afluían correigionarios suyos para sostener la lucha y las provisiones y pertrechos de guerra se amontonaban sobre las muelas, como almacenes ó depósitos para mantener á los decididos musulmanes. No se descuidaban tampoco de traer todas sus riquezas, ya que las órdenes del rey les privaba de venderlas y llevárselas á su destierro. Mientras los viejos se quedaban para guardar sus castillos rurales, los jóvenes salían por los pueblos á vivaquear, llevando el fruto de sus merodeos á sus depósitos. Los pueblos de cristianos viejos sufrían el despojo de los moros, que en su animosidad contra los que miraban como sus verdugos, les degollaban ó vejaban de mil modos. La vispera de Pentecostés una turba de aquellos desesperados moros, bajaron de la muela, y por caminos disimulados, se presentaron á Chilches, pueblo de cristianos viejos, pero cuando los vecinos se apercibieron, temerosos de un atropello desampararon la poblacion. Cinco cayeron en sus manos y fueron víctimas del odio mahometano. Entraron en la iglesia, se entregaron al saqueo, y como dice Dormer, prendieron al sacerdote, y con sacrílegas manos se llevaron la arquilla ó cocon con algunas formas consagradas, insulto el mayor que pudieran hacer á un pueblo cristiano, y con burlas y escarnio se llevaron al cura preso hasta la muela, colocando sobre una roca el tesoro de inestimable precio, el Santísimo Sacramento. Esta profanacion sacrílega irritó los ánimos de los cristia-

nos de tal modo, que al saberse en Valencia, los eclesiásticos pedían venganza, y armándose, querían salir á rescatar de manos de los moros al que era el Sumo sacerdote diciendo, que á ellos y no á los seculares pertenecía la empresa. Fué preciso reunir una junta de teólogos para disuadirles del intento, manifestándoles, que estaba prohibido por los sagrados cánones el que, las manos del sacerdote que habia de ofrecer una victima pura, se manchasen con la sangre del hombre; era esto el dia de la Santísima Trinidad. Sin embargo para manifestar el dolor de los fieles por el hurto sacrilego, la autoridad eclesiástica dispuso, que se cubriesen los altares como en semana de pasion; que solo se abriesen las iglesias por un postigo; que no se usasen otros ornamentos que negros, y que se aplazase la festividad del *Corpus*, no permitiendo en aquella octava otro culto al Santísimo Sacramento, que en el sagrario velado. Esta disposicion del prelado valenciano fué repetida por el de Segorbe y por nuestro prelado de Tortosa, con tanto mayor motivo quanto el sacrilego robo se habia hecho en una iglesia de la diócesis.

Más entretanto que los sacerdotes rogaban á Dios, no se descuidaba el duque de Segorbe de reunir tropas, y solicitar al monarca fuerzas para desalojar de la fragosidad de Espadán á los moros rebeldes. Recordó entónces el valor y fidelidad de los morellanos, que en la pasada guerra de la Germania tanto habian contribuido para llevar á cabo su empresa, y para ceñir su frente de laureles, escribió una carta muy lisongera á los Jurados, pidiéndoles sus tercios para una guerra santa, en que se

interesaba el honor de Dios y el del monarca. No se descuidó en escribir á los capitanes Ciurana y compañeros, y esperó que, los que le ayudaron en la lucha contra el pueblo amotinado, no le negarian sus soldados para atacar á los moros rebeldes.

Y no se engañó el duque de Segorbe. Reunido el consejo, se dió cuenta del estado en que el reino se encontraba por la rebelion de los moros de Espadán y de los deseos del duque, que pedia un refuerzo de tropas morrellanas, para emprender con energía la reduccion de los rebeldes. Acompañaba un oficio del Gobernador general del reino D. Gerónimo Cabanilles, rogándoles que hicieran un esfuerzo, para que en union de las compañías de otras villas reales y con las tropas del monarca, se pudiera concluir con la rebelion, que menguaba, despues de tantos meses, tener los enemigos encastillados en las rocas de Espadán. El Justicia, Jurados y consejo, llamaron á junta general, en la que se resolvió, no solo enviar una compañía, que se les pedia al parecer, sino alistar á los voluntarios que se presentasen, y contribuir con toda la fuerza posible al éxito feliz de la empresa. Quinientos jóvenes de los más robustos y osados se inscribieron para marchar al combate, y no faltaron caballeros que ofrecieron sus personas y sus bienes.

Se organizó un batallon, la mayor parte de los soldados de la pasada campaña; se nombró por comandante á D. Berenguer Ciurana, su alferez D. Pedro Sancho, entónces ya subalcaide de nuestro castillo, y quiso marchar de capitán el hijo de D. Berenguer Ciurana, D. Juan Ciurana, recién casado con Doña N. Ciurana y por cape-

llan del batallon se nombró á Mosen Bartolomé Querol, beneficiado de la Arciprestal. (1) Salió el batallon de Morella el 17 de Julio, y en el mismo dia comenzó las operaciones, consiguiendo, sino una victoria, al menos ensayó felizmente sus fuerzas y ganó una accion empeñada entre los moros. Hemos dicho antes, que los sublevados de Espadán llamaron en su ayuda á los moros de Aragon, y estos amenazados y en peligro de perder sus bienes con su libertad, acudieron á la cita. Un grupo de moros aragoneses pasó por las inmediaciones de Morella dirigiéndose á Espadán; pero cuando se hallaban descuidados en la venta llamada *La Segarra*, sabedor Ciurana de que estaban desprevenidos, destacó una mitad de compañía al mando de su hijo D. Juan. Llegaron los morellanos, sin haberse apercibido los moros, cercaron la venta, y viéndose perdidos, despues de una ligera defensa, se entregaron al jóven Ciurana treinta agarenos, llevándolos prisioneros; así comenzó el batallon de Morella su campaña de 1526.

Al mismo tiempo que los morellanos salieron para el teatro de la guerra, la ciudad de Valencia, que habia hecho grandes preparaciones, envió sus tercios, saliendo la bandera histórica, que llevaba D. Francisco Beneito. Corrieron los valencianos por los lugares de Masamagrell, Murviedro y Nules, en donde les esperaba el duque de Segorbe. Entretanto llegaban mas fuerzas, seiscientos soldados, al mando del gobernador Cabanilles, pasaron á Ta-

(1.) Se les entregó la paga de un mes, al capitán 325 sueldos, al alferez 168 y al capellan 63, tal era el salario de los gefes de entónces.

les y Artesa; pero no bien habian descansado cuando se vieron atacados por los moros de Espadán, que pertrechados en un pequeño cerro cerca de estos lugares, les hicieron un fuego terrible; murieron algunos de una y otra parte, y vióse desde entónces el empeño que tenian en sostenerse entre aquellos riscos.

El dia 19 llegaron nuestros soldados á Onda, á cuyo punto se habia mudado el cuartel general, y fué de gran satisfaccion para el duque de Segorbe ver otra vez al gefe morellano, que le habia acompañado en la guerra contra los comuneros portándose con valor y fidelidad. No solo presentaba Ciurana una compañía; llevaba quinientos hombres, bien armados y prácticos en la guerra; tenia á sus órdenes otra compañía de jóvenes, reclutados en las inmediaciones de Morella y bajo Aragon, de doscientos cincuenta hombres, cuyo capitan era su hijo Don Juan, alférez D. Gaspar Despéns, que habia manifestado su serenidad en la sorpresa de *La Segarra*. Ufano podia presentarse con una fuerza de cerca de ochocientos hombres. (1.)

Pareció al duque de Segorbe que aquella noche se acampase la tropa en las inmediaciones de Onda, previniendo á los gefes, que al dia siguiente se emprendería el ataque, para desalojar á los moros de las posiciones avanzadas. No se habian contentado los árabes con fortificar los puntos más altos de Espadán, á sus faldas habian

(1.) Escolano aplaza la comision, que el gobernador Cabanilles dió á D. Berenguer Ciurana para más adelante; pero en el archivo del Excmo. Marqués de Cruilles se encuentra el nombramiento original y tiene la fecha 7 de Mayo de 1526.

levantado trincheras con parapetos de piedra y fajina, y en las gargantas y mesetas tenian apostados algunos destacamentos de sus mejores tiradores. Salieron los cristianos de Onda el 20 de Julio, y con el empeño de posesionarse de los pueblos de Ahin y Alcudia de Veo, avanzaron entre los mil embarazos que les estorbaban, desalojando de los castillejos, que los moros habian levantado, á sus enemigos y rompiendo las trincheras. Siete veces, dice Escolano, se rehicieron los mahometanos despues de otras tantas batidas, pero el arrojo de nuestras tropas venció todas las dificultades, y pudieron llegar al pueblo de Ahin, con alguna pérdida de una y de otra parte.

Hallábase Ahin á la falda de la montaña; el duque eligió este punto para cuartel, como el más cercano al enemigo y para que se cortasen las comunicaciones con algunos pueblos de los moros; pero conoció luego, que para asaltar la montaña simultáneamente no se tenia bastante tropa. Dificil era trepar por una pendiente elevada, llena de matorrales y sembrada de grandes piedras desgajadas de los montes, que servian de parapetos á los moros; difícil combatir cien y cien castillejos, en que habian convertido las mesetas y crestas de aquel monte, formando una línea de fortificaciones provisionales, temible por su posicion y por el empeño de sus defensores en conservarlas; temerario hubiera sido un asalto parcial, exponiendo las tropas á ser aplastadas por las rocas, que rodando caerian por aquella rápida pendiente dejando libres los puntos de retirada. Fué preciso reclamar nuevas fuerzas para reducir los que habian resuelto morir antes que

entregarse. Pero entre tanto publicó el caudillo cristiano un bando en 25 de Julio, ofreciendo conservar las vidas de los rebeldes que se presentasen á indulto, gracia que despreciaron los moros de Espadán, mirando aquella medida como un acto de cobardía, vista la imposibilidad de desalojarlos de sus posesiones.

Vamos á dar cuenta de una desgracia, que amargó los días del gefe de nuestras tropas, y llenó de luto á Morella. No todo fueron lauros, debian probar los reveses de la fortuna. En la noche del 26 de Julio, dispuso el duque de Segorbe, que algunas compañías avanzaran hasta la raíz de la montaña para dar la voz de alerta, ó repeler las algaradas de los moros, que aprovechando las tinieblas, bajaban con audacia á molestar el campamento cristiano. El jóven D. Juan Ciurana con su compañía, Don N. Aguayo, el jóven D. Martin Viciana, después cronista del reino de Valencia y otros, recibieron el encargo de vigilar en la avanzada. Pero cuando se hallaban descuidados, un tropel de moros, que habia bajado del monte, se arrojó sobre ellos con brusco ataque. D. Juan Ciurana empuña la espada, anima á sus soldados, cuando el alfanje de un moro cortó la cabeza á nuestro capitan, cayendo en tierra su tronco entre la sangre de sus soldados. La misma suerte cupo al capitan Aguayo, salvándose Despéns y Viciana para animar la tropa, que vuelta en sí, hizo retroceder á los enemigos. Cuando el historiador Viciana, escribia los hechos memorables de nuestra patria, recordó la aventura de su juventud, y dejó sentado: *Otro si, sirvieron al Rey (los morellanos) con su bandera en la Sierra de Espadán donde vi á XXVI de Julio año de*

MDXXVI matar á mi lado en el lugar de Vila Elin, á mosen Juan Ciurana, caballero y capitán de Morella. ¡Dolor amargo inundaría el corazón de D. Berenguer! La muerte de su hijo único, recién casado, dejando á su esposa D.^a N Ciurana en estado interesante, sería una pena que oprimiría su pecho. Pero era militar y conocía los azares de la guerra y se previno para vengar la muerte de un hijo y los insultos hechos á lo más sagrado de la religión.

4. Todos los días se aumentaba la fuerza de los cristianos, ora por los caballeros que querían tomar parte en la jornada, ora también por los refuerzos que enviaban Valencia y algunas villas. Llegó un regimiento de tres mil tudescos, que habiéndose de embarcar para Italia, dispuso el rey, que antes se uniesen á los españoles, que combatían en Espadán y acabasen con la rebelión morisca. Esta tropa extranjera estaba mandada por el coronel Rocandulfo, hombre experimentado y valiente, y pareció ser tiempo de emprender el asalto del monte. El 18 de Setiembre comenzaron las operaciones serias, ganando una muela, contrapuesta á la sierra de Espadán, acampando aquella noche sobre la montaña. Al día siguiente se partió la fuerza en cuatro escuadrones; el primero de dos mil tudescos al mando de Rocandulfo; el segundo de mil quinientos valencianos, comandados por Figuerola; el tercero de quinientos extranjeros á cargo de Perez Arnal; el cuarto de las tropas que se hallaban en Ahin, comandadas por el duque y el Gobernador Cabanilles, los que ascendían á tres mil en esta división se hallaba el batallón de Morella.

Se tomó á pecho la subida del monte por cuatro partes; sin hacer caso de los infinitos tropiezos, subian los cristianos, ganando las trincheras del declive; grandes piedras rodaban precipitadas por aquellas vertientes, aplastando á los que no podian huir; la escopetería, los balles-teros parapetados detrás de unos débiles muros de piedra, arrojaban sus saetas, y hacian un terrible fuego; pero nada detuvo á los cristianos, que al llegar sobre el monte, se arrojaban sobre las masas mahometanas. Martín Vizcaino fué el primero que plantó su bandera sobre el fuerte principal y desde entónces, perdidos los moros, ó se entregaron prisioneros, ó los que pudieron escaparon refugiándose á la muela de Córtes. Dos mil moros quedaron muertos en el campo, muy pocos prisioneros; pero fué tan grande el botin que se recogió, que á parte de lo que se quedaron los soldados, lo que se vendió en Valencia, importó más de doscientos mil ducados. Con grande ansia se buscaba la Arca del Santísimo Sacramento, robada sacrilegamente á Chilches, pero fué en vano; después se dijo, que la habia encontrado un soldado tudesco y que la ambicion, por ser de plata y oro, le habia cegado, llevándosela á Italia.

Obtenida una completa victoria, las tropas marcharon á sus hogares. Los de Valencia entraron con triunfo, entre las demostraciones del pueblo entusiasmado; pero los morellanos, si bien podian batir palmas, la muerte de Don Juan Ciurana cubrió de luto á la poblacion, y en vez de los regocijos, enviaron los pésames á su padre, que no podia olvidar la pérdida de su hijo amado.

Los moros que se fortificaron en la muela de Cortés,

no pudieron sostenerse por muchos dias. D. Diego Ladron y su hermano D. Sancho marcharon con algunas compañías de peones, y viendo los agarenos, que su resistencia empeoraria su estado, el diez de Octubre se entregaron cayendo prisioneros mil y quinientos. Se dió garrote á tres de los principales caudillos y se esperaron las órdenes del rey, para proceder contra los demás.

5. Uno de los reinados más gloriosos para España fué el de Cárlos I. Ni podemos, ni queremos trazarlo, siquiera á grandes rasgos; solo apuntaremos los acontecimientos principales por no dejar un vacío en nuestra narracion. Pacificada España despues de la guerra de los comuneros y agermanados, dirigió el rey sus miradas á Italia, en donde el monarca francés Francisco I, le disputaba sus derechos y era declarado rival. Despues de haber conseguido algunas victorias nuestras armas, la célebre batalla de Pavía, dada en 24 de Febrero de 1525, no solo decidió la victoria en favor de los españoles, sino que el monarca francés hecho prisionero, fué traído á España, en donde se le dió libertad con ciertos pactos que no cumplió. Temerosos los italianos por el engrandecimiento del monarca español, formaron una «liga,» tomando parte el mismo Pontífice Clemente VII. D. Cárlos le hizo presente el sentimiento de que fomentase la guerra entre príncipes cristianos, y como no fuesen atendidas sus razones, envió al duque de Borbon con un poderoso ejército, sitió á Roma, mandó el asalto; pero el mismo duque fué víctima de su arrojo. Tomó el mando el príncipe de Orange, redobló los esfuerzos, entraron la tropas en Roma, entre-

gando la ciudad á saqueo, y cometiendo mil atrocidades. Se retiró el Papa en el castillo de Sant-Angelo, pero escaso de comestible tuvo que entregarse despues de un mes. Se le permitió ocupar el Vaticano, de donde se marchó á Orbieto. No tardó Francisco I en introducir un nuevo ejército en Italia con el pretexto de socorrer al Pontífice, renovando las hostilidades y atacándose por mar y tierra los dos ejércitos beligerantes, con diversos resultados, hasta que causados de aquella larga lucha se firmaron las paces en Cambray en 1529. Otra y otra vez se renovaron pretensiones y guerras entre los dos monarcas, de modo que si respiraban una pequeña tregua, era para emprender de nuevo los combates. Por otra parte la herejía de Lutero habia hecho prosélitos en Alemania y Carlos se vió precisado á perseguirlos, ya que la propagaban con las armas. En su tiempo se aumentaron las posesiones de América, y los nombres de Hernan Cortés, Fernando de Magallanes, Francisco Pizarro y otros célebres conquistadores van siempre unidos al de D. Carlos I. Las artes, las ciencias, las letras, todos los ramos del saber humano, al mismo tiempo que las armas, levantaban el nombre de nuestra patria á gran altura, eran para España su mayor gloria, pues llegaron á punto, que éramos envidiados de todas las naciones civilizadas.

6. Pero D. Carlos se hallaba en avanzada edad, y, como él decia, la fortuna no es amiga de los viejos. Algunos reveses en las armas le fastidiaron del mando, y quiso consagrar los últimos años de su vida en trabajar para la eternidad. Su hijo D. Felipe era un príncipe de talento, dotado de aquella prudencia y sagacidad para el

gobierno de una nacion, y renunció en él todos sus dominios, depojándose de la púrpura y dejando la corona, para retirarse al monasterio de Yuste, á pasar sus dias en el silencio del claustro en la vida contemplativa. En 1555 habia muerto su madre Doña Juana, aquella reina incapacitada para reinar por su habitual demencia y tres años despues, en 21 de Setiembre de 1558, falleció Don Carlos en los claustros de Yuste, el que despues de la vida agitada de un rey guerrero, tuvo la muerte tranquila de un cenobita penitente.

7. D. Felipe II. El hombre perspicáz, de claro talento, incansable en los negocios de estado, politico profundo; el que supo mantener la paz en España, mientras Europa ardia en continuas guerras; el protector de las artes, de las letras, del comercio; el que supo conservar la unidad religiosa en nuestra patria, cuando las sectas protestantes invadian los reinos y las naciones, turbando las conciencias y abriendo llagas á la iglesia; este rey cuya grandeza se hallaba retratada en el monasterio del Escorial, el objeto de la admiracion de los siglos que le siguieron, y de las censuras del siglo nuestro. Nosotros no le defenderemos, no aprobamos todos sus hechos; pero al trasladarnos con el pensamiento á los dias de su reinado, como á españoles y como á católicos, quisiéramos (un Felipe II, que ocupara el trono de nuestros reyes, vacante ahora, sin que apesar de cien humillaciones, se encuentre quien se digne subir á ocuparlo. Al recordar la gloria y la pujanza del reinado de Felipe II y la pequenez y miseria de nuestros tiempos; cuando recordamos, que aquel rey decia: que el sol alumbraba siempre sus dominios; y se nos dis-



puta el último terreno, que nos queda en el nuevo mundo, si comparamos unos tiempos con otros, nos duele ser de nuestro siglo. Dedicaremos unas líneas á su memoria que nosotros no tenemos el encargo de reseñar sus hechos.

8. Las alianzas y amistades de los reyes de España y de Francia eran aparentes; bajo el velo de la amistad se ocultaba la envidia y el resentimiento, y las rivalidades entre Francisco I, y Carlos I, continuaron en el reinado de Felipe II. El Papa Paulo IV intentaba despojar á Felipe de los estados de Italia y un ejército de franceses marchó en ayuda del Pontífice. D. Felipe que se creía bastante fuerte para defender sus reinos, envió al duque de Alba, que con pocos esfuerzos se apoderó de Ostia y de cuantas plazas encontró hasta Roma. Paulo que vió la rapidéz de las conquistas, admitió una paz honrosa, temeroso que se reprodujeran las escenas del reinado de Carlos I. Otro ejército habia entrado en Francia, al mando del duque de Saboya, y tenia puesto el sitio en San Quintin. No tardaron los franceses á ir en socorro de la plaza, pero los españoles les atacaron con valor, derrotándoles completamente. Sabedor D. Felipe de la victoria, pasó desde Flandes, en donde se hallaba, estrechó el sitio mandó el asalto, y en cuatro dias entró en la plaza, pasando á cuchillo á sus habitantes. Esta es la célebre batalla de San Quintin, dada el 10 de Agosto de 1557, día de San Lorenzo, y que como monumento de gratitud levantó el rey D. Felipe el monasterio del Escorial, prodigio del arte y admiracion de propios y estraños.

Los dos monarcas hicieron paces y las rompieron otra

vez; manifestando el francés, que si convenia en los tratados era para aguardar ocasion oportuna. Las guerras de Flandes; la inquietud de los protestantes, siempre en pugna con los católicos; los moros de Granada y otros movimientos, señalaron el reinado de Felipe II; pero debemos hacer mencion de una victoria, que mereció los aplausos de la Europa cristiana: tal fué la célebre batalla de Lepanto.

9. Poderoso el imperio Otomano, hacia ostentacion de su dominio en los mares, insultando á la Europa y sin que nadie reprimiera su audacia. En 1558 se apoderó de Menorca, retirándose después con un rico botin. Luego se hicieron dueños los otomanos de la isla de Gerbes, que en vano acudieron los españoles para recobrarla, y si no se apoderaron de Oran y Marzaquivir, debióse á la defensa de la guarnicion. Quiso por último apoderarse de Chipre, y ocupó á Nicosia y Famagosta. Preciso era escarmentar la osadía del turco, y aliándose la república de Venecia, el Papa Pio Quinto y el rey de España en 1571, equiparon una armada al mando de D. Juan de Austria, hermano de Felipe II y se hizo á la vela en busca de la escuadra turca. Encontráronse las dos armadas en el golfo de Lepanto, se acometieron, y á pesar de la resistencia del turco, se logró un triunfo tan completo, que doscientas naves cayeron en poder de los españoles ó se hundieron en las aguas: murieron veinte y cinco mil mahometanos y se rescataron veinte mil cristianos que arrastraban la cadena de la esclavitud: era esto el 7 de Octubre, y en memoria de tan glorioso hecho, celebra la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

La suerte de las armas no siempre le fué favorable, sufrió tambien reveses, ora en el mar, ora en los ejércitos de tierra, pero hemos dicho, que no somos quienes debemos reseñarles. D. Felipe II murió en el Escorial en 13 de Setiembre de 1598.

10. Pacífico fué el reinado de Felipe III. Las guerras sostenidas por su abuelo Carlos I y por su padre Felipe II costaron á España sumas inmensas y se derramó con profusion la sangre de sus hijos. Conoció cuan caros cuestan los laureles á las naciones, que los reyes deben ser los padres de los pueblos, y un padre no debe esponer la vida de sus hijos por contentar su ambicion y su venganza. La posteridad no podrá cubrir la tumba de este rey con laureles de una gloria perecedera, pero los que vivieron en su siglo disfrutaron de paz y tranquilidad. No estuvieron ociosos, sin embargo sus soldados de mar y tierra, auxilió á Roma contra Venecia; á la duquesa de Mántua contra los turcos, y reconquistó las Molucas.

11. Pero el hecho mas ruidoso que destingue su reinado fué la espulsion de los moriscos; hecho que vemos alabado por los historiadores de entónces y reprobado con feos calificativos por los escritores de nuestros dias. Nosotros referiremos suscintamente este hecho memorable y dejaremos á nuestros lectores el trabajo de juzgar, porque Morella portóse con benignidad y no vamos á emitir juicios delo que no puede interesarnos de un modo particular. Más parécenos, que para juzgar debidamente sobre unos hechos que cuentan dos siglos y medio, debemos trasladarlos á aquellos dias, y ver los motivos que

precedieron á aquellos tiempos. No basta, á nuestro parecer, considerar el hecho aislado, ni mirar las medidas violentas que emplearan los que se hallaban en el poder, nuestro corazon sensible compadece á aquellos desgraciados; cuando nos representamos á tantos miles de familias dejar el suelo en que nacieron y marchar á un incierto viaje, espulsados por sus vencedores, participamos de su amarga congoja, pero no se desatará nuestra lengua contra los que dictaron aquella disposicion, porque trasladados á aquellos tiempos, hubiéramos participado, tal vez, de los mismos sentimientos, y deseado hubiéramos la paz y la tranquilidad de nuestra patria. Si se nos dice, que fué una medida antieconómica, privar á España de tantos brazos, como vemos emigrar á millares de familias, ahora á la Argelia, despues á otros puntos, sin que de esto se aperciban los que levantan el grito hasta el cielo al recordar la espulsion de los moriscos, sus quejas nos parecen exageradas. Recordemos pues hechos.

Cuando el trono de Rodrigo cayó sobre las arenas de la márgen del Guadalete, los árabes se enseñorearon de España, cargando sobre el cuello de sus hijos la coyunda de la esclavitud. Siglos costó la reconquista de este fértil terreno, arroyos de sangre corrieron, pero la constancia y el valor de los cristianos pudieron rasgar el pendon islamista y colocar la cruz que habia servido de enseña á sus progenitores. Pero la raza vencida quedó entre los vencedores, y si la necesidad le obligó á recibir el bautismo, en su corazon era mahometana. No solo odia-

ba á los que la habian desalojado de los castillos y privado de los empleos públicos, sujetándola al trabajo; soñaba dias, en los que volviera á dominar á esta nacion, confiada en el número y en el ausilio de sus correligionarios de allende el Mediterráneo. Por otra parte aferrados los árabes á las prácticas religiosas de los mahometanos, si tascaban el freno, esperaban el tiempo de escupirlo en la frente de los cristianos, y no perdonaban medio pára preparar su reconquista ideal. En el discurso de nuestra historia hemos apuntado algunas sublevaciones, hemos omitido otras porque no nos pertenecian; pero apenas reinado alguno pudo disfrutar de una calma perfecta con los moros. Por otra parte los continuos desembarques de los piratas árabes en nuestras costas, los robos, los atropellos; los esclavos que arrastraban las cadenas en Africa, presa de aquellos aventureros impíos, debería irritar los ánimos de los españoles, que con algun fundamento atribuian tales desmanes á la connivencia de los moriscos de este reino con los moros de Africa. Se aumentaba el odio por las profanaciones de la raza vencida; los españoles de entónces no podian estar en paz con los moriscos, ora las provocaciones salieran de la raza árabe, ora de la española.

En parte alguna eran más numerosos los moriscos que en el reino de Valencia; en parte alguna se habian manifestado más atrevidos, ni en ninguna de nuestras costas eran tan frecuentes las llegadas de los piratas; interesado se hallaba el reino en lanzar de su suelo á tan incomodos huéspedes. El patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, habia probado todos

los medios suaves para convertir á la raza mora; pero todos sus intentos se estrellaron contra la dura cerviz de aquellos, que cerraban los oidos y maquinaban nuevas sublevaciones. Viendo lo infructuoso de las persuaciones, elevó al monarca una estensa esposicion, manifestándole el peligro en que arriesgaba á la nacion, si un pueblo extraño en religion, en costumbres, en interés permanecia confundido entre el pueblo cristiano. Concluia haciéndole ver la necesidad de tomar medidas serias, por más que fueran violentas, si queria la unidad en los pueblos de su reino y la paz en las conciencias.

No era solo el arzobispo de Valencia quien deseaba la espulsion de los moriscos, muchos conocian esta necesidad, pero tropezaban al pensar la contradiccion que opondrian los señores de algunos pueblos, por la falta que sentirian los campos privados de tantos brazos. Pero se resolvió el monarca á llevar á cabo el estrañamiento general de los moriscos, y dictó una orden, en que mandaba: que todos los moriscos del reino, tanto hombres como mujeres, salieran dentro el término de tres dias de las poblaciones donde moraban, para ser embarcados en el puerto que se les designare; que los que no cumplieran, podrian ser presos por cualquiera que debia entregarles al justicia del pueblo más inmediato, y en caso de resistencia podrian matarlos; que ningun morisco pudiera esconderse; que en cada poblacion podian quedar seis moriscos con sus mujeres y los hijos solteros, á eleccion de los señores del lugar; que nadie pudiera ocultarles, ni dar ayuda para ello; que podian quedarse los niños menores de cuatro años, y los de seis, si el padre era cristiano viejo

y la madre morisca; podrian tambien qudarse los que no hubieran asistido á la aljamas de dos años atrás, y los que hubieran dado pruebas de ser cristianos sinceros, recibiendo los sacramentos con licencia de sus prelados ó párrocos. Se nombraron comisionados para llevar á efecto la órden, y si bien hubo alguna resistencia por parte de los nobles, estos se resignaron y prestáronse á llevarla á cabo.

Viendo los moriscos, que la órden era irrevocable, se apresuraron á vender sus bienes, y como el plazo era tan corto fué tal la baratura del trigo, ganados y otros efectos, que solo prometieran se les daba el género. Los puntos designados para el embarque fueron Alicante, Denia y Vinaróz. Millares de familias dejaban los lugares y los huesos de sus padres para marchar á unas tierras desconocidas, que si tenian su misma religion, no sabian el hospedaje que les darian. Las mujeres ocultaban el dinero en los pliegues del vestido, porque se les permitió llevar sus riquezas y la ropa que necesitaban. Si los soldados cometieron algunos desmanes fueron castigados; pero no todos hallaron en las costas del Africa una acogida cual deseaban.

12. Por fortuna en todo este terreno, que particularmente nos ocupa, no habia ningun pueblo de moriscos, eran todo de critianos viejos, si bien muchas familias de origen moro, cultivaban nuestras masías, servian de criados á los señores, ó se ocupaban en oficios mecánicos. El comisionado para llevar á efecto la órden del rey era Don Juan Antonio Lázaro Ciurana, hijo de D. Juan Ciurana y nieto del que murió en Espadán, baile de Morella y lus-

tre de la casa de los Ciuranas. Este caballero morellano, no miró justo obligar á los moriscos de su bailía á dejar el terreno, ya que en la orden del monarca se esceptuaban los que hubieran dado pruebas de ser cristianos sinceros, y los que habitaban estas montañas, despues de recibir el bautismo, no tuvieron aljama, y se portaban como á verdaderos cristianos. En una nota de 1609 se lee: *En este any se lanzaren de Espanya als moriscos, dexanse els de Morella y Aldeas que eran bons cristians nous.* Lo comprendemos. Los moriscos de Morella sin aljamas ni alfaquies se encontraban aislados, rodeados continuamente de cristianos viejos, cuyas máximas se les pegaban, y poco á poco olvidarian, no solo las ridiculeces del Alcoran, sino hasta su procedencia, connaturalizándose con las costumbres del terreno, y suavizando su carácter de raza con los preceptos y prácticas del Evangelio.

Nada perdió Morella con la espulsion de la raza mora, si bien por muchos años se conservó la memoria de la procedencia de sus familias, escrita en un lienzo, que colocado habia sobre la pila bautismal. Viven personas, que pudieron leer los apellidos, que en otro tiempo fueron notados y nosotros recordamos cierta prevencion, que nos place haya desaparecido. De todos modos alabamos la prudente conducta de los morellanos de entónces en interpretar benignamente el mandato del rey.

13. Felipe III casó á su hija D.^a Ana de Austria con el de Francia Luis XIII, casamiento que, al parecer, aseguraba la páz entre los dos reinos; pero no por esto dejaron de continuar las viejas rivalidades en el siguiente

reinado, en el que dos hermanos se amaban, pero como á reyes, sofocaron los sentimientos del amor fraternal y solo se acordaron que gobernaban dos grandes naciones, y estas se hallaban en guerra. Las dos naciones estaban sedientas de páz; pero solo duró algunos años, renovándose á cada paso las pretensiones, nacidas del orgullo de dominar, y derramándose sangre con frívolos pretextos. Felipe III murió en 31 de Mayo de 1621 á los cuarenta y tres de su edad.


Si su reinado no fué tan feliz como se hubiera deseado, si la fama no pregónó las proezas de este rey, se disfrutaron días tranquilos y pudo conservar la integridad del territorio español; mas aun, añadió algunas plazas á la corona. Como sabemos lo caro que han costado al pueblo las glorias militares de sus reyes, cuando pasamos un período, en que se goza de paz y tranquilidad, bendicimos aquellos tiempos; pero si resuena el ruido de las trompetas de guerra, no pisoteamos los laureles, pero al verlos salpicados con sangre nos parecen muy caras unas coronas compradas con el precio del hombre.



CAPITULO XIV.

RESUMEN.

1. Felipe IV. 2. Guerra con la Francia. 3. D. Francisco Ciurana. 4. Rebelion de Cataluña. 5. Preparativos de guerra en Morella. 6. Entran los franceses en Tortosa. 7. El obispo y curia eclesiástica en Morella. 8. Mision del V. Pascual. 9. Sequía, hambre y peste. 10. Los tercios de las aldeas en San Mateo. 11. Sitio y recuperacion de Tortosa. 12. Sitio de Barcelona. 13. Solemnes fiestas en Morella. 14. Muerte de Felipe IV.

1.  Cabzaroso fué el reinado de Felipe IV. Solo contaba diez y siete años, cuando en 1621 bajó su padre al sepulcro, dejando el cetro de España, para que lo empuñara su jóven é inesperto hijo. Tal vez no se hubieran visto frustradas las esperanzas del pueblo español, ni se hubieran comprometido en guerras civiles, á no haberse entregado en brazos de favoritos ambiciosos y astutos. Pero Felipe era jóven, habia pasado sus años primeros en el ocio, en los bailes, cacerías, y frívolas diversiones, y una turba de aduladores le habia hecho creer, que era un gran literato: la indolencia en el gobierno de la nacion aumentaba las llagas, abiertas ya en el reinado de su padre. Y apesar de esto, poco á poco se hubieran ci-

catrizado las llagas, á no haber muerto el honrado Don Baltasar de Zúñiga, pasando el valimiento á su sobrino Don Gaspar de Guzman, conocido por el conde de Olivares. Las víctimas sacrificadas por el vengativo ministro; su política imprudente, arrogante y presumtuosa, y el orgullo despótico é inusitado, le atrajeron la animaversion del pueblo y la desconfianza de las clases elevadas. El ministro, que conocia la flaqueza del nuevo rey, procuró lisongear su vanidad, proporcionándole diversiones, desplegando un fausto en las fiestas y regocijos públicos, y dándole el título de *Grande*, para halagar su vanidad; y el buen monarca llegó á creerse, que este título le cuadraba muy bien, cuando solo era un niño vanidoso, que se dejaba llevar por el soplo de una vil adulacion. Hemos tirado estas primeras pinceladas en el cuadro que nos proponemos trazar; algunos de sus hechos serán las sombras y golpes de luz, para darlo á conocer, sino en perfecto retrato, en un boceto, que algo le parezca.

El conde duque de Olivares, que habia dado el título de Grande á Felipe IV, se creia tambien el grande político, y alimentaba grandes pensamientos; pero tenia en Francia otro político con más talento y mayor sagacidad el cardenal Richelieu, que disponia del rey Luis XIII, y maquinaba el modo de humillar la pujanza de España, que si no se encontraba en el apojeio de Carlos V y Felipe II, podia inspirar recelos, porque conservaba buenos generales y numeroso y valiente ejército. Si Richelieu no declaró la guerra á los españoles, atizaba las discordias dentro y fuera de la nacion, esperando se le ofreciese ocasion, para tener un pretexto, y medir las armas de las dos

naciones; entónces cuando el poder de España iba en decaimiento.

2. Buscaba Richelieu un pretesto y lo encontró en la prision del elector de Tréveris, protegido por el rey de Francia. Pidió el francés su libertad y habiéndose negado Felipe á sacarlo de Bruselas, se declaró el rompimiento, comenzando una porfiada guerra, en la que se derramó abundante la sangre de uno y otro bando, atacándose con animosidad y conservando el encono que duró muchos años. Prolijos seríamos si hubiéramos de referir la lucha prolongada, y los varios acontecimientos de aquella guerra desastrosa, en la que la fortuna jugaba con los dos ejércitos beligerantes, concediendo hoy la victoria, para mañana marchitar los lauros en una derrota. Pero la Francia que no se contentaba con fomentar las discordias allá en Italia ó en Alemania, halló trazas para desunir á los españoles y para introducir el desórden en este mismo suelo. Antes de entrar en detalles, daremos á conocer al caudillo de las tropas, que operaron, primero en la frontera, despues en el Maestrazgo.

3. Por muerte de D. Juan Antonio Ciurana y Sanz ocupó el cargo de Baile de Morella su hermano de padre D. Francisco Ciurana y Vilanova. Era este jóven valiente y de singular talento, y en la época que recorremos sirvió al rey con bienes y persona, no desmintiendo la nobleza de sus progenitores los Ciuranas de Morella, que más de un siglo que daba al rey valientes capitanes. El marqués de los Velez, capitán general del reino, le nombró en 15 de Abril de 1632 Maese de

Campo de los tercios de Morella y el Maestrazgo, dándole honrosas comisiones y mereciéndose por su tino, prudencia y actividad en todos los negocios puestos á su cuidado, que las autoridades superiores le manifestasen su aprecio y gratitud. Hemos visto la correspondencia original, y allí encontramos, no solo cartas gratulatorias de generales, sino los sacrificios pecuniarios que hizo durante la guerra con las tropas francesas. Era D. Francisco viznieto del malogrado D. Juan Ciurana, el que murio en la falda de la Sierra de Espadán. Anticipamos estas noticias para tener una idea del General del Maestrazgo, en la guerra que debe ocuparnos, porque si bien durante los dias de su mando no pusieron los pies en este terreno los enemigos del rey, las prevenciones, reclutamientos, nueva organizacion del ejército y los pertrechos para la guerra que amenazaba, todo esto se debió en gran parte á nuestro compatriocio.

En efecto, en primero de Agosto de 1638 recibió Don Francisco Ciurana la comision de dos tercios de doscientos veinte hombres con destino á Fuente-Rabía, los que entregó el 24 del mismo; luego se le encargó el hacer un empréstito, que hizo efectivo en 9 de Mayo del año siguiente. En Junio envió los soldados «viejos» á la frontera y un mes despues se señaló por plaza de armas la de Morella. Hasta ahora el teatro de la guerra no era el suelo español, de todas las provincias se enviaban recursos, la juventud que ardía en patriotismo marchaba ávida de gloria á pelear, para defender la patria amenazada, y los españoles solo formaban un cuerpo y una voluntad.

4. Pero no tardó en dividirse esta nacion, tomando las armas, no para atacar al francés, sino para llevarlas contra el rey, y aliarse con los que poco antes eran sus enemigos. Cataluña levantó una bandera, y borró el nombre de su rey, para escribir «independencia, ó Francia;» motivos tenia el Principado para quejarse; no tantos, que pudiera izar la bandera de la rebelion.

El carácter soberbio del conde duque de Olivares, su poder omnimodo, el despotismo en las tropelías y axaciones de tributos inusitados, y el poco tino en el nombramiento de los delegados de provincias, le habian traído la malevolencia y hasta el encono del pueblo. Cataluña, como mas cercana al teatro de la guerra, era la provincia más vejada, pues mientras sus hijos peleaban en las fronteras de Francia, los muchos soldados, que se hallaban de reserva, acantonados en sus poblaciones, no contentos con vivir á expensas de los vecinos, cometian tropelías, deshonorando á las mujeres y sacrificando el pueblo sus intereses. Amargas quejas llegaron hasta las gradas del trono; pero el soberbio valido, lejos de poner remedio, encargó al conde de Santa Coloma, catalan, de un carácter fuerte, el cumplimiento de sus disposiciones, y aquel hombre inflexible, lejos de calmar la ansias exacerbó los ánimos, y apagó el fuego de patriotismo que ardia en los pueblos catalanes. ¡Prudencia se necesita para gobernar los pueblos, no fuerza para doblegar corazones! Porque el carácter del catalan es de acero y con maña se puede manejar; la fuerza lo rompe.

Al arribar los voluntarios catalanes del teatro de la guerra oian la relacion de los padecimientos que las tropas

les hacian sufrir y maldecian el tiempo, que habian servido á un rey que permitia tales desmanes á sus soldados. Un dia que el jefe Monredon no pudo hallar cómodo alojamiento para sus soldados en un pequeño pueblo, empleó las mayores violencias, atropellando á los paisanos; estos se retiraron á la iglesia, y el bárbaro Monredon mandó dar fuego á sus casas. Entónces salieron los paisanos como á furiosos leones, se arrojan sobre los soldados, que se vieron obligados á marchar; pero siguiéndoles el pueblo, se retiraron á una casa de campo, en donde Monredon y los suyos fueron abrasados entre las llamas del incendio, que los paisanos desesperados habian comunicado. Cataluña era un monton de combustibles, que solo esperaba quien aplicara el fuego para levantar llamas; este hecho fué la chispa eléctrica que causó el incendio. Ya no pudieron permanecer mudos ante la actitud amenazadora de los pueblos los representantes de Cataluña; se presentaron al conde de Santa Coloma esponiendo las quejas de los pueblos del Principado y las fatales consecuencias que pudieran sobrevenir, sino se ponía coto á las demasías de los soldados y al despotismo de sus gefes. Pero el virey en lugar de atender á tan justas reclamaciones, mandó encarcelar á los representantes del Principado, y siguiendo su conducta cruel é imprudente, exitó los ánimos del pueblo, harto exacerbado ya por las tropelías de los soldados.

Las calles de Barcelona rebullian de gentes que marcado llevaban en la frente el resentimiento; sus miradas eran amenazadoras, y no se ocultaban á las autoridades los designios del pueblo herido en su dignidad. En

la festividad del día de *Corpus Christi* de 1640 habian afluido gentes de todo el Principado, unas con traje de segadores, otras como viajeros, y el bullicio era mayor que otros años; parecia el ruido de una tempestad, que amenazaba descargar sobre la ciudad condal. Un incidente, que en otras ocasiones hubiera pasado desapercibido, fué la chispa que penetró en la mina preparada y el pueblo de Barcelona se lanzó á los mayores desórdenes, corriendo la sangre y levantando la bandera de rebelion. El mismo conde de Santa Coloma fué víctima del furor popular. La sublevacion fué general en todo el Principado; la juventud tomó las armas y apenas hubo pueblo, que no sacudiese el yugo del gobierno, para declararse independiente, ó para unirse á los que en Barcelona tenian enarbolada la bandera de *guerra á muerte*. Veamos ahora el efecto que produjo en Morella la rebelion de Cataluña.

5. Cuando llegó la noticia de haberse sublevado los catalanes, el teniente general del Maestrazgo, D.^o Francisco Ciurana, ofició á los Jurados de Morella, comunicándoles la locura de una provincia, que se queria declarar independiente ó entregarse á los enemigos de España. Les prevenia que pusiesen la plaza en estado de defensa, haciendo provisiones, por si acaso se atrevian á pasar el Ebro, y sublevar las montañas del Maestrazgo. Dió orden á los capitanes de las compañías para que reclutaran los mozos hasta completar el número de cien hombres en cada una. Se reunió el consejo de Morella y unánimes resolvieron, que se hicieran aprestos de guerra, y se repararan algunos desperfectos de la muralla y del castillo. Así estaban, cuando en Tortosa sublevóse par-

te del pueblo, obligando á su gobernador Monsuar á refugiarse al castillo, y convirtiendo las calles de la ciudad en un campo de Marte, en donde el paisanage sedicioso se cebaba en los soldados, víctimas inocentes, que seguían la misma suerte que les cupo, sin saber lo que el pueblo pedía. En vano el cabildo sacó el Santísimo Sacramento, porque el furor de un pueblo amotinado se lanzó contra los que llamaba enemigos del pueblo, salpicando con humana sangre las vestiduras sacerdotales. Pudo calmarse aquella efervescencia del pueblo, gracias á la intervencion de algunos ciudadanos, que miraban las fatales consecuencias, y habiendo entrado D. Fernando Miguel de Tejada con dos mil hombres y cuatrocientos caballos puso orden, castigando á los principales sediciosos. Conocióse ya que no era tan fácil domar el carácter catalán, y el gobierno de Madrid no se durmió, para acabar con una rebelion, cuyo resultado no podia preverse, si como era de temer, se arrojaban los catalanes en brazos del rey de Francia.

El marqués de los Velez fué nombrado virey, y capitán general de Cataluña, y saliendo de Zaragoza se vino á Alcañiz y pasó á inspeccionar la plaza de Morella, disponiendo algunas obras de fortificacion exterior, que no se emprendieron hasta el año siguiente. Las obras segun las notas de Pedro Antonio Sales, fueron: un rastillo desde *les roques*, y en las puertas de San Miguel, San Mateo, Forcall y Llano del Estudio; y una trinchera desde *el portal del public, hasta el cantal de San Pere*, habriendo un foso, que pudiera impedir acercarse á la puerta Ferrisa y falda norte del castillo.

La guerra seguía en Cataluña con encarnizamiento, y los sublevados, impotentes por sí solos para contrarrestar los embates del ejército real, ofrecieron al rey de Francia el Principado, antes que cejar en la comenzada empresa. No desdeñó la oferta el francés y en numeroso ejército atravesó el Pirineo y entró en España con auxilio de los catalanes. Entónces se rigulizaron las malicias del reino, por orden del duque de Arcos, fechada en Valencia 21 de Mayo de 1643. La fuerza efectiva del reino debia ser de ocho mil infantes, divididos en ocho tercios de mil plazas cada uno, cada tercio diez compañías de cien hombres. Quedó maestro de Campo en el Maestrazgo y Morella D. Francisco Ciurana, nombrando por capitan á D. Melchor Dalp; de la del Forcall Gaspar Gil; de la de Cinctorres Gerónimo Gil y de la de Catí Gaspar Sales. Las compañías de Morella fueron destacadas á Amposta para detener una incursion de los catalanes á este reino.

La salud de D. Francisco Ciurana se hallaba algo quebrantada y pidió permiso para pasar á Valencia á restablecerse; pero como todas las medicinas fueron ineficaces murió en dicha ciudad el 19 de Mayo de 1646. El dia siguiente se trasladaron los restos á Morella, llegando el 23 y depositándose en el vaso de su familia, en el convento de San Francisco, segun consta en el protocolo del escribano Lopez de Vidal. Este fué el último de los bailes de la casa de los Ciuranas de Morella, que comenzaron en D. Berenguer, el célebre capitan del tiempo de la Germania.

6. No escribiremos la guerra de Cataluña en el rei-

nado de Felipe IV; apuntamos solo los principales hechos que nos interesan. Las vicisitudes en aquella campaña, las violencias y atropellos de uno y otro bando; las sacrilegas profanaciones del ejército francés y de algunas partidas de sublevados, salidos de la hez del pueblo y sin subordinacion á sus gefes, nos convencieran, sino lo supiéramos ya, que las guerras civiles siembran el espanto y la desolacion en los pueblos. Desde 1640 hasta 49 se habian empeñado diferentes acciones con éxito diverso; pero el 1648 no fué muy feliz para el ejército del rey. Las tropas francesas avanzaban favorecidas por los insurrectos, y en todas partes dejaban huellas de su bárbara animosidad. El martes de Semana Santa entraron en el convento de Paiporta, maltrataron á los religiosos, robaron el monasterio y con sacrilego atentado se llevaron el Santísimo Sacramento. Este hecho vandálico puso en movimiento los pueblos del Maestrazgo y bajo Aragon, y los paisanos tomaron las armas para cortar los pasos á la sacrilega division francesa, que llegó hasta Valldengorfa, retrocediendo por la actitud amenazadora de los pueblos y por los continuos embarazos que encontraban por el camino. Cinco compañías morellanas, salieron á apostar-se en el camino de Monroyo y Peñaroya, reuniéndoseles los paisanos de la frontera de Aragon, con ánimo de cortar el paso á los franceses.

El dia 10 de Julio recibióse la noticia en Morella de haber los franceses sitiado á Tortosa, y las tropas de la frontera de Aragon se retiraron á esta plaza, comunicando la noticia á D. Francisco Melo, virey de Aragon. Se redobló la vigilancia, se montó la artillería, y se repar-

tieron armas á los jóvenes, formando una milicia urbana de tres compañías, una de cada parroquia: la compañía de mozos se envió á la Tinenza de Benifasar, para auxiliar á los que pudieran escapar de Tortosa. No se hallaba esta ciudad desprevenida, pues tenia tres mil hombres armados, sus almacenes abastecidos y abundantes pertrechos de guerra; pero los comestibles para los paisanos escaseaban, á causa de haber sido un año estéril. Valor y decision se vió en los sitiados de Tortosa, pérdidas considerables sufrieron los franceses en las repetidas salidas de los tortosines, pero después de un mes en que se vió el empeño de los sitiados y sitiadores, entraron los franceses en la ciudad, cometiendo toda clase de atropellos y saqueando los conventos, palacio episcopal y principales casas. Horror é indignacion causó en todas partes el sacrílego robo del Santísimo Sacramento del convento de las monjas de San Juan, y no contentos con haberles robado aquel objeto de veneracion y aprecio, lo llevaron á la carnicería entre las mofas y el escarnio y lo pesaron en la balanza, signo entónces de desprecio. Don José Lopez de Vidal, que nos ha trasmitido los principales hechos de esta guerra, al referir aquella profanacion, dice: *Dominge 12 de Juliol entraren en Tortosa y feren moltes insolensies, antre altres la del Santisim, que el portaren á la carniceria. ¡Es llástima el contar!*

La pérdida de Tortosa fué de mucha consideracion, por ser el paso para este reino, y no podian menos de hacer un esfuerzo para cortar el vuelo á los triunfantes ivasores. El dia 20 de Julio se reunieron las tropas reales en

Morella; las de Valencia con su virey y las de Aragon con D. Francisco Melo. Los dos vireyes entraron en la plaza, pero siendo tan numeroso el ejército, dieron orden para que permaneciese acampado en los llanos del *Moll*. Contribuyó mucho para que se diera esta disposicion el venir las tropas de terreno infestado de la peste y los Jurados de Morella, quisieron más bien enviar comestible que esponer al pueblo á contraer la temible enfermedad.

7. Uno de los que más sufrió en la temible entrada de los franceses en Tortosa fué el obispo D. Juan Bautista Veschi, conocido por el obispo de Campania. No contentos con haber saqueado su palacio, le amenazaron de muerte, apuntándole los arcabuces y haciéndole pasar las agonias de una cercana muerte. Pasados los primeros dias, el prelado pudo lograr le dejasen salir de la ciudad y dirigióse á Traiguera, en cuyo punto encontró á Melo, entró en Morella á mediados de Agosto de 1648. Pocos dias despues llegó el tribunal eclesiástico y una gran parte de los canónigos, que prefirieron dejar la catedral y sus casas, á estarse en Tortosa, espuestos á las vejaciones de los franceses. Dice Vidal, que el pueblo de Morella se llenó de tortosines, disponiendo el consejo municipal, que los vecinos les dieran cómodo alojamiento, segun la clase á que pertenecieran, socorriendo á los necesitados y proporcionando á los demás todas las posibles comodidades. No fué la última vez, que Morella sirvió de lugar de refugio á los hijos de Tortosa, ni la que los canónigos formaron cabildo, haciendo los oficios en la Arciprestal, ya que en la catedral de Tortosa no se encontraba seguridad para sus personas.

8. El señor obispo de Tortosa quiso aprovechar el tiempo, trabajando en esta parte de la heredad que se le habia encomendado, como pudiera hacerlo en la capital de la diócesis. No solo visitó los pueblos de esta sierra, y celebró órdenes en algunas t mporas; sino que predicaba y empleaba todo su celo en corregir abusos, y mejorar las costumbres. No contentándose con predicar él mismo, hizo venir al V.P.Fr. Agustin Antonio Pascual, varon insigne en virtud, y cuyas conversiones se multiplicaban, tocando Dios el corazon de los más pervertidos, al oir las pláticas del religioso agustino. A pesar de tener convento de la órden en esta villa, el Ilmo. Señor Obispo quiso tenerle en su compa a para gozar de su trato espiritual y para que le sirviera de confesor. Un año estuvo en Morella y fué una continua mision. No era solo en la iglesia en donde predicaba, en la plaza   en cualquier parte en donde podia reunir algun auditorio, ejercitaba con fruto el sagrado ministerio de la predicacion: ni tampoco se limitaba en corregir las faltas del pueblo, en el convento de religiosas agustinas introdujo una reforma de costumbres, que al recordar el gran fruto que habia sacado, decia muchos años despues; que siempre tenia en su corazon el convento de la Trinidad de Morella. Su penitencia era admirable. Fr. Agustin Bella, que escribió su vida, (1.) refiere, que una piadosa mujer, que vivia en la casa en donde se hallaba hospedado, cometió la imprudencia de apropiarse de dos disciplinas, tan ensangrentadas, y con garfios de hierro tan aguzados, que

(1.) Se imprimió en Valencia por Vicente Cabrera en 1699.

sobrecogian de terror. Estas disciplinas se conservaron por muchos años en el convento de religiosas. El V. Pascual marchó despues á Vinaróz y de allí á Valencia.

9. No era solo la guerra la que daba el malestar á Morella y pueblos del Maestrazgo. A esta furia acompañaban tres furias sus compañeras; la sequía, el hambre y la peste. Tenemos una memoria escrita en este tiempo de llanto y calamidades, y aunque toscamente, pinta el estado lamentable en que se encontraba Morella. *La sequía.* Fué tan general en España, que apenas se cogió grano alguno. Dos cosechas se perdieron en dos años seguidos; secáronse las fuentes, hasta el estremo de no quedar otro manantial, que la fuente de San Vicente Ferrer; pero con un caudal tan escaso, que con un tiesto se recogia el agua, segun la memoria. De cuatro horas se traia el agua, de la fuente de Salvatoria. Murió mucho ganado y hasta los bosques no presentaban sino árboles en esqueleto. Se repitian las rogativas, se votaron romerías, hasta que el cielo abrió sus cataratas y llovió con abundancia. *Hambre.* Natural es que esta tercer furia siguiera á las demás. Familias enteras venian de Castilla y Cataluña, dice Vidal y eran tantos los pobres, que escualidos y sin aliento recorrian estas montañas para recibir un pedazo de pan, que los masoveros llegaron á temer ser víctimas de algunos, que desesperados ya no pedian en nombre de Dios, sino con el cuchillo en la mano. Temible era, cuando dentro la poblacion se cometieron desmanes y tropelías, hasta se lloró la muerte de algunos de los principales ciudadanos, víctimas de un motin popular. D. Tomás Grau,

rico propietario, acusado de reservar el trigo para venderlo mas caro, fué muerto el dia de San Bernardo de un tiro de arcabuz y D. Francisco Grau, tal vez hermano ó pariente, lo fué el 20 de Noviembre: el pueblo hambriento no respetaba la posicion social de aquellos desgraciados.

Peste. Al hojear la historia de nuestro reino, encontramos, que en las grandes conmociones populares siempre la peste ha aumentado las inquietudes y recelos. En la guerra de la *Union*, en la *Germania*, y en otras épocas azarosas hemos visto, mientras la espada derramaba la sangre de los soldados, la peste se cebaba en las poblaciones. Ahora mientras en Cataluña y sus provincias aledañas el hierro y el fuego sembraban el suelo de cadáveres, la peste se encargaba de entrar en las moradas pacíficas, para arrebatara la vida de los que no salian al campo de batalla. Dice la memoria, que de estos tiempos tenemos, que en Valencia murieron cincuenta mil del contagio, no sabemos si en solo un año ó durante la enfermedad; que en los pueblos del Maestrazgo hizo grandes estragos, en particular en Vinaróz, Calig, San Mateo y Traiguera; que en el convento de Benifazar murieron cinco religiosos, y concluye diciendo: *E mes que no vull dir, per no llastimarme*; pero en Morella, en donde segun sus palabras, *se guardaren molt*. En el año 1647, primer año de la enfermedad, sucumbieron víctimas de la peste ciento setenta y dos personas. Verdad es, que habiendo durado hasta el 1651 en otras poblaciones, entre otras Forcall y Cinctorres, hubo pocas defunciones en esta: la piedad de los morellanos atribuyó este beneficio del cielo á la proteccion de San Roque y de Maria de

Vallivana, manifestando su gratitud construyendo una capilla en la parroquia de San Juan. Dirijamos otra vez los ojos al teatro de la guerra.

10. Las armas francesas, auxiliadas de los catalanes, habian conseguido algunas victorias, y los de Tortosa quisieron pasar el Ebro y derramarse por el Maestrazgo para invadir despues el fértil terreno de Valencia. Una columna de tres mil hombres al mando de D. José Dardena, enviada por el Gobernador de Tortosa Mr. Marsin llegó á Benicarló, y desde allí pasó á San Mateo, que no pudo resistir un breve sitio. Temible era, que la division espedicionaria se dirigiera á Morella, como punto el más interesante, y los Jurados no se descuidaron de poner la plaza en buen estado. Una comision del clero y del pueblo marchó á Vallivana, con el objeto de subir á la villa la imágen de María Santísima y las alhajas y cuanto pudiera caer en manos de los enemigos; es la primera vez que encontramos haberse trasladado á Morella el precioso simulacro. Se armó al pueblo, y se colocaron dos piezas de artillería, una en la puerta de San Mateo y otra en la del Forcall.

Los tercios de Morella quedaron en esta plaza para su defensa, pero las compañías de las aldeas corrieron á detener la invasion, uniéndose á los del Maestrazgo; que no podian sufrir, que los rebeldes pisaran el terreno. Los capitanes D. Gaspar Gil, del Forcall; Gerónimo Gil de Cincorres, y D. Gaspar Sales, de Cati, deseosos de combatir á los enemigos del rey, y contraer méritos para inclinar el corazon del monarca á dictar una sentencia favorable en el largo y ruidoso pleito de la separacion de las

aldeas de su metrópoli, no perdonaron medios, costeándose los gastos de la expedición y portándose como valientes en las acciones y escaramuzas, que tuvieron con los catalanes (1.) La actitud hostil de los pueblos del Maestrazgo; los combates cuyo resultado les fué tan contrario, obligó á los catalanes á abandonar á San Mateo y retirarse á Tortosa con pérdida considerable de sus tropas. Durante aquellos días el obispo y curia eclesiástica se trasladaron al ermitorio de Nuestra Señora de la Fuente de Castellfort, en cuya Iglesia administró el Ilustrísimo Prelado los sacramentos de la confirmación y celebró órdenes.

11. Era llegada la hora de hacer algun esfuerzo supremo. Las tropas del rey habian conseguido algunas victorias, y como entraba el desaliento en los sublevados, se hizo un llamamiento general, al que respondieron los pueblos cansados ya de la guerra civil. Se levantaron compañías de voluntarios, designándose á Tortosa por el punto que primero debia combatirse. Morella reunió un batallón de quinientos hombres, ciento diez de la población y los restantes de las aldeas. Se nombró á Don Melchor Dalp por jefe de los expedicionarios, acompañándole Don Jaime Ciprés, su Justicia mayor, y una compañía de tortosines emigrados á esta población. Cinco piezas de artillería y las acemillas seguían á los expedicionarios, que llegaron á Ulldecona á reunirse con un ejército de voluntarios de Valencia, comandado por D. Bernardo Adell

(1.) En el memorial que dirigieron al rey para emanciparse se alegan, entre otras cosas, la decisión, los gastos y el arrojo de las compañías de las aldeas en el combate de San Mateo.

Jurad en Cap. La vanguardia de los valencianos era quinientos estudiantes de la universidad, que con el ardor de la juventud marchaban á Tortosa ávidos de gloria. El marqués de Mortara despues de haberse apoderado de Flix y de Miravet, bajó á los campos de Tortosa con diez mil hombres, para dirigir los trabajos del sitio, mientras el de Alburquerque protegía á los sitiadores con su escuadra, anclada en los Alfaques.

Con el mayor aparato se puso sitio á la plaza de Tortosa; pero á los primeros disparos de nuestra artillería se conoció que sería débil la resistencia. El 3 de Diciembre de 1650 suspendióse el fuego, se entablaron negociaciones y el dia 6 se entregaron los sitiados, con grande alegría de los tortosines, que miraban amenazadas sus vidas y sus haciendas.

12. Urgía el adelantar la reduccion de Cataluña, por que Portugal habia levantado la voz de independenciam, complicando más el estado de insubordinacion y desorden en los dominios de Felipe. Avanzaron hasta Tarragona, que con algun esfuerzo pudieron ocupar los castellanos, pero fueron tan grandes las crueldades de los vencedores, que las represalias que tomaron uno y otro bando agriaron más aquella guerra, harto cruel y desastrosa. Temerosos los de Barcelona y no creyéndose bastante fuertes para resistir un largo sitio, más quisieron entregarse á la Francia, que abandonar la empresa. Luis XIII tomó el título de conde de Barcelona, envió tropas en socorro de los catalanes, y arreció la tempestad, cuando parecia conjurarla. Por fin despues de un largo y obstinado sitio se entregó Barcelona, y pudieron regresar á

sus hogares D. Melchor Dalp y los soldados de su compañía, porque los de las aldeas se volvieron desde Tortosa.

13. La páz de los Pirineos aseguraba la tranquilidad de estos reinos; el cielo habia enviado lluvia bastante, que fertilizó los campos, y la peste ya no se conocia en el reino de Valencia. Era tiempo de alentar, de enjugar las lágrimas y entregarse al regocijo, dando espansion al pecho oprimido tantos años por la balumba de males. Se proyectaron unas fiestas, que dicese, fueron tan brillantes y solemnes como jamás se habian visto. No tenemos relacion detallada; pero conocemos el carácter de los morellanos, y las causas que las motivaron, y nos es fácil dar crédito á los apuntes que encontramos.

14. Dejaremos los hechos que en el reinado de Don Felipe IV acontecieron por no tener relacion con lo que nos hemos propuesto. D. Felipe tenia asegurada la páz pero las pérdidas que la corona tuvo durante su reinado no dejaban de congojarle y desvanecidas podia tener las esperanzas de recuperar sus estados. Por otra parte una guerra de tantos años habia puesto el tesoro en un estado deplorable. Las glorias de sus abuelos Cárlos I y Felipe II se habian eclipsado, y la pujanza de los españoles habia caido en la postracion y envilecimiento. Poco más de un siglo habia pasado y esta nacion poderosa era escarnecida, y si mas allá de los mares conservaba estensos dominios, la mala administracion de sus rentas apenas dejaba producto para la metrópoli.

Triste era el cuadro que á los ojos de Felipe presen-


taba la España y esto le atrajo una melancolía que oprimía su corazón, hasta que en 17 de Setiembre de 1665 falleció, dejando la corona á su hijo D. Carlos. Si la casa de Austria levantó el honor nacional á grande altura en los primeros reinados, fué descendiendo poco á poco y al morir Felipe IV dejó el reino en la agonía, para que acabase en su hijo D. Carlos la dinastía austriaca, pasando la corona á la casa de Borbon. Concluiremos tambien nosotros la segunda época de nuestra seccion histórica, reseñando en el siguiente capítulo algunos hechos del último rey austriaco, bien que nos llaman la atención algunas desaveniencias locales.



CPITULO XV.

RESUMEN.

1. Cárlos II. 2. BUREOS. 3. Rivalidades entre masoveros 4. Venganzas. 5. Procesos. 6. Motin de los masoveros. 7. Inútiles persecuciones. 8. Medios para hacer las paces. 9. Páz. 10. Resumen del reinado de Cárlos II.

1.  la muerte de Don Felipe IV heredó el trono de las Españas su hijo D. Cárlos, que solo contaba cuatro años de edad, y por disposicion del rey difunto quedó la reina viuda regente del reino, asistida de un consejo de personas notables. Echóse de menos, que entre las personas que debian ayudar á la reina en el gobierno, no se hiciera mencion de D. Juan de Austria, y no tardaron los españoles en manifestar su disgusto por la privanza del P. Nithard, confesor de la reina. D. Juan se presentó con una fuerza, que manifestaba no ser tan dócil á las disposiciones del difunto rey, y menos, que aprobaba lo que la reina disponia. El temor de que comenzase una guerra civil obligó á la regente á despedir al P. Nithard y á nombrar al de Austria virey de la antigua corona de

Aragon. Pero la caprichosa reina fijó los ojos en D. Fernando de Velanzuela, que de paje del duque del Infantado, subió á los primeros destinos del reino, y este valido disgustaba á los cortesanos y daba pábulo á la maliciosa murmuración. Fortuna, que D. Carlos cumplió los quince años y se encargó del gobierno, desterrando á los que el pueblo señalaba como causa de los males de la patria, sin exceptuar á su misma madre.

Tampoco D. Carlos era para gobernar un reino como el de España. Pusilánime, de escaso talento, sin resolución, era juguete de ambiciosos que medraban á su sombra. En su reinado, sin embargo, hubieran nuestros padres disfrutado de las dulzuras de la paz, si algunas desavenencias locales no turbaran el sosiego y no hubieran introducido la inquietud en sus corazones. Como en nuestra obra nos hemos propuesto dar á conocer el carácter morrellano en todas faces, vamos á dar cuenta de un acontecimiento, que si en un principio pudiera pasar desapercibido, llamó luego la atención de las autoridades, y amargó por algunos años los dias de sosiego, que hubieran disfrutado sin aquellas sangrientas rivalidades: tomaremos nuestra reseña desde el principio, y daremos á conocer una costumbre muy antigua que ha llegado hasta nosotros.

2. En el lugar correspondiente hemos consignado algunas costumbres religiosas de nuestros masoveros; diremos algo de sus ratos de soláz, de aquellas noches de invierno en que reunidas las familias se entregan al bullicio ó á pasatiempos, unas veces inocentes, pero que tambien otras son la causa de disgustos y sinsabores: de

los *Bureos*. También nuestros masoveros tienen sus tertulias, sino en salones y grandes palacios en las rústicas cocinas de sus casas de campo. En las fiestas de Navidad, en los días de Carnaval y en los desposorios de alguna hija de nuestros colonos; cuando las noches son largas y el tiempo frío, los ancianos de nuestras masías quieren disfrutar una velada alegre y proporcionar unos momentos á sus jóvenes. Determinase el día en que se tendrá el *Bureo* en la masía de N. y los jóvenes, ansiosos de gozar de aquel rato de placer, reciben con júbilo la noticia, cundiendo por las casas de campo, como si se anunciara un fausto acontecimiento. Cuando llega el día deseado; desprendidos de las faenas, grupos de jóvenes, acompañados de algunos ancianos, cruzan los bosques, atraviesan las altas sierras y al resplandor de la luna, ó tal vez entre los copos de nieve que mansa se deja caer sobre la tierra, acuden al *Bureo*.

El salon de recreo es la cocina. Esta pieza, la más necesaria en nuestras casas de campo, es por lo regular, un cuadrilátero de más ó menos capacidad; pero siempre capaz de contener treinta ó cuarenta personas al rededor del fuego, encendido en el centro y rodeado de bancos de piedra ó madera tosca. En estas reuniones dos personas son indispensables, el músico y el bufo ó gracioso del *bureo*. El músico, que toque la guitarra, siquiera *raspando* y con golpes á compás, y el bufon, que divierte á la tertulia con chistes y juegos, que llaman *entremeses mojigangas*, ó pantomimas. Estos dos papeles se escogen entre los prácticos de la retonda.

Cuando la familia de la casa concluye su cena frugal,

suenan la guitarra y los jóvenes se ponen en movimiento. Los mozos apuestos, con sus mejores vestidos, y las doncellas con su modesto, pero traje aseado, emprenden su zapateo, y es fama, que procuran ganar al músico para que no les olvide en sus canciones. Suavizan los intermedios del baile pasando de mano en mano el canasto de rollos tiernos, nueces, bellotas dulces, y algun plato de miel, siguiendo la bota ó el *porró* catalan. La segunda parte se ameniza con juegos, pesados alguna vez, cuando quiera reirse á costa de los advenedizos, y entónces el búfo con mimos y agudezas picantes hace asomar una risa en los labios de los viejos y mueve las carcajadas de los jóvenes. Es la una de la mañana y los tertulios dejan el *bureo*, para emprender un viaje de una ó dos horas, entre las tinieblas de la noche y cruzando veredas y pinares. Se nos dispensará el haber injerido esta costumbre de nuestros masoveros, y veremos ahora las tristes consecuencias de unas burlas imprudentes, que se permitieron cierto dia.

3. En las fiestas de Navidad de 1683 se tuvo bureo en la masía del Colomer. Se halla esta casa de campo á dos horas de Morella, no lejos de la carretera de Valencia, y entre las partidas de San Marcos y *Fon den Torres*, y las del *Moll y dels Llivis*. Los masoveros de las primeras partidas, en donde abundan bosques y pinares, en los dias desembarazados, se ocupan en cortar madera y hacer carbon; los otros que habitan la vega del *Moll* teníanse por mas apuestos, y denostaban á los primeros con el apodo de los de *les alforches fumades*, alundiendo á las alforjas de los carboneros. Acaso el músico y el bufon

serian de la vega del Moll, porque creyéndose aludidos los de la sierra en algunas canciones y chistes, dejaron la tertulia y saliéronse con trazas no muy pacíficas. Al retirarse los de la vega, un diluvio de piedras cayó sobre sus cabezas, decargando el rústico palo sobre los bufos y sobre los jóvenes que habian hecho mofa de los de la montaña. Pocas noches despues cincuenta mozos de la vega, armados con escopetas y palos se dirigian á un *bu-roco* de la Sierra, no para divertirse, sino para vengar la afrenta: tampoco los de San Marcos estaban desprevenidos. Unos y otros entre las tinieblas de la noche se atacaron, resultando algunos heridos de consideracion. Ya no eran los mozos los que habian tomado parte en la lucha; eran dos partidos encarnizados, que se persiguian de muerte; ni unos ni otros podian salir del terreno propio sin ser apaleados. Un dia bajaron los de la montaña, entraron en la vega, y cuando estaban desprevenidos algunos jóvenes, les cogieron, y con grande crueldad, les sentaron sobre las ascuas de una hoguera, dejándoles despues en libertad. Desde entónces el partido de la montaña era conocido por el de *les alforches fumades* y el de la vega por el de *el c..... socarrat*.

4. Las venganzas siguieron en los partidos, llegando el encono á tal extremo, que nadie podia aplacar la ira de los feroces partidarios. En vano se ensayaron todos los medios de conciliacion, la sangre hervía, y se hacian sor-dos á las amonestaciones y amenazas de las autoridades, siguiendo tercios en sus propósitos de venganza.

5. El Justicia y consejo, conociendo la ineficacia de sus palabras, quisieron proceder contra los que se habian

hecho criminalas, aprisionando á los principales motores y á los que la voz pública designaba como caudillos de los partidos. Esta medida, justa y necesaria para calmar las pasiones exaltadas, produjo en los masoveros un efecto favorable á sus intereses, pero que cambió las hostilidades, dirigiendo desde entónces sus miradas de resentimiento á los que obraban con arreglo á los fueros y cumpliendo con un deber sagrado. Eran ya muy antiguas las quejas de nuestros masoveros, porque no se les insaculaba para obtener destinos públicos, como Jurados, Almotacén y otros empleos de la municipalidad: y razón tenían, habiendo ricos propietarios, y debemos suponer que hombres de un talento natural y de conciencia ajustada. Pero sea que la distancia de sus moradas de la población se consideraba como una dificultad para asistir á las sesiones, ó que en aquellos tiempos en que el Jurado era un consejero del Justicia y debía dar su voto en las sentencias con arreglo á los fueros, y los habitantes del campo no tuvieran instrucción, lo cierto era, que sus reclamaciones eran desatendidas. Cuando vieron que sus hijos y hermanos estaban sepultados en la cárcel, dijeron: no debemos destrozarnos por motivos pueriles; nuestros enemigos no son los masoveros, están en Morella, y allí se rien de nosotros y nos sacan el dinero. No contentos con escluirnos de la participación en los empleos públicos, ahora aprisionan nuestros hijos, y nos piden nuestro dinero. ¡Guerra á los causídicos, á esos— y les designaban con un mote, que no queremos estampar en nuestro escrito— que nos chupan el sudor del rostro!

El año 1684 se habian de celebrar las fiestas sexena-

les; era el segundo sexenio, y como en el orden de las funciones, los artistas precedian á los labradores, estos protestaron, diciendo: que su gremio era el más numeroso, el que contribuia á los gastos con una mitad, y su profesion noble no les permitia consentir, que los artistas, en cuyo gremio entraban abogados, notarios y comerciantes, *tenders*, les precedieran en las procesiones, ni celebraran el dia del novenario antes que ellos. Acalorada fué la cuestion; pero se nombró una junta, que dió su parecer en contra de sus pretensiones. Resignáronse á pesar suyo los masoveros, pero dejaban entrever, que aquel nuevo desaire aumentaba su disgusto y que manifestarian su resentimiento cuando se les presentase ocasion.

6. Con mucho sigilo llevaban su plan los masoveros; plan arriesgado, temerario, cuyas consecuencias no premeditaron, ni alcanzaron á comprender los males que sobre ellos caerian. En el Domingo 27 de Mayo de 1685, en los primeros albores del dia, cuando los habitantes de Morella dormian su último sueño, sin recelar una sorpresa, trescientos masoveros armados con escopetas entraron por las puertas de la villa, descuidadas por ser tiempo de paz. Su primer cuidado fué apoderarse del castillo, que solo tenia algunos inválidos de guarnicion. Asegurados de tener bajo la custodia de algunos los depósitos de armas y municiones, bajaron á la villa, cercaron la casa del Justicia mayor D. Francisco Moliner, y la del suplente D. Blas García. Los gritos y amenazas de los amotinados masoveros hicieron temer á los funcionarios públicos, que su vida corria peligro. El Justicia mayor

salió á la ventana, y para calmar la agitacion, dijo estas palabras, que testuales copiamos. Hijos si me quereis matar aqui estoy: dejadme confesar y disponed de mi vida; pero tened presente, que debo obrar con justicia, sino he de ser traidor á mi Dios y á mi rey, concluyendo que estaba pronto á reparar los daños y ofensas, si le aseguraban la vida. No se portaron con tanta moderacion los que tenian sitiada la casa de D. Blas García, porque resistiéndose á abrir la puerta, la rompieron con hachas, pudiendo conservar la vida por haber escapado por los tejados. Igual suerte hubiera cabido á D. Joaquin Palau, justicia de trescientos sueldos, y á D. Francisco Albesa, jurado. Como el tiempo urgía, se destacaron doce ó veinte hombres á la parroquia de San Miguel, en donde vivia Francisco Vives, y como al ruido habia salido á la calle, le hicieron una descarga y le dejaron muerto á la puerta de su casa. Pasaron á la casa de D. Tomás Miralles, Jurado mayor, llamaron á la puerta, y como le vieron salir á la ventana, otra descarga hubiera acabado con su vida á no haber errado la puntería.

Al ruido de los tiros se alborotó la poblacion, corrió la voz de que los masoveros querian degollar á los Jurados y notarios, y algunos atrevidos marcharon en busca de armas; pero los masoveros tenian apostados algunos hombres en las calles para no dejar pasar á nadie. Tenian los religiosos de San Francisco gran poder y prestigio entre los masoveros, y emplearon todo su valimiento para calmar á los furiosos, que solo respiraban sangre. Eran las siete de la mañana cuando el jurado D. Tomás Miralles, á quien se le habia hecho la descarga, se defen-

dia desde su casa, y los hombres de motin, que no podian vencerle, dieron fuego á la puerta, para que muriera abrasado. No era tiempo de esperar y sacerdotes, caballeros, frailes y en su compañía otras personas del pueblo, se dirigieron al lugar del incendio, aplacaron la ira de los sediciosos, prometiéndoles alcanzar cuanto pedian; y sacaron á Miralles, que fué conducido á la sala del consejo. El Arcipreste se habia ido á la iglesia, confiado en que la presencia de Jesus Sacramentado humillaría aquellos ánimos exacerbados. Sacó la *custodia* y acompañado de algunos devotos con luces, quiso bajar á la Zapatería, en cuya calle estaban los amotinados. Llegó á las *Cinco Esquinas*, y le fué preciso retirarse, porque las amenazas de aquellos ciegos y frenéticos, le hicieron comprender, que ni respetaban á Dios, ni á su párroco. ¡A tal estado de obcecacion habian llegado unos hombres, que se creian ofendidos!

Para evitar mayores desgracias y conociendo la inflexibilidad de carácter de nuestras gentes de la montaña, ofrecieron los Jurados acceder á sus pretensiones, con tal que las formularan en un escrito. El clero, los nobles y religiosos de las dos comunidades de San Francisco y San Agustin se encargaron de arreglar la transaccion y reunidos en la sala municipal, manifestaron los masoveros sus quejas y pretensiones, redactando la solicitud, en que pedian: Primero. Que se mudaran todos los vegueros. Segundo. Que se escluyeran del consejo todos los notarios. Tercero. Que se les devolvieran las cantidades, que se les habian exigido por las pérdidas de la villa. Cuarto. Que les asegurasen las vidas y haciendas. Quinto. Que los

masoveros fueran insaculados para los oficios públicos. Sesto. Que dieran cuentas de veinte y siete años atrás de las rentas de la villa y de su inversion; y por último que todos los oficiales de curia y consejeros ofrecieran defenderles. Preciso fué conceder lo que pedian y firmar un convenio, acaso sin ánimo de cumplirlo. No sabemos si asistia la justicia en sus pretensiones ó si era solo la suspicáz desconfianza de estas gentes. Convencidos pues, desocuparon la poblacion, previniendo al Justicia, que no se tocaran las campanas á rebato, ni se viera un solo hombre armado por las calles ni en busca de ellos, sino querian que se multiplicaran las víctimas.

No bien los masoveros habian salido de Morella, cuando los consejales escribieron á D. Jaime Borrás, gobernador de Castellon y á D. Juan de la Torre, juez de la R. Audiencia del reino, dándoles cuenta del atrevimiento de los masoveros y del atropello que habian sufrido las autoridades. El 29 de Mayo llegó á la poblacion el gobernador D. Jaime Borrás, con las compañías de Castellon y Vilareal, y el 6 de Junio D. Juan de la Torre, con las de Moncofa y otras, reforzando la plaza con quinientos treinta soldados. Informados del suceso, comenzó el Juez la sumaria, y de acuerdo con el Gobernador, determinaron apresar los masoveros que habian tomado parte en el motin, y como eran cuasi todos, fué preciso escribir á los pueblos para que se apoderasen de todos los masoveros de Morella, los que llevasen presos á estas cárceles. Se avisó secretamente á todos los hombres jóvenes de esta poblacion, para que estuvieran dispuestos en la mañana 8 de Junio, que habian de salir á somaten con la tropa.

7. No se hallaban los masoveros deprevenidos; ellos tenían sus confidentes en la poblacion y habian colocado sus vigilantes en los cerros para avisar con sus rústicas trompetas, con un cuerno, á la salida de las tropas. Estas reforzadas con los paisanos, se dividieron en cuatro partidas y cada una tomó la direccion por su partida de terreno. Cuando los centinelas de los masoveros vieron la tropa, el ruido de los cuernos avisó en pocos minutos á todas las masías, y dejando sus viviendas con las mujeres y niños, armados con sus escopetas, se retiraron en grupos á los bosques, barrancos y altas montañas, sin que se pudiera aprisionar, sino á algunos ancianos. Los de Cintorres pudieron sorprender á cinco, y tres los del Forcall, los que se entregaron á D. Miguel de Vera, que habia quedado en Morella con alguna fuerza de la compañía de Castellon. Diferentes dias se repitieron las batidas y cuasi siempre sin fruto, porque sabian muy bien nuestra gente del campo eludir la persecucion, y no escaseaban los vigías en todas las montañas. El gobernador Borrás, se marchó á Castellon, dejando al Juez, de la Torre con la compañía de Moncofa, para que pudiera activar el proceso.

8. Larga é ingrata fuera la tarea de referir los varios acontecimientos que siguieron á estos dias, y nos faltan datos para poder caminar con seguridad; pero dos años despues aun seguia el fuego de la discordia, siendo peligroso salir de Morella á los que acusaban los masoveros de ser sus enemigos y no atreviéndose á entrar en esta poblacion por el recelo de ser aprisionados. Tenemos á la vista una carta autógrafa del obispo de Tor-

tosa, su fecha 23 de Junio de 1687 y en ella vemos que se trataba de la reconciliacion de los masoveros con los oficiales de curia civil. El prelado diocesano encarga, que para que las gestiones tengan un feliz resultado, se valieran de la intervencion de D. Francisco Grau y del baile D. Francisco de Lafiguera, y como en ello se interesaba la honra de Dios, que los sacerdotes influyeran en lo posible, mandando al mismo tiempo, que se hicieran rogativas para el mejor acierto.

9. Sin duda, que se tropezaría en la cuestion de pagar los gastos ocurridos en los varios procesos, y que los masoveros interesarian el celo del obispo D. Severo Tomás Auter, para que se condonaran todas ó parte de las costas; pues tenemos otra carta del mismo prelado, dirigida al arcipreste, en la que encarga diga á los labradores, que no esperasen se interesase en lograr de su Excelencia, para la *diferencia de los gastos*, pues harto habia trabajado en *conseguirles el mayor beneficio*.

No sabemos cómo, ni el dia en que se firmaron las paces; pero la última carta que hemos citado tiene la fecha del 20 de Julio del mismo año, y en Setiembre ya se hallaba restablecida la armonía, pesándoles de haber turbado el orden por causas, que no merecian haberse alarmado. Hemos dado cuenta de esta guerra popular, llamada de los masoveros, porque interesa á una localidad conservar la páz y la armonía, y alguna vez se turban por frívolos motivos, y difícil es lograr la reconciliacion, cuando enconados los ánimos, se miran como á enemigos encarnizados. Un siglo más y tendremos que referir otra conmocion popular, otra division, que disgustos causó á los

morellanos. Para conocer el carácter de un pueblo no basta dar al retrato la primer mano, bueno es aplicarle diferentes tintas.

10. Al comenzar el capítulo hemos delineado el carácter de D. Carlos II: poco diremos ahora, porque pocos hechos nos pueden interesar particularmente, como á cronista de Morella; solo nos proponemos continuar la narracion y no dejar largos claros, que corten la hilacion de ideas á nuestros lectores.

Tres guerras se vió obligado á sostener el monarca español con el francés, y si bien consiguió algunas victorias, al fin de la campaña solo podia conocer el último vástago de la casa de Austria, que se habia eclipsado la feliz estrella que lució en los dias de sus abuelos. Pero Luis el Grande comprendía que la paz le podria reportar ventajas, ya que el rey de España no tenia sucesion directa, y su nieto Felipe podria ceñir la corona, como nieto de la hermana mayor del monarca español; y no se descuido en firmar un tratado en 22 de Setiembre de 1697, cesando por entónces las hostilidades y dejando á Europa pacífica.

Y ciertamente que el estado de salud de D. Carlos era para temer una muerte cercana, y sus áulicos no se descuidaron en manifestarle el peligro y la necesidad de nombrar sucesor en la corona. Pero los habilidosos embajadores de Austria y de Francia, que unos y otros trabajaban para que la eleccion recayera en un príncipe de su reino, pudieron dividir los pareceres y crear dos partidos de las personas que rodeaban al monarca. La reina, el Almirante de Castilla, el marqués de Melgar, y el

conde de Cropesa se inclinaban al partido austriaco, el cardenal Portocarrano, el inquisidor Recaberti, y otros grandes de España al partido de los Borbones. Menudeaban las intrigas y los manejos, hasta propalar que habian hechizado al rey, patraña que fué creida en aquellos tiempos por el vulgo, que no podia comprender la ineficacia de la medicina para sus dolencias habituales. Se consultó al papa Inocencio XII y reunidos algunos sabios de Roma dijeron: que la corona de España, despues de la vida de Carlos, pertenecia á D. Felipe, duque de Anjon, por ser nieto de Doña María Teresa de Austria hermana mayor del rey, con preferencia á Doña Margarita hermana menor; aunque uno y otro partido aguzaban su ingenio para provar el derecho de sus defendidos, Don Carlos otorgó su testamento en 2 de Octubre de 1700, declarando por sucesor en la corona á D. Felipe de Borbon; encargando la regencia á una junta compuesta de la reina y otros altos personajes. Peco vivió pues su muerte acaeció en primero de Noviembre siguiente.

A la muerte de Carlos II, conocido por el *Hechizado* entra la casa de Borbon á reinar en España. Siguiendo nuestras tareas, continuaremos reseñando los acontecimientos más notables de sus reyes hasta nuestros dias, en que Doña Isabel de Borbon dejó el trono, para marchar á pais estrangero á llorar sus desventuras y la ingratitude de un pueblo que poco antes la victoreaba. Al comenzar nuestra obra no podíamos pensar, que en sus páginas consignáramos los acontecimientos que hemos presenciado.



ÉPOCA TERCERA

CAPITULO I.

RESUMEN.

PRELIMINAR. 1. El duque de Anjou entra en España y es jurado rey con el nombre de Felipe V. 2. El emperador Leopoldo le declara la guerra. 3. Entrada de los austriacos en España. 4. Diviéndose en dos bandos los pueblos de esta montaña. 5. Guerra civil la más encarnizada. 6. D. Vicente Feliu en Caspe. 7. Acciones y escaramuzas. 8. Los Migueletes bloquean esta plaza. 9. Sitio. 10. Capitulacion de los morellanos. 11. Conducta de los austriacos en Morella. 12. Segundo sitio. 13. Se amotinan los morellanos y obligan á entregar la plaza á los borbónicos. 14. Entra en Morella el teniente General Arene. 15. Acciones y escaramuzas. 16. Esplosion del polvorin. 17. Derrota de los morellanos en el puente de la Todoleila. 18. Se proyecta el sitio tercero.



a dinastía austriaca acabó con la muerte de Carlos II; otra dinastía, la de la raza de Borbon, empuña el cetro de los Recaredos, Alfonso y Fernandos; pero el príncipe á quien llama el testamento del difunto rey, hallará la nacion dividida en opuestos bandos, que no tardarán en tomar las armas para disputarse el triunfo y colocar so-

bre el trono de las Españas al rey de su devoción. Jamás se había visto tan encarnizada lucha, ni tan enconados partidos, uno que defendía á Felipe, otro á Carlos, archiduque de Austria: éste era extranjero, el otro había nacido allende los Pirineos; y por ellos se derramó la sangre española con tanta abundancia, que un siglo había pasado y aun nos sobrecogíamos de espanto al oír la relación de los desastres de aquella guerra civil.

Niños éramos, cuando nuestros padres, como si fueran el eco de sus abuelos, nos referían algunos hechos de aquella guerra civil, que nosotros escuchábamos temblando y como si fueran de aquellos días; nos designaban algunos lugares que sirvieron de sepultura á las víctimas de uno y otro bando, y la guerra *dels Micalets*, era para nosotros un cuadro horripilante, trazado con lágrimas y sangre. Y entónces apenas habíamos saludado la historia de nuestra patria; no habíamos tenido ante los ojos algunas memorias escritas por testigos presenciales, pocos días despues de pasada la borrasca; ni juzgar podíamos, solo podíamos sentir y desear saber algo más de lo que nuestros padres nos contaban, refiriéndose á lo que en su juventud oyeron á sus abuelos. Cuando comenzábamos á hojear la historia de aquellos tiempos borrascosos, sobre nuestra cabeza se cernía otra tempestad; oscuros nubarrones, preñados de desastres, amenazaban descargar sobre nosotros y los bramidos del huracán, que había de conmover la patria, hacían retemblar nuestra humilde vivienda: las impresiones, causadas por la lectura de pasados hechos se borraron, cuando otros hechos de que fuimos testigos nos confirmaron, de que

en dias de vértigo y furor se sofocan los sentimientos de humanidad, para satisfacer la feróz rabia de los partidos.

La mayor de las calamidades que pueden afligir á los pueblos es una guerra civil, en la que el hermano lucha contra el hermano, y el hijo se abreva con la sangre misma de su padre. Los escritos que nos legaron nuestros mayores no bastan para convencernos, ya llegaremos á una época de la que podremos hablar como á testigos; entre tanto seguiremos nuestra tarea.

1. La política de Luis XIV de Francia habia triunfado; un nieto suyo era llamado por el testamento del último rey á ceñir la corona de España y aunque jóven y sin esperiencia, confiaba el sagáz francés, que nuestra península sería una provincia de su reino y Madrid el simple éco de la corte de Versalles. Desde ahora ya no habrá Pirineos, dijo Luis al ver á su nieto que partia para España, y demasiado se cumplió en un principio esta prediccion, cuando una corte francesa vino á arreglar los negocios de nuestra patria, con mengua de los españoles, que dóciles obedecian las órdenes de la cámara francesa, que rodeaba al jóven monarca. Cinco dias despues de la muerte de Carlos II se leia su testamento al rey de Francia, y si con dobléz y afectada sorpresa, pareció deliberar sobre la admision de la oferta para su nieto, la corona de España no era cosa baladí para que la escapiera. El dia diez y nueve de Noviembre era ya saludado el duque de Anjou como rey de España, tomando el nombre de Felipe V.

Solo contaba el nuevo rey diez y seis años y su constitucion física no era la más robusta, ni la educacion

tan brillante para que España pudiera prometerse días de prosperidad y ventura; pero D. Felipe, inflamado con el deseo de coronarse, dejó su patria, atravesó los Pirineos y se apresuró para llegar á Madrid en donde se le esperaba con ansia, recibiendo en los pueblos del tránsito ovaciones las más cordiales, victoreando á D. Felipe V. de Borbon.

2. Pero si el testamento de D. Carlos II y el poder de Francia aseguraban el trono de Felipe, en el exterior de España se miraba con celos y con envidia que entrase á gobernar un Borbon, engrandeciendo el poder colosal de los franceses y dejando burladas las esperanzas del emperador Leopoldo de Austria, que habia creado un numeroso partido dentro de España, para que allanase las gradas del trono á su nieto D. Carlos. A lo léjos se oia el ruido de una tormenta, y algunos españoles no podian ocultar su desafecto al mismo monarca, y que se preparaban para el día de la lucha. Rasgóse el velo que ocultaba el despecho del burlado Leopoldo, y mientras encargaba á la zapa de los españoles malcontentos el abrir la mina, que luego habia de reventar, reunió un ejército numeroso, y asaltando los límites de las posesiones que teniamos en Italia, manifestó de que Austria no acataba las disposiciones testamentarias del último monarca español, ni renunciaba los derechos que creia tener á la corona de España. Las primeras victorias de Carpi y de Chiari hicieron comprender que la tormenta que asomaba en Italia pudiera arceciar y alcanzar despues á la misma España: no era tiempo de dormir.

En las posesiones españolas de Italia habia sonado el

nombre de Carlos III rey de España, y esta voz habia encontrado éco en algunas naciones, que por interés, envidia y recelos de que Francia se engrandeciera, se apresuraron á saludar al archiduque, como monarca español y no tardaron una en pos de otra en ofrecerle sus armas para ayudarle en la empresa. El rey Felipe dejó la España al cuidado de Portocarrero y con el ardiente corazón de un jóven, marchó á Italia, entró en Nápoles, en donde se le recibió con frialdad, y el 2 de Julio de 1702 se encaminó á Milan, organizó las tropas, se hizo reconocer como rey y esperó al duque de Vendome, que con tropas francesas habia de llegar en su ayuda. La presencia del rey, el refuerzo de tropas, las incitaciones de los gefes, todo esto reanimó al ejército, y ya se deseaba encontrar á los imperiales para humillar su exaltado orgullo despues de las primeras victorias. Comenzaron las hostilidades y en pocos dias D. Felipe recobró á Módena, Regio, Corregio y Carpi. El valor y serenidad que manifestó el jóven monarca en los primeros ensayos, desmintieron el errado mal concepto que de él habian formado los españoles, é hicieron prometer dias de gloria para su reinado.

La gran Bretaña, recelosa de que el engrandecimiento de la Francia fuera en mengua de aquella nacion, no solo favorecia al Austria con armas y pertrechos de guerra, sino que se declaró hostil á España y con una armada anglo-holandesa de cincuenta naves se presentó á la bahia de Cadiz, se apoderó del Puerto de Santa María, y hubiera entrado en la misma ciudad de Cadiz, á no haberse armado sus habitantes, temerosos de sufrir los

atropellos y vejaciones que los de la Isla habian recibido de los invasores. Por desgracia, al retirarse la armada estrangera, hallaron una flota que venia de América cargada de riquezas y se hallaba cerca de Vigo; se arrojaron sobre las naves españolas, pero el valor, el despecho y desesperacion de D. Manuel Velasco, llegó á tanto, que antes quiso que los tesoros fueran á pique, hundiéndose la flota, que entregarse á los ingleses. Siete bajeles cayeron en poder de los enemigos, y por cierto, que el oro que contenian, pagó el trabajo de su empresa.

D. Felipe, que en Italia dirigía las operaciones militares de sus soldados, sabia tambien que dentro de España tenia enemigos encubiertos, que trabajaban para desacreditar á su gobierno y en hacer propaganda, pintando al archiduque Carlos, como á un príncipe dotado de las más bellas cualidades para regir los destinos de esta nacion. En Cataluña era la provincia en donde habia arraigado más la propaganda austriaca, y en donde se manifestaba á las claras la inquietud de sus habitantes para levantar bandera. Preciso fué eludir el peligro y volver á la capital de la monarquia á remover obstáculos y precaver una sublevacion popular. En Enero de 1703 llegó el rey á Madrid, y si fue recibido con muestras de grande afecto, no se podia ocultar, que las intrigas y manejos de los partidarios del archiduque habian hecho prosélitos; y las modificaciones introducidas por la corte francesa no cuadraban á muchos españoles, mayormente á los de Aragon, acostumbrados á sus libertades y antiguos fueros. Con más ó ménos embozo se proclamaba á D. Carlos de Austria por rey de España, prometiendo en su

nombre recuperar los derechos de los pueblos y aligerar los pagos y gabelas: así se preparaba el terreno dentro de esta nación, mientras que en lo exterior se hacían aprestos para una campaña.

3. Pareció al viejo Leopoldo que era llegada ya la hora de probar fortuna y envió á su nieto el archiduque con una armada, que debía arribar á las costas del Principado; pero antes, ya que Portugal se había declarado en favor de la liga austriaca, desembarcó en aquel reino, enviando manifiestos á todas las ciudades de España, reclamando sus derechos á la corona y titulándose *Cárlos III rey de las Españas*. Su gran partido, que embozado había permanecido hasta entónces, dió señales de vida; las ciudades primero y luego los pueblos y las aldeas no podían disimular que entrarían en la lucha, unas para defender al rey D. Felipe, otras para correr con las armas á prestar sus fuerzas á D. Cárlos. Las tropas francesas habían entrado en España capitaneadas por el duque de Berwich y el rey dispuso que se acercaran á Portugal para conjurar la tormenta en su origen. La campaña de Portugal fué en un principio favorable á las tropas de D. Felipe, pero rehaciéronse los coligados y recuperaron algunas plazas, hasta penetrar en España. Estos reveses en las armas del rey envalentonaron á sus enemigos, hicieron levantar la cabeza á los partidarios del archiduque en las provincias, y en Cataluña se daban publicamente vivas á Cárlos III; en las mismas filas realistas se notaba un descontento entre los oficiales, por la preferencia que se daba á los franceses, y por el grande influjo que en los negocios tenían los de aquella nación.

D. Carlos se embarcó para Cataluña y no hallando dispuestos á sus habitantes, repasó la ruta; cuando el capitán inglés Roveh, sabiendo que la plaza de Gibraltar se hallaba confiada á unos cuantos inválidos, saltó en su playa y sin esfuerzo alguno, se apoderó de una de las mejores fortalezas de España, que conservan aun con mengua del nombre español. Pero si las primeras tentativas de los austriacos no habian producido el efecto que ellos deseaban, no por esto desmayaban; conocieron, que antes de pisar el terreno de España debian ganar el corazon de los españoles, ahora con promesas, despues desprestigiando al gobierno de D. Felipe; comprendian que si las tropas coligadas podian oponer resistencia á las francesas, los españoles habian de ducidir la victoria, y cuando las provincias castellananas se agruparon al rededor del rey, Aragon, Cataluña y Valencia, en donde germinaba la semilla de rebelion arrojada con destreza y disimulo, podian favorecer á las armas austriacas, y su carácter indomable les prometia un éxito feliz, una vez que lograran levantar las masas y lanzarse al combate. Mas los diestros y zolapados emisarios del archiduque no pudieron conseguir del todo su objeto, logrando si fraccionar las ciudades, los pueblos y hasta las familias en bandos, inclinándose primero á uno de los partidos, haciendo luego pública su inclinacion, ahora con palabras, luego con obras manifiestas.

En 1705 apareció la armada Inglesa en las costas de Valencia, llevando á bordo el archiduque, desembarcó en Altea y apenas habia puesto los pies en terreno valenciano, cuando una multitud bulliciosa, salida del bajo

pueblo, acudió á victorearle, y las turbas de la ribera del Júcar le aclamaron por rey con el nombre de Carlos III. Por entónces era la hez del pueblo, no ávida de gloria, sino ansiosa de pillaje y con deseos de una licencia para su venganza. Pasó el archiduque á Denia, fortificó sus débiles muros y desde allí halagaba á los españoles con promesas; compadeció falsamente el estado de esta nacion gobernada por los estrangeros, y con dulces palabras procuraba insinuarse en el corazon de los grandes, para ganarles y atraerse á los pequeños. No está Denia lejos de Valencia, y esta ciudad, si contaba dentro sus muros á muchos enemigos de Felipe, le habia jurado, habia sido fiel, y su inmensa mayoria no respondió á las escitaciones del austriaco, sino que, al verse amenazada de cerca, se preparó para la defensa, reparó sus muros, levantó un ejército de voluntarios y reunió pertrechos de guerra con ánimo de resistir los ataques que le pudiera dirigir el enemigo. Pero uno de sus hijos, el general Basset, que tenia amigos en Valencia, pero que militaba á las órdenes del archiduque, halló medios de introducir en la capital de nuestro reino la desunion, y la desconfianza en los empleados del gobierno de Felipe: y se entibió el entusiasmo, y el pueblo, dividido en parcialidades, comenzó á manifestar simpatías, ora por Felipe, ora por Carlos, segun se dejaba llevar de las escitaciones de los que manejaban los negocios de cada uno de los partidos. Sin embargo la inmensa mayoria era adicta al rey Felipe, y reuniendo un ejército bien organizado, marcharon los valencianos en busca de los austriacos, y

consiguieron una victoria, obligando á sus enemigos á encerrarse otra vez en Denia.

4. Hasta ahora mirábamos á lo léjos el movimiento de los pueblos, que se preparaban para marchar al combate: acerquemos el cuadro á nuestra vista, para observar la conducta de los habitantes de estas montañas: daremos una ojeada retrospectiva y encontraremos la causa de una division entre Morella y los pueblos que la rodeaban, que ocasionó algunas víctimas.

Mas de una vez hemos insinuado los esfuerzos que hacian las aldeas para separarse de la jurisdiccion de Morella. Consiguieronla con grandes dispendios, y en 1691 pudieron segregarse, constituyéndose villas independientes, nombrándose su Justicia, levantando horca y sentenciándose las causas por su magistrado popular municipal. Pero quedóles un recuerdo del tiempo en que tascaban el freno, y cuando solo habian trascurrido doce años, tenían presente, que Morella habia sido su madrastra.

En 1701 se celebraron en esta villa las fiestas de la coronacion de Felipe V; la poblacion morellana en masa se habia declarado adicta al primero de los Borbones; el arcipreste Roselló predicó el sermon de proclamacion y el retrato del nuevo rey ornaba los salones de la nobleza de Morella. Cuando los autriacos asomaron en la otra parte del reino y fijaron su corte provisional en Denia, los emisarios del archiduque hallaron tan mala acogida al entrar en esta plaza, como dos siglos atras la encontró Guillem Sorolla, porque los representantes del pueblo reunidos en consejo, respondieron á la comision de Carlos: nosotros no tenemos otro rey que á Felipe de Bor-

bon, ese retrato que veis—y señalaron su busto—es una prueba de nuestra fidelidad, y jamás lo quitaremos de este salon para colocar el retrato del archiduque, al que llamais Carlos III: y les despidieron enhora mala. Preparáronse para una defensa, montando la artillería, componiendo las armas que se hallaban almacenadas, haciendo acopio de víveres y municiones, y levantando tres compañías de jóvenes, una de cada parroquia, nombrando sus capitanes y alféreces y confiando la instruccion de la tropa á D. Vicente Felú, Caballero de Montesa y Maestro de campo de los tercios de Morella y el Maestrazgo. La compañía de la parroquia mayor tenia por capitán al jurista D. Carlos Gazulla de Ursino, jóven entónces, hijo del Jurado D. José.

Esta actitud de los morellanos se atrajo las censuras de las villas, que habian sido sus aldeas, de modo, que no podian salir de esta plaza, sin que tuvieran que sufrir las burlas, llamándoles *soldados del Francés*; al ménos manifestaban, que no se hallaban dispuestos á secundar el movimiento de Morella.

Hasta entónces no tenia el austriaco partidarios en esta sierra con las armas en las manos, pero manifestaban de palabra su adhesion. Más D. Carlos se embarcó para Cataluña, entró en Barcelona; Figueras, Lérida y Tortosa le proclamaron rey y no tardaron los catalanes en levantar numerosas partidas de migueletes, guerrilleros terribles, que recorrian el Principado y desafiaban á los soldados del rey, que apenas podian salir de las fortalezas.

Algunas compañías de *migueletes* pasaron el Ebro, se

apoderaron de Vinaroz y recorriendo los pueblos del Maestrazgo, aumentaban sus filas con los voluntarios que salían á defender á D. Carlos. Por desgracia Valencia contaba con escasas fuerzas: pero viendo el peligro que amenazaba á los pueblos de la montaña, envió el regimiento de Pozoblanco, mandado por el marqués de Villagarcía, para que protegiera al Maestrazgo y Morella. Era tarde. El Maestrazgo solo esperaba una ocasion para levantar el grito en favor de Carlos y el bajo Aragon le proclamaba sin reserva. Las compañías de miguelotes que buscaban un terreno montañoso para reclutar jóvenes, entraron en la Tinenza de Benifazar, fortificaron á Bel, Ballestar y Castell de Cabres, y desde allí hacian sus incursiones á los pueblos del Maestrazgo y bajo Aragon.

Conoció el Gobierno de Felipe, que se debia enviar á Morella un cuerpo de tropas para dirigir las operaciones militares de la montaña y designó por gefe al conde del Real. Este antiguo militar llegó á esta plaza en Octubre de 1705 y dispuso la reparacion de las murallas, montando cinco cañones y distribuyendo las fuerzas en diferentes partidas, que pudieran recorrer el terreno. Dió á D. Carlos Gazulla de Ursino la comision de reducir los pueblos de la Tinenza, con las compañías de Morella, y fué tan feliz el jóven capitan, que en ménos de una semana, ocupó todos los fuertes, hizo muchos prisioneros y desalojó á los miguelotes de el terreno quebrado de Benifazar (1) Pero no fué tan fácil reprimir la actitud amenazadora de los demás pueblos de la cercanía y la

(1) Consta en la hoja de méritos de D. Carlos Gazulla que tenemos á la vista.

de los de la bailía de Alcañiz. Las partidas sueltas, que el conde del Real envió en busca de sediciosos, tuvieron que retirarse á Morella, porque todo el terreno hormigueaba de guerilleros, que les hostilizaban desde las montañas ó en las quiébras de las sierras.

En el mes de octubre, habiendo recibido noticias de las victorias alcanzadas en Cataluña por los austriacos, se sublevaron algunos pueblos. El primero que levantó bandera fué Cinctores, siguiendole Forcall, Ares y otras poblaciones. Pero Benasal se levantó en masa en favor de D. Felipe, fortificó sus antiguos muros, y la casa del Comendador, dispuestos todos sus vecinos á morir antes que retroceder en la empresa. Morella, Benasal y Cantavieja; he aqui los tres pueblos fieles al rey, los demás con más ó ménos embozo, se declararon por el archiduque Carlos. En peor estado se hallaba Aragon, porque los catalanes habian sublevado el país y apenas quedaba pueblo que no estuviera por Carlos. Caspe, Alcañiz, Calanda, y en nuestra frontera Monroyo se habian fortificado con ánimo de resistir á los soldados del rey Felipe. Blas Ferrer, gefe de los sublevados de Monroyo, el Mudo de Valjunquera, Carlos Lamberto y otros cabecillas recorrian la frontera de Aragon, mientras que Ginér y Soler, con sus partidas de voluntarios de las villas de esta montaña, asediaban esta plaza, haciendo prisioneros á los que se atrevian á salir y embargando todo comestible, que depositaban en el castillo de Ares. Desde esta época, comenzó á darse á los partidos los nombres depreciativos de *Botiflets* á los partidarios de D. Felipe y de *Maulets* á los de D. Carlos. (1)

5. La guerra civil, con sus desórdenes, sus venganzas, sus robos y asesinatos, cual furia desastrosa, habíase cevado en estas montañas; la gente de malvivir, sin travas y sin temor á la autoridad, se había lanzado al campo, y con el trabuco y el puñal aterrorizaba á los hombres pacíficos, cualquiera que fuera el partido á que se hubieran inclinado. Las masías y casas de campo se veían asaltadas por las cuadrillas, que vagaban por el terreno, robando y asesinando con pretextos falsos, ó acusando á sus dueños de ser adictos al rey del partido contrario. Pequeños pelotones de miguelotes, acechados entre matorrales, ó entre las quiebras de las peñas, esperaban la presa y se arrojaban sobre el viajero despojándoles de sus intereses, si no daban fin á su vida, colgándole de una rama de las encinas y robres de los bosques. Triste y horrorosa es la pintura que el marqués de San Felipe hace de los desórdenes en Cataluña en la época que recorremos, pero no es ménos horrible la que tenemos del estado de estas montañas: toda la rudeza de los tiempos no disminuye la responsabilidad que pesa sobre aquella generación ensañada, como si fuera de tigres. Cuando un morellano caía en manos de los *maulets*, de temer era que al día siguiente apareciera colgado á la vista de su patria; y no eran más benignos los defensores de D. Felipe, si hemos de juzgar por los que murieron fusilados en el castillo ó en el llano del Estudio. La más temible de las partidas que recorrían el término de esta villa era la del *Mudo de Valjunquera*, reu-

(1) Tenemos dos memorias escritas en aquellos días, y á las claras se vé el espíritu que guiaba las palabras. Una está escrita por un apasionado á D. Felipe y otra por un partidario del archiduque.

nion de foragidos, que con atrevimiento llegaban hasta los muros y se llevaban presos á los que se hallaban descuidados. Esta partida pertenecía al fuerte de Monroyo, cuyo Gobernador era el paisano Blas Ferrer. En la segunda fiesta de Navidad de 1705 llegaron hasta la ermita de San Pedro M.^r, media hora de la poblacion, y los morellanos, que no podian sufrir las burlas de los osados maulets, salieron en número de treinta hombres y siete dragones, cercaron la montaña, treparon con brio hasta su cumbre y pudieron coger diez prisioneros y matar á tres. El sargento de dragones, Tomás Moreau, quedó gravemente herido, de cuyas resultas murió el dia 6 del siguiente mes. El mismo dia que murió el sargento Moreau fué pasado por las armas Cárlos Guarch, de Torredarcas, y pocos dias despues Estévan Gil, de Valderrobres; Cárlos Bernad, de Belmonte; Blás Martí, de la Cenia; Gerónimo Garcés de Lledó y otros de los prisioneros: no eran más benignos, decimos, los defensores de D. Felipe.

El carácter sanguinario que habia tomado la guerra, el aumento de partidas sueltas de migueletes sin subordinacion á gefe alguno, el encóno y la rabia con que se vengaba una leve injuria, todo esto obligó á la nobleza de Aragon, que no se habia inclinado á los austriacos, á hacer un esfuerzo para neutralizar los tristes resultados de una guerra que sembraba el suelo de cadáveres. El arzobispo de Zaragoza D. Antonio Ibañez, D. Martín de Espinosa, el conde de Peralta y otros caballeros levantaron un ejército de doce mil hombres, que debia operar en el bajo de Aragon, en donde los rebeldes se habian

enseñoreado del país, invitando á D. José Salazar, que en el Júcar se oponia á Basset, para que pasase á Morella y les ayudase en su plan combinado. Las primeras operaciones fueron acertadas, porque los borbónicos se apoderaron de Alcañíz, haciendo gran número de prisioneros; pasaron á Calanda, tomaron por asalto la población, ahorcando á cincuenta de los más comprometidos, y dirigieronse á Monroyo, en cuyo fuerte el Gobernador Blas Ferrer tenia reunidos todos los migueletes de esta montaña, con ánimo de resistir el ataque de los aragoneses. Pero fué en vano; á pesar de haber hecho una resistencia desesperada, en la que tomaron parte todos los vecinos, la tropa se apoderó del pueblo, aprisionando al Gobernador Blas Ferrer, y á muchos de los suyos, y dando fuego á la población, se vinieron á Morella para continuar su marcha hacia el Maestrazgo.

Pero los reveses que las tropas de Felipe habian sufrido en Cataluña obligaron al ministro Amelot, á pedir refuerzos. Los Aragoneses se marcharon á las fronteras de Lérida, y el conde del Real, que operaba en estas sierras, D. Juan Verguedá en el Maestrazgo y otros gefes de menor graduacion, se marcharon á Cataluña, llevándose las compañías de morellanos, capitaneadas por D. Carlos Gazulla de Ursino, cuyo valor y disposicion supo utilizar el conde del Real, haciéndole su secretario. La plaza de Morella quedó á cargo de los paisanos, dejando el cuidado de organizarlos á D. Vicente Felú. Triste era la situacion de los morellanos, rodeados por todas partes de *miguelets*, sin tropas, y sin otros recursos que su decidido valor, y éste se puso á prueba rigorosa, cuando la metró-

poli del reino abrió sus puertas á los austriacos. Porque al abandonar D. José Salazar las riberas del Júcar creció la sublevacion, aumentose la osadía de los adictos á D. Carlos, y dentro de la ciudad creose un partido numeroso, á cuya cabeza estaba el conde de Cardona, que á las claras manifestaba su impaciencia por recibir á las tropas de Basset. Los esfuerzos del arzobispo y de otros fieles caballeros se estrellaron contra la actitud amenazadora del pueblo, que aprovechando la ausencia del virey Villagarcía, y contribuyendo las desagradables contestaciones entre éste y el duque de Cansano, se aumentó el partido de los austriacos, y los Jurados de la ciudad, imposibilitados para poder resistir el ataque de los enemigos y más aun para contener á las turbas, que soliviantadas por los amigos de Basset pedian que se abrieran las puertas, capitularon y entregaron la ciudad; entrando Basset con tropas inglesas é imperiales, siguiendo una turba de miguelotes ó voluntarios de Carlos á las órdenes del traidor Nebot. Asi cayó Valencia en poder de los austriacos á ultimos de Diciembre de 1705, dejando aislada esta plaza, que en medio de las montañas levantaba su pendon de fidelidad, cuando por todas partes veia defecciones y perderse los castillos y ciudades, que jurado habian á D. Felipe, como rey de España.

En 24 de Diciembre llegó á Morella el príncipe de Stárclaes, alentando los morellanos al ver que traia tres mil hombres de tropas disciplinadas, pero duró bien poco el contento, porque se marchó á donde urgía su presencia, enviando por Gobernador de esta plaza á D. Miguel Pons,

con algunos caballos y cincuenta jóvenes, con el objeto de ayudar á los paisanos en las salidas que hacian á los pueblos cercanos.

6. Al comenzar el año 1706 arreció la tempestad; los ánimos se enconaron; la crueldad y tiranía llegaron hasta la barbárie, porque todo respiraba sangre y esterminio. El General inglés Jónes recorría el Maestrazgo y montañas de Aragon, dejando en todas partes las huellas de su venganza y animosidad. El conde de las Torres, que se hallaba de gefe de las tropas de Felipe, no era más humano, ni tenia consideracion alguna, y ahora por vengar una ofensa, luego por represalias, fusilaba sin piedad ó ahorcaba á los enemigos de la rama de un árbol. El conde de las Torres, sin gran disposicion para la guerra, no podia resistir los ataques bien meditados de Jónes, y por esto abandonó el sitio de San Mateo y se fué con sus tropas al Mijares. Al llegar á Villareal, tal vez se le hubiera entregado la poblacion, pero quiso hacer alarde de su rigor: asaltó sus débiles muros, entregó el pueblo al saqueo, pasando á cuchillo á trescientos paisanos y cometiéndolo las mayores tropelías y desmánés con aquellos habitantes.

En situacion tan triste y lamentable se hallaba el terreno, cuando los Jurados de Morella supieron que se esperaba al rey Felipe en Caspe, y les pareció enviar un mensaje que le manifestase la adhesion del pueblo y lo dispuestos que estaban los paisanos á morir antes que ser perjuros é infieles á sus promesas. Eligieron á D. Vicente Felú y Berga, entregándole una carta escrita con fecha 11 de Marzo. Tenemos un impreso, que nos dá ra-

zon de las palabras del comisionado al Rey y de la contestacion de éste, y de él estractarémos lo que nos parezca. El 16 del mismo llegó D. Vicente Feliú á Caspe y fué introducido á la cámara del rey por el Presidente del concejo supremo de Aragon, por el mariscal de Tesé duque de Osuna, de Medina Sidonia, de Gandía y por su amigo el conde del Real. Besado que hubo la mano de S. M. le dijo: *Señor, la innata fidelidad de Morella, la cual en el transcurso de cinco siglos, desde que el Señor Rey D. Jaime el primero de Aragon, llamado el Conquistador, la quitó á los moros, hasta agora, no perdió de vista á un por un leve instante el semblante de sus legitimos Soberanos, sin ser poderosa la injuria de los tiempos, en que las guerras de Castilla, ni la deshecha borrasca de la Germanía, para impresionar en su inalterable fidelidad, nota que les pudiera deslucir. Y atiende, Señor, con tal especial ayuda á V. M. que para mantenerse debajo de su suave amoroso dominio, ha espendido crecidos caudales en las fortificaciones de plaza y castillo, como tambien en el correspondiente abasto de víveres y municiones, no perdonando su celo trabajo ni diligencia que conduzca á este deseado fin, quedando restados aquel comun y particulares á derramar la última gota de sangre arterial por V. M. esperando se dará por servido. Si las palabras del diputado Feliú, no merecen trasladarse como un trozo de elocuencia, manifiestan siquiera los sentimientos de los morellanos en armonía con la historia de sus antepasados. El Rey respondió: *Quedo bien impresionado del alto mérito y fidelidad de Morella, habiendo sido muy de mi agrado la expresion, que en su nombre me habeis hecho, ofreciendo tenerla en la memoria para fa-**

*vorcerla mucho. Le entregó luego una carta para los Ju-
rados, que nosotros copiaremos:*

EL REY.

Amados y fieles nuestros: Frey D. Vicente Feliu me ha presentado vuestra carta de 11 del corriente, en que espresais el sumo alborozo en que se halla esa villa por mi feliz llegada á este reino, y habiéndose leído y vídole con la aceptacion que merece esa villa y significádoselo así en voz, he querido manifestarlo tambien por medio de esta; y quedo con especial gratitud de vuestro afecto y amor á mi real servicio: de que tendre siempre memoria para cuanto fuere de vuestro mayor beneficio y conveniencia. Datis en la villa de Caspe á 16 de Marzo de 1706. = YO EL REY.

El rey se dirigió á Barcelona con objeto de sitiar la capital del principado y D. Vicente Feliu se vino á Morella, no sin gran dificultad, porque los *maulets* de Monroyo, que pudieron escapar del hierro y del fuego vagaban por la montaña, y en aquellos dias estaban furiosos por haber fusilado en Morella á dos de sus principales compañeros, D. Antonio Balbin y José Ferrer, hermano del que fué Gobernador de aquel fuerte. Buscando vedas pudo Feliu presentarse y dar cuenta de su honrosa comision. El comandante D. Miguel Pons, que se hallaba de Gobernador, salia todas las semanas con sus dragones y una compañía de paisanos á perseguir á los infinitos grupos de *maulets* que merodeaban por el terreno, y no siempre volvia victorioso, porque al divisar sus tropas, reuniáanse para esperarle en los desfiladeros, y con

la ayuda de la guarnición de Ares, cuyo castillo habian podido conservar, le atacaban con superiores tropas, diezmando su división. En Abril de este año, salió con dos compañías á Villafranca, en cuyo punto habian de reunirse otra compañía de Cantavieja y una de Benasal únicos pueblos que habian permanecido fieles. Traia consigo un sin número de paisanos, que obligó á salir de Castellfort, y con otros que sacó de Villafranca concibió el proyecto de atacar á Ares. Presentáronse ante la población, colocó media compañía en la muela y dió orden de asaltar las débiles tapias, que se habian levantado en las bocas calles. Los migueletes se defendieron con teson y fué preciso dar fuego á algunas casas. Cuando un arrabal ardia, se retiraron al castillo, de donde hacian un fuego horroroso de fusilería. Cogió algunos prisioneros y un gran botín que sacó de los almacenes: su pérdida fué de tres soldados y algunos heridos que condujo á Morella. Pocos dias despues fué atacada su columna en el término de Castellfort, matándole un sargento y dos soldados. Así estaba continuamente en lucha con las partidas de enemigos, que acechados le esperaban para atacarle.

8. En Julio de 1706 los austriacos habian ganado algunas victorias, y los ejércitos de Carlos invadian á Castilla. D. Miguel Pons, que tanto se habia señalado en la persecucion de los migueletes de esta montaña, recibió orden de marchar con sus dragones y una compañía de tropa en auxilio de Felipe, cuyas fuerzas se replegaban al rededor de Madrid. Otra vez quedó Morella abandonada á la defensa de los paisanos. Jónes, que desde Tortosa salia á recorrer el Maestrazgo, envió un batallon de vo-

luntarios, que con los maulets de esta montaña, debían bloquear la plaza de Morella, impidiendo la entrada de comestibles y la comunicacion con los ejércitos de Felipe. A primeros de Agosto cerraronse las puertas de esta plaza; los montes cercanos estaban coronados de migueletes, y en las casas de campo, en los pajares y en todas partes se descubrian pelotones de enemigos. Quiso tentar la fidelidad de los morellanos Jónes, prometiéndoles su proteccion y asegurándoles sus intereses y su libertad, pintando el estado en que se encontraba la causa de Felipe con colores tan tristes, que hubieran desmayado, á no conservar en sus corazones aquel orgullo que sus padres les legaron. *Orgulloso este pueblo*, dice un historiador del reino, *con los recuerdos de su pasada gloria, adquirida con valor en las guerras de la Germania, y despreciando las más temibles amenazas, rechazó las proposiciones del General inglés.* Y no podia ser menos. Los morellanos habian jurado fidelidad á Felipe de Borbon, y era tan fuerte para ellos el compromiso, que no querian empañar su antigua reputacion de fieles á su Rey. Todo el pueblo formaba un solo cuerpo y no habia persona que no se hallara dispuesta á sacrificar sus bienes y personas, por defender la bandera real. Los eclesiásticos, los artesanos y hasta las mujeres eran soldados. Por la noche velaban los más robustos, y durante el día descansaban ó se ocupaban en los oficios mecánicos, mientras los frailes y las mujeres guardaban las murallas, asomados á las alménas ó encajonados en las garitas de los ángulos salientes. Dos meses habian pasado incomunicados; ni siquiera una noticia tenian los morellanos de las operaciones de las tro-

pas de Felipe, y ansiosos por saber y para que les enviase refueros, pudieron lograr, que dos jóvenes se comprometieran á llevar una carta al gefe realista más inmediato. Pero sea, que la carta cayese en manos de los miguelotes, ó por la poca fidelidad de los expresos, lo cierto fué que no recibieron contestacion, y tuvieron que devorar la amargura de tan largo silencio.

9. La situacion era apurada; flaqueaban las esperanzas de socorro; la flor de su juventud peleaba en Cataluña y en Castilla á las órdenes del conde del Real, capitaneada por Gazulla de Ursino, y escaseaban las provisiones. ¿Que podian hacerlos morellanos, abandonados á sus fuerzas? La idea de entregar la plaza á los enemigos les horrorizaba, y el temor de las venganzas de los maulets, á los que habian perseguido, no les daba lugar á reflexionar. Pero á todas horas llegaban invitaciones del comandante General Jónes, ofreciéndoles respetar sus bienes y personas» y solo podian aplazar algunos dias la entrega, no teniendo confianza de recibir auxilio alguno. Por otra parte llegaban fuerzas á los sitiadores, que hacian alarde de desplegarlas á vista de la plaza.

10. Se reunió una junta de prohombres, ya que todos eran soldados, y pidieron capitulacion. Esto aguardaba Jónes, y firmó sin dificultad las condiciones, que eran: 1.º Se habian de respetar las personas y bienes de cada uno de los ciudadanos, sin que se permitiéran insultos, ni tropelias. 2.º No se debia recordar lo pasado ni se impondria multa alguna fuera de las contribuciones ordinarias, 3.º Se habian de dejar soldados de guarnicion en la plaza, que no perteneciera á la clase de paisanos. Esta ca-

pitulacion fué firmada, y se abrieron las puertas al ejército austriaco, y á los miguelotes de Tortosa, que militaban á las órdenes de Jónes. Pero al dia siguiente se permitió la entrada á las partidas de voluntarios del Maestrazgo, del bajo Aragon, y á todos los que eran adictos á D. Carlos; mal augurio para los morellanos.

11. No sabemos si el General Jónes firmó con falsedad la capitulacion, con ánimo de no cumplir sus pactos, ó si no podia contener á las turbas de miguelotes, que entraron en Morella. Lo cierto fué, que si no se derramó la sangre de los morellanos, sus intereses no fueron respetados como se habia prometido. Tan pronto como se posesionó de esta plaza, dió orden para que las tropas se alojaran, quedando á cargo de los vecinos mantener á los gefes y soldados. Cinco mil hombres orgullosos por su victoria, la mayor parte de aquellos miguelotes y maulets, que recordaban los descalabros de sus partidas y el rigor que habian usado los morellanos con los prisioneros, no era tan fácil acomodarse á la posibilidad de las casas, ni serian indulgentes con sus patronos. A las exigencias seguian las amenazas, á estas los atropellos, y como se consideraban dueños de su casa alojamiento, ni la propiedad estaba segura, ni la honra de las mujeres respetada. A esto añadió Jónes una multa tan exorbitante, que conociendo la imposibilidad de poderla satisfacer prefirieron los eclesiásticos y personas acomodadas que se les sepultase en las cárceles y calabozos y se les tratara con todo el rigor de la venganza y del odio de los vencedores. No siendo las cárceles públicas capaces para contener á tantos presos como se habian hacinado de las

clases más acomodadas, se habilitó el desvan de la iglesia Arcipestral, llamada la casa *del Drac* en cuya cárcel incómoda encerraron á los eclesiásticos. Cerca de un año estuvieron presos, insultados á todas horas y amenazados por los migueletes que no podían sufrir la constancia de los morellanos. La noticia de alguna derrota exacerbaba los ánimos de aquellos carceleros de corazón duro, que aumentaban el rigor y las vejaciones de un modo el más cruel. Quedóse un batallón del conde de Noyel, y diferentes compañías de migueletes para guarnecer la plaza, y su conducta con los morellanos fué tan cruel y bárbara como la de los soldados de Jónes: ya podían los morellanos desear que acabára una dominación que les trataba como párias, esclavizándoles, como prisioneros, y gastándoles hasta el alimento preciso para sus familias.

12. La causa de D. Carlos de Austria parecía estar ganada. Solo quedaban á D. Felipe en la antigua corona de Aragón tres plazas, una en cada reino; Peñíscola en Valencia, Rosas en Cataluña y Jaca en Aragón: pocas esperanzas podían tener los borbónicos, sin embargo hicieron un esfuerzo supremo. Se llamó al duque de Vendome que peleaba en Italia; al mariscal Tesé reemplazó el duque de Bervinch, y engrosadas las filas de D. Felipe con las tropas de Castilla y Andalucía, pudo el ejército del rey apoderarse de los austriacos. La batalla de Almansa, en que las tropas de Bervinch alcanzaron una completa victoria cambió el aspecto de la guerra, y los borbónicos recobraron aliento, se rehicieron y D. Felipe pudo en Abril de 1707 ensanchar sus dominios.

En este tiempo habia el archiduque dejado á Valencia, marchando á Barcelona y el ejército victorioso se dirigió á la capital de nuestro reino por Requena. Mandaba las tropas de Felipe el duque de Orleans y como no faltaban en Valencia numerosos partidarios del rey, pudieron engañar el entusiasmo de los austriacos y abrieron las puertas á los de Borbon. Restablecido el gobierno de Felipe en nuestra capital, se dió la comision de reducir las plazas del Júcar al General Asfeld, que con un ejército numeroso puso sitio á Játiva. Hallábase de Gobernador D. Miguel Porroi, de Zaragoza, hombre valiente y decidido, y tenia la plaza ochocientos ingleses y una multitud de migueletes dispuestos á morir antes que dar entrada á los de Felipe V. Pero la artillería de Asfeld les hizo reconocer, que no bastaba la dición y bravura y que debian ceder ante los ataques bien ordenados de los borbónicos. Sin embargo se defendieron con valor, disputandose palmo á palmo el terreno, hasta verse obligados á retirarse al castillo, de cuyo punto salieron presos poco despues prisioneros de guerra. La conducta cruel del gefe filipino, las venganzas y bárbaro proceder de los soldados vencedores horrorizan. No se perdonaron personas ni lugares sagrados, y lo que pudo salvarse del pillaje, lo consumió el fuego. Solo quedaron escombros de la ciudad de Játiva y hasta su nombre se mudó por el de San Felipe, que ha conservado hasta nosotros. Luego se entregaron las principales poblaciones del Júcar, quedando aquella parte del reino por D. Felipe.

El primer cuidado, despues de las victorias de la otra

parte del reino, fué reconquistar la plaza de Morella. El duque de Bervinch encargó al brigadier Arene el sitio de esta plaza, y mientras se prevenia el tren de batir y los pertrechos de guerra, envió algunos batallones para bloquearla. El segundo batallon de Noyel, que se hallaba de guarnicion, no podia avenirse con los migueletes, gente indeciplinada y sin subordinacion, y habia tenido algunos choques, resultando muertos y heridos; pero se calmó algun tanto la antipatía al aproximarse tropas enemigas, y al ser fusilado en Setiembre José Albesa de Torredearcas, sargento de migueletes, que hostigaba á los soldados para atacar á la tropa de Noyel é introducir el desorden.

A principios de Noviembre de 1707 se circumvaló la plaza de Morella; llegó la artillería y se formalizó el sitio. Los defensores de D. Carlos recelaban de que los morellanos estuvieran en connivencia con los sitiadores y estos recelos aumentaron las persecuciones y encarcelamientos. El dia ocho se rompió el fuego de artillería, desde la eminencia llamada *les roques del puig* en cuyo punto colocó Arene una bateria de cuatro cañones de á veinte y cuatro. A los dos dias tenia abierta una brecha en el lienzo de la muralla que baja del castillo, entre la torre de la alameda y el ángulo de la puerta del Estudio. Pero los sitiados se parapetaron en la calle de San Francisco, levantando un contramuro de fajina y muebles caseros, como una barricada, con ánimo de resistir. Se dió orden para el asalto, y los sitiadores avanzaron hasta el pie de las ruinas, cuando un deluvio de balas les obligó á retroceder, dejando algunos muertos

y una porcion de heridos. En aquel entónces no se hallaba la línea de casas, que mirá al sud en el llano del Estudio, sino que, levantándose un ribazo hasta la falda del castillo, formaba la glásis en donde los defensores se habian parapetado. Fácil era mirar las operaciones interiores á los soldados de Borbon. Para neutralizar los esfuerzos de la defensa, el dia doce se levantó una batería en el *Carraixet*, colocando un cañon y un mortero. Comenzó el fuego en la mañana siguiente contra los parapetos de la calle de San Francisco, al mismo tiempo que la batería del Puig arrojaba balas contra la brecha. Viendo los sitiados, que no podian resistir las descargas del Carraixet, se pertrecharon en la torre de la puerta del Estudio y en la casa llamada de la Virgen; y desde allí impedian acercarse á la brecha á las compañías de Arene.

Así se hallaban en porfiada lucha sitiadores y sitiados, cuando llegó al campamento el duque de Bervinch; reconoció la línea, dió sus órdenes y acompañado de un escuadron se marchó. Pronto tuvieron efecto las instrucciones del vencedor en Lérida y en Almansa. En el silencio de la noche se abrió un hornillo, en el lienzo del sud en la casa de la Virgen, se colocó un barril de polvora, que poco despues hizo una esplosion, que amilanó á los sitiados: al ruido avanzaron algunas compañías y hubieran penetrado dentro de la plaza, á no rehacerse los migueletes.

13. Esta frustada tentativa, que parece debiera desmayar á los paisanos, ansiosos de ver ondear el pendon de D. Felipe sobre la Céloquia de su castillo, irritó sus

ánimos, causados ya de tanto esperar. Numerosos grupos recorrían las calles, llevando pintado en su semblante el desosiego y el ansia de ver entrar á sus amigos. Apesar de que las personas más influyentes seguían presas no faltaron algunos morellanos, que manifestaron al gefe de los sitiados, que el pueblo pedía una pronta capitulación, de lo contrario franquearía las puertas á los sitiadores. Estas amenazas y la imposibilidad de llevar adelante la defensa obligaron á enarbolar bandera de parlamento, y firmadas las condiciones, entraron los borbónicos en Morella el 26 de Noviembre de 1707.

14. Otra vez ocupan las tropas de Felipe V la plaza de Morella; otra vez respiran los que jurado habían fidelidad á su rey, y se abren las puertas de los calabozos, para que salieran los prohombres y eclesiásticos á victorear á Felipe, libres ya de las mordazas, que les habían puesto los austriacos y las turbas de miguelotes. El teniente General Arene entró en la plaza entre los más entusiastas vitores y aclamaciones, y el religioso pueblo acudió al templo á dar gracias á Dios, y á manifestar su piadosa devoción á María Santísima, cuya imagen, con el nombre de Vallivana, conservaban en la Arcipestral y era el consuelo de sus días de angustia. (1)

Las continuas peripecias de la guerra tenía inseguros á los dos bandos y les ponía en una alarma perene. Los

(1) En la memoria, que nos sirve de guía, se repite á cada victoria las piadosas demostraciones de su amor á María de Vallivana. Nosotros, que podemos saber cuan grande es la devoción de hoy comprendemos, lo que sería en aquellos días: no lo repetiremos.

austriacos se habian retirado á Cataluña, pero las partidas de *maulets* no dejaron la montaña, hostilizando á la tropa de Felipe. Dejó Arene por Gobernador de esta plaza al Brigadier Carolí en clase de interino, y éste, para que en caso de un sitio no faltase el comestible pidió dos mil cahices de trigo y otras vituallas *pero á pesar de haber gastado la poblacion, dice la memoria, más de cien mil ducados, llevaron esta crecida carga sus vecinos con gustosa alegría, por verse libres de las sediciosas armas enemigas.* Si así fué, grande era el entusiasmo de los morellanos y firme su adhesion á D. Felipe V.

En Abril fué nombrado Gobernador de la plaza el caballero de Croi, y pocos dias despues, en Mayo, llegaron dos batallones comandados por Redin. Con estas fuerzas ya pareció cobardía encerrarse dentro la plaza, dejando el campo libre á los migueletes, y armando algunas compañías de paisanos, dividió Redin las fuerzas en pequeñas partidas, con el objeto de recorrer el terreno, y combinando los encuentros, para sorprender los grupos de migueletes. Muchas fueron las escaramuzas, que tuvieron en los meses de Mayo y Junio, si bien de poca consideracion y de éxito diferente. En la cuesta de San Pedro de Castellfort hubo una accion, en la que murieron muchos de una y otra parte, obligando al cura de dicho pueblo, Dr. Miguel Bellido, á salir al campo á administrar los sacramentos. En esta accion murió el sargento de los morellanos José Centelles. Pero no dejaremos de consignar otra accion, que morella celebró con demasiada alegría, Hemos dicho, que entre las varias partidas de migueletes que recorrian la montaña, las

más temibles eran la del Mudo de Valjunquera y la de Carlos Lamberto. Estos dos capitaneaban á todos los bandidos y asesinos de la montaña, y encontramos, que eran tantos los crimines de aquellos hombres, que mil vidas no bastáran para pagar sus delitos. Por más que sea exagerada la noticia, no podremos dudar que se merecian el odio y la exacracion, como veremos luego.

En primeros de Julio de 1708 se recibió la noticia, de que el Mudo y Lamberto se hallaban en Torredarcas; precisamente habia llegado un batallon de Guadaluajara, mandado por D. Francisco Grostets, hombre arrojado y que no temia los peligros. Salió pues con dos compañías de tropa y de paisanos y al llegar á las inmediaciones de la Puebla de Alcolea, en cuyo punto se hallaban los migueletes, quisieron cercar la poblacion; pero avisados los del archiduque de hallarse cercanos los de Morella, salieron desordenadamente, acometieron á los morellanos; unos y otros pelearon con brio; más los *maulets* comenzaron á desmayar, se dispersaron algunas fuerzas, y cortando la retirada á los demás, el capitan Grostets se arrojó con toda la fuerza de su mando, cayendo prisioneros veinte y dos, entre estos los célebres cabecillas, terror de esta montaña, el Mudo de Valjunquera y su compañero inseparable Carlos Lamberto. Triunfantes los de Morella, se vinieron á esta plaza, llevando maniatados á los dos facinerosos, como les llama una memoria, entrando por la tarde, entre las aclamaciones del pueblo y entre un numeroso concurso de curiosos, que deseaban ver humillados á los que habian sido el azote de los vecinos, durante la anterior domi-

nacion. Activóse un proceso y el dia cinco de Julio fueron ahorcados el Mudo y Lamberto, y descuartizados despues, fueron puestos sobre las puertas las cabezas, los brazos y las piernas, como á facinerosos y asesinos. (1)

16. Debemos dar cuenta de un acontecimiento que tuvo lugar estos dias, y que hubiera podido ser lamentable pero que no ocasionó víctima alguna: nos referimos á la esplosion del polvorin. Se habia hecho provision de pertrechos de guerra, polvora, granadas, armas y municiones se habian traído de Peñíscola, porque el estado de la guerra les habia temer se reprodujeran las hostilidades. Todo estaba almacenado en dos torres situadas á la parte N. E. del castillo, frente á la ermita de Santa Lucia; cuando en la noche del treinta de Julio los truenos, rayos y un terrible aguacero despertó á los morellanos. Al rayar el alba, una centella que se desprendió de las nubes, penetró en la poblacion y en un momento las torres volaron por el aire, haciendo retemblar la gran détonacion las casas, dejando aturdidos á los moradores. Por fortuna, á pesar de haber caído enormes piedras, no hicieron daño á las personas, y solo sufrieron algunos edificios de la parroquia de San Miguel y el convento de San Agustin. La piedad de los morellanos atribuyó á la proteccion de María Santísima el haberles preservado del cataclismo, y dióle gra-

(1) No sabemos el nombre del Mudo y nos inclinamos á pensar que seria un apodo, por demasiado locuás; en la partida de defunciones se escribió—A 5 de Julio de 1708 font justiciat y morí en lo suplici el Mud de Valjunquera. Sols li administrá el Sacrament de la Penitencia un Religiós de San Agosti: No es sotarra per haberlo fet quartos”. Cuasi lo mismo está la partida de Lamberto.

cias en presencia de su imágen de Vallivana que veneraban en la Arciprestal. Pero no descuidaron el pedir nuevas municiones, lasque se les enviaron en seguida.

17. Por este tiempo fué relevado el caballero de Croy de su empleo de Gobernador de la plaza, reemplazándole el conde de Rupelmonde. Procuró este militar abastecer la plaza de víveres y municiones; dividió la fuerza en dos metades agregando á cada una una compañía de voluntarios de Morella. Los encuentros y escaramuzas eran tantas como los dias, porque apenas se descansaba, y el resultado diverso. A principios de 1710, entró un batallon de Namúr cuasi todo de reclutas y el pueblo no solo tuvo que sufrir las continuas salidas, sino que, costó el vistuario, les suministró las raciones y sus compañías marchaban siempre de vanguardia para atacar á los miguelotes importunos, que hoy parecian derrotados para presentarse mañana delante de nuestros muros. Tenemos el estado que presentó el comandante de Namúr de los muertos que resultaron de diferentes encuentros desde primero de Enero á seis de Abril y hallámos más de sesenta soldados que sucumbieron en la pelea; alguno de los morellanos seria tambien víctima en aquellos parciales ataques. En Abril marchó el batallon á Tortosa, enviando algunos dragones y una pequeña compañía y por gefe á D. Felipe Ibañez, jóven valiente que ganó las simpatías de los de Morella, y compartió los trabajos y fatigas con los voluntarios. Bajo su direccion, y con su arrojo y travesura en la táctica de guerrillas, se hizo la sorpresa del barranco de Sellumbres, *Roca parda*; se ganaron las ac-

ciones de Cinctorres, Llano de Sirés, y Castell de Cabres. Pero en los últimos días de Julio le fué contraria la fortuna y Morella lloró la muerte de trece de sus hijos.

Se hallaban los migueletes en la Mata y D. Felipe Ibañez, que no dormía, escribió á los voluntarios de Cantavieja para que al amanecer del treinta de Julio se encontrasen en las inmediaciones de dicho pueblo, á donde acudiría también con sus tropas. Unos y otros fueron exactos, pero los enemigos que se apercibieron, dejaron la población para tomar la montaña de San Cristóbal. Desde este punto enviaron á pedir fuerzas reuniéndose hasta tres ó cuatrocientos. La posición era un fuerte castillo y no era posible tomar la ofensiva á los morellanos. Enviaron, pues, á los de Cantavieja y tomaron el camino de Morella; pero al llegar al puente de la Todolella se vieron cortados por los migueletes, que, mayores en número, les hacían un fuego horroroso. El capitán Ibañez hizo parapetar sus fuerzas en las paredes de la izquierda del río, quiso abrirse paso por medio de los enemigos, pero rechazado por dos veces se refugió á una pequeña montaña. Alentados los contrarios, tomaron á pecho la cuesta y entónces viéndose perdido, seguidme, dijo, ó morir ó romper, y se precipitaron desesperados contra las masas enemigas. Muy pocos soldados pudieron escapar. Los voluntarios de Morella conocedores del terreno pudieron salvar la vida de su gefe D. Felipe Ibañez, pero se dejaron trece compañeros muertos en el campo. (1) ¡No sabemos que tiene de funesto ese puente de la Todolella para los morellanos! Poco

más de un siglo despues tambien les fué contraria la fortuna, dejándose allí á su mismo gefe muerto y salvándose algunos á duras penas.

18. La caprichosa fortuna jugaba con los dos partidos beligerantes; hoy halagaba á los coaligados, mañana les derrocaba en el polvo; hoy coronaba los esfuerzos de Felipe concediéndole una victoria y otro dia con una derrota de sus tropas hacia bambolear su trono inseguro y le obligaba á dejar la corte para buscar una seguridad á su familia y á los principales adictos. La batalla que se dió junto á Zaragoza, en donde las tropas de Felipe en número de diez y nueve mil soldados, comandados por el mismo rey y el conde de Bay, fueron derrotados por seis mil austriacos, á las órdenes de Starembergh, desalentó á los borbónicos y dió osadía á los carlistas. Allí murió el duque de Avrè, que habia sido gobernador de Morella, D. Cárlos José de Croy pasado por una bala de cañon, y la flor de la tropa castellana, ó se entregó prisionera, ó corrió á salvarse en precipitada fuga. Esta batalla se dió el 20 de Agosto de 1710, y como si los gritos de la victoria hubieran dado valor á los defensores de Cárlos, en todas partes se presentaron osados, publicando la derrota de las tropas de D. Felipe.

Pocos dias despues de la derrota de Zaragoza los mi-

(1) Estos fueron enterrados, cuatro en el término del Forcall José Gazulla, Rafael Bernús, Gerónimo Barberá é Ignacio Garrigues; y nueve en la Todolella, Casimiro Martorell, Vicente Beneito, Pedro Sancho, Pedro Amela, Antonio Belvis, Juan Gisbert, Vicente Llisterri, Francisco Gazulla y José Guimerà.

guletes de estas montañas se agruparon á estas sierras, revolteando al rededor de Morella, y amenazando á sus defensores con un próximo sitio. No se descuidó el gobernador interino en solicitar refuerzos para la plaza, si se habia de mantener fiel á D. Felipe V y al efecto escribió á los puntos de donde podria recibir auxilios; procurando entre tanto abastecer la plaza de trigos y harinas, y disponiendo almacenar salazones y otros comestibles, que pudieran conservarse. Dejaremos para el siguiente capítulo la heroica defensa que hicieron los morellanos, dibujando su caracter inflexible, que siempre les ha distinguido.



CAPITULO II.

RESUMEN.

1. Se abastece la plaza de Morella. 2. Llega el Gobernador Bustamante. 3. Revista de las tropas de la guarnicion. 4. Atacan los austriacos la plaza. 5. Denuedo de los morellanos. 6. Un traidor descubierta. 7. Salidas de la plaza. 8. Llega al campamento el conde de Zaballos. 9. Bombardeo. 10. Asalto rechazado. 11. Accion de Santa Lucía. 12. Apurada situacion de los sitiados. 13. Los sitiadores redoblan los esfuerzos. 14. Capitulacion. 15. Entran en Morella los austriacos; su conducta.

Difícil sería encontrar un pueblo, cuya fidelidad á su rey fuera puesta á tan duras pruebas, como Morella en la guerra que vamos recordando. Nosotros que hemos estudiado la inflexibilidad de caracter de los morellanos, en las épocas que hemos recorrido, vemos ahora aquella imperturbable tranquilidad en medio de los peligros, el teson en defender la causa que habian abrazado, y una constancia tan admirable, que ni el hambre, ni el hierro, ni el fuego, ni las mayores contradicciones pudieron hacerles cejar un paso en el camino que habian emprendido. Bien quisiéramos disponer de mayor espacio para dejar consignados hechos que retratan el caracter del pueblo, que nos hemos propuesto dar á conocer, pe-

ro precisados á condensarlos en unas cuantas páginas seguiremos apuntando algunos y por ellos comprenderán nuestros lectores, lo que en otra parte dejamos manifestado; que el corazon de los morellanos es de acero y se rompe cuando se quiere dobligar.

1. Las atenciones de la guerra habian llamado al Gobernador de esta plaza, que se hallaba á cargo del gefe de la tropa; pero éste receloso de que los enemigos la bloqueasen, envalentonados despues de la derrota de las tropas de Felipe en Torrero, cerca de Zaragoza, no se descuidó en almacenar trigos, y harinas, y en pedir refuerzos á Valencia, Peñíscola, y aun á Benasal, cuya poblacion habia permanecido fiel al rey Felipe. Imposible era enviar tropas de guarnicion, cuando por todas partes eran atacados los borbónicos y solo se pudo lograr, que se enviase, en clase de gobernador interino, y para dirigir los trabajos de un sitio, á D. Francisco Bustamante, cuyo valor, constancia y decision se habian manifestado en los sitios de Peñíscola. El capitan Amaro, gefe de los voluntarios de Benasal, ofreció una compañía de jóvenes, entre los mas valientes, con tal que Morella se encargase de su manutencion. Dió pues orden el gobernador interino para que se enviase trigo á los molinos, y se hiciera acopio de leña y carne salada, reparando algunas brechas de las murallas y adiestrando á una compañía de paisanos en el manejo de la artillería, nombrándose por gefe del arma á D. José Antonio Borrás, caballero morellano. Dejó el cuidado de abastecer la plaza á los concejales, D. Casimiro Segura, D. Francisco de Lafiguera, D. Narciso de Pedro, y al al-

calde mayor D. Jaime Palau; y como auxiliares D. José Beneito, D. Vicente Antolí, Dr. Blás García y algunos caballeros aragoneses emigrados á esta plaza, que se ofrecieron á consagrar sus bienes y personas en obsequio de la causa que defendian los morellanos.

El día 2 de Setiembre aparecieron en las inmediaciones de Morella diferentes partidas de migueletes, y no habiendo podido interceptar los convoyes de harinas, bajaron á los molinos y rompieron las muelas, lleváronse los granos existentes: desde este día quedó bloqueada la plaza, sin haber podido recibir un convoy, que se esperaba con algunas cargas de sal, porque escaseaba este artículo tan necesario. Nosotros seguiremos las operaciones de este sitio tercero, tomándolas del diatario, que se escribió durante el sitio y se imprimió un año despues, permitiéndonos añadir lo que hemos podido encontrar en las memorias y apuntes inéditos.

2. El Gobernador Bustamante, luego que recibió la orden de trasladarse á Morella, salió de Peñíscola con el convoy, acompañándole una compañía de granaderos de Castilla, mandados por el teniente D. Domingo Bretón. El 8 de Setiembre llegaron á las inmediaciones de Cati, pero serian las cinco de la tarde, cuando desprendiéronse de las montañas diferentes grupos de migueletes, que acechados les esperaban. D. Francisco Bustamante, reunió en torno de si á los granaderos, comenzó un fuego nutrido, y aunque los enemigos eran diez veces más en número, sostuvo el ataque más de una hora, cuando le fué preciso dejar el convoy y retirarse con los soldados á la montaña. Prodigios de valor se vieron

en aquel puñado de tropa, pero desanimados, se dispersaron los soldados, tomando algunos el camino de Benasal. Bustamente solo y sin guía subió á la montaña, caminó errante hasta descubrir al resplandor de la luna la cumbre de nuestro castillo, y dirigiéndose entónces, pudo llegar fatigado y sin aliento á las puertas de esta plaza á las once de la noche, dando noticia del descalabro. Pocas horas despues llegó D. Domingo Bretón, que no pudiendo seguir á sus granaderos, se habia extraviado y pudo salvar su vida pasando entre las diferentes partidas, que descuidadas se hallaban al rededor de Morella.

Asi se hallaban los partidos beligerantes en estas sierras en principios de Setiembre de 1710. Los granaderos pudieron llegar á Benasal y despues de haber descansado un dia, se vinieron juntamente con un refuerzo de cuarenta hombres, que de aquella villa enviaban á esta plaza.

3. El nuevo comandante, Gobernador de Morella temía con fundamento, que la plaza sufriera un sitio formal, ya por la actitud de los migueletes de la montaña, ya tambien porque las tropas austriacas de Cataluña pasaban por mar á las costas de Valencia. Visitó los almacenes y vió la necesidad de entrar paja, leña, y que la harina depositada no era suficiente para el abasto del pueblo. Quiso tambien saber de que fuerzas podia disponer, y se encontró, que apenas podia cubrir las principales guardias, pues constaba la guarnicion de cuarenta infantes, cuarenta paisanos de Benasal, veinte y siete dragones, ó soldados de caballería y una compa-

ñía de cien hombres armados de los voluntarios de Morella: pocos eran los defensores y motivo tenían para desmayar; pero no es el número el que vence, sino el arrojo, la decisión y la constancia. El pueblo en masa se había declarado en favor de D. Felipe y podía contar con los viejos, eclesiásticos y hasta las mujeres, que habían manifestado más de una vez que tenían el valor de las amazonas. Dispuso pues, que sesenta voluntarios morellanos y ocho dragones montados formaran un piquete en la casa de la villa y los restantes fueron distribuidos en los puntos oportunos: era esto el 14 de Setiembre.

4. A las tres de la tarde de este mismo día avisó un centinela de que por el camino del Forcall se veía mucha tropa encaminándose á esta plaza. La serenidad de D. Francisco Bustamante y la confianza en los defensores le hizo mirar con calma la noticia. Cerró las puertas y distribuyendo la tropa por el recinto del muro, dió orden para que hiciesen fuego cuando se acercasen los enemigos. Tomó su caballo y con algunos dragones recorría con una celeridad admirable los puntos peligrosos, animando á los soldados. Los enemigos, orgullosos por el número de combatientes que presentaban á vista de la plaza, se acercaron á las murallas, cuando un deluvio de balas les hizo retroceder, y pudieron convencerse de que la plaza de Morella no se abría á los austriacos, sino corría abundante sangre. Quedó desde entónces bloqueada, pero el valor de Bustamante halló medios para proporcionarse paja y leña, ya que es-

caseaban. Salía con sus dragones franqueando una compañía de tropa los caminos, y los paisanos cargaban en las casas de campo inmediatas y en media hora entraban en la plaza.

Como era tan estensa la línea de la muralla y la tropa de la guarnición apenas llegaba á doscientas plazas, los paisanos se ofrecieron á vigilar durante el día para que descansaran los soldados. Puso también el comandante ocho hombres de reten en las torres, y las mujeres y niños se adelantaban para ensayarse en arrojar piedras. Observó Bustamante que durante la noche entablaban los guardias conversacion con los enemigos y dictó una orden para que no se oyera una sola voz, guardando desde entónces, el día 18, un silencio sepulcral.

En la noche del 20 se vieron agitarse los sitiadores; cruzábanse las compañías; dabáanse órdenes, como si se prepararan para un asalto. No se descuidaron los sitiados, y el pueblo todo, sin distincion de clases, ocupó su puesto en las murallas. Eran las dos de la mañana del día de San Mateo, cuando las masas enemigas, entre el gran estruendo de tiros, tambores y gritería se dirigian á la muralla por cuatro partes, por el llano del Estudio, por la torre Beneito, por la de la Cucosa y por la puerta Ferrisa. Habia encargado Bustamante silencio y serenidad, y los defensores que tranquilos esperaban á las turbas, vieron al resplandor de unas hogueras, que adelantaban con escalas. Llegaron á raiz del muro, colocaron sus escalas, y á la primera señal de *fuego*, los certeros tiros de los morellanos diezaban las compañías, mientras que los viejos y las mujeres dejaban caer sus

grandes pedruzcos que les aplastaban. Viendo la decision, tocaron á retirada, dejando al pié del muro veinte escalas, tambores, muchos despojos y cuarenta muertos y ochenta heridos que fueron conducidos al palacio del Real, en cuyo punto se hallaba el E. M. Los sitiados no tuvieron siquiera un herido, atribuyéndolo la memoria que nos sirve de guía al especial patrocinio de María Santísima. Desde aquella noche se conoció la oportunidad de encender hogueras al rededor de Morella, ó camisas embreadas, que pudieran dar luz bastante para ver los movimientos del enemigo. Mandó tambien que todos, sin distincion, condujeran piedras para coronar el almenaje del muro, y se ofreció el singular espectáculo que eclesiásticos, frailes, las señoras y mujeres del pueblo, y hasta los niños trabajaran todo el dia conduciendo piedras á la muralla: desde este dia quedó creada la compañía de *pedreros*, que tantos servicios prestó durante el sitio.

El dia 29 llegó Nebot al campamento con un escuadron de caballería. El entusiasmo de los sitiadores saludó al renombrado gefe en el llano del Real y D. José Antonio Borrás, que dirigia la artillería del castillo, quiso tambien saludarle con un cañonazo, y estuvo tan certero, que la bala se le llevó el sombrero y atravesó á tres ginetes que le servian de ordenanza, ¡Mal augurio para Nebot, que soñaba entrar aquella noche en Morella! Al dia siguiente envió un tambor de parlamento, pero como Bustamante habia dado la orden de recibir á balazos cualquiera proposicion, al acercarse á la puerta, una descarga le hizo repasar el camino. En la mis-

ma noche, se acercaron algunos migueletes á la puerta del Forcall, con ánimo de colocar un barril de pólvora á un albañal. Ya se preparaban á la falda del muro, cuando fueron descubiertos, y enormes piedras y las descargas de fusilería les hicieron comprender de que no era fácil burlar la vigilancia de los morellanos, ni doblegar su corazón decidido á defender la plaza á todo trance. Las mujeres, que voluntariamente se habían unido á las compañías de pedreros, se portaron con tanto valor y entusiasmo, que rivalizaban con los más robustos jóvenes y tenían á gloria aplastar con sus enormes piedras á los soldados del archiduque que se atrevían á acercarse á la muralla. Cuando les miraban correr al campamento, y dejarse olvidadas las armas, no escaseaban las burlas y denuestos, llamándoles cobardes, facinerosos y despreciables maulets.

6. Confianza tenía D. Francisco Bustamante en los decididos defensores de Morella; no dudaba, que un puñado de valientes resistiría los repetidos ataques de los numerosos enemigos; pero como á militar experimentado, temía que si la plaza no era socorrida y el rey no enviaba tropas para levantar el sitio, al fin se verían precisados á sucumbir, sino por la fuerza, por el hambre. Todos eran soldados en Morella, y compartían los trabajos del sitio, y todos tenían derecho á comer de las provisiones almacenadas, y como nada podía saber de las operaciones exteriores, concibió el pensamiento de escribir á D. Francisco Hecheverría, pidiéndole refuerzo, ó siquiera noticias del estado de la guerra. Difícil era encontrar quien se ofreciera á llevar la comunicacion,

porque los destacamentos enemigos se tocaban y era arriesgado penetrar por la línea de circumvalacion. Pero se ofreció un paisano, cuyo nombre callan las memorias, y salió la noche del 30 de Setiembre. El día 2 de Octubre se presentó el mensajero á las puertas de Morella, y fué saludado con demostraciones de alegría por el ansioso pueblo que anhelaba saber lo que durante el mes de Setiembre habia sucedido á los borbónicos. Entregó una carta á Bustamante, en la que se le prometía un pronto socorro, y dió tantas noticias halagüeñas de la guerra, que dejó al pueblo entusiasmado: el mismo gobernador le creyó cándidamente,

Pero el paisano que se habia tomado el encargo de traer noticias era un traidor, cuya perfidia no pudo ocultar. En lugar de buscar á Hecheverría, se fué al campamento y estuvo dos días con Nebot, ofreciendo entregar la plaza, y poniéndose de acuerdo en el modo de perpetrar la más vil traicion. Era solo y habia de procurarse compañeros ¡dificil era encontrarlos en Morella! Comunicó la trama y esto sirvió para que se diera parte al gobernador Bustamante. Callad, dijo el sagáz militar á los que le avisaron, de este mal sacaremos un gran bien; y mandó que el traidor y desleal paisano se presentase ante él. Tenia estudiado el modo de descubrir el plan en todas sus partes, y despues de manifestar el riguroso castigo que merecia la traicion, concluyó diciéndole: tu vida está en mis manos y pende de tus labios. Si declaras sin reserva alguna el plan que habeis convenido para entregar la plaza, te perdono la pena que debes y podremos dejar burlados á los enemi-

gos; sino tu mueres y ellos no lograrán el intento. Acobardado el pérfido paisano confesó su delito y dijo, que se habian convenido de este modo: que en la mañana del dia 4 despues de haber ganado la voluntad de sus amigos, se estenderian por la muralla de la parte de San Miguel, llevando cuerdas para ayudar á subir á los sitiadores; un tambor habia de llegar á la puerta y si se le despídía, algunos de los coaligados en la traicion tocarían las campanas de la arciprestal, mientras que otros marcharían á sorprender la guarnicion del castillo; que algunas compañías se ocultarían en la ermita de Santa Lucía, para acudir con escalas al muro y auxiliados por los paisanos convenidos, podrian entrar y apoderarse de las torres, mientras la tropa del campamento llegara. ¡Arriesgado plan, porque habia de contar con muchos traidores y los morellanos pruebas habian dado de su fidelidad al rey D. Felipe!

Enterado pues, Bustamante, se presentó á los señores del gobierno de la villa y quiso que los prohombres, y los que más se habian distinguido en la defensa le oyeran. Dió cuenta de la alevosía del comisionado y del plan para llevar á cabo la entrega de la plaza. Esta noticia produjo una general indignacion; pero el sesudo militar calmó los ánimos y manifestó el designio de burlar á los sitiadores en sus esperanzas. Divulgose el proyecto, Bustamante y todo el pueblo se prepararon para recibir á balazos á los presuntuosos austriacos, colocándose en los puntos más peligrosos. En la mañana del dia 4 de Octubre repartió el gefe militar todas las tropas sin olvidar los servicios de las compañías de pedreros. Dió á D. Felipe Ibañez la comision de

defender el lienzo de la muralla que corre del castillo á las torres de San Miguel, cuyo punto era el convenido para entrar, y eligió veinte hombres de los más osados, con el que habia convenido con Nebot; agregándose algunos paisanos voluntarios; pero encargando que desempeñasen el papel que se les confiaba. A otros les encargó el vuelo de campanas y el simulacro de subir al castillo. Dispuesto todo, el gobernador con un piquete se preparó para recorrer el recinto. A las siete de la mañana llegó el tambor segun estaba prevenido y fué despachado en horamala, y apenas habia pasado una hora, cuando el vuelo de las campanas de la arciprestal avisó á los austriacos, de que el pueblo se habia sublevado: tal era la seña, que habian dado al vendido paisano. Algunos grupos que subian al castillo y disparando sus armas, les confirmaron que todo marchaba segun sus deseos, y se dió orden para avanzar. D. Felipe Ibañez ocultando los soldados, se asomó sobre las almenas, juntamente con el traidor arrepentido y algunos paisanos y al grito de viva Carlos III, convidaron á acercarse al muro á los soldados ocultados en Santa Lucía. Estos dejaron la ermita, y cargados con un sinnúmero de escalas, se dirigieron á la muralla con la esperanza lisongera de encontrar á sus amigos que patrocinarian el asalto. Se aproximaron hasta el pie del muro, arriaron sus escalas, tomaron en las manos las cuerdas que desde las almenas colgaban y alegres habian subido hasta las espilleras, cuando á una seña del capitán Ibañez, adelantaron las tropas de reserva y desde las garitas y las tores hicieron unas descargas tan certeras, que

los más atrevidos asaltadores cayeron troncos á la raiz del muro, mientras que las piedras y grandes maderos aplastaban á los demás. Viéndose burlados dejaron escalas, armas y tambores y los que pudieron escapar, se precipitaron por las paredes y peñas del *collet del ven*, para retirarse á Santa Lucia.

Conseguido este triunfo, quisieron continuar el engaño, y dirigiéndose á reforzar las compañías que defendian la parte opuesta, abrieron la puerta del Forcall, llamando á un destacamento que se hallaba esperando en el *Carrainet*, el que á los repetidos gritos de *viva Carlos tercero*, y viendo las puertas abiertas, acudieron sin recelar la emboscada. Hemos muerto á Bustamante, decian, venid sin miedo, que Morella es vuestra. Pero cuando les vieron á medio tiro de fusil, cerraron el portal, y fué el fuego que se hizo desde las torres y muralla tan certero, que diezmaron aquellas masas, crédulas en demasía. Algunos migueletes se ampararon detras de las paredes, hasta que llegó la noche y pudieron escapar favorecidos por las tinieblas. Al dia siguiente pidieron los sitiadores suspension de armas, para enterrar los cadáveres, lo que se les concedió, y pudieron saber que, apesar de haberlos retirado ellos aquella noche, quedaban al pie de la muralla cincuenta muertos y cien soldados gravemente heridos. El contento de los morellanos por la victoria les hizo olvidar sus continuas vigiliias y graves padecimientos, y corrieron al templo á dar gracias á Dios, cantaron un *Tedeum*. Dico la memoria que nos sirve de guia, que el traidor confesó, de que, á pesar de sus gestiones, no habia encontrado un solo morellano que aprove-

chase su traicion, prueba de la fidelidad de un pueblo, que habia jurado defender á su rey *hasta perder la ultima gota de sangre arterial*, como decia Fekiu.

Un mes habia trascurrido, y el comestible comenzaba á escasear. Habia dispuesto D. Francisco Bustamante que se montara un molino de sangre, ya que el trigo estaba abundante, pero viendo que no era suficiente para el abasto de la poblacion, mandó montar otros dos y algunas tahonas que molian á fuerza de hombres. Debemos consignar un hecho que revela el entusiasmo de todo el pueblo y la union en defender una causa abrazada. Hemos dicho, que no habia persona alguna dentro los muros ociosa. Viejos y niños se empleaban en el reparo de las brechas; sacerdotes y frailes tomaban la espuela ó conducian piedras al muro, mientras que las mujeres, como valientes amazonas, vigilaban en las garitas y ahora con el fusil, despues con las piedras rechazaban los asaltos del enemigo común. Pero quedaban las monjas de la Santísima Trinidad encerradas en el claustro. Ellas oraban, animaban á los combatientes, se entretenian haciendo hilas y vendages; más esto no bastaba, cuando todos estaban en un movimiento activo. Quisieron ayudar, empleando sus débiles fuerzas; y al efecto pasaron un recado á Bustamante, para que les montase una tahona en el convento, obligándose á darle un continuo movimiento con sus naturales fuerzas. Accedió el activo militar, y dos meses sirvieron su penosa ocupacion, relevándose por turno y dando una porcion de harina cada dia para el abasto del pueblo. No

queremos ser, decia la Priora, simples admiradoras del valor de vuestros soldados; queremos que el pan que han de comer este amazado con nuestro sudor. Nos complacemos en recordarlo, porque es una pincelada más en el retrato que nos hemos propuesto trazar del carácter morellano.

7. Apenas contaba la plaza de Morella doscientos defensores con armas, cuando los sitiadores tenian dos grandes divisiones de catalanes y un sinnúmero de partidas de maulets, prácticos en el terreno y los más osados para acercarse á la muralla, número insignificante el de los sitiados que tenian á su cargo el castillo y la estensa línea del recinto. Y sin embargo, no se limitaba á la simple defensa, si que llegaba su atrevimiento hasta salir de la plaza para atacar la línea y sorprender á los cuerpos de guardia que los austriacos tenian en algunos puntos. Estas rápidas maniobras tenian en continua alarma á los soldados de Nebot, que no podian comprender, como un pueblo con tan exigua guarnicion tuviera valor para atacarles en sus posiciones, dejando la plaza al cuidado de los viejos y las mujeres: recordaremos alguno de los arrojos, llevados hasta la temeridad, de nuestros bravos morellanos en aquellos dias.

En la noche del 11 de Octubre diez dragones y algunos paisanos quisieron sorprender una guardia que los enemigos tenian en el barranco del *Tin*, á tiro de fusil del muro por la parte N. E. Un sargento mandaba la partida y pudieron llegar con tanto sigilo, que sorprendieron al centinela. Este descargó su fusil hiriendo á un dragon (1) pero arrojándose el sargento sobre el centine-

la, le prendió prisionero y hubiérase apoderado de los demás, á no haberse alarmado al ruido del tiro y llamado en su ayuda á los del próximo campamento. El dia 15 se abrió la puerta de San Miguel, y una partida de valientes se arrojaron sobre el destacamento de Santa Lucía, logrando dispersar los soldados y apoderándose de armas y comestibles, volvieron triunfantes á la plaza. El dia 19 recordando, que en la salida al barranco del *Tin* vieron los soldados en el huerto de la Peguesa algunas coles y otras legumbres, regalo de que no podían disfrutar los morellanos, quisieron atacar de nuevo el cuerpo de guardia y aprovechar las hortalizas. De tal modo combinaron su arriesgado plan, que mientras los dragones daban una carga á los fugitivos migueletes, otros pudieron tomar las hortalizas, y traer á la plaza aquel rico presente en la apurada situación en que se encontraba. El dia 21 atacaron otra vez el destacamento de Santa Lucía, cayendo dos migueletes prisioneros y apoderándose del comestible: así los que velaban durante la noche, aprovechaban los momentos de descuido para atacar las trincheras enemigas, exasperando á los sitiadores con sus arranques de valor.

8. La tenáz resistencia de los morellanos hacia titubear á Nebot. Había escrito éste al gobierno austriaco que se hallaba en Barcelona, y como estaba resuelta la conquista de Valencia, nombraron virey al conde de Zabala, el que con un numeroso ejército y acompañado de

(1) Llamábase D. Gerónimo de Lanuza, natural de Casalia de la siera, y servía como distinguido en el regimiento de Dragones. Murió el 28 de resultas de la herida.

los demás ministros y empleados del reino atravesó el Ebro para dirigirse á la capital. Al llegar á Vinaroz, pareció al virey electo, que antes debía reducir la plaza de Morella á la obediencia de D. Carlos, y enviando una fuerte columna á Benasal, se vino con la demás fuerza á reforzar el campamento y dirigir él mismo los trabajos del sitio. El dia 22 llegó á los llanos del Real con toda su comitiva, acompañado de dos batallones y el gran convoy de víveres y municiones. Multitud de catalanes seguian al titulado virey con la esperanza de participar de los despojos de la conquista de Morella y Valencia. Pocos dias despues llegaron los que habian tomado el camino de Benasal, burlados por no haber podido reducir á un pueblo defendido por un puñado de paisanos. El grande aparato que presentaban las tropas sitiadoras era para imponer á los morellanos y obligarles á entregar la plaza; pero alentados con sus repetidos triunfos, pareciales que cuantos más enemigos se acercasen á sus muros más certeras serian las descargas y más moririan aplastados por las piedras de las murallas. La artillería de sitio llegó el dia 24, y aquella noche se trabajó en las baterías, levantando una trinchera en el Carraisset con faginas y tierra apisonada, que quedó concluida para el 26—Amaneció el dia 27 y vióse acercar un paisano con señales de paz, que dijo debía hablar con los Regidores de la villa para darles un recado del virey. Diose cuenta á Bustamante y quiso saber lo que Zabala pretendia. La proposicion del electo virey de Valencia era: que se entregase la plaza, que se concederia cuanto pidieran los paisanos y guarnicion, pero sino ac-

cedian á su proposicion tenia artillería bastante y gran acopio de bombas para reducir á escombros la poblacion y sepultar bajo las ruinas á todos los que encerraba. ¿Quién no se intimidára á las amenazas del soberbio Zabala? Pero los morellanos despreciaron las promesas y se rieron de las amenazas y con altiva frente respondieron al mensajero: que ellos no reconocían otro virey que el nombrado por D. Felipe V, á quien tenían jurado fidelidad, y que todo el rigor que Zabala desplegara no serviría para otra cosa que para probar su valor y la acendrada lealtad de un pueblo que sabia morir por su rey. No satisfecho Zabala con la respuesta, y juzgando que el gobernador no habia dado cuenta á la poblacion, discurrió otros medios de hacer públicas sus proposiciones. Escribió algunas proclamas, prometiendo felicidades bajo el gobierno de Carlos III, y ofreciendo un indulto tan amplio, que no pesaria á los morellanos el abrir las puertas á sus tropas. Estos papeles, atados á unas piedras, se arrojaron por la muralla en la parte de San Francisco; pero los paisanos los entregaron á Bustamante, que los rasgó y previno á los oficiales de guardia que vigilaran para impedir que los enemigos se acercaran á la plaza.

Veamos ahora con que recursos contabas estos valientes defensores, que se negaban á toda capitulacion. En lo exterior nada sabian de lo que pasaba, ni una noticia habia llegado del estado de la guerra, pero por la llegada de Zabala y la gran agrupacion de tropas al campamento podian juzgar que la causa de D. Felipe se hallaba en lamentable estado. No podian por entónces espe-

rar auxilio alguno. En el interior de la plaza todo les faltaba, fuera el valor y la decision. Se habian concluido las carnes saladas, el aceite que se daba en pequeñas raciones tocaba á su término, los animales inmundos se habian servido á la mesa como esquisitos manjares y para colmo de la desdicha faltaba la sal. Por otra parte el otoño era lluvioso y frio y la leña y carbon se habian concluido del todo; he aquí un pueblo que desafiaba á todas las desdichas antes de ser infiel á su rey. Tenia este pueblo el trigo abundante en sus graneros y job, decian aquellos bravos defensores de su rey y su patria, comeremos pan y si el trigo molido no alcanza para todos, en cada casa tendremos una fabrica de semolas, nuestras mujeres y nuestros hijos no moriran de hambre, mientras tengan manos para moler el trigo entre dos piedras. Era la decision desesperada, sino se queria llamar heróica. Para remediar un tanto las necesidades más apremiantes, se derribó un horno, con el fin de aprovechar la poca sal y regalarla á las familias mas delicadas, y por la escasez de leña se dió orden de tirar algunas casas y repartir la madera entre los vecinos y cuerpos de guardia, mientras que las familias acomodadas destinaban al fuego todo el menage de la casa que era innecesario: tal era el estado de penuria en que los morellanos se encontraban. Veremos si esto les acababa.

9. La constancia de los defensores de Morella habia apurado la paciencia de Zabala y el dia 29 por la mañana comenzó el bombardeo. Cuatro morteros colocados en el Carraixet dirigian continuas bombas y granadas

reales á la plaza, sin descansar hasta la tarde del día 30. Paró entónces el fuego por un momento, y parecióle al gefe sitiador que era llegada la hora de probar si admitian sus proposiciones, despues de treinta y cuatro horas de terror, y envió á un tambor con un pliego en el que repetia sus ofrecimientos. Pero la respuesta fué, que jamás serian infieles á su rey, mientras censervasen aliento y quedase en Morella un defensor; palabras que llenaron de indignacion al burlado Zabala, que pensaba que su presencia hubiera bastado para intimidar á un puñado de paisanos. A las ocho de la noche rompió el fuego de los morteros, que continuó hasta las once, y habiendo observado un centinela el movimiento de los sitiadores, dió cuenta al gobernador, que no dudó que se trataba de un asalto. Recorrió Bustamante el recinto, previno la mayor vigilancia, hizo colocar abundantes granadas en los lugares más peligrosos, faginas y estopas embreadas para arrojarlas encendidas al campo cuando se percibieran rumores y eligiendo sus mejores soldados se previno para un evento. El pueblo todo estaba silencioso en los andenes de la muralla, y montones de piedras aguardaban el momento de que una mano las arrojara sobre los enemigos.

10. Eran las cuatro de la mañana del día treinta y uno, cuando á la señal de cuatro granadas que arrojaron sobre Morella las baterias del Carraixet, las masas enemigas se adelantaron á la muralla por cinco partes, por el lienzo de San Francisco, Torre Beneito, puerta de Alós, torre de la Fuente, y puerta Ferrisa. El ruido de tambores y cuernos, el estampido del cañon y morte-

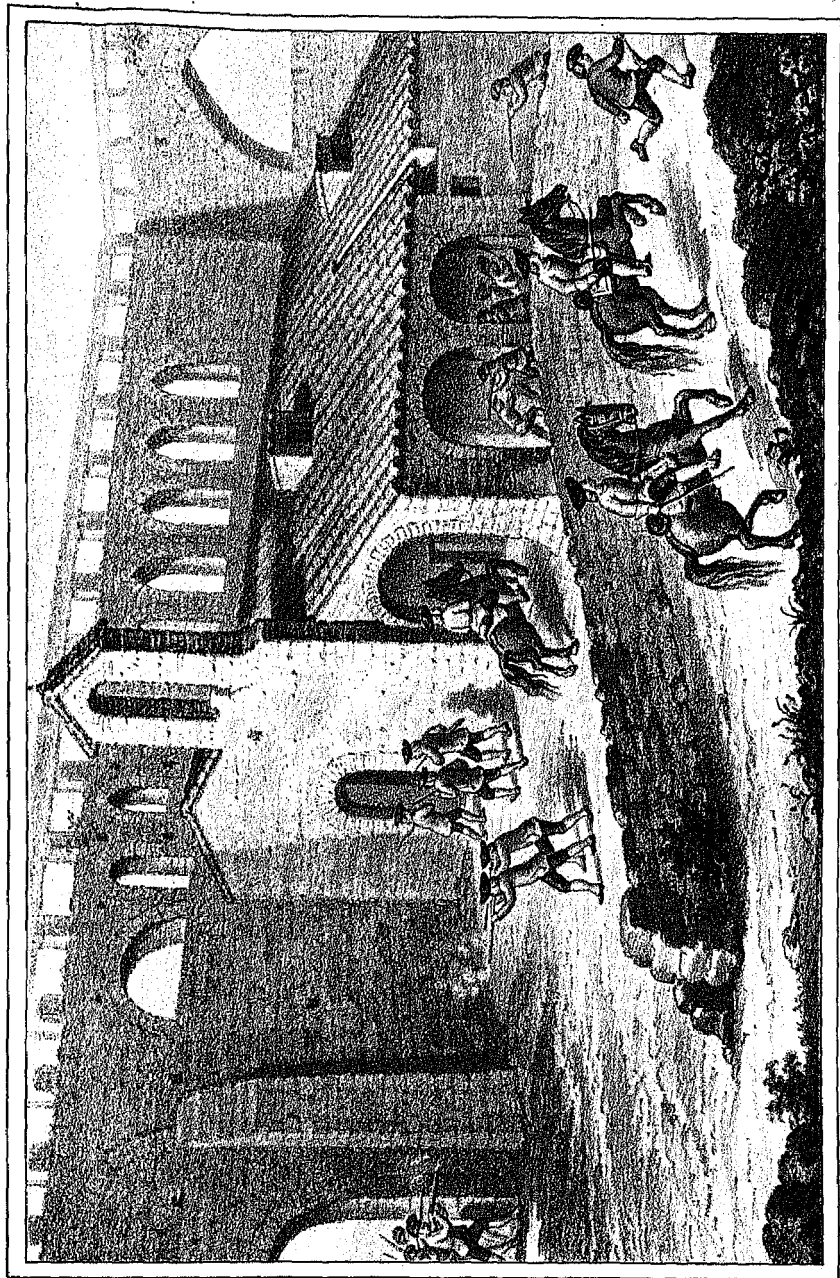
ros, que no cesaron un momento de enviar proyectiles mezclado con los gritos de *Viva Carlos tercero*, ensordecía á los defensores y hacia retemblar con su estruendo la poblacion, pero no quitó la serenidad de los morellanos, que á pie firme esperaban la señal de arrojar sus grandes piedras sobre la cabeza de los temerarios austriacos. Arrimaron al muro sus escalas, tan anchas que podian subir dos á la par, haciendo fagina embreada á las puertas, cuando sonó la trompeta, y los escopeteros hicieron tan acertadas descargas, que apenas se perdía una bala, mientras que los pedreros y las mujeres, dejaban caer las piedras ó las granadas encendidas. Tres veces tuvieron que retirarse los sitiadores, y volvian de nuevo á acometer el asalto, hasta que el dia lució y viéndose perdidos abandonaron la empresa. El conde de Zabala y Nebot dirigian las operaciones desde el puente del Tin, y viendo una derrota sin fruto alguno, mandaron retirar las fuerzas y se entraron al Real, su cuartel durante el sitio. La pérdida de los enemigos fué de sesenta muertos y más de cien heridos; y los morellanos perdieron un dragon, Juan Duch, muerto á consecuencia de un casco de granada que le hirió en la pierna. El primero de Noviembre salieron á recoger los despojos, entrando veinte y cinco escalas, que destinaron para llevar á los hornos, y encontraron un paisano gravemente herido y aplastada su cabeza por el golpe de una piedra él que fué enterrado pocos dias despues. (1) Se acercó á la puerta un capitán precedido de un trompeta, pi-

(1) Llamábase Francisco Amela, y era uno de los infelices, á los que Zabala obligaba á llevar las escalas.

diendo algunas horas de armisticio para retirar los cadáveres. Por él se supo, que entre los muertos habia un Coronel, un teniente Coronel y cinco oficiales, y que el número de los heridos de gravedad era mayor del que pensaban.

11. Ufanos estaban los morellanos despues de la victoria; ni el aparato aterrador de los enemigos les acobardaba, ni el hambre amenguaba su valor. El dia 4 de Noviembre salieron á sorprender el cuerpo de guardia de Santa Lucía, y lograron aprisionar á cuatro migueletes y un maulet, los demás huyeron. El 6 un oficial y un tambor entraron á traer provisiones para los presos, pero no se permitió la entrada al oficial en el interior de la poblacion, temerosos de que subvertiera á los paisanos. El 7 salieron los dragones con algunos paisanos y se apoderaron de algunas escalas y entraron paja, cuya falta se hacia sentir, pudiendo aprisionar un soldado. Estas continuas salidas alarmaron á los austriacos y les hicieron discurrir el modo de escarmentar á los temerarios. El cuerpo de guardia más numeroso era el de Santa Lucía, y este era tambien el que habia sufrido más ataques y sorpresas, por ser el más cercano á la plaza y prestarse por su camino llano y despejado. Conoció el proyecto de engañar á los morellanos en sus frecuentes salidas, y al efecto hizo que una compañía se ocultase dentro de la iglesia de la ermita, encargando á los migueletes de la guardia, que al salir la tropa de Morella marchasen en precipitada fuga por el camino de Aragon, y como seria regular que siguieran su

alcance, entónces la compañía oculta en la iglesia podría cortar la retirada y cogerles entre dos fuegos: era esto el día ocho. El nueve por la mañana se determinó salir otra vez á Santa Lucía, ignorando la emboscada que se habia preparado, y tomando D. Domingo Gerbás, capitán de dragones algunos caballos, y el teniente D. Domingo Bretón sus granaderos y unos cuantos paisanos, salieron por la puerta de San Miguel. Cuando se hallaban á mil pasos de Santa Lucía, el destacamento de migueletes, como si huyera de nuestros soldados, desamparó la guardia y echó á correr, parapetándose en el arco del acueducto. Siguió en su alcance la caballería, pero al llegar frente á la ermita el teniente Bretón observó que se movia la puerta de la iglesia que mira al sud, en el local que se halla ahora la casa herrería, y entrando en sospechas dirigió allí sus granaderos, aseguró en lo posible el que la puerta pudiera abrirse, y vió que, en efecto, tenia una célada. Llama á Gerbás, y comienza el fuego de ambas partes. Abren los austriacos la puerta que sale al pórtico y parapetados como en una ciudadela en los arcos, hacen descargas terribles contra nuestros soldados. Los que marcharon por el camino de Aragon hacen una contramarcha y atacan por el arco del camino de Chiva. Corta fué la acción pero empeñada por una y otra parte. Uno de nuestros dragones, al ver el teson conque los austriacos defendian el pórtico de la ermita, quiso penetrar, y dando espuela á su caballo, entró en el pórtico con una tal brabura, que mató con el tajo de la espada á dos de sus granaderos y continuaba descargando golpes cuando un



R. Segura. Dib.

Lit. de SANCHIS. Valencia.

ACCION DE SANTA LUCIA.

tiro disparado á quema ropa acabó con la vida del valiente dragon. Al ruido de los tiros acudieron algunas compañías y los morellanos se vieron precisados á retirarse á la plaza. Los enemigos perdieron diez granaderos y seis migueletes muertos, y algunos heridos; los de Morella un granadero y dos dragones muertos y un caballo mal herido, pero que pudieron entrar en la plaza. La accion duró menos de media hora, pero fué bastante para conocer el arrojo de los pocos que defendian la plaza de Morella. (1) De luto fué la pérdida del valiente dragon que se empeñó en desalojar del pórtico de Santa Lucía á los granaderos austriacos, pero su caballo, que habia quedado herido, fué muerto y su carne sirvió de gran festin á soldados y paisanos, que cansados de las semolas sin sal, ni condimento alguno, lo comieron como un grande regalo: en tal estado de escaséz se hallaban en aquellos dias los morellanos.

12. El apuro de los defensores tocaba á su término. Ninguna noticia habia llegado de las tropas del rey D. Felipe; y el comestible era poco y malo: era tiempo de deliberar. El gobernador Bustamante reunió consejo y pidió á los prohombres que le indicasen un medio para acudir á las necesidades. Con el doble objeto de saber de las tropas del rey y disminuir los gastos, se determinó enviar la gente inútil, encargando á los más avisados, que á toda costa enviasen un propio á D. Andres Mon-

(1) La lámina que damos y que representa esta accion, esta copiada á la vista de la ermita en el estado en que se hallaba entón ces el edificio. Despues se añadió la casa herrería y se destruyó el pórtico, para trazar la carretera.

serrat, que se hallaba en Valencia, con el fin de que activase el envío de un pronto socorro. El día 20 se hizo saber á voz de pregon, que los que quisieran salir de la plaza acudieran á la puerta de Alós; y en un momento se agruparon hasta doscientas personas entre viejos, mujeres, niños y eclesiásticos ancianos. Se abrió el portal, y como los sitiadores se apercibieron de aquella nube, pensando que la tropa queria romper la trinchera, acudieron al punto amenazado. Viendo la clase de enemigos que eran, fueron conducidos al Real, pero el suspicaz Zabala prohibió el que se les permitiera marchar con libertad, receloso que encubrian algun secreto proyecto.

13. Zabala habia dejado en Vinaroz el tren de batir y el gran convoy para reducir á Valencia en caso de resistir; pero viendo que los de Morella persistian en su obstinacion, dispuso, que se trasladasen á este campamento todos los pertrechos de guerra prevenidos para la conquista de nuestra capital. Ciento cincuenta acemillas llegaron al campamento el día 25 y en la misma tarde vio-se arribar otro convoy con la artillería gruesa y ochenta bagajes con moniciones de cañon y las grandes piezas de batir. Aquella noche para celebrar la llegada de nuevas tropas y el aparato de la artillería, dieron los sitiadores una música en el Carraixet; y los sitiados, que no querian pasar por cobardes, secundaron la fiesta con otra música de los profesores y aficionados de la poblacion, en el dia siguiente.

El suelo estaba nevado, y notaron los centinelas que en la senda que conducia al pozo de la nieve, á la falda N. de Morella, se conocian huellas de haber entrado,

y el gobernador mandó reconocer el sitio y se hallaron piquetas, tablones, diferentes herramientas y una mina que se dirigia al muro de la parte de San Miguel. Se dió fuego á la casa nevera y se derribó el lienzo del éste, para inutilizar los trabajos.

Pero todo era en vano. Una plaza, por heroica que sea el valor de sus defensores, sin socorros del exterior, ha de sucumbir; sino hoy, mañana; sino con el hierro y el fuego, por el hambre y la miseria. Tres meses habian trascurrido, ó poco menos y con tan pocas provisiones, que solo el empeño decidido podia sostener á los sitiados. Y á pesar de esto, aun se hicieron esfuerzos sobrehumanos. El dia primero de Diciembre por la noche se oian los trabajos de zapa por la parte del Puig, y la fusileria del llano del Estudio y San Francisco dirigió un nutrido fuego á los trabajadores, mientras que la artilleria del castillo les tiraba sus balas rasas y granadas: veinte y dos hombres perdieron aquella noche, pero al dia siguiente se distinguian ya las baterias, sin que una abundante lluvia les permitiera colocar los cañones hasta el dia cuatro. Los gritos, amenazas y la continua algazara manifestaban la gran confianza en las fuerzas y el tren de batir, que pudo colocarse en las baterias. Conoció Bustamante, que el plan de los sitiadores era abrir brecha en el lienzo de San Francisco, en la parte misma en donde se abrió en el sitio de Arene y dispuso se abriera un foso ó cortadura interior, levantando un contramuro de maderos. Visto por los artilleros de la bateria del Carraixet dirigieron aquella noche los fuegos á los trabajadores y sino desistieron, entorpecieron

bastante la obra. Rompióse el fuego de la batería del Puig, siguiendo el de los morteros del Carraixet, y era tan continuado que el día ocho estaba la brecha abierta en la muralla. Correspondía el fuego de cañon del castillo, dirigido acertadamente por D. José Antonio Borrás, pero una bala de cañon hirió al noble compatriota y fué preciso abandonar su puesto. Apesar de la situación apurada, rechazaron por dos veces al enemigo, sirviendo su pecho de muro y alentando apenas por el cansancio y la necesidad.

14. El día 14, viéndose ya sin recursos, faltos de municiones y sin esperanza de socorro, pareció era llegada la hora de pedir capitulación. Esto esperaba Zabala, aburrido ya de sufrir las penalidades del sitio, y sobre todo pesaroso por haber gastado el tiempo, que le hubiera tal vez proporcionado la entrada en Valencia. Los pactos de la capitulación fueron honrosos para los defensores de Morella. 1.º Debían salir con sus gefes todos los soldados, incluso los cuarenta voluntarios de Benasal, con armas y bagajes, dándoles salvoconducto hasta el punto que eligieran. 2.º Zabala entraría en Morella con sus tropas quedándose en el campamento todos los voluntarios y paisanos armados. 3.º Se aseguraban las vidas y haciendas á todo morellano y forastero refugiado en Morella, olvidando las injurias y todo lo pasado, con tal que entregaran las armas. Con estas condiciones entró Zabala en la plaza el día quince de Diciembre, saliendo Bustamante con las tropas, y dirigiendo su marcha á Peñíscola.

15. De temer era que al entrar las tropas austriacas

sucediera alguna desgracia. Un ejército numeroso, rechazado tantas veces en sus intentonas y asaltos; hecho la burla y el desprecio de unos cuantos soldados hambrientos, de unos paisanos, que habian burlado sus esperanzas, que por tanto tiempo les habian hecho sufrir las penalidades del sitio, y le detenian, no pudiendo marchar á realizar su dorado sueño de entrar en Valencia, temible era, que faltando á la capitulacion se vengaran de las injurias y desprecios. Pero Zabala, no quiso exasperar los ánimos y dispuso que los migueletes, cuya indisciplina le hacia temer alguna violencia, se quedáran en el llano del Real, entrando con algunas compañías, que fueron alojadas, con la órden de mantenerse á expensas de los patronos de su casa alojamiento. ¿Mas que podian darles, si de todo se carecia? Sin pan, sin comestible, sin leña habia quedado el pueblo, y la tropa no podia conformarse con aquel estado de escasez y privaciones. De los pueblos nada entraba en la plaza, y Zabala tenia cuidado de no dejar salir á los morellanos por las puertas, hasta que le presentasen seis mil escudos, para acallar á los migueletes, que pedian saqueo. Para dar cumplimiento á la órden de Zabala y no pudiendo reunir la cantidad en metálico, se dió plata labrada, y las señoras se despojaron de sus joyas, para contentar la rapacidad de los vencedores. Y aun asi tuvieron que sufrir los malos tratamientos de la soldadesca, y de los migueletes, que impacientes de esperar entraban en la plaza, saqueando las casas y cometiendo violencias y atropellos.

Hemos visto, que el Mudo de Valjunquera y Carlos

Lamberto, fueron ahorcados y luego sus cuerpos hechos cuartos se colocaron en harpones sobre las puertas de la plaza. Al entrar Zabala en Morella, los que habían sido amigos y compañeros de aquellos dos desgraciados, pidieron al jefe triunfador que se diera sepultura á los cuerpos de los que fueron sus capitanes, con toda la posible solemnidad. Zabala se prestó á darles gusto, y pasando una orden al clero de Santa María, se dispusieron los funerales, con asistencia de las notabilidades del pueblo. El clero y comunidades religiosas, con música fúnebre se encaminaron á las puertas y bajándose aquellos miembros ennegrecidos, se colocaron en un ataúd, derigiéndose con pompa á la arciprestal en donde se hicieron los funerales. Mal de su grado, tuvieron que cumplir la orden de Zabala y un pueblo, que había pedido la muerte de los que juzgaba criminales, ó como dice la memoria, bandidos y asesinos, acompañó al fúnebre aparato. ¡Lastima que los valientes defensores de Morella no hubieran sostenido el sitio tres dias más, como veremos en el siguiente capítulo!



CAPITULO III.

RESUMEN.

1. Estado de la guerra á últimos de 1710. 2. Zabala marcha á Cataluña y deja en Morella una pequeña guarnicion. 3. Llegan tropas de D. Felipe á la vista de Morella. 4. Cuarto sitio. 5. Disposiciones del comandante militar. 6. Atacan con artillería la plaza las tropas borbónicas. 7. Brecha. 8. Motin de los morellanos. 9. Capitulacion y entrada de las tropas reales. 10. El Baron de Itre por Gobernador. 11. Se amotinan los prisioneros: castigo cruel. 12. Paz general. 13. Concesion del feriado. 14. Continuacion del reinado de D. Felipe. 15. Su muerte.

Desalentadas las tropas del rey Felipe, despues de la batalla de Torrero, se retiraron á Castilla, no hallándose seguros en Aragon y Cataluña en donde el Archiduque contaba con muchos amigos. Los coaligados siguieron victoriosos á los borbónicos, y lograron que la corte se trasladara á Valladolid, dejando abiertas las puertas de Madrid á D. Carlos. Pero vino el duque de Vendome, y aquel genio militar no se abatió por los re-

veses de la fortuna, sino que procuró organizar un ejército de bisoños y formando un plan de campaña, se dispuso para atacar á los coaligados, que parece se habian enseñoreado de una gran parte de Castilla. Puso Vendome todo su cuidado para que las tropas de Portugal no se unieran á las imperiales; obligó al archiduque á salir de Madrid, entrando el dia 3 de Diciembre el rey Felipe entre las frenéticas aclamaciones de los madrileños; y siguiendo con sus tropas á los austriacos, pudo alcanzar á la retaguardia, mandada por el general Stanhope, cerca de Birhuela, derrotándola completamente y cayendo prisionero el mismo caudillo, con seis mil hombres que traia á su mando. En vano Staremberg retrocedió para impedir la derrota de su compañero, era tarde y encontró á Vendome dispuesto á recibirle con frente serena y castigar los atropellos y vejaciones de sus tropas en Castilla. La batalla de Villaviciosa coronó los esfuerzos de Vendome y las tropas que pudieron escapar de la derrota se encaminaron á pasos dobles á Cataluña en donde hallaban proteccion de los naturales.

Pero los borbónicos no se durmieron sobre los trofeos de la victoria. Sabian que cuando entra el desaliento en las filas contrarias es tiempo de velar, y siguieron á los vencidos: ni la muerte de Vendome, que acabó su carrera de un ataque de apoplejia, pudo desmayarles y alentados con las dos grandes victorias, comenzó una nueva serie de triunfos. El general Noailles ganó á Girona é introdujo el pánico en los campos de los coaligados. Era esto, mientras los morellanos hacian prodigios de valor para defender la plaza, desafiando como héroes

todas las calamidades de un largo sitio; pero como nada sabian del estado de la guerra en lo exterior, sin esperanza alguna de socorro, bajaron la cabeza mal de su grado ante las huestes de Zabala.

2. No se ocultaban al gefe sitiador los desastres de las tropas austriacas, y se desvanecian sus ilusiones del vireinato de Valencia; por esto el empeño en ganar á Morella, para marchar á ocupar su destino. Más, cuando solo contaba algunas horas en la plaza llegó Nebot, á quien habia enviado á recibir órdenes de la junta de gobierno de Cataluña, y le dió la infausta noticia de la toma de Gerona, y lo urgente que era marchar con toda la fuerza en socorro de las tropas de D. Carlos. Indiciso se hallaba el conde de Zabala, sin saber que resolucion tomar despues de los esfuerzos para ocupar la plaza de Morella. Su primer pensamiento fué entregarla á saqueo y marcharse con todas las fuerzas; pero le detuvo la imposibilidad de arrastrar el tren de artilleria de sitio, y el pesado convoy que retardaria la marcha. Reunió consejo y se determinó, dejar la plaza á cargo de dos compañías, retirando la artilleria al castillo, y almacenando las moniciones. Eligió por gefe á D. Antonio Boix, dejando doscientos hombres con algunos soldados de caballería y los voluntarios de esta sierra que quisieran quedarse. El dia 26 de Diciembre de 1710 salió Zabala para Cataluña, dejando esta plaza tan codiciada en poder de un subalterno, con celos de no poderla conservar, y maldiciendo la tenacidad de los morellanos, que le impidieron poder ocupar el brillante destino de virey de Valencia.

Era D. Antonio Boix un guerrillero atrevido, que habia abrazado la causa de D. Carlos, y que por su arrojo habia ascendido á sargento mayor de plaza. Su carácter bravo y soéz le hacian el hombre más apropósito para mortificar á los morellanos, y sus arbitrariedades y tiranías, propio de hombres sin instruccion ni moralidad, eran para exasperar á una poblacion rendida, pero que en sus corazones conservaba el afecto á su rey y la esperanza de poder restituirse á su dominio. Si tasaban el freno, esperaban los morellanos ocasion de poderlo escupir en la frente de sus dominadores y vengar las injurias y crueles tratos. El nuevo Comandante mandó, pena de la vida, que se entregaran todas las armas y moniciones, y no satisfecho, entraban los soldados por las casas, haciendo un registro tan general, que sabedores de lo que en cada una habia, les era fácil un simulado saqueo, bajo cualquier pretesto. Nada habia seguro y el bárbaro Boix, consentia, sino autorizaba toda clase de atropellos y vejaciones. Fortuna, que duró poco su dominacion.

3. Bustamante, el valiente defensor de Morella en el tercer sitio, que habia dejado esta plaza, saliendo con armas y bagajes él y toda su tropa, llegó el 17 á Castellon, precisamente cuando las tropas austriacas, hostigadas por los soldados de D. Felipe, caminaban á marchas dobles á Cataluña. Dió una relacion detallada de la resistencia que habia opuesto la plaza de Morella, y del estado en que habia dejado á sus vecinos, y D. Francisco Hecheverría se decidió á tomar con empeño la reconquista de un castillo, fuerte por naturaleza, pero más fuerte por el

valor y decision de los morellanos. Envió á D. Francisco Cayetano con algunas compañías, y con la guarnicion que habia sabido defender esta plaza, acompañándole el mismo Bustamante, que no podia apartar de su vista el peñon del castillo, ni borrar de su corazon la grata impresion que los morellanos habian hecho por su valor, abnegacion y sufrimiento.

El dia 30 de Diciembre dieron vista á Morella, y ocupando los puntos estratégicos, obligaron á los austriacos á cerrar las puertas; pocos dias despues llegó Hecheverría con el resto de la tropa y el tren de batir. Quince dias apenas habian podido respirar del cansancio los bravos defensores; sin comestible y sin leña estaba la poblacion; perforadas las casas por las balas de cañon ó hundidas por las bombas y granadas, y otra vez tenian ante sus ojos un ejército sitiador. Pero eran tropas amigas y esperanza tenian los morellanos de sacudir el yugo de los soldados de Boix.

Este desconfiaba de los vecinos y receloso de que entraran en tratos con los sitiadores, dispuso que salieran de la poblacion los principales, cuya medida, al parecer rigurosa, alentó á los morellanos pidiendo todos el pase para marchar al campo. Por no engrosar las filas enemigas, revocó el mandato, y solo dió orden de destierro para D. Gabriel Roselló, el arcipreste y otro cuyo nombre se calla. Ya bastó para que procurasen se adelantaran las operaciones del sitio, esperando que los de Morella no desmintieran su adhesion á D. Felipe.

4. Cayetano pasó á Cincorres esperando el comboy

de moniciones, que venia desde Peñíscola, y desde allí daba órdenes. Cuando todo se hallaba preparado, subió la artillería por el barranco de la Pinella y levantó una batería en la era de Gerona, bajo el cerro del *collet del ven*, para dirigir los fuegos al lienzo de muralla, que se halla entre las torres de la Nevera y la del Rincon, á espaldas de la iglesia de San Miguel. En esta batería se colocaron dos cañones de batir y un mortero, y dos cañones más en otra batería que se levantó en los arcos de Santa Lucía. Fueron los artilleros tan felices que á las veinte y cuatro horas tenian abierta una brecha bastante capáz. El comandante Boix, que con sus doscientos hombres no podia cubrir toda la muralla, concibió el proyecto de armar á los paisanos; pero estos se encerraron en casa, y por más pregones que mandara hacer para que se presentaran á su casa alojamiento, no pudo lograr un voluntario. Desesperado por el desprecio con que miraban sus órdenes, envió soldados por las casas y á la fuerza, se reunieron unos doscientos. Habia colocado Boix dos *verdugos*, dice la memoria, á su puerta, y con todo el aparato terrorífico, salió al balcon y les preguntó: *¿ Quien es vuestro Rey!* Un mudo silencio de desprecio fué la respuesta. Entregoles armas y dispuso que se distribuyesen por la muralla; disposicion, que alegró á los morellanos, pues abrigaban ulteriores planes.

5. El bárbaro D. Antonio Boix, queria con castigos y tropelías doblegar el corazon de los morellanos; no sabia que esto les exacervaba más y más, y que un momento de descuido seria bastante para perder la plaza y tal vez la vida. Encarceló á los eclesiásticos y personas

más acomodadas, y obligó á los demás á trabajar en el foso y contramuro que se abrió en la brecha; y era tan inflexible, que no perdonó al baile D. Francisco de Lafiguera, anciano y ciego. Su señora que reprovó la tropelia tuvo que sufrir el estar presa, y confundida entre todos los demás.

6. No fué tan acertada la disposicion del gefe sitiador al dirigir los tiros al lienzo que cubre la iglesia de San Miguel, porque se encontró con un segundo muro, y porque, para el asalto serian molestadas las tropas por los fuegos del castillo. Colocaron los sitiados un cañon en el ángulo saliente, entre las torres de San Miguel y la Redonda, y derribando la testera de la iglesia, levantaron un parapeto con los escombros y materiales: esto burló las disposiciones de Cayetano, y retardó unos dias el abrir nueva brecha, consumiendo la paciencia de los paisanos, que con ánsia esperaban el momento oportuno de sus- traerse del dominio de un militar bárbaro y soéz. Pero entre tanto, el estar de servicio en las murallas les proporcionaba ocasion de hablar con los sitiadores y recibir órdenes de su gefe, para llevar á cabo un proyecto, que les librase de la tiranía de los austriacos.

Grande fué el destrozo que la artillería de los sitiadores hizo en la parroquia de San Miguel. Más de una mitad de las casas habian sido destruidas por las bombas y balas de cañon. En la visita, que de orden del Diocesano hizo á esta iglesia en 21 de Febrero de 1714 el curado D. Francisco Hernandez, se admira que solo contase con cuarenta casas, ménos de una mitad de las consignadas en la anterior visita. En la del año 1722 se ha-

bian reedificado hasta ciento sesenta: he aquí el destrozo que hicieron las bombas y balas de cañon en la parroquia de San Miguel durante el sitio cuarto.

7. A pesar de esto, los sitiados no desmayaban y fué preciso pasar desde Cinctorres, en cuyo punto habia establecido su cuartel general D. Francisco Hecheverría, para activar el asalto, pues la brecha era ya de *diez pasos*, y el contramuro se hallaba destruido. El 26 de Enero se adelantaron los sitiadores hasta las ruinas del boquete y fueron rechazados por una compañía de migueletes, que colocados en la iglesia de San Miguel defendieron el punto con tanto teson, que los valientes soldados de D. Francisco Cayetano tuvieron que retroceder. El comandante Boix no temia á los enemigos exteriores, sino á los que habia dentro de la plaza, y por ello habia encerrado en las cárceles á los que pudieran dirigir una sublevacion popular, y con amenazas y atropellos aterraba á la poblacion, que no disimulaba su afecto á D. Felipe.

8. En los últimos dias de Enero quisieron los morellanos tentar la fidelidad de D. Antonio Boix, en quien era fama se dejaba llevar por el dinero. Le manifestaron la imposibilidad de continuar la defensa por más tiempo, y la resolucion de convenirse con los sitiados para abrirles las puertas de la plaza; pero que seria mejor firmar una capitulacion honrosa, añadiendo que el pueblo le regalaria trescientas libras (4500 reales.) No escupió el comandante Boix la proposicion; pero quiso contar con algunos de sus compañeros, ocultando el soborno, que no le seria muy honroso. Sea que no encontró quien se prestase á secundar su pensamiento de ca-

pitulacion, ó bien porque esperase sacar mayor beneficio, lo cierto fué, que el dos de Febrero se retractó de la palabra empeñada.

No era el convenio con el comandante de los sitiados tan oculto, que el pueblo no lo supiera, y con ánsia esperaba recibir á sus amigos en la noche del dicho dia, pero al verse burlado en sus esperanzas, concibió el proyecto de arrancar con la fuerza lo que no podia con el dinero. Celebrábase en Morella la fiesta de San Blas como segundo patron, y en la mañana de este dia, antes de rayar el alba se oyeron *vivas á D. Felipe V.* Estas voces se aumentaban, repitiéndose en las calles por los grupos que se presentaban en actitud no muy pacífica. El comandante Boix, receloso por las amenazas de los morellanos, tomó el piquete de caballería y con una mitad de infantería recorria las calles, amenazando hacer fuego á los paisanos que no se retirasen á sus casas. Pero léjos de despejar el tránsito, los grupos se aumentaban, cercaban al piquete, dando vivas al rey Felipe. Serian las ocho de la mañana, cuando Boix se posesionó de la plaza de la arciprestal, y no bien habia formado su tropa, cuando por todas partes affuian hombres armados con escopetas, navajas y otros instrumentos de algun oficio. Dispuso el comandante que la caballería despejara los grupos sediciosos, cuando al grito de *viva D. Felipe V.* se arrojaron como leones sobre la tropa, apearon á los ginetes y el mismo comandante miró prudente cambiar de tono y llamando á los que figuraban á la cabeza de aquella sublevacion, les dijo que capitularan

ellos, y sería ménos bochornoso para un militar, que tenia á su cargo la defensa de la plaza. Nosotros, respondieron los morellanos, no tenemos que capitular con los que son nuestros amigos, y defensores de nuestro Rey, á vos pertenece, y sino entregaros prisioneros de guerra.

9. Fué preciso capitular y la tarde de el dia 3 de Febrero pudieron entrar las tropas de D. Felipe en Morella entre las aclamaciones del pueblo entusiasmado, que saludó á sus amigos, en particular á D. Francisco Bustamante, cuyas simpatías se habia ganado durante el sitio anterior. Segun los pactos: los oficiales debian dejar las armas y en seis meses no podian tomarlas para defender á D. Cárlos; debian marchar escoltados á Cataluña, quedando prisioneros los soldados y migueletes. El dia 4 se llevaron á los oficiales y dejaron en depósito la demás tropa, esperando órdenes superiores. En el mismo dia salió para Zaragoza D. Miguel de Sada, en donde se hallaba el rey y demás familia real, á dar parte de la victoria, y de la firmeza y lealtad de los morellanos, recibiendo una satisfaccion por el comportamiento fiel de los defensores de Morella, y disponiendo, se imprimiera en los diarios de la capital de Aragon una relacion circunstanciada de las heroicas hazañas de este valiente pueblo. Se conservan algunos números de aquel periódico, y en ellos vemos la admiracion pública estampada en los escritos contemporáneos. Por esto en nuestro *Discurso Preliminar* deciamos: estrañamos que el Marqués de San Felipe, al escribir los Comentarios de esta guerra civil, no encontrase el nombre de Morella escrito en el mapa de España.

10. Tiempo era de respirar despues de tan largo cansancio. D. Francisco Cayetano se marchó á Valencia, entrando en la plaza Hecheverría, y la tropa de Bustamante. Se repararon las brechas, se procuraron comestibles y pertrechos de guerra, y despues de haber dado las providencias oportunas, dejó Hecheverría por comandante de la fuerza de la guarnicion á D. Felipe Ibañez, aquel capitan, que tanto se habia distinguido por su valor y actividad en persecucion de las partidas de maulets, que merodeaban por el terreno; siquiera hasta que el gobierno superior enviase un Gobernador efectivo para el partido de Morella, segun el nuevo régimen establecido despues de la abolicion de los fueros.

No era, á la verdad, la fuerza de que podia disponer D. Felipe Ibañez suficiente para cubrir las guardias y custodiar el castillo; pero Hecheverría tuvo presente, que en Morella eran todos soldados veteranos, y tan decididos, que no podia dudarse de su fidelidad. A demás, la causa del Archiduque perdia defensores, por los reveses de sus armas, y porque las naciones coaligadas se cansaban de enviar tropas á España, en donde encontraban un sepulcro abierto. Por esto los doscientos soldados de Boix, que habian quedado prisioneros en esta plaza, pidieron las armas para defender á D. Felipe V, y el capitan Ibañez no dudó agregar á sus tropas este resfuerso, de cuya sinceridad no dudaba. Con estas dos compañías, las moniciones abundantes, un aumento de artillería de cuatro cañones y cuatro morteros y las provisiones de boca que se procuraban almacenar, el simpático D. Felipe Ibañez levantaba la cabeza en medio de

sus amigos los morellanos, y desafiaba, recostado al peñón de nuestro castillo, todo el poder de los austriacos, si otra vez osaban acercarse á nuestras murallas. Pero hasta D. Carlos estaba fastidiado de una guerra larga, sin fruto, y que despues de haber corrido la sangre á torrentes, se hallaba en un estado desplorable. Los mismos reyes tan internados en favor del austriaco, se manifestaban indiferentes, ó entablaban negociaciones de paz con el de Francia, abuelo de Felipe; y como en este tiempo vacase el cetro de Alemania, y era llamado Carlos á empuñarle, se temia que engrandeciéndose con la corona de España pudiera ser un Carlos V, entrando en celos las naciones y llamando algunas á sus soldados, abandonando la causa al valor y decision de los catalanes: eran los heraldos de la paz deseada.

Y necesidad tenia España de descansar de la fatiga de una guerra de siete años; y necesidad tenia Morella de la paz, porque apenas habia disfrutado un dia de calma, despues que se levantó en sus montañas el pendon de Carlos III, y la paz deseaban los que desengañados de los tristes resultados de una lucha fratecida, recordaban otros tiempos normales. Vino la paz; y para curar las llagas que tanto tiempo manaban sangre y ponzoña, el rey D. Felipe envió de Gobernador efectivo á un militar dechado de honradéz, juicioso y de una piedad religiosa, que supo cautivarse las voluntades de los pueblos de su gobierno militar y político: tal era D. Adriano, Leopoldo, José Ruffant, Baron de Itre, cuyas acertadas disposiciones restituyeron la tranquilidad tantos años perdida. Fué el primero de los gobernadores en propie-

dad, y su nombre se halla escrito, no solo á los acuerdos municipales, si que tambien en las listas de la cofradias y hermandades piadosas de aquellos tiempos.

A principios del año siguiente (1712) vió Morella entrar á D. Carlos Gazulla de Ursino, aquel vate, jurista, y capitan que con el tercio morellano habia peleado bajo las órdenes del conde del Real. Cien familias pudieron abrazar á los valientes veteranos, cubiertos de cicatrices, y darse cuenta de la série de combates sostenidos unos en el campo de batalla y otros dentro los muros de su patria, pero todos por conservar su fidelidad al rey jurado, por no borrar del escudo de Morella el antiguo lema *fiel, fuerte y prudente*, que era la empresa gloriosa de sus abuelos.

11. La guerra se hallaba reducida al Principado; nosotros dejaremos á los catalanes en su lucha porfiada, desigual, desesperada, y con ánimo de resistir á todo el ejército de Felipe, y nos concretaremos á los hechos que nos pertenecen como historiadores de Morella.

Concluida la guerra en el reino de Valencia, si bien se publicó un indulto general, y nuestro Gobernador el Baron de Ite procuró hermanar los partidos de esta montaña, habia algunos en el reino, á los que la opinion pública condenaba por sus crímenes atroces, durante la pasada campaña, y juzgados militarmente se les condenó á trabajar algunos años en las obras públicas. Destinaron muchos al reparo de las obras militares de Morella, como plaza que tanto habia sufrido durante la guerra, y el Gobernador dispuso, que durante el dia trabajara una brigada en el castillo. Quiso levantar un pa-

bellon, como casa de recreo para el Gobernador de esta plaza, durante el verano, cuyo pabellon, á pesar de las variedades de los tiempos, se ha podido conservar. (1)

El dia 13 de Junio de 1713 celebraban en la iglesia del convento de San Francisco la fiesta de San Antonio de Pádua, y los religiosos acostumbraban convidar á las autoridades, para asistir á la misa conventual. El Baron de Itre no faltaba jamás á las funciones religiosas y aquel dia con doble motivo presidia al ayuntamiento. Se hallaba el convento de San Francisco al pie del castillo, apenas seis metros de la enorme roca; y cuando en el templo resonaban los cánticos sagrados, acompañados de los instrumentos músicos, una detonacion sobrecogió al pueblo reunido en la casa de Dios. ¿Que sera? se preguntaron. Siguieron otros tiros, y las autoridades, y el pueblo salieron del templo, dirigiendo sus miradas al castillo, de cuyo punto salian ayes y voces de socorro: era, que la brigada de presidarios que trabajaba en las obras del castillo, quisieron aprovechar aquella hora oportuna para escaparse, y lanzándose sobre el cuerpo de guardia hirieron gravemente al sargento, mataron al centinela y apoderados de las armas se despeñaron por la parte de la alameda, fugándose en direccion al camino de Castellfort.

Luego que el pueblo se cercioró, indignado contra los prisioneros, renaciendo el odio de partido, tomaron los

(1) Es el primero que se encuentra al entrar en la primera plaza del castillo á mano derecha y sobre la puerta tiene el escudo de las armas reales, y bajo la leyenda=Reinando Felipe V, y siendo Gobernador de esta plaza el Baron de Itre, Año 1713.„

soldados las armas, y con ellos los paisanos con escopetas, navajas y algunos instrumentos cortantes y marcharon en persecucion de los fugitivos. El capitán que mandaba la fuerza habia dado orden de no dejar uno vivo, si caian en sus manos y esta orden se cumplió con demasiada crueldad. En la cuesta de la Ombria, á una hora de la poblacion cogieron á nueve desgraciados, y en el hervor de la venganza fueron ahorcados en los árboles, con el propósito de suspender á su lado á quien se opusiera, y les diera sepultura, hasta caerse á trozos. (1) Otros cinco que cayeron en manos de paisanos fueron hechos prisioneros, pero pocos dias despues fueron pasados por las armas (2) Seis dias despues, algunos Señores de la poblacion pudieron lograr el que se diera sepultura á los cadáveres de los ahorcados, cuya putrefaccion apestaba.

12. La tenáz resistencia de los catalanes, la horrible matanza de uno y otro bando al penetrar las tropas de Felipe en Barcelona y el encono de partido, parecian las convulsiones de la hora de la muerte. Abandonados los catalanes á sus propias fuerzas pelearon con valor encarnizado y pedian se les restituyesen sus fueros, pero el gobierno de D. Felipe, ó se hacia sordo á sus reclamaciones, ó esquivaba la voz de aquel pueblo que tan-

(1)=Los ahorcados eran cuasi todos de los pueblos del Mijares: Baltasar Sacristán, Vicente Sanz, Antonio Rius, Miguel Mora, Atanasio Soriano, Miguel Aguilar, José Granell, Vicente Jordá, y Juan Sebastián=Hasta principio de nuestro siglo se conservaba la memoria, llamándose=les carrasques dels penjats.

(2)=Alberto Barbiloni, Juan Iglesias, Pedro Fasius, José Pereda y Bartolomé Martín.

tos años hacia le era hostil. Por fin tuvieron que rendirse y D. Felipe pudo sentarse tranquilo en el trono de San Fernando; bien que su reino no era lo que habia sido. La plaza de Gibraltar aun esta en poder de los ingleses y muchas de nuestras posesiones exteriores pasaron al dominio de otras naciones; pero se firmaron las paces y al recordar los diez años de guerra, la España, sedienta de paz, no sentiria tan honda pena al perder parte de sus dominios.

13. El rey D. Felipe al paso que sojuzgaba los pueblos que le habian sido rebeldes, perdonaba su infidelidad y procuraba atraer para si las voluntades, calmando la inquietud producida por la desconfianza que su rebelion les inspiraba. Justo era tambien manifestar su agradecimiento á los que habian defendido sus derechos á la corona, y si el estado de penuria en que el tesoro se hallaba no le permitió endemnizar los gastos estraordinarios y pagar los sacrificios personales, concedió gracias, que manifestasen la satisfaccion que le cabia. El pueblo de Peñíscola, que se pudo conservar bajo su dominio, recibió el título de *Ciudad* y el de Benasal el de *Villa Fidelisima*. Morella se contentó con algunas cartas gratulatorias y la concesion del feriado semanal, libre de toda gabela. Copiaremos literal esta concesion.

« En atencion á la fidelidad y servicios de la villa de Morella, del reino de Valencia, he venido en concederla un dia de mercado franco cada semana. Tendráse entendido en la Cámara y se dará para su cumplimiento el despacho necesario. Rubricado de la real mano de S. M. en Madrid á veinte y siete de Febrero de mil setecientos y doce. »

Recibido el Despacho Real, eligieron los regidores el Jueves de cada semana, para que libres de todo impuesto pudieran vender, tanto los de la poblacion como forasteros, cuyo dia sigue hasta el presente. (1)

14. Tranquila España despues de las pasadas borrascas, el Rey D. Felipe se dedicó á reparar tantas brechas abiertas durante una guerra tan larga y tan encarnizada. Dispuso que en la segunda Dominica de Adviento se celebrase en todas las parroquias de la monarquía una funcion perpétua de *Desagravios*, fiesta que se cumple religiosamente hasta nuestros dias; reparó las plazas fuertes, y se disponia á reconquistar el terreno perdido, pero la poderosa *liga* le impidió cumplir sus deseos. Si los hechos de D. Felipe V no fueron siempre felices, su valor y constancia le adquirieron el nombre de *Valiente* y *Animoso*, y apenas se registra en nuestra historia moderna que rey alguno estuviera en tantos combates.

Pero ó fatigado ó fastidiado del mundo quiso retirarse del poder, renunciando la corona en su hijo D. Luis, príncipe de Asturias, y eligiendo por morada pacífica la soledad de san Ildefonso.

(1) Desde el primer siglo de la conquista se consideraba la plaza de Morella como el centro mercantil de estas sierras, y afluan del bajo Aragon y de los pueblos del Maestrazgo. El Rey D. Jaime, por su privilegio de 1256, concedió franquicia á los mercaderes de la plaza de Morella, para poder vender libremente, con tal que pagasen un morabatin por trecho de cada pilar, que entónces eran cincuenta. En 1530 se confirmó este privilegio por D. Carlos V. ó I. de España, y la feria de la semana del Nombre de María, que viene celebrándose hasta ahora.

D. Luis I. El reinado de este jóven monarca solo fué como un metéoro que apareció en los espacios para brillar un momento y sepultarse en el seno de la tierra. Las grandes esperanzas que España tenia de las bellas cualidades de *D. Luis* se desvanecieron en un momento, pues á los diez meses de su reinado bajó al sepulcro en la flor de su vida. Su padre se vió precisado á dejar la soledad y el retiro de San Ildefonso para empuñar de nuevo un cetro que le parecia incómodo y pesado, y tomar las riendas del gobierno en una edad en que debia descansar de las fatigas

Uno de los hechos, que merece recordarse de este segundo período de su reinado es la conquista de Orán. Aquella plaza, que como en otra parte hemos visto, fué conquistada por los españoles, fué presa de los árabes durante la guerra que *D. Felipe V* habia sostenido con las naciones aliadas; pero ahora quiso recuperarla y encargó el mando de la espedicion al conde de Montemar, *D. José Patiño*. Este valiente General salió de Alicante con una armada numerosa, y despues de haber desembarcado en la costa de Africa, pudo recuperar la plaza de Orán el dia primero de Julio de 1732. La coincidencia de hallarse de Gobernador de Morella un sobrino del conde Montemar, *D. Juan Antonio Pando y Patiño*, fué la causa de que se celebráse esta victoria con solemnes fiestas en esta villa, aguzando su genio poético *D. Cárlos Gazulla de Ursino*, y legando á la posteridad sus versos dedicados al que llama su amigo, el Gobernador de la plaza.

15. Ni podemos, ni debemos reseñar las campañas

que en Italia tantos lauros dieron al ejército español, y que embargaron el último tercio del reinado del primero de nuestros Borbones. Morella no tomó parte en aquella lucha, sino como uno de los pueblos de la monarquía que contribuyeron con sus hijos y los gastos, y nosotros recordamos los hechos de los morellanos, no escribimos la historia de nuestros reyes. Sesenta y dos años de edad contaba D. Felipe, y cuarenta y cinco de reinado, cuando en 11 de Julio de 1746 fué víctima de un accidente apoplético y bajó al sepulcro con el sentimiento de los españoles, que lloraron la muerte de un rey francés de nacimiento, pero connaturalizado en España y hecho todo español. De su primera esposa D.^a Luisa María Gabriela de Saboya tuvo dos hijos D. Luis I, que murió siendo rey de España y D. Fernando, que reinó despues de su muerte. De la segunda D.^a Isabel de Farnesio, á D. Carlos, despues rey de España, á D. Felipe, Luis, María Victoria, y á D.^a María Antonia. Los reinados de los hijos de D. Felipe V fueron de paz para Morella: nosotros los pasaremos con rapidéz, siguiendo el plan que nos hemos propuesto y solo nos estenderemos en los hechos más memorables, ó en los que puedan interesarnos de un modo particular.

Si la nacion española debe recordar el nombre de los dos hijos de D. Felipe V, que reinaron en paz y procuraron la prosperidad y el bienestar de sus vasallos, no nos pertenece á nosotros trazar el cuadro de sus reinados. Nos limitaremos á recordar algunos hechos, que en su tiempo tuvieron lugar en Morella, reprovando rivalidades y exageradas pretensiones, que saliendo de los limi-


tes de la prudencia, turbaron el reposo y dividieron en parcialidades á un pueblo, que en dias de apuro habia estado unido y compacto.



CAPITULO IV.

RESUMEN.

1. Fernando VI. 2. Discordias locales 3. Carlos III. 4. Estrañamiento de los Jesuitas. 5. Carlos IV. 6. Revolucion francesa. 7. Guerras del Rosellón. 8. Napoleon I.

1.  la muerte de Felipe V ocupó el trono de España su hijo D. Fernando, el VI de este nombre en Castilla, príncipe naturalmente benigno, y que se dedicó á buscar la felicidad de los pueblos, protegiendo el comercio, las artes, y procurando trabajo para la clase pobre. Si las guerras de Italia le distrajeron del fin que se habia propuesto, tan pronto como se firmaron las paces, volvió el rey á fijar su atencion á los asuntos de España, aumentando su marina, abriendo caminos públicos y canales.

En 1753 concluyó el concordato con Roma, quedando con derecho de presentar el rey las dignidades y prebendas eclesiásticas esceptuándose cincuenta y dos, que se

reservó S. S. Estableció la academia de San Fernando; el jardin botánico, y otras mejoras morales y materiales, que hacen grata su memoria. Pero la muerte de su esposa en 27 de Agosto de 1758 de tal modo le impresionó, que despues de un año de congoja le llevó al sepulcro en 10 de Agosto siguiente. Durante su reinado disfrutó la España de aquella paz y tranquilidad que hacen ménos amarga la vida. ¡Lamentable fué, que en Morella se turbase la paz local, por ciertas desaveniencias, cuyos funestos resultados no pudieron preverse en un principio. Nosotros, cuyo cometido es recordar hechos y retratar á los morellanos que fueron con sus sombras y golpes de luz, no disimularemos las reprehensibles discordias que dividieron á esta poblacion en dos bandos, cuyas luchas, sino fueron con efusion de sangre, dieron malos ratos y turbaron la paz en las corporaciones y en las familias.

2. Más de una vez se ha roto la armonía que debe reinar entre las autoridades eclesiástica y civil por competencias en el ejercicio de sus funciones, ó por atribuciones que no les corresponden. Nosotros hemos recordado en otra parte el largo pleito sobre los bancos de los Jurados en la arciprestal, cuya cuestion se terminó en Roma, (T. I pag. 312.) daremos ahora cuenta de otra cuestion ruidosa, que alteró la paz durante algunos años.

Es grande el aprecio que el pueblo de Morella hace de la imagen de María Santísima con el título de Vallivana. Los Jurados primero y luego el cuerpo municipal ó Regidores son patronos de la ermita y han adminis-

trado sus rentas; pero la imágen, como una sagrada prenda, está bajo el cuidado de la autoridad eclesiástica, ora sea el obispo diócesano, ó del arcipreste de Santa María. Desde la peste de 1672, de tal modo se aumentó la devocion, que en las fiestas del sexenio es menester tomar todas las precauciones, para que no se turbe la paz por la preferencia en el lugar en que deben colocarse los que acompañan con hachas encendidas á la sagrada imágen. Ya en el primer sexenio de 1678, surgieron dificultades que obligaron á separarse en los cultos solémmes el clero y la villa.

Se habia de cumplir el voto en 1656, y segun era costumbre, hubo reunion en la sala capitular de los vecinos y corporaciones, en la que se determinó cumplir la promesa, celebrándose las fiestas sexenales: era esto en Abril de dicho año. Se prepararon las fiestas que debian tener lugar en la cuarta semana de Agosto; pero como en el programa del clero se decia, que los residentes con hábitos corales debian ocupar el lugar primero cerca de la sagrada imágen, esta determinacion no cuadró á los Regidores, que, como á patronos, querian colocarse al lado del Preste con un par de hachas. Esta pretension pueril motivó una junta de los municipales, y con fecha 20 de Julio recibió el clero de Santa María un oficio por medió del secretario D. Juakin Noguier, participándole, como el Ayuntamiento habia dispuesto suspender las fiestas sexenales. No se ocultaba el motivo á los residentes del clero de Santa María, y como tenian dispuestas las funciones, y creian que era un deber cumplir el *voto*, comunicaron el asunto con el Prelado, y este con

fecha 3 de Agosto, no solo dió licencia al clero para subir la imágen desde el ermitorio; sino que sospechando que tendria alguna oposicion, encargó que á espensas de la corporacion se celebrára un soléenne novenario, concediendo cuarenta dias de indulgencia á los fieles que asistieran á sus actos. Precisamente los sembrados desaparecian por una plaga de langosta, y el arcipreste Véрге halló motivo para exortar al pueblo á que implorara la asistencia del cielo por medio de María. Se dispuso, que hasta que llegara el dia en que estaba determinado subir la sagrada imágen, se hiciera un novenario de *rogativa*, invitando á las parroquias y comunidades religiosas para que se dignáran asistir. Notóse, que los señores municipales, y los religiosos franciscanos no asistian á la funcion, y no era un misterio lo que se trabajaba para torcer las intenciones del clero, de quien se decia, que pretendia apoderarse del patronato de Vallivana, para utilizar en su provecho el bosque y las dehesas del comun: esta paparrucha dividió el pueblo; unos se agruparon al rededor del clero, los nobles y los religiosos agustinos; y otros se adhirieron al ayuntamiento, y con él á los religiosos franciscanos. Desde entónces fueron conocidos los primeros por los *negres* y los otros por los *blaus*: negres y blaus se miraban con prevencion y manifestaban sus venganzas secretas.

Se acercaba el dia designado para trasladar la sagrada imágen desde el ermitorio á esta Arciprestal; todo estaba preparado, y el clero tenia nombrados los eclesiásticos que habian de hacer el viaje. Pero el Prelado diócesano, que temia algun atropello, por parte del clero dió comi-

sion al Dr. José Piñana, para que, como delegado suyo, previniera cualquier escándalo, facultándole para conminar con censuras á los que no estuvieran dispuestos á obedecer sus órdenes y lanzando escomunion contra los infractores. El comisionado de S. S. I. acompañado de un escribano se presentó á los conventos y parroquias, mayormente al de San Francisco, en donde, segun la voz pública, estaba al foco de los disturbios que se preparaban, y previno, que bajo pena de escomunion ningun sacerdote se atreviera á impedir que el clero trasladase á su iglesia la imágen de María de Vallivana. Estas disposiciones alarmaron al partido *dels blancs*, y públicamente se hacia propaganda por un padre franciscano, llamado Fr. Antonio Agramunt, resentido porque el clero le despidió del cargo de confesor de la corporacion.

Llegó el dia 22 de Agosto, víspera del designado para marchar el clero á Vallivana, y á las once y media de la noche el secretario del Ayuntamiento entregó un oficio al Arcipreste, manifestándole la resolucion de subir por cuenta suya y por *su autoridad*, la imágen de María Santísima, advirtiéndole que seria inoportuo el empeño del clero, pues la corporacion civil habia confiado la comision á los religiosos de San Francisco. Honda pena causó á D. Joaquín Verge la determinacion injusta del Ayuntamiento, y no dejó de preveer las fatales consecuencias, pero consultado con el Foráneo, y con el comisionado del Obispo y el capitulo eclesiástico, resolvieron unánimes cumplir lo determinado ya que tenian

la aprobacion del Prelado diócesano; bien que encargaron al vicario D. José Vallés, y al decano D. Pascual Vives, que usasen de la mayor moderacion y que no provocasen conflictos.

A media noche habian salido cinco religiosos franciscanos en direccion á Vallivana, á cuyo frente se puso el P. Antonio Agramunt, que era el que atizaba al partido *dels blancs*, resentido por haberle despedido del cargo de confesor del clero, y una comision del Ayuntamiento, para obligar, como patronos, al capellan de la ermita á entregar la imágen; pero este protestó, si bien cohibido por el regidor la entregó al P. Agramunt.

Salió la procesion del clero, y cuando descansaba en la masía del *Coll*, vió que llegaban los religiosos franciscanos con la imágen, y saliendo á recibirla, se arrojaron para adorarla y pedir luego la entrega; pero el P. Agramunt sin pararse ni escuchar razones pasó adelante dejando burlados á los sacerdotes del clero. Viendo el desprecio conque habian mirado la órden del delegado del obispo, tomó D. Pascual Vives una caballería y se vino á Morella; dió parte al Dr. Piñana y este reclamó auxilio de la autoridad, y con alguna fuerza se marchó á encontrar á los religiosos. En los llanos de la Batollera se promovió un escándalo; el comisionado, con un escribano que diera fe, pidió la imágen, los frailes se negaron á entregarla, el Dr. Piñana conminó con censuras á los que desobedecian las órdenes del Prelado, y léjos de hacer caso pasaron adelante, desoyendo las palabras del delegado de S. S. I. La imágen se colocó en el palacio del Real, y entrado en la villa el Dr. Piñana,

prohibió que se tocasen las campanas, ni se admitiera la procesion en iglesia alguna, sino en la Arciprestal.

El pueblo estaba dividido, los ánimos inquietos, los partidos se amenazaban, *blaus* y *negres* no cedían, y temíase con fundamento, de que se lanzarian á vias de lucha para apoderarse de la sagrada imágen; todas las precauciones fueron menester para que no estallara un motín. El Guardian de San Francisco, que tenia ya dispuesto el colocar la imágen en la iglesia de su convento, desistió á vista del mandato del comisionado del obispo y no encontrando templo, ni capilla dispuesta, se colocó la sagrada imágen en el salon de sesiones del Ayuntamiento. Tan lamentable era la terquedad de uno y otro partido, que el objeto de la veneracion y respeto sirvió para que las pasiones, exaltadas ya, se exacerbasen más y más y profanasen el nombre de María, mezclándolo con los gritos, amenazas y dictérios á los *negres*, clero, religiosos agustinos y sus parciales.

Si debian tributar cultos á María, ya que el trasladar su imágen á esta villa era para implorar su proteccion en la plaga de langostas, al ménos servia de pretesto, y los religiosos *blaus* se encargaron de hacer un novenario en la casa de la villa; pero con la condicion, de que se impidiese la entrada á todo *negre*. Y así se hizo. Se colocaron guardias á las puertas, y para que la devocion de los morellanos pudiera satisfacerse, adorando la Santa imágen, era preciso presentar la patente de ser adicto *als. blaus*. Entre las varias acusaciones que presentó el clero en el largo pleito, de que luego nos ocuparemos, hallámos, que en el lugar en donde colocaron

la imagen de Maria, se paseaban los señores con las mujeres, se tenian conversaciones profanas y se servian refrescos; todo pudo ser, porque no se respetaria aquel local, que si bien tiene un retablo antiguo, esta destinado para las sesiones de la corporacion civil.

Concluido el novenario, en cuyos dias se hicieron diversiones públicas, costeadas por el Ayuntamiento, una comision de religiosos franciscanos restituyó la imagen á su casa ermitorio, acompañada de los devotos de su partido. Prudente hubiera sido, que esta cuestion se hubiese dejado olvidada, pues el interes del clero para conservar ileños sus derechos y cumplir con la voluntad del Prelado todo se estrellaba contra la imponente actitud de un pueblo protegido por la autoridad civil, que tenia la fuerza, pero la corporacion eclesiástica sea, como dice una memoria, para desagraviar á Maria Santísima de las profanaciones en su imagen, ó bien por que nodejaba venderse, determinó cumplir el *voto*, y tributar un solémne Novenario á Maria, trasladando su imagen desde la ermita á la Arciprestal; y si bien esta determinacion pudo agrandar á una gran parte del pueblo otros la miraban como un acto en que se queria vindicar el desaire del Ayuntamiento. La sangre aun estaba caliente, las pasiones no habian calmado, y los partidos permanecian bajo su bandera; cualquier paso era renovar rivalidades, y suscitar nuevos conflictos. Se encargaron los sermones de los dias del novenario, se adornó la Arciprestal y todo estaba dispuesto para celebrar con pompa las fiestas á espensas del clero.

En los dias primeros de Octubre salió la procesion de

la Arciprestal, con un numeroso concurso; más al llegar á la posada del *Coll* vieron, que troteando con sus mulas les alcanzaban el alcalde mayor D. Antonio de Francia, el regidor D. Luis Usategui, y cuatro alguaciles armados, Vicente Ferrer, (a) Burquet, Simon Ferrás, Juan Zaporta y Pedro Celma, los que sin saludar á la comitiva religiosa pasaron adelante. Algun recelo habia obligado á marchar con la procesion al Delegado del obispo, Dr. José Piñana, con su notario y no dudaron ya que tendrian oposicion. Sinembargo siguieron su camino por la tarde, llegando á la ermita al oscurecerse. No fueron infundados los temores. No solo encontraron cerrada la puerta de la iglesia, si que tambien la casa hospederia, el meson, y hasta las ventanas. Algunos de los que acompañaban la procesion, quisieron forzar las puertas, pero asomáronse á las ventanas los alguaciles con sus escopetas y haciendo una descarga, tal vez con el objeto de intimidar, amenazaron dejar tendidos á los que se acercaran. Entónces el comisionado de S. S. I. leyó el mandato, estendióse un testimonio por el escribano, y entre las tinieblas de la noche repasaron el baranco, para buscar un retiro en la masia del *Coll*, á dos leguas de la ermita. En la mañana siguiente llegó la procesion sin la imágen, se público la excomunion y se puso en la puerta de las iglesias una tabla, en donde se hallaban escritos los nombres de los escomulgados vitandos. Esto acabó de dividir la poblacion y llenó de despecho á los del partido dels *blaus*. Se comenzó un pleito entre ambas corporaciones, ruidoso pleito que por muchos años embargó á los tribunales, hasta que cansados unos y otros

dejaron el asunto en manos del prelado diócesano, para que procurara las paces amigablemente, como se pudo lograr. En 31 de Marzo de 1758 se alcanzó el despacho de absolucion de la censura, y pocos dias despues se publicó solemnemente. Se escribió un convenio entre ambas corporaciones y aprobado por S. S. I. en 25 de Noviembre de 1761, quedó establecido el orden que se debia observar en lo sucesivo en las procesiones. (1)

Hemos extractado la relacion de las discordias entre las corporaciones eclesiástica y civil del proceso y libros de acuerdos, y al concluir no podemos ménos de lamentar los fatales resultados de una division por la poca prudencia, que se convirtió en resentimientos personales. No quisieramos que se repitiera en el discurso de los tiempos, sino que con precaucion se evitaran motivos, al principio leves, pero que las pasiones aumentan su gravedad.

3. *Cárlos III.* Por el testamento de D. Fernando VI entró á reinar en España su hermano D. Cárlos, tercero de este nombre, entónces rey de Nápoles, llegando á Barcelona el dia 17 de Octubre de 1759 y haciendo su entrada triunfal en la capital de la monarquía el 9 de Diciembre. Más de un siglo ha pasado y el nombre de Cárlos III es grato para los españoles. Desde los dias primeros de su reinado se dedicó á procurar todos los bienes posibles para la nacion, abriendo caminos, roturando eriales y fomentando la agricultura, fuente de la riqueza pública. Se vió precisado á firmar el *pacto de fa-*

(1) Lease el libro de acuerdos del capítulo eclesiástico.

militias, para pedir una satisfaccion á la Ingalatera, por insultos al pábellon de España; conquistó muchas plazas fuertes en Portugal, hasta que se firmó la paz de Fontaineblau de 1763. Desde entónces se dedicó al gobierno interior de la nacion, publicando leyes sabias, procurando economías y fundando las poblaciones de Sierra Morena.

4. En el prefacio de nuestra obra deciamos, «no quisieramos tener á la vista la Coleccion de decretos y disposiciones para el estrañamiento de los Jesuitas» Y cierto, que escribiamos estas palabras pocos meses antes de que se habian de arrojar los individuos de la Compañía de Jesús, y se habian de demolar sus templos. Como no podemos acomodarnos á las arbitrariedades y tiranías, y sentimos aversion á todo lo que no sea legal, al recorrer un reinado de paz y prosperidad, y reconocer las dotes de Cárlos III, no quisieramos tropezar con aquellas órdenes, á nuestro parecer crueles, para estrañar del reino una institucion benéfica y que tan buenos frutos dió para la enseñanza de la juventud y para moralizar los pueblos. No incumbe á nosotros hacer la apología de la Compañía de Jesús, pero al reparar de donde vienen los tiros que se dirigen, parecenos que no en vano se dice que es el más fuerte baluarte de la iglesia católica y el escuadron más bien organizado para atacar á sus enemigos. Cuando tanto se nos ponderan los derechos del hombre, despues de la horrible pintura que se nos hace de los tiranos, leemos la historia del estrañamiento de los Jesuitas, esa coleccion de decretos mandados publicar por real disposicion y vemos en Cárlos III un hombre

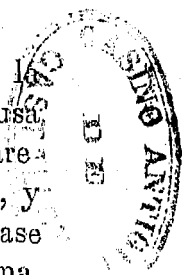
engañado por la astucia y malas artes de los áulicos y consejeros, contaminados de las doctrinas de Voltaire y demás enciclopedistas del pasado siglo. Nada más diremos, y esto basta para manifestar, que no nos ciegan las diatribas escritas con demasiada parcialidad. Nosotros, que hemos manifestado nuestra pena al ver marchar aquel enjambre de moriscos, y esto que sabíamos que eran perpetuos perturbadores del orden, ¿porque no hemos de manifestar tambien nuestra amargura al recordar, que se hacinaron centenares de sacerdotes en pequeños bancos, despues de haberles arrojado de sus casas, ocupadas sus temporalidades, y enviados á países estraños, si no murieron en la travesia, llevando con ellos la ciencia y la virtud? Nadie hasta ahora ha presentado pruebas de su culpabilidad y años despues se confesó, que la espulsion de los Jesuitas de los dominios del rey de España fué una arbitrariedad, y que *los motivos, que segun Cárlos III le obligaban á dar la órden, y que quedarian en su real ánimo*, no serian bastante poderosos cuando no se atrevió á manifestarlos para calmar la inquietud de los pueblos.

Cárlos III murió en 14 de Diciembre de 1788 su muerte fué llorada del pueblo español.

Cárlos IV. El dolor producido por la muerte de Cárlos III se templó con la esperanza que tenian los españoles en su hijo, que le sucedió con el nombre de Cárlos IV. El bondadoso carácter y el amor que habia manifestado á los pueblos el jóven Príncipe hacian presentir un reinado de paz y de ventura. En 9 de Enero se celebraron en Morella los funerales del rey difunto, y luego llegó

la orden para hacer la fiesta de proclamacion; pero la estacion fria y el deseo de solemnizar el acto fué la causa que se aplazara para mejores tiempos. Habian desaparecido las pasadas discordias entre el clero y la villa, y quisieron, que la fiesta de proclamacion se solemnizase subiendo de Valliyana la Imágen de María Santísima, supliendo lo que habia faltado en el anterior sexenio. Tenemos el programa y vamos á entresacar lo que nos parezca oportuno.

El dia 26 de Setiembre, cuando la sagrada Imágen entraba por la puerta del Estudio, los señores del Ayuntamiento salieron de las casas consistoriales, llevando enarbolado el pendón uno de los Regidores, y otro con un guion, en el que se hallaba el retrato de D. Carlos IV. En el llano del Estudio se unió la procesion religiosa con la cívica y marcharon á la Arciprestal, en donde el arcipreste dirigió la palabra á los fieles. Al dia siguiente se celebró una solémne funcion y seguidamente se tomó el juramento de fidelidad á las autoridades, marchando luego por la calle de la Virgen, Plaza, Zapatería á las casas del Ayuntamiento, en donde se proclamó al nuevo rey y se pronunció un discurso, ponderando las bellas cualidades que le adornaban y lo que podia prometerse de el ¡Ojala no se hubieran desvanecido tan bellas esperanzas! Para perpetuar la solemnidad de aquel dia se colocó en la fachada de la casa del consejo una lápida con una leyenda, que aun se conserva hasta hoy, que-remos copiarla.



CAROLUM IV
 PIIS. CAR. F.
 CAT. REG. OPTIMVM
 REGNI TVTAMEN
 SPEM OMNIVM
 VI KAL. OCT. A. MDCCLXXXIX
 FIDELIS MVR. INAVGVRAVIT.

Tal era la esperanza de los españoles, tal la de los morellanos al inaugurar su reinado Carlos IV, que el entusiasmo con que le saludaron fué superior al que habian saludado á sus predecesores. Y en otros tiempos ménos críticos, y con ménos indulgencia con su esposa, la tristemente célebre D.^a María Luisa, hubiera sido un buen rey; pero los caprichos de la reina, la privanza de D. Manuel Godoy, y el poco recato para ocultar su passion desprestigiaron á los reyes y á su privado, precisamente cuando más allá de los Pirineos se formaba una tempestad, que no habia de tardar en estallar, arrumbando viejas instituciones, y tronchando las plantas más bellas y lozanas. Cuando Morella victoreaba á su nuevo rey en 1789 el ruido de la tormenta amagaba á los franceses dias de lágrimas y sangre.

6. Sabidos son los horrores de la Revolucion francesa; no habrá hombre sensible, que al leer las páginas ensangrentadas de aquellos dias de vértigo y de furor no dude si eran hombres ó fieras los que, mientras rendian culto á la diosa Razon, y proclamaban la *igualdad* y *fraternidad*, se cebaban en las más inocentes víctimas, y enviaban al patíbulo á ciudadanos pacíficos. La sangre de Luis XVI, la de María Antonieta, la de la bon-

dadosa Isabel, la de tantos sacerdotes é ilustres franceses, que á regueros corria á los piés de la guillotina; los gritos de muerte lanzados por una vil y soez demagogia, atizada por unos cuantos ambiciosos, que levantados del polvo, ocupaban los sitios del poder, todos estos horrores hacen más horripilante el cuadro de aquella revolucion impía y antisocial, y nos dan una idea del hondo pesar que causaria en el corazon de nuestros abuelos la relacion de tantos desastres.

A las noticias estampadas en los periódicos, añadia-se la relacion de muchos sacerdotes, que pudieron escapar del puñal demagógico y de las pesquisas de los revolucionarios y saltando los Pirineos, buscaron en este suelo la hospitalidad. Morella tenia á muchos de estos atribulados y les dió hospedaje en sus conventos, pasando el clero de sus rentas cinco reales por cada uno; cantidad diaria, que llegó á ser insoportable porque el número se aumentaba cada dia. Pero se abrió una suscripcion, y cuando en la capital del reino se presenció el triste cuadro de que se desterraran á los sacerdotes y religiosas ursolinas, solo por ser francesas, halláron un abrigo á la sombra de nuestros riscos y entre las breñas de nuestra montaña. Tenemos las cuentas de los gastos que ocasionaron los huespedes y suben algunos miles de reales.

7. Los reyes de Francia habian acabado su vida en un cadahalso; el torrente revolucionario se habia desbordado y arrasaba todo lo que encontraba á su paso, y las naciones vecinas creyeron deber suyo detener el rápido curso de la revolucion. Al frente de la monarquía espa-

ñola se hallaba Godoy, jóven despejado, pero con poca esperiencia en los negocios, y sin aquella sagacidad que se necesita para mantener en paz una nacion, sin provocar las iras de otra nacion vecina. Parecíale que era tiempo de declarar la guerra á la república francesa, y reclamó de la nacion un donativo voluntario, que superó á sus esperanzas, porque la empresa se miraba santa; reclutó un ejército y atravesando los Pirineos, fué á buscar las tropas de la república en su mismo terreno. Alguna ventaja consiguió el ejército español en un principio, pero no tardó en experimentar desastres que le obligaron á repasar la línea que divide los dos reinos, para ver como los franceses se apoderaban de parte de las provincias vascongadas y de la importante plaza de Figueras en Cataluña, que si volvió en poder de España, fué por el vergonzoso tratado de 1796, cediendo á la Francia la isla de Santo Domingo, y entregándole veinte y ocho millones de pesos fuertes, diez y seis mil hombres de infantería y ocho mil de caballería, quince navios de línea, con su tripulacion y otros humillantes pactos. Y sin embargo D. Manuel Godoy recibió el título de *Principe de la paz*, por haber firmado una alianza, que luego habia de ser la ruína de la nacion. No nos entretendremos en las peripecias de los últimos años del reinado de D. Carlos IV, porque no somos nosotros quienes debemos presentar detalles, pero antes de concluir este capítulo, daremos una idea del hombre extraordinario, que tuvo por muchos años en sus manos los destinos de Europa, y encadenó á los reyes y á los pueblos á su carro de triunfo.

8. ¡Napoleon! He aqui un nombre, que desde nues-

tros años primeros oímos pronunciar con asombro, ahora cuando se admiraba la rapidez de sus conquistas, ó bien cuando maldecían la falsedad de sus palabras, lo atrevido de sus empresas injustas, las crueldades, atropellos, y tanta sangre derramada para saciar su ambición desmesurada. Cuando abrimos los ojos á la luz del mundo su estrella se habia eclipsado y aquel á quien parecia estrecha la Europa, se paseaba mohino sobre los rocas de Santa Elena. Escribiremos algunas líneas sobre este hombre extraordinario, y prepararemos el cuadro para el siguiente capítulo.

Del matrimonio de Carlos Bonaparte con Leticia Remolini, habitantes en la isla de Córcega, nacieron cinco hijos y tres hijas. El segundo era Napoleon, que nació en Ajaccio en 15 de Agosto de 1769. De jóven entró en el colegio de Briene, en donde se educaban jóvenes destinados al servicio militar en artillería, y dió pruebas de lo que podia aprovechar con el tiempo: subió hasta capitán por sus méritos, hasta que en el sitio de Tolon dióse á conocer por sus acertadas disposiciones. Desde entónces comenzó su nombradía, y la fortuna le fué tan favorable, que pocos generales, si hay alguno en los tiempos antiguos y modernos, pudieron igualarse á él, y ninguno se levantó á una altura de poder semejante. Su águila elevó el vuelo hasta las nubes y cuando pareció al Arbitro de los hombres cortar sus alas, cayó revoloteando para sepultarse en medio de los mares. Y no ha sido el último de su linage que haya sufrido un cambio de fortuna, porque, cuando el hombre fia en las fuerzas que le rodean y no se digna levantar los ojos al cielo,

una poderosa mano cae sobre su cabeza y humilla el orgullo, para que conozca, que la fuerza y el poder nos vienen de lo alto y Dios los dá como y á quien le place. Nosotros solo nos ocuparemos de los hechos que tuvieron lugar en nuestra patria durante los dias de su imperio; la historia del curso ambicioso y atrevido se halla en manos de todos.



CAPITULO V.

RESUMEN.

Preliminar. 1. Conducta p rfida de Napoleon. 2. Se apoderan los franceses de las plazas fronterizas. 3. Indignacion general. 4. Fernando VII. 5. El Dos de Mayo. 6. Milicias. 7. El Gobernador Bets s. 8. Armamento. 9. Los franceses en Alca niz. 10. Confusion en Morella. 11. La Im gen de María de Vallivana. 12. Se reaniman. 13. Accion de la Pobleta. 14. Entran en Morella los franceses. 15. Peste. 16. Rogativas. 17. Segunda visita de los franceses. 18. Estado general de la guerra. 19. Habert en Morella. 20. Sitian los españoles la plaza. 21. El P. Nebot. 22. Convite. 23. D. Manuel de los Rios. 24. Quinto. 25. Los franceses en Pe nscola. 26. Rumfort. 27. Boissomacs. 28. Las guerrillas entran en Morella. 29. Sitio. 30. Entran en Morella los españoles. 31. Paz general.

La guerra de la Independencia nos ocuparia largamente si hubiéramos de consignar en nuestro escrito los acontecimientos más notables. No olvidaremos que nuestro cometido es escribir la Historia de Morella; pero ni esto podremos hacer, precisados como nos hallamos   circunscribirlos en algunas páginas: ni el boceto podremos presentar del cuadro que nos ofrece aquella lucha contra

las tropas del Capitan orgulloso, que soñaba aplastar á todas las naciones del mundo con su planta de hierro. Apuntaremos, pues, lo que nos parezca más digno de pasar á la posteridad, sin comentario alguno, como el viajero, que apunta en su libro de memoria las noticias que recoge, para estenderlas con mas calma el dia que se halle descansado de las fatigas del viaje en el seno de su familia. Viven aun muchos de los que fueron testigos de los hechos; renovaremos su memoria: nuestra juventud puede tomar en sus manos los escritos que se han publicado y estender sus conocimientos.

1. Napoleon habia llegado al pináculo del poder, la fortuna le habia conducido de victoria en victoria, y cuando se consideró bastante fuerte, cegó con el brillo de su espada á los mismos que le habian encumbrado y empujándoles, subió al trono de Clodoveo y Carlomagno, y dijo: soy Emperador; tomaré de vosotros los consejos que me acomoden, pero se cumplirá en todo mi liberrima voluntad. Político sagáz, ambicioso sin medida, sin escrúpulo infringia los tratados, miraba á las naciones como si fueran provincias destinadas á engrandecer su imperio. La simulacion y el engaño precedian á sus planes, al despojo y la tiranía conque avasallaba á los pueblos y todo era lícito para lograr sus intentos de dominar: no podia esperarse que respetara la alianza, que habia firmado con el rey de España, aquel á quien el mundo parecia estrecho para reinar.

En 27 de Octubre de 1807 se convinó con Carlos IV para dividir Portugal en tres pequeños reinos, y para esto debia enviar Napoleon un cuerpo de tropas de treinta y

seis mil hombres, y si estos no bastaban, cuarenta mil más, abriendo la España sus puertas al ejército francés y franqueándole el camino para Portugal: añagaza para coger al crédulo Carlos y á su favorito Godoy. Firmado el convenio no se descuidó Bonaparte, y en Noviembre entró Junot con una division y tomando otra de españoles invadieron Portugal, cuando los Príncipes de este reino, recelosos de las miras de Napoleon se embarcaron para el Brasil, dejando un Gobierno provisional; y entrando en Lisboa, tomó Junot posesion del reino en nombre del Emperador de los franceses.

2. Era tiempo de llevar adelante los planes de Napoleon respecto á España, y buscaba pretextos para no dispartar al Leon de Castilla, temeroso de que se arrojase fiero sobre las tropas del traidor que le engañaba. Quiso presentar á Fernando, Príncipe de Asturias, como un criminal que atentaba contra la vida de su padre, y su intriga consiguió que se le arrestase y se formase causa. Envió un ejército numeroso á la península, que dividido en grandes masas, llevó á cima el pérfido plan del Emperador, apoderándose cuasi simultáneamente de las plazas de San Sebastián y Pamplona; de Barcelona, Monjuí y Figueras, y continuando su traicion dispuso que Murat avanzase hasta lo interior del reino.

3. Un grito de indignacion resonó por todos los ángulos de la península ibérica; la consternacion y el odio se miraban dibujados en el rostro de todos los españoles; Godoy el favorito del rey aconseja á la corte que se traslade á Andalucía y de allí á las posesiones de Amé-

rica; pero el pueblo que descubre el intento, se opone, marcha á Aranjuez en donde se hallaban Cárlos IV y su privado; se amotina, pide la muerte de Godoy, y al encontrarle en un rincón de palacio hubiera satisfecho su venganza, si D. Fernando no hubiera interpuesto su poderosa mediación. Era esto el 19 de Marzo de 1808, y el rey se vió obligado á renunciar la corona y colocándola en su hijo D. Fernando, el séptimo de este nombre, el 24 entró en Madrid el Príncipe entre las aclamaciones del pueblo, que le miraba como el áncora de salvación en la tormenta que amenazaba á la España.

4. FERNANDO VII. En días de apuro tomó las riendas del Gobierno este rey; el dobléz y la perfidia de Napoleon seguian fingiendo amistad con los reyes de España; á nadie se ocultaba el ambicioso plan del déspota de apoderarse de esta nacion; y sin embargo pudo lograr que, primero D. Cárlos y luego el nuevo rey Fernando fuesen á Bayona á tener una entrevista con el emperador. Rasgó entónces el mal disimulado velo con que se cubria y obligó á Fernando á que renunciase sus derechos en favor de Napoleon, y el ilustre prisionero no tuvo valor para negarse á una pretension tan injusta.

5. Murat ocupaba la capital de la monarquía española; las plazas principales de la frontera estaban guardadas por los franceses; y fácil era al emperador, llevar á cabo su detestable proyecto. Quiso antes tener en rehenes á la familia real, y para esto envió á pedir á los infantes que se hallaban en Madrid. El día DOS DE MAYO, cuando habia de salir de la corte el infante D. Antonio, indignado el pueblo y no pudiendo sufrir tanta

traicion y perfidia, estalló una sublevacion; arrojóse el pueblo sobre la tropa francesa, pero desiguales en número y en disciplina, tuvieron que ceder los españoles, despues de sellar con su sangre la causa porque peleaban D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, primeras víctimas inmoladas en el altar de la patria en la guerra de la Independencia. El grito noble de *Dios, Patria y Rey* encontró eco en los corazones españoles, que levantando al aire la bandera, juraron no dejarla hasta arrojar de este suelo á los invasores injustos.

Una de las primeras ciudades que respondieron al grito patriótico de la capital de la monarquía fué Valencia, en donde el pueblo no pudiendo aguantar las traiciones y felonías del ejército francés, arrebatado por su febril entusiasmo, se lanzó á la calle en actitud amenazadora y á los gritos de ¡viva Fernando VII! ¡muera Bonaparte! siguió una manifestacion de lo que el pueblo queria, de lo que estaba dispuesto á defender hasta derramar su sangre. El P. Martí primero y luego el P. Rico se pusieron al frente de aquella conmocion popular que presentándose á las autoridades, espusieron francamente el objeto de su mision que no era otro, *que negarse á la obediencia de Murat, haciendo un alistamiento de todos los hombres de diez y seis años hasta cuarenta para oponerse á los franceses, pues todos estaban dispuestos á derramar su sangre en defensa de Fernando VII, de la religion y de la patria.* Estos tres caros objetos eran el movil de aquellos, que dejando sus moradas tranquilas se lanzaban á la plaza para arrojar del suelo español á los que con arteras mañas querian arrebatarselos.

6. Entremos en Morella. Cuando en esta poblacion se recibió la noticia de la abdicacion de Carlos IV en favor de D. Fernando en principios de Abril pareció á los morellanos, que habian acabado ya los temores de una invasion extranjera; pero apenas habia pasado un mes, cuando la noticia de los desastres del dos de Mayo enfiureció de tal modo á los vecinos que todos sin distincion pedian una venganza. El dia 26 se recibió la noticia de la revolucion de Valencia y de la disposicion de crear milicias en el reino y pocos dias despues se recibieron las instrucciones para el alistamiento. Si notable es el oficio que el Gobernador pasó al clero por el patriotismo que revela, no lo es ménos la contestacion del Arcipreste Crosat, en la que ofrece no solo los intereses sino las personas de los eclesiásticos, en lo que fuera compatible con su estado, para repelar con la fuerza á los injustos invasores que pretendian apoderarse de España: pocos años despues ya habian cambiado los sentimientos del presidente del clero de Santa María. Se hizo una junta de las personas más notables de la poblacion y en 1.º de Junio de 1808 tuvo la sesion primera. El Gobernador D. Ramon Betés, como presidente tomó la palabra para manifestar la inconveniencia de dar cumplimiento á la disposicion de la junta de Valencia: sin armas, ni municiones, y el castillo sin artilleria, seria esponerse á un grave conflicto. Esta manifestacion franca del prudente Gobernador se recibió mal, y no faltó quien la achacara á cobardía y falta de patriotismo; por lo que tuvo que resignarse y acceder á lo que deseaba la mayoría. Se alistaron todos los jóvenes sin

escepcion, se nombró comandante de la milicia á D. Gaspar Zorita y quedó creado un batallon de seiscientas plazas de milicianos. Se acordó tambien este dia subir la imágen de María Santísima de Vallivana, pero no tuvo efecto hasta el 26, y un dia despues comenzó un solemne novenario, para implorar del cielo los ausilios en tan apurados lances.

7. La junta de Morella trabajaba sin descansar; el Gobernador velaba, y todas las clases del pueblo estaban dispuestas para consagrar sus bienes y sus personas á la defensa nacional; y á pesar de esto, en los primeros de Julio llegó á esta plaza D. Vicente Moreno, gefe de una division de tropa y voluntarios de las milicias del Maestrazgo, gente indisciplinada, que léjos de inspirar confianza á la poblacion, desmayó á los morellanos y les irritó, por los atropellos y demasías de soldados y gefes. El Comandante Moreno increpó á la Junta por su apatía, obligó á que los mozos le siguieran, y no contento con esto, se llevó preso al Gobernador, porque, dijo, que le infundia sospechas de deslealtad. Fué preciso presentarse algunos individuos de la Junta morellana al gefe de division del Ebro, y manifestar la inconveniencia de la disposicion de Moreno, pues no solo dejaba la plaza sin Gobernador, si que la privaba de la fuerza llevándose la juventud. La súplica fué atendida y D. Ramon Betés, absuelto del injusto cargo, volvió á encargarse de la plaza de Morella, despues de haber sufrido los mayores insultos y malos tratamientos de sus detractores: tambien los jóvenes volvieron á sus familias.

8. Las primeras disposiciones de Betés, restituido á Morella fueron nombrar comisionados para que activaran las obras de defensa, y proveyeran la plaza de todo lo necesario. Se dió á D. Luis Borrás la de comprar armas y municiones; á D. Manuel Querol, la de abastecer la plaza de comestibles, y á D. Juaquin Domenech la de dirigir las obras de fortificacion. Se pidieron cañones, y conocida por el General la importancia de la plaza de Morella, envió desde Peñíscola diez y seis piezas, bien que algunas eran de hierro y cuasi inservibles. Se formó una compañía de artilleros de los estudiantes y coristas de las cumunidades religiosas, y todo presentaba la mayor animacion, cuando la victoria de Bailén y la heroica defensa del primer sitio de Zaragoza animaron á los morellanos, que se prometian un pronto desenlace del terrible drama, que se presenciaba durante el año 1808.

9. Pero no fué así. Ni la derrota de Bailén, ni la retirada de las tropas francesas que sitiaron á Zaragoza desalentaron al usurpador afortunado, y el mariscal Soult al frente del tercero y quinto cuerpos de los imperiales, se presentó ante las tapias de Zaragoza y todo el heroismo de sus defensores no pudo impedir que cayera en poder de los sitiadores. No tardaron las tropas de Napoleon en desparramarse por los pueblos del reino; y Vathier con una division de mil ochocientos hombres de infantería y quinientos ginetes recorrió el bajo Aragon entrando sucesivamente en Calanda, en Alcañíz y otras plazas y cometiendo las mayores tropelías. Decíase en Morella, y eso con fundamento, que Vathier llevaba la comision de apoderarse de esta plaza, como llave para en-

trar en el reino de Valencia y Principado de Cataluña, y darse la mano con las tropas francesas que esperaban en estos reinos; añadiendo que los tiros de la ira del comandante francés se dirigian principalmente á los eclesiásticos. Turbacion causó en los ánimos esta noticia, porque los morellanos hacia cerca de un siglo que no habian oido el ruido de las armas y su ardor natural no bastaba para detener aquella nube de extranjeros avezados á los combates. A los temores siguieron la confusion y el desorden, y si muchos de los morellanos pensaban defenderse hasta morir, no faltaron algunos que miraban temeraria la defensa.

10. Familias enteras abandonaban sus hogares, y tomando lo más precioso que poseian, buscaban la seguridad ideal entre las breñas de nuestros montes, ó reclamaban hospedage en los pueblos vecinos. La comunidad de San Francisco se estableció en el ermitorio de N.^a S.^a de la Fuente de Castellfort, las religiosas agustinas en la poblacion, y los frailes de este mismo orden se dividieron, buscando cada uno el lugar que les acomodara. Al saberse que los franceses se acercaban á esta plaza, creció la confusion, y el cuadro más triste presentaban aquellas familias que en grupos se guarecian en las cuevas y sinuosidades de los montes.

11. Debemos consignar un hecho que revela la turbacion de aquellos dias. Sabido es que la prenda de más valor para los morellanos es la Imágen de María Santísima de Vallivana. Cuando para salvar las alhajas y riquezas se sacaban de la plaza, la sagrada imágen estaba espueta al público en la Arciprestal. Un sacerdote, D. Mi-

guel Tejeiro, concibió el proyecto de llevársela silenciosamente para librarla de la rapacidad de los invasores. No sabemos si los franceses, que buscaban la plata y el oro, se hubieran apercibido de aquel tesoro, de mucho valor para los morellanos, pero sin mérito alguno para los extranjeros usurpadores. Lo cierto fué que el sacerdote, tomó la imagen, saliose en medio de la noche de la poblacion y se encaminó á Castellfort. Dos leguas tenia andadas, cuando el tropel de algunas caballerías paró sus pasos, y juzgando que pudiera ser el enemigo, dejó el camino, entrándose en unos matorrales. El ruido seguia y el atolondrado sacerdote dejó la santa imagen entre unos enebros, y errante cruzó el monte, hasta que una luz le encaminó á una casa de campo, la masia *de Doms*. Al dia siguiente, repuesto del susto y reconociendo que el miedo habia aumentado los peligros, se marchó á buscar el objeto que habia motivado su huida. Dificil era encontrar en donde se ocultaba la preciosa joya y la congoja se aumentaba, cuando sentado sobre la yerba, reconoció el enebro y pudo aquietar el ánsia que le atormentaba.

Siguió el camino de Castellfort, y al llegar á esta villa confió al cura el secreto, y de comun acuerdo, ocultaron la imagen en una casa particular, dejando al cuidado de su dueño la custodia. Juan Bautista Besér, que tal era el nombre del piadoso varon á quien se entregó la santa imagen, era padre de una de las religiosas agustinas y su casa servia de convento, pero se le habia encargado la mayor reserva y quiso cumplir su palabra empeñada. El sacerdote se volvió á Morella, y luego se

echó de ménos la imágen de María, sin que nadie se atreviera á preguntar por su paradero. La noticia cundió por los pueblos en donde los morellanos se habian refugiado; en particular las monjas, que desde niñas habian aprendido á invocar el dulce nombre, redoblaban sus oraciones, para que Morella no perdiera su preciosa margarita. ¡Que dariamos, decia un dia la madre Priora, por adorar la imágen de María Santísima de Vallivana! En donde estará la prenda que arrebatara nuestros corazones? Callaba el anciano Bautista Besér, pero como estos deseos se repitieran, dió cuenta al cura Dr. Luis Folch, y se convinieron para darlas un agradable chasco. Una noche, mientras las religiosas estaban cenando, subió el cura secretamente á la casa en donde estaban hospedadas las religiosas, eligió una pequeña habitacion, adornó con flores y luces una mesa y colocó decentemente la santa imágen. Dió orden á Besér para que las monjas se trasladasen un momento en donde el cura las esperaba y se abrió la puerta del cuarto. El Dr. Folch estaba arrodillado ante la imágen y un ¡ay! de sorpresa hizo enmudecer á las cándidas religiosas. ¡Ella es, es María Santísima de Vallivana! Y las lagrimas corrieron por las mejillas. La escena fué la más tierna y conmovedora. Toda la noche se pasó en vela; ni un momento quisieron apartarse de la capilla provisional. Si nos hemos estendido, ha sido para que se conozca la gran devocion de los morellanos á su patrona, y que la misma imprudencia y poca prevision de D. Miguel Tejeiro prueban el aprecio que siempre ha tenido la santa imágen.

12. En estos dias envió la Junta del reino á su vocal D. Antonio Vizcaino para reanimar á los morellanos y activar las obras de fortificacion. Su presencia calmó algun tanto la agitacion de los ánimos; pero apenas habia dejado la poblacion, (3 de Marzo) se recibió una órden de D. Pedro Garcia Navarro, comandante de la division del Maestrazgo, para que saliese de Morella la guarnicion y se incorporara á sus tropas, dejando la plaza al cuidado y defensa de los milicianos. Era cuando una division de tropas francesas habia salido de Alcañiz y se temia que intentara apoderarse de nuestro castillo. No contaba Morella con otras fuerzas, que con una compañía de América, y cuatrocientos milicianos mal armados y sin disciplina alguna, y con esta gente, que apenas habia disparado un fusil y que no bastaba para defender la plaza, se obligó á D. Gaspar Zorita á ocupar las alturas de Monroyo y la Pobleta, con el objeto de impedir el paso á un ejército aguerrido y con armas y municiones. Salió pues el comandante el 11 de Marzo de Morella, confiado en la animacion y entusiasmo de sus milicianos y procuró ocupar algunas eminencias desfiladeros, abriendo fosos en el camino y obstruyendolo el paso con troncos de pino y follaje. ¡Eran los primeros ensayos de su valor y no contaban con el cálculo meditado de los enemigos!

13. Al amanecer del dia 16 de Marzo algunas compañías de franceses salieron de Monroyo, pero despues de reconocer el terreno se retiraron, dejando nuestros milicianos las avanzadas para replegarse en la Pobleta, no dudando que aquella tarde, ó en el siguiente dia ten-

drian que atacar al enemigo ó defender sus posiciones. Al siguiente dia seis compañías francesas y un escuadron de caballeria se empeñaron en desalojar de los puntos á los morellanos; pero estos fuertes en sus parapetos rechazaron el ataque, matando un caballo y tres ginetes heridos. No esperaban los enemigos una resistencia tan tenáz y por esto pidieron refuerzo de Alcañiz, precisamente cuando llegaba una columna de los que habian entrado en Zaragoza. El dia 19 llegaron á Monroyo seis mil franceses y enviando de vanguardia algunas compañías, se dividieron los demás en dos mitades, con el objeto de cortar la retirada á los morellanos que ignoraban la llegada de aquella fuerza. Rompióse el fuego, llevando algunas ventajas nuestras tropas; pero un paisano de Monroyo avisó á D. Gaspar Zorita del peligro en que se encontraban, pues una division de tres mil hombres tomaba las alturas de San Marcos. Dió orden para que replegándose las compañías apostadas rompiesen la línea enemiga, cuando los franceses se arrojaron sobre nuestras tropas. En vano Zorita les alentaba y pedía serenidad, porque al verse rodeados sus milicianos por todas partes se dispersaron, quedando el gefe con unos cien hombres que pudieron escapar y llegar á Morella, gracias á que conocian el terreno.

14. El 20 llegaron las tropas de Napoleon á vista de Morella, ocupando las alturas de San Pedro Martir y los llanos del *Prat*. El 21 por la mañana llegó á Santa Lucía un edecán con una compañía de granaderos, y adelantándose un cabo con algunos soldados, entregó un oficio para el Gobernador. En él se pedia la entrega de

la plaza, ofreciéndose la salida libre á la clase de tropa con sus armas y bagajes. Solo contaba Morella con cien soldados y reunido consejo, se determinó marcharse, pues era temeridad defender la plaza contra los ataques de siete mil infantes, y ochocientos caballos, con un tren de montaña. Abiertas las puertas salió la escasa guarnición y los franceses pisaron por vez primera estas calles desiertas, por que los vecinos ó se marcharon ó estaban ocultos en sus casas. El trato que dieron á los paisanos fué cruel, y un tributo de *cien onzas de oro*, raciones y cuanto por entónces necesitaban fué el primer sacrificio de los morellanos en la guerra de la Independencia. Inutilizaron ocho cañones de hierro y llevándose los demás, con los pertrechos y ropas del hospital, se marcharon el dia 25 dejando abandonada la plaza.

15. La Junta superior del reino buscaba recursos para las atenciones de la guerra, y pidió la plata de las iglesias, que no fuera indispensable para el culto; fortuna que dando treguas á la petición, desapareció sin que nadie pudiera dar razon de su paradero; y como si todo esto no fuera bastante para tener en continua congoja al vecindario, la fiebre que tantos estragos causaba en Zaragoza, se desarrolló en Morella y sembró el pánico en los ya atribulados corazones. Faltaba á los morellanos un consuelo, que en otras ocasiones habia templado sus penas; la imagen de María de Vallivana y apenas habia quien pudiera dar noticia del lugar en donde se encontraba.

16. El 20 de Mayo llegó á esta plaza el General Blake de paso para Alcañiz en donde alcanzó á los fran-

ceses, que aunque se defendieron hasta la desesperacion pudo el español conseguir una completa victoria. Con doble motivo reclamó el pueblo la sagrada imágen de María, y fué preciso nombrar una comision del clero que pasase á Castellfort, como lo hizo en el dia 26, entrando en esta poblacion el dia siguiente.

17. Los laureles que Blake habia recogido en las in-
mediaciones de Alcañiz se marchitaron pocos dias des-
pues en la batalla de Belchite, en donde las tropas es-
pañolas sufrieron una completa derrota. Grupos de sol-
dados, la mayor parte bisoños, llegaban á esta plaza de-
salentados, llevando la infausta noticia del desastre y
amilanando á los pocos voluntarios de la guarnicion. Co-
nociendo el Gobierno la utilidad de conservar el castillo
y plaza de Morella habia destinado algunas fuerzas, nom-
brando para Gobernador á D. Luis María Andriani, el
bravo defensor de la antigua Sagunto, en remplazo de
D. Pascual Miedes, que la habia obtenido por interini-
dad. Más pocos dias habian pasado, cuando la division
triumfante en Belchite se dirigió á pasos dobles á esta
plaza, llegando á sus inmediaciones el 23 de Junio. La
escasa guarnicion, las pocas provisiones, y la turbacion
de los ánimos desalentó á Andriani, que abandonó la
plaza y se marchó á la montaña, burlando la confianza
que se tenia en sus antecedentes militares. Entraron los
franceses, y despues de haber pedido raciones y algunos
miles de reales, se volvieron por el camino de Aragon,
dejando otra vez á Morella. Poco ocurió durante el úl-
timo tercio del año digno de notarse.

18. Veamos el aspecto que presentaba la nacion al

comenzar el año 1810. Las tropas francesas ocupaban las plazas mas importantes de España; los ejércitos de Napoleon, amalgamados por su poder y por la astucia, si bien mermados por los repetidos golpes de las guerrillas españolas, eran reforzados con nuevas tropas, que doblaban los Pirineos para sofocar el patriotismo de esta nacion de magnánimos. Pero sea, que algunos españoles saboreasen las doctrinas de la revolucion francesa, y que al oír el nombre mágico de *libertad*, sofocaran el amor á la patria; ó que mirasen perdida la causa y quisieran medrar al lado de los usurpadores, se vieron defecciones lamentables, y cuando no debia haber sino un espíritu que guiara á los hombres, el de arrojar de este suelo á los dominadores, hubo venales que se adhirieron á la causa de Napoleon; estos *afrancesados* inspiraban recelos y se miraban con desconfianza hasta de los gefes más autorizados. Pero se levantaron los pueblos, eligieron por caudillos, ora á un fraile entusiasta, ora un estudiante, á un menestral ó artesano, y con la táctica de guerrillas tan natural al carácter de los españoles, sino consiguieron arrojar á los tristes huespedes del territorio preparaban la victoria. A los desastres de la guerra se habian añadido el hambre y la peste, y las tres furias caminaban de acuerdo para hacer triste la situacion de los españoles. Y apesar del angustioso estado en que se encontraba la nacion, los descendientes de los saguntinos y numantinos; los que pelearon siete siglos para arrojar á los árabes de este suelo, no cejaron ante las huestes terribles del dominador de Europa, ni desmayaban en los reverses de sus armas. La Religion la Patria y el Rey

eran los caros intereses que defendian y por ellos gustosos derramaban su sangre.

19. El carácter indomable de los españoles imponia á Napoleon; hoy derrotaba una division y poco despues sus tropas se hallaban embueltas en una celada, y eran vencidas por una tropa de paisanos mal armados, pero que la bravura suplía la falta de disciplina. Esto le obligó á enviar nuevos refuerzos, entrando numerosas tropas á reforzar sus columnas mermadas. Suchet recibió la órden de atravesar el reino de Aragon para dirigirse á Valencia, en cuya ciudad tenia inteligencias con algunos afrancesados. Dividió el mariscal francés sus fuerzas, dando una division al brigadier Habert, que desde Alcañiz pasó á Morella con un cuerpo de tropas de cuatro mil hombres. El dia 27 de Febrero llegó á una legua de esta plaza, y acampando sus tropas entre el *Alchup* y la *Pedrera*, esperó el movimiento de las tropas españolas que se hallaban en Morella. Solo contaban éstas sobre tres mil reclutas, sin disciplina y el coronel D. Marcos Pons, que los comandaba no quiso esponerlos á una derrota. Esta disposicion prudente alarmó á los morellanos más ardientes, que insultaban á Pons, llamándole cobarde y afrancesado, cuando le vieron dejar la plaza y marcharse á los montes. Entró sin oposicion Habert, impuso al pueblo una contribucion, llevándose en rehenes á los principales de la poblacion, entre ellos diez eclesiásticos, y para obligar á satisfacer el pedido trató con tanta crueldad á los presos, que él mismo les golpeaba con su espada, haciendo el oficio de verdugo. El dia 1.º de Marzo salió por el camino de Valencia, pero al llegar

al meson de *Nuella* dió libertad á los morellanos. En la masía de Querol encontró una mala escopeta, y esto bastó para que mandara afusilar á su dueño José Querol á vista de su familia.

La plaza de Morella se hallaba á cargo de D. Pascual Miedes, por ausencia de Andriani, cuando en 18 de Abril entró la columna española de D. Antonio Falc6, y quiso reunir todas las fuerzas del Maestrazgo, para atacar una columna de franceses que recorrian estos pueblos; para el dia 24 habian de estar los milicianos y reclutas en Morella. Llegó pues el batallon de Peñíscola al mando de D. Manuel Fabres, y unido al de Morella, comandado por D. Gaspar Zorita, se posesionaron de las alturas de Monroyo y Peñarroya. El 14 de Mayo llegaron seis cientos hombres del regimiento de Saboya, ochocientos del de Caro y sobre mil voluntarios de Orihuela, y con esta fuerza se marcharon á Alcañíz, en cuyas inmediaciones atacaron á una columna enemiga, obligándola á retirarse al castillo. Pero recibieron refuerzo los franceses, y nuestras tropas se replegaron otra vez á Morella. Entónces conoció Caro la necesidad de guarnecer esta plaza para centro de operaciones, y eligió á D. Juan Odenejú para que con una division de doce mil hombres operase en el Maestrazgo y bajo Aragon, fijando su cuartel en Morella. Pero cuando los españoles recorrian el Maestrazgo, el mariscal francés Mont—Marié entró de improviso y ocupó esta plaza con el objeto de neutralizar los planes de Odenejú.

20. El dia 23 de Junio al despertar por la mañana descubrieron algunas guerrillas de españoles en las sier-

ras del sud. No tardó el grueso de la columna de Odenejú á ocupar la sierra del Águila, desfilando algunas compañías que se colocaron en la vertiente del monte, masia del Bosch y sierras del camino de Valencia. El General francés Mont—Marié que miró como un reto la aproximación de los españoles, salió con sus tropas por la puerta de Alós y desplegando sus batallones por el *coll del Regall* y masia de *Eroles* procuró ocupar la derecha del Bergantes en sus más elevadas posiciones. Comenzó el fuego de guerrillas, continuando con las descargas por batallones. Las fuerzas eran iguales; cinco mil españoles y otros tantos franceses. La caballería española estaba en órden en los llanos de la Batallera, y como los enemigos no avanzaban, dispuso Odenejú que un batallon atravesase el llano para llamar la atencion de los contrarios, ó desalojase de sus posiciones á las compañías que se habían parapetado en la vertiente sud del *Pas*. Algunas horas duró el fuego graneado, hasta que los españoles movieron para atacar á los franceses en sus trincheras; pero estos se retiraron á la plaza, abandonando por entónces el campo.

El 24, día de San Juan salieron los enemigos á las ocho de la mañana, acampano su caballería en el llano del Real. Los españoles ocupaban la posision del Bosch y su caballería el llano de la Batallera. Dos batallones franceses se posecionaron de las alturas de Aguilar y Beneito, mientras que el grueso de su ejército tomó el camino de Valencia. El fuego fué terrible hasta la una de la tarde y entónces quisieron los españoles pasar á

la derecha del rio, cuando una masa de tres mil hombres les obligó á repararlo y ocupar las mismas posiciones. Las guerrillas francesas llegaron hasta el puente de *Taules* parapetándose en las rocas, pero fueron desalojadas por nuestros tiradores y la caballería que habia pasado al meson de Nuella. Cansados unos y otros se decidieron á atacarse á la bayoneta. La bravura de nuestros soldados hacia desmayar á los franceses, que perdian terreno, cuando algunos batallones de reserva atacaron nuestra ala izquierda y la obligaron á retirar. Corre en auxilio suyo la otra mitad y no pudiendo reunirse, tocan á retirada y emprenden la marcha por el camino de Vallivana. La curiosidad habia llamado á muchos paisanos de los pueblos inmediatos á las sierras del sud para presenciar la batalla, cuando un escuadron de caballería dejó los llanos del Real, y trepando por la cuesta de la Umbria corre á alcanzar á los miserables, dando muerte á los que no pudieron escapar. Tal fué la accion del dia de San Juan á vista de Morella, y cuyo resultado no fué decisivo, ni las pérdidas de consideracion, si se atiende que pelearon diez mil hombres dos dias.

Tres dias despues entró en Morella Laval con mil quinientos hombres, y un gefe polaco con mil doscientos, y tamando las fuerzas, se marcharon al sitio de Tortosa, dejando para guarnecer nuestro castillo doscientos hombres al mando de el comandante Quirini.

21. Las guerrillas españolas aumentaban considerablemente con los mozos que, ó voluntarios ó por fuerza, dejaban los aperos de la labranza ó los instrumentos de su oficio para tomar un fusil, Entre los gefes de guer-

rilla que molestaban á los franceses en estas montañas, uno de los más audaces era el P. Asensio Nobot, (a) el Fraile. Era natural de Nules, y entró de jóven en el convento de N.^a S.^a del Rosario de Villareal, reformados de San Pedro de Alcántara. Su carácter inquieto, travieso y hasta atrevido, tenia en alarma á los religiosos y en particular á sus compañeros los coristas que no podian sufrirle. Recordamos algunas anécdotas que oimos de los labios de su maestro el R. P. Fr. Joaquin Folch y el trabajo que costaba el tener que sujetar á Fr. Nebot. Ordenado de sacerdote conservó su carácter, cuando la guerra de la independenciam le ofreció un campo más acomodado á su genio. Reunió algunos jóvenes, buscó en las montañas del Maestrazgo el lugar para desplegar su carácter guerrero, y valiente y atrevido se dió á conocer y pudo ser elegido por caudillo de una partida. Aumentose su audacia con la fuerza de que podia disponer, hasta que el Fraile era el terror de los franceses por los ataques rudos de sus tropas y por el arrojo en los lances peligrosos. Recordamos haber visto á este personaje de nuestra historia en posteriores tiempos, y si reconocemos los servicios prestados en la guerra de la Independencia, su carácter no era simpático, pues le cuadraba mejor la lóriga del guerrero, que el toscó sayal de los hijos de Francisco; mejor empuñaba la espada, que la cruz del misionero. Hemos anticipado estas ideas porque desde ahora figurará ya en los acontecimientos de estas sierras como un caudillo de los guerrilleros que tan malos ratos dieron á las partidas francesas, hostilizándolas continuamente y llevando su atrevimiento has-

ta acercarse á las murallas y sorprender á los cuerpos de guardia.

Otro de los gefes españoles que tenian á los extranjeros en continua alarma era D. Antonio Falcó, que ahora con su division, despues unido con el Fraile, y agregados á Odenejú atacaban las fuerzas enemigas con diverso resultado. El dia 6 de Julio se presentó Falcó ante las murallas de Morella con dos mil hombres, y como la guarnicion solo contaba doscientas plazas se retiró al castillo. Entraron en la poblacion los españoles, se alojaron en las casas y levantando con sacos de lana parapetos en las bocas calles que miraban al castillo, comenzó un fuego, cuyo resultado no podia ser otro que poner la poblacion en continuo cuidado. Tres dias despues llegó Odenejú con otra division continuando el fuego hasta el 28, en que se recibió un aviso del alcalde de Castell de Cabres, de hallarse los enemigos en aquella poblacion, esperando á Mont—Marié para dirigirse á Morella en socorro de los franceses encerrados en el castillo. El 29 por la mañana aparecieron coronadas de franceses las muelas de la *Pedrera*, *San Isidro* y *Mollonet*, y Odenejú, confiado en el número de sus tropas, quiso atacarles en sus mismas posiciones. Dejó en Morella quinientos hombres, y salió por la puerta de San Miguel, y atrincherando dos batallones reclutas en la *Querola* y *caseta de Vallés*, avanzó por el camino de Aragon hasta las inmediaciones de la *Pedrera*. Desde la muela le dirigian descargas cerradas, mientras que algunos batallones del *Mollonet* molestaban su marcha con fuego graneado. Concibió Odenejú el pensamiento de desalojar

la fuerza encastillada en las rocas de la muela, y haciendo un movimiento por la derecha subió por el *Cubila*, confiado en que los reclutas de la *Querola* detendrían las compañías del *Mollonet*; pero tan pronto como los franceses vieron desembarazado el camino de Aragón, desampararon la *Muela* y llevando delante la caballería acampada en el *Prat*, se unieron para desalojar á los de la *Querola*. Estos se dispersaron y los franceses continuaron su avance hasta Santa Lucía. Cuando Odenjú llegó á lo alto de la Muela encontrose solo, y vió á los enemigos que tranquilos marchaban por el camino de Morella. Los españoles que habian quedado en esta plaza dejaron libre la entrada á los franceses, marchándose por la puerta del Forcall, y dejando abandonados los almacenes del Real, las provisiones y algunas armas. El vencedor se apropió hasta de los sacos de lana que estaban en las calles, por más que fueran propiedad de los vecinos.

22. Poco se detuvieron los franceses en Morella, pero Mont—Marié quiso esta vez manifestar el aprecio que le merecian algunos españoles, que entibiado su patriotismo y pérdidas, quiza, las confianzas de poder lograr un triunfo, manifestaban alguna inclinacion á los franceses. El arcipreste Crosat habia dicho; que no era francés, pero que no le desagradaban las doctrinas proclamadas en Francia, y estas palabras se merecieron la desconfianza del pueblo. Otro eclesiástico, D. José Quixada, que poseia el idioma francés, y tal vez por esto se trataba familiarmente con los extranjeros era mirado tambien con prevencion. Dispuso el mariscal un convite en

el castillo, y como habian affuido en estos dias algunos españoles afrancesados, como Quinto y otros que disfrutaban empleos del gobierno intruso, despues del festin comenzaron los *brindis*. ¡En mal hora manifestó el Señor Crosat sus sentimientos! Brindó á la salud de Napoleon; añadiendo, que las libertades proclamadas en Francia debian plantearse en España, para la prosperidad de la nacion. Algunos morellanos celebraron la franca manifestacion del arcipreste, pero los más se irritaron, porque recordaban que los males que sufría España y la Europa entera eran debidos á la Revolucion de Francia, y á las libertades, que despues de haber sembrado el terror en la patria de San Luis, habian puesto en conmocion á todas las naciones. El cura de San Juan, D. Francisco Sorribes, brindó por la libertad evangélica y por la prosperidad española, y se llevó los votos de la mayoría de los convidados de Morella. El fin del convite fué el principio de la division entre los morellanos; primero entre españoles netos y afrancesados, luego entre blancos y negros; y aquella division sigue sin desconocerse por unos y otros las ventajas de la union entre todos los moradores de un mismo pueblo.

Las tropas de Mont—Marié se marcharon á Tortosa y solo quedó una pequeña guárnicion en el castillo, bloqueada siempre por las partidas sueltas de guerrilleros. Un dia, que salió un cabo y cuatro soldados á conducir un hatillo de ganado fueron descubiertos por unos guerrilleros de las Useras, y atacándoles cerca del molino de la Fuente, mataron al cabo, hirieron un soldado y cogieron otro prisionero. Irritado el comandante, salió con

la fuerza, quemó el molino y pasando á la masía de Guimerá, de cuyo punto habian salido los españoles, apaleó á su dueño saqueó la casa y cometió toda clase de tropelías. Esta conducta feroz exacerbó los ánimos de los morellanos, que esperaron ocasion para poderse vengar.

Entre los guerrilleros que recorrian las montañas se distinguia por su arrojo temerario el sargento José Milián, morellano decidido por la causa nacional, y como práctico en el terreno y mayormente en saber los puntos más débiles de nuestras murallas, se atrevia á entrar con frecuencia. Este español valiente concibió el pensamiento de sorprender la guarnicion de nuestro castillo. Sabia que el comandante permitia bajar todos los dias los soldados á las doce del dia y que entretenidos algunas horas en las tabernas se retiraban al fuerte al caer la tarde. Formó su plan de sorpresa, lo consultó con el gefe y en la noche del 31 de Diciembre tomó media compañía de los más valientes á su eleccion; asaltaron la muralla con el mayor sigilo; se ocultaron en dos casas y esperaron que llegase la hora en que se acostumbraba dar á los franceses un rato de soláz.

Eran las doce del dia 1.º de Enero de 1811 cuando la guarnicion del castillo bajó á la poblacion, y cuando los españoles comprendieron que se hallaban descuidados, salieron de la celada, tomaron las bocas calles que conducen al castillo, y al grito de ¡Viva Fernando VII! hicieron una descarga para avisar á los que descuidados gozaban un rato en las tabernas. En vano corren al castillo, porque estaban tomados todos los puntos, y gracias á la compasion de algunos vecinos que les ocultaron

en sus casas, pudieron salvarse algunos, cayendo cincuenta prisioneros y algunos heridos. Aquella misma tarde se marcharon y como podia temerse, el comandante del castillo, Mr. Perroni, mandó oprisionar á cuantos paisanos encontraron en las calles. Eran tantos, que la plaza alta del castillo no era capaz para contenerlos, y al cielo raso, en medio del invierno, sufrieron todas las penalidades del hambre, el frio, y malos tratamientos. Fortuna que á los pocos dias relevaron la guarnicion y entró de gefe de las tropas francesas un español.

23. El gobierno del rey intruso habia dividido la España en departamentos. Morella pertenecia al de la derecha del Ebro, cuya capital por entónces era esta plaza. Nombrose por Gobernador á D. Agustin Quinto, que se habia adherido á los franceses, y hasta su venida gobernó la plaza otro afrancesado, D. Manuel de los Rios, en clase de interino. Si bien decidió por los franceses, tenia el nuevo Gobernador el corazon español y pudo arreglar la sumaria de un modo más benigno. Se sacaron los presos del castillo, quedando únicamente cuatro y una mujer, Josefa Bosch (a) la Pardala, en cuya casa se habian ocultado algunos españoles y pudo darse otro giro á la causa. No era Rios hombre que deseara derramar sangre, si bien se le acusaba de apego al dinero. (1)

24. Llegó D. Agustin Quinto, natural de Caspe, con

(1) Siete meses estuvo Josefa Bosch encerrada en la torre, que desde entónces se llama de la Pardala, pero en la mañana del 17 de Agosto se colocó un travesaño entre los conventos de San Francisco y las monjas, y se la ahorcó, despues de mil injurias y malos tratamientos.

toda su familia, estableciendo desde entónces el centro de las operaciones en Morella, y el depósito de viveres y municiones. Se titulaba Quinto Gobernador y Comisario de guerra en la derecha del Ebro; pero las tropas quedaron al mando de Los Rios, siendo incumbencia del primero el comunicar las órdenes del gobierno francés, recaudar las contribuciones y empréstitos, imponer multas y hacer acopio de víveres para enviarlos á Tortosa Valencia y otros puntos. Sin embargo de exigir á todas horas cantidades que apenas podian aprontarse, era Quinto de un carácter afable y sabia ganar las voluntades, sirviendo á los morellanos en sus apuros y empleando su valimento con Suchet para lograr algun partido en favor de sus recomendados.

El trato suave de D. Agustín Quinto, sus finos modales y su carácter franco le atrajeron algunas simpatías, y apesar de la mancha de afrancesado, tenia amigos en la poblacion. Su predilecto era D. Manuel Crosat el arcipreste, que en este tiempo deliraba ya por las doctrinas liberales y procuraba hacer propaganda, pero con escaso fruto, porque los actos de las Cortes de Cadiz eran una parodia mal disimulada de los de la Convencion francesa, y un pueblo que peleaba por su Religion, por su Patria y por su Rey, mal podia acoger los ataques más ó ménos directos á tan caros objetos. Las Cortes decretaron la libertad de imprenta, que tan amargos frutos dió en Francia, y folletos impios inundaron la España, poniendo en ridiculo las prácticas más sagradas y venerandas; predicábase la soberanía del pue-

blo, cuando al grito de ¡viva Fernando VIII! se arrojaban nuestros soldados sobre los ejércitos franceses; y se imitaba servilmente á la Francia, cuando debia soplarse el amor patrio para arrojar de este suelo á los franceses. En aquellos dias los afrancesados eran liberales, si el pueblo no cejó ante la imponente actitud de las huestes extranjeras fué porque se hizo sordo á las importunas peroratas de los que en Cadiz le llamaban Rey. Hemos visto en el trascurso de nuestra historia los sentimientos de los morellanos y su adhesion firme á la Religion y á su Rey, mal podia recibir las declaraciones de las Cortes. Cuanto más se esforzaba su Arcipreste en ponderar las ventajas de la *libertad* más se indignaba el pueblo y le señalaba como adicto á la causa de Napoleon: la tertulia de la casa de Quinto no pudo estender su propaganda.

Para conocer hasta donde llegaba la adulacion de los amigos del Gobernador, recordaremos un hecho que encontramos consignado. En 24 de Enero de 1812 nació un hijo de D. Agustin Quinto, y el señor Crosat quiso que el bautismo del niño fuera con toda solemnidad. Reunió al clero y parroquias, invitó al Ayuntamiento, y á personas notables de la poblacion, y revestido con los sagrados ornamentos y bajo el palio, se encaminó la comitiva á la casa alojamiento del Gobernador. El mismo mariscal D. Luis Gabriel de Suchet y su esposa D.^a Honor Anthoine quisieron ser padrinos y desde Valencia otorgaron poderes. Un bandeo general de campañas avisó al pueblo, que era llegada la hora de derramar las aguas del bautismo sobre el reciennacido y el vecinda-

rio todo acudió á la plaza de la Arciprestal atraído por la curiosidad. Concluida la augusta ceremonia se entonó el *Te—Deum* y bajo palio se condujo el niño á casa los padres. ¡Tanto puede la adulacion y lisonja! (1)

25. Valencia habia caído en poder del francés; solo quedaba Peñíscola, en cuyas rocas se estrellaban todos los esfuerzos de los enemigos de España. Hallábase de Gobernador D. Pedro García Navarro, el de la Jana, y este militar, ó porque miraba perdida la causa, ó porque se dejó llevar de la esperanza de una recompensa, manchó su honor entregando la plaza al enemigo. Hondo pesar causó esta noticia en los pechos morellanos, y más cuando vieron que los afrancesados la celebraron con un banquete al que asistieron el Arcipreste, y algunos de los que hasta entónces habian mantenido una neutralidad, bien que sospechosa. Se dividió el pueblo con descaro; los afrancesados llamaban *serviles* á los que esperaban á Fernando y reprovaban las disposiciones de las Cortes; y á estos, al ménos en Morella, se les miraba con cierta prevencion, como si fueran agentes secretos del gobierno francés.

26. Cuando Suchet se consideraba seguro en Valencia llamó á su amigo D. Agustin Quinto para que administrase la Hacienda, nombrándole Comisario del reino, y quiso que le acompañara D. Manuel de los Rios. Se dió la gobernacion de Morella con el carácter de in-

(1) He aquí los nombres que se le pusieron al niño. Luis, Honorio, Maria, Agustin, Manuel, Vicente, Juan, Sebastian, Julian, Todos santos y Almas del Purgatorio. ¡Se olvidó todos los Angeles del cielo!

terino á D. José Guerrero, español afrancesado, que no quiso seguir la conducta templada de su antecesor. Pero antes de dejar la poblacion quiso D. Agustin Quinto que su nombre no quedase manchado con la calumnia. Hemos dicho en otra parte que las alhajas de plata de la Arciprestal habian desaparecido. La voz pública acusaba al arcipreste Crosat de haberlas entregado á Quinto y este al gobierno francés. Más nada sabian de uno ni otro, porque al comunicar el Prelado eclesiástico la órden del Gobierno español para que la plata, que no fuera indispensable para el culto, se enviara á la capital, uno de los eclesiásticos, mosen Tomás Ferrer, quedóse solo con el sacristan en la iglesia, y con mucho sigilo la sacó, depositándola en casa D. Antonio Gavarda. El grande empeño que manifestó Quinto obligó á manifestar el paradero, y en una noche, sinque nadie se apercibiera, se colocaron en sus capillas las lámparas, y la custodia y vasos sagrados en el altar mayor, para que en la mañana siguiente pudiera el pueblo tener una agradable sorpresa. Considerese la alegría de los morellanos al ver aquella riqueza que creian perdida.

En mal tiempo comenzó Guerrero su gobierno; las guerrillas se aumentaban, y el P. Nebot tenia continuamente bloqueada esta plaza y cuando el Gobierno francés le pedia comestibles ó dinero, los pueblos se negaban, ó eran los convoyes interceptados por las partidas de guerrilleros. Fué necesario enviar una columna de mil hombres al mando de un comandante bárbaro y cruel, facultándole para tiranizar á los pueblos de la gobernacion: tal era Romfort, cuyo nombre hemos oido pronun-

ciar con horror á nuestros padres. Las vejaciones, atropellos y crueldades del comandante francés no pueden describirse. Eclesiásticos, mujeres, viejos eran conducidos á Morella entre las filas de sus soldados, y encerrados en el castillo, ó en un corral de tablas al cielo raso y pasaban semanas enteras, hasta que aprontaban las cantidades que se les exigian. Ni se respetaba el carácter del sacerdote, ni el honor de la casada, ni el candor de la casta doncella; y Gerrero español se hacia sordo á las quejas de sus compatriotas, con tal de poder dar cumplimiento á las órdenes superiores.

27. En Marzo de 1812 mudaron tambien el comandante del castillo, reemplazando á Perrin M. Boissomacs, el gastrónomo mayor que ha conocido esta poblacion; de una estatura atlética, obeso, pero que no se cebaba en la crueldad, con tal que se le regalara con buenos carneros y abundantes gallinas. Los placeres de la mesa le tenian embargado para que se cuidase de incomodar á los españoles; comer, beber y dormir y disputar el triunfo en los campos, mientras yo tendido á la sombra de estas rocas escucharé de lejos la tormenta: tal era el carácter de Boissomacs, conocido por el apodo de *Panchoni*.

28. Las partidas volantes del P. Nebot y otras de voluntarios tenian los más dias choques con la de Romfort, pero como la mision de este comandante era conducir raciones y dinero á Morella, para cumplir las órdenes de Suchet, eludia los encuentros y procuraba guardar á sus soldados. El P. Nebot habia aumentado considerablemente su division con los mozos que sacaba de

los pueblos y con los voluntarios, que no pudiendo subsistir en sus casas por la escasez del comestible tomaban un fúsil. Era tanta el hambre en este terreno, que el pan solo se encontraba en las mesas de los ricos: un cahiz de trigo llegó á pagarse á mil reales; mal podia vivir el bajo pueblo, si no tomaba una parte activa en la defensa de la patria: he aquí porque el aumento de la partida del Fraile, ó soldados de Tupé, como entónces se llamaban á los voluntarios.

Y atrevidos eran hasta la temeridad. El P. Nebot tenia su cuartel general en Vistabella, pero en cada montaña habia dejado un destacamento para interceptar los convoyes, dar cuenta del movimiento de los enemigos y apoderarse de los rezagados, ó de los que se separaban del cuerpo de la division. No se contentaba el terrible guerrillero con los ataques y continuas sorpresas en el campo, entraba en las poblaciones, sorprendiendo á los franceses en sus alojamientos y teniendo en continua alarma á las grandes columnas. Las murallas de Morella no podian detener el arrojó de los soldados del Tupé. Esto obligó á Guerrero á crear una milicia de paisanos, para que se encargaran de las guardias del muro juntamente con algunos soldados franceses, eligiendo por cabos de ronda á los más acomodados, declinando en ellos toda la responsabilidad.

En los dias primeros de Abril de 1813 las partidas de guerrilleros ocupaban todos los puntos elevados que rodean esta plaza; pero el dia 8 desaparecieron como por encanto. Juzgaron los franceses que habian sido llamados á algun punto con urgencia; cuando á las once de

la noche se oyeron algunas descargas. Era que el P. Nebot había dado orden de asaltar la muralla, y para esto marcharon las compañías á Chiva y Forcall á proporcionarse escalas. Las arrimaron junto á la torre Beneito, y cuando asomaron sobre las almenas, el cuerpo de guardia, compuesto de soldados y paisanos, se apercibió, haciendo una descarga de que quedaron heridos dos de aquellos valientes. (1) Y no por esto desmayaron los asaltadores; suben, obligando á retirarse al castillo á la tropa del muro. Entraron en Morella los guerrilleros, y dirigiéndose á casa el Gobernador, rompieron las puertas: fortuna que Guerrero, al oír las descargas, corrió á refugiarse al cuartel de San Francisco. Por la mañana obligaron á los paisanos á derribar la pared de mampos-tería que cerraba los portales, pidieron raciones y se marcharon. Este hecho indignó á Guerrero y oficiales franceses, y no pudiendo vengarse con los soldados del Fraile, acusaron de complicidad al cabo de la guardia y á los paisanos que trabajaron en el derribo de la puerta. Inocentes eran y se vieron sepultados en un calabozo, y cuando apenas habia trascurrido un mes, en la noche del siete de Mayo, fueron fusilados diez y seis de aquellos infelices en la raiz del castillo. El día 17 por la mañana aparecieron los cadáveres en la capilla de la Comunión de la iglesia Arciprestal, llenando de horror al pueblo que sabia que no habian cometido otro delito, que el de haber obedecido al gefe de los voluntarios españoles (2)

(1) José Sancho, de Alcalá y Vicente Martínez, de Torrendomenche, que murieron de resultas de la herida.

(2) He aquí sus nombres, Pascual Carbó, Francisco Carceller, Manu-

El día 19 repitieron otro asalto entrando por la parte de San Mateo, Forcall y el Estudio, obligando á retirarse al castillo á las tropas de la guarnicion. Se llevaron todos los mozos, haciendo un pedido de mantas, raciones y dinero. El 20 de Julio entraron por vez tercera, y se abrieron las puertas á los españoles. Entró el P. Asencio Nebot con tres mil voluntarios, alojándose pacíficamente en las casas, y con arrogancia intimó la rendicion del castillo; pero Boissomacs que habia hecho el propósito de no separarse del peñon mientras le quedasen carneros y gallinas, leyó con desprecio el oficio de Nebot y aguardó órdenes de sus gefes.

Era esto cuando la estrella de Napoleon caminaba á su ocaso. Las tropas españolas coaligadas con las legiones de Inglaterra y Portugal habian derrotado completamente cerca de Victoria al ejército francés. El día 21 de Junio se decidió la suerte de España, cayendo en manos de nuestras tropas, artillería, bagajes y derrotados los extranjeros, repasaron los Pirineos, mientras que los aliados entraban á Paris, y restituian el trono al heredero de Luis XVI. Estos acontecimientos, que no tardaron en llegar á noticia del Gobernador Guerrero le hicieron pensar en el modo de salvarse, y un dia fingiendo salir á paseo por la puerta de San Miguel en compañía de un religioso, tomó el camino de Chiva y abandonó la plaza, dejando burlados á los franceses: Boissomacs quedó solo en el castillo con doscientos hombres,

el Palos, Francisco Adell, Manuel Meseguer, Felipe Gazulla, Pascual Moya, Felipe Boix, Ignacio Carceller, Manuel Adell, Ramon Guarch, José Llisterri, Julian Ibañez, Francisco Gazulla, José Milian y Antonio Sabater.

pero la poblacion contenia tres mil quinientos voluntarios españoles.

29. Era tiempo de arrojar del castillo á los estrangeros, que con mengua del pueblo español habian invadido el reino y se habian posesionado de las mejores fortalezas. El P. Nebot dejó dos compañías dentro la plaza, y fijó su cuartel en el Real, distribuyendo las fuerzas en los puntos más convenientes del rededor de Morrellá. El fuego de una y otra parte era débil, aprovechando los del castillo los descuidos de paisanos y soldados para dirigir sus tiros y causar algunas víctimas. Algunos soldados murieron y tres paisanos (1) dentro la poblacion.

El 16 de Agosto llegó D. Francisco de Rey con una division, y relevando á los voluntarios que se hallaban dentro la plaza, dejó un batallon de Soria al mando del comandante Durán; estrechó el sitio y con dos cañones de á cuatro y dos de á seis, comenzó el fuego con escaso resultado. El dia 6 de Setiembre llegó el General D. Francisco Javier Elío con ciento cincuenta artilleros y dos baterías, que se colocaron una en el *Carraixet* con los cañones, y otra en el *collet del Ven* con obuses. El dia trece comenzaron á disparar sin tregua contra el castillo, siendo contestados débilmente, porque la imperturbable calma del comandante del fuerte no hacia caso de

(1) Francisco Celma, en la zanja que se abria en San Francisco; Manuel Adell en la cisterna de San Miguel y el niño Francisco Carceller, en el huerto de Colomer.

los disparos con tal que no llegasen á su mesa, colocada en una cueva bajo la fuerte peña. Conoció Elío que para reducir el castillo de Morella se necesitaban cañones de mayor calibre, y se marchó con algunas compañías á Vinaroz, dejando á D. Francisco de Rey para dirigir el sitio. Comenzose á levantar otra batería en el *collet de Tirado*, con el objeto de no dejar libre la parte N. del castillo. El día seis de Octubre colocaron dos cañones de diez y seis en el *Carraixet*, que comenzaron á hacer fuego el día ocho, pero con tanto empeño, que no dejaban un momento de reposo,

Solo habian quedado en poder de los franceses Murviedro, Peñíscola y Morella, para entretener las tropas españolas y para que no molestasen en su retirada á las columnas extranjeras, y por esto no recelaban los morellanos de su porvenir. Los sacerdotes, los caballeros, y hasta las señoras salian al campamento con regalos para los artilleros, gozándose de ver como las balas de cañon destruian los lienzos del castillo sin temer las balas que de vez en cuando enviaban los franceses. Era para los morellanos una diversion, un rato de soláz salir al campamento ó á las baterías de los españoles, animando á los soldados, y trayéndoles algun presente para manifestar su gratitud. En uno de estos dias algunos eclesiásticos y señoras, confiados en que los cañones del castillo apenas respondian al fuego de los sitiadores, quisieron servir un refresco á los artilleros del *Carraixet*. Agradecidos estos, se comprometieron á derribar un torreón del castillo, para que los morellanos vieran las maniobras, y un cabo quiso hacer alarde de su serenidad

subiendo derecho sobre el cañon y dando vivas á Fernando VII, cuando una bala rasa enviada desde el castillo partiole las piernas, cambiando la alegría de los sacerdotes en amargo pesar por su imprudencia.

Llegaron por fin los cañones de veinte y cuatro, que el General Elío enviaba desde la Rápita, y colocados en el Carraixet, comenzaron sus disparos el dia 17 de Octubre, combatiendo la torre Celouquia, el célebre baluarte en donde D. Blasco de Aragon durmió la primer noche de la conquista, la atalaya de los moros, ó acaso del tiempo de los romanos. Servia la torre Celouquia para depósito de viveres y municiones, y el comandante Boissomacs tenia el serrallo de las gallinas, de las que consumia algunas docenas por semana. Despues de tres dias de un rudo combate, el 20 cayó desplomada la secular Celouquia cubriendo con las ruinas las casamatas de la parte del sud, y sepultando el gran depósito de harinas y carnes saladas. Pero un enjambre de gallinas, que pudieron verse libres del encierro, revolotearon hasta bajar á la poblacion, como si prefirieran servir de manjar á los españoles que á los que eran sus carceleros. Al ver derumbada la torre, que Boissomacs destinaba para su último refugio, ya conoció que era llegada la hora de capitular. El dia 21 enarboló bandera de parlamento y envió un oficial, precedido de un corneta, los que fueron conducidos á la casa alojamiento de D. Francisco de Rey. Se escribieron las condiciones para la entrega del castillo, que fueron: 1.^a La tropa de la guarnicion quedaba prisionera de guerra, conservando sus uniformes, sin poder ser registrada; los oficiales podrian conservar tambien

sus cofres. 2.^a El gefe español se entregaria de las armas, cuidando de que ni los oficiales, ni tropa fueran insultados, acompañándoles hasta el puerto de mar que se designáse para ser embarcados en algun buque y conducidos á Francia. 3.^a Los españoles refugiados en el castillo serian enviados á sus casas, sin hacerles cargo de traicion á la patria. El oficial parlamentario se volvió al castillo aquella noche.

30. Habia llegado la hora deseada por los españoles de romper la coyunda que el ambicioso dominador de Europa pretendia cargar sobre el cuello de nuestros padres; los quinientos mil soldados que pasaron los Pirineos para ahogar el patriotismo de los españoles, repasaban los montes en grandes masas, si es que no encontraron el sepulcro en el campo de batalla, ó murieron al golpe del puñal ó navaja de los ofendidos paisanos; y las naciones convinieron en derrocar el coloso soberbio que pretendia ahogar entre sus brazos á los reyes y á los pueblos. No era tiempo de resistir y Boissomacs firmó la capitulacion y abrió á los españoles las puertas de nuestro castillo. El dia 22 de Octubre de 1813 la guarnicion francesa, los paisanos afrancesados y algunos detenidos bajaron sin armas y entre dos filas de tropa española fueron llevados por la calle de San Agustin, Zapateria á la Plaza, en cuyos pórticos estuvieron algunas horas; pero como el pueblo manifestase alguna inquietud, fueron trasladados al meson Nuevo estramuros, en cuyo punto estuvieron tres dias para ser conducidos á Valencia. Morella quedó libre de estraña dominacion y se entregó á la alegría por tan fausto acontecimiento, olvidando los dis-

gustos, las pérdidas y los muchos gastos de la guerra. Una *memoria* dice, que las cantidades que el pueblo aprontó para gastos de guerra, segun constaba en las listas cobratorias ascendian á *trescientos mil, y cuatro duros*. Apenas podemos concebir como Morella pudo dar una cantidad tan extraordinaria en tres años.

31. La estrella de Napoleon apenas fulguraba; las naciones aliadas entraron en Paris; el rey Fernando dejó á Valenzey, atrevesó la España entre las aclamaciones del pueblo que anhelaba su llegada, y al llegar á Valencia anuló los actos de las cortes de Cadiz, volviendo la nacion al estado de 1808; los *Persas*, nombre que se dió á los diputados realistas, aprobaron la orden de Fernando y España descansó de la agitacion y fatiga producidas por una guerra, que fué provocada por el ambicioso capitan del siglo y sostenida con valor por un puñado de españoles. Morella depositó su último óbolo para celebrar con pompa las fiestas en accion de gracias y el pueblo todo, sin distincion de clases, se entregó al regocijo.

La batalla de Waterloo cortó las alas al águila del imperio, y el que hacia temblar al mundo con su voz potente de mando, aquel á quien la tierra parecia estrecha para su ambicion desmesurada, bajó su cabeza altanera, y encajonado en el Northumberland atravesó los mares, para pasearse mohino en Santa Elena y dejar sus huesos sobre sus rocas en estrecha sepultura. Si Dios permite los desmanes de los hombres, tiene levantada su mano de hierro, para dejarla caer cuando le plazca sobre sus orgullosas cabezas y aplástales, como viles insectos bajo el rústico pié del labriego.

Hemos reseñado los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Morella en la guerra, llamada comunemente del Francés. Hemos tomado las noticias de los apuntes escritos en los mismos días, y no hemos desdeñado hojear los Diálogos, escritos sin aliño, pero con la mayor exactitud por el curioso José Ripollés y Prades. Este morellano, que apenas sabia escribir, nos dejó un opúsculo de doscientas páginas en octavo, escrito en verso sencillo, pero con pensamientos que revelan su natural capacidad. Nosotros aprovechamos esta ocasion para manifestar nuestro agradecimiento, y recomendar á sus herederos el cuidado del manuscrito.



CAPITULO VI.

RESUMEN.

1. Propaganda liberal. 2. El ejército de la Isla se rebela. 3. El rey jura la Constitución. 4. Motin de Valencia. 5. Se pública la Constitución en Morella. 6. Peste en Tortosa. 7. Las Cortes. 8. Reaccionarios. 9. Partidas realistas. 10. Entran en Morella. 11. Ocupan esta plaza los liberales. 12. D. Juan Daura. 13. Milicias. 14. Gran nevaska. 15. Se aumentan los realistas. 16. Bloqueo. 17. Los realistas en Segorbe. 18. Accion de Nules. 19. Despojo sacrilego. 20. El ejército francés. 21. Chambó sitia á Morella. 22. Salen de la plaza las personas inútiles. 23. Entran en Morella los realistas. 24. Paz.

La constitucion de 1812 habia recibido un golpe mortal á la entrada de Fernando á España despues de su cautiverio; los ataques más ó ménos directos á la Religion y al Trono habian sido recibidos por la inmensa mayoría de la nacion con desprecio, porque no era facil arrancar del corazon de los españoles viejos y arraigados sentimientos. Pero los que en Cadiz habian trabajado para que el arbol de la libertad arraigara en nuestro suelo, al verle derrocado al golpe del poderoso brazo de Fer-

nando, no desmayaron, esperando que retoñaría y se levantaría más lozano. Sordidamente trabajaban, ponderando las ventajas incalculables que reportaría á la patria un régimen adaptado á las doctrinas modernas, y si bien no siempre encontraban quien recibiera con docilidad sus doctrinas, la perspectiva que presentaba un pueblo *libre y feliz*, halagaba la vanidad de los que no querían pasar por rancios y preocupados, ni ser del número de los que apellidaban fanáticos y obscurantistas. Así infiltraban los apóstoles del nuevo liberalismo sus teorías, no solo en el pueblo, si que también en la clase militar; así pasaron seis años los liberales entregados á los trabajos de zapa, esperando el momento oportuno para aplicar la mecha á la mina preparada.

2. Llegó ese día. Las ricas y estensas posesiones que España tenía en América habían manifestado los deseos de emanciparse de la metrópoli, y constituirse en estados independientes. El imperio de Motezuma, el reino de Mejico, se había insurreccionado, y para apagar aquel fuego en un principio, era preciso enviar un ejército respetable, que en unión de los españoles y los mejicanos fieles combatiera á los rebeldes. Fernando nombró al conde de la Bisbal para jefe del ejército expedicionario, y mientras se hacían los aprestos, acantonaron las tropas destinadas al embarque en los alrededores de Cadiz. No eran, por cierto, muy halagüeñas las esperanzas del fruto que pudiera prometerse de aquella expedición. Un territorio vasto, que había tomado las armas para sacudir el yugo de los que, tres siglos había que se enseñorearon del país, siquiera fueran los rebeldes de raza espa-

ñola, no dejarían las armas hasta ver realizado su plan; y el ejército español debía sulcar los mares y sujetarse á una penosa y larga navegacion: no era halagüeña la perspectiva, para que las tropas acantonadas en Cadiz esperasen con ánsia el día del embarque. Pero el soldado no debe cejar ante los peligros, ni acobardarse por las borrascas y contratiempos; subordinado á sus gefes, y estos á las órdenes superiores, deben obedecer sin vacilacion ni replica, marchando al combate con la idea de vencer y coronarse de gloria; de otro modo seria un rebelde y un cobarde.

Los liberales, que no dormían, supieron aprovecharse del descontento de las tropas espedicionarias, y no dudaron en proponerlas, que el único modo para librarse de los peligros de una guerra desesperada, era proclamar la Constitucion del año 1812, dejando abandonadas las posesiones de Méjico y sin socorro á los españoles que las defendían; si esto no era patriótico, la repugnancia que tenían los espedicionarios á las aguas del mar les hizo prestar oídos y no tardó en cundir la voz entre gefes y oficiales. Hasta el conde de la Bisbal, dicese, que prestó en un principio su asentimiento, pero consultado mejor, rechazó la proposicion cuando se le presentaron los comisionados en Julio de 1819.

Habia entre los gefes de batallon un comandante al que los mismos liberales no conceden talento ni disposicion para el mando; pero era resuelto, y estos hombres se prestan con más facilidad para una empresa, por más

que sea arriesgada. El comandante del batallion de Asturias, Riego, quiso ser el que primero levantara la voz y reuniendo á sus soldados izó la bandera de libertad proclamando la Constitucion del año 1812. La voz de Riego encontró eco en otros batallones, y el coronel Quiroga siguió el movimiento de rebellion apoderándose de la Isla y de algunos puntos. Este movimiento se hubiera sofocado á los primeros dias, si el grito de Riego no hubiera resonado en las provincias en donde estaba preparado el alzamiento, y en Vigo y el Ferrol no se oyera la misma voz, obligando á San Roman á retirarse á Castilla, dando lugar á que en muchas ciudades de España se proclamara la Constitucion. En vano el rey Fernando mandó al conde de la Bisbal, que con energía apagase el fuego en sus primeras llamaradas; el caudillo de las tropas destinadas á America, tomó el camino de Madrid y al llegar á Ocaña, proclamó la Constitucion, dando márgen á que el pueblo, preparado ya por los liberales, se lanzara en las calles de la Corte y obligara al rey á jurar el código de Cadiz.

3. A pesar suyo, y viéndose solo y con pocos defensores, Fernando hizo publicar la Constitucion que habia abolido en Valencia, despues de su llegada de Francia. El triunfo del liberalismo era completo; el ejército, no quiso ó no tuvo valor para defender al rey, y halagado por los liberales ó temeroso de perder sus destinos, siguió en gran parte el ejemplo de Riego y de Quiroga y victoreó á los defensores de la libertad.

4. El dia diez de Marzo llegó á Valencia la noticia de haber el rey jurado la Constitucion y el inquieto mo-

vimiento de una parte del pueblo manifestó al General Elío, que era tiempo de contemporizar, y publicó un manifiesto, encargando la tranquilidad. No podía esta autoridad militar prometerse el aprecio del bando liberal, ni del populacho corrompido. En el año 1814 D. Francisco Javier Elío, al victorear á Fernando VII, libre ya de las cadenas de Napoleon, dió el primer golpe para derrocar la Constitucion de Cadiz; él descubrió la conspiracion de Vidal y llevó al patíbulo á los gefes coaligados; y habia sido inexorable para acabar con el bandolerismo que infestaba el reino: poco podia prometerse. Pero estaba tranquilo, porque sus hechos eran los de un General, que con energía quiso reprimir los desmanes y castigar los delitos con mano fuerte. Y sin embargo obró con arreglo á las circunstancias del tiempo, porque restableció el Ayuntamiento constitucional, con ánimo de renunciar en él su autoridad, dió libertad á los presos políticos y á los que se hallaban en la Inquisicion, complaciendo al partido que parecia triunfante.

Serian las tres de la tarde, cuando Elío, montado en su caballo y acompañado de los miñones se dirigia á la casa de la ciudad; pero al llegar á la plaza de la Catedral, algunos grupos de imponente aspecto le detienen, y acercándose un hombre atrevido: General, le dijo, vuestra autoridad ha acabado. Calló Elío, y al ver como se aumentaban las masas tumultarias, miró prudente retirarse á palacio. El conde de Almodovar reemplazó á Elío por la voluntad del *pueblo*, y el honrrado ex-General se retiró a la ciudadela. Dejemos la capital del reino.

5. El nuevo capitan General envió una circular por

los pueblos del reino, para que publicasen la Constitución del año 1812, jurada ya por el rey Fernando; y el día 17 de Marzo llegó la orden á Morella. Reuniéronse el Gobernador y Regidores en las casas consistoriales, y se determinó, que se diera cumplimiento en el día siguiente, encargando al Arcipreste Crosat dirigiera su palabra al pueblo, comision que aceptó gustoso, pues sabidos eran los sentimientos, que abrigaba el arcipreste desde las cortes de Cadiz. El diez y ocho se cantó un solemne *Te—deum* en la arciprestal y Crosat desahogó su corazón oprimido por mucho tiempo, renovando pasiones dormidas y disgustando á la inmensa mayoría de sus parroquianos, que pensaban de otro modo. El día siete de Abril se hizo la proclamacion solemne, colocando la *Piedra de la Constitución* y obligando á los vecinos á poner luminarias en los balcones, con penas rigurosas á los que no cumplieran el mandato. Desde este día comenzaron otra vez las divisiones y partidos. El liberal exiguo, pero en el poder, queria imponer su voluntad al partido llamado *realista* y este no queria ceder, confiado en el número, pues era cuasi toda la poblacion. Uno y otro partido se miraba con prevencion, y los esfuerzos del arcipreste Crosat para persuadir al pueblo de las ventajas que reportaria á la nacion el nuevo orden de cosas, solo servia para irritar los ánimos. Más de una vez, al subir al púlpito para explicar la Constitución los oyentes buscaban la puerta, dejando á las columnas del templo por auditorio: recordamos hechos y no podemos dispensarnos de decir la verdad, cuando quedan muchos testigos. ¡A tantos desaires se espone el

ministro de Jesucristo que convierte la catedra del Espíritu Santo en tribuna de política!

6. En el discurso de nuestra historia hemos podido observar que la guerra viene cuasi siempre acompañada de la peste y del hambre, en la época que reseñamos fué la peste precursora de otras calamidades. La fiebre amarilla se habia manifestado en Cadiz y no tardó en invadir otros puntos de nuestras costas. Tortosa fué una de las ciudades en donde arrebató más víctimas y nosotros recordamos aquellos dias en los que la relacion de los desastres y calamidades nos tenia en continúa congoja. A principios de Agosto de 1821 presentóse en la capital de nuestro obispado la fiebre amarilla, ó tifo — ictéroides, enfermedad contagiosa, que se desarrolló tristemente en pocos dias. El celo del virtuoso prelado D. Manuel Ros de Medrano llegó hasta el heroismo y no pudiendo atender personalmente á todos los apestados, invitó á los sacerdotes de la Diócesis, para que hicieran un sacrificio en aras de la humanidad. La comunidad de San Francisco de Morella vió á tres de sus religiosos, que superiores á los peligros marcharon á socorrer á los apestados, el P. Vicente Guarch, el P. Vicente N. y el hermano donado Fr. Joaquin Celma. Los dos primeros fueron víctimas de su ardiente caridad y Fr. Joaquin, que prestó importantes servicios como enfermero, pudo volver á su patria. Cerca de dos mil murieron en Tortosa, sin que la enfermedad se extendiera á otros puntos.

7. Las Cortes se habian reunido, y á nadie sorprendió la conducta de aquellos representantes de la nacion.

Entraron por el camino trazado por las cortes de Cadiz, pero con paso más acelerado y sin miramiento alguno. Se abolió el tribunal de la Inquisicion; se prohibió á los prelados religiosos dar nuevos hábitos; se redujeron los conventos de menor número; se suprimieron los que no llegaban á veinte y cuatro frailes; se decretó la desamortizacion eclesiástica; y se dió permiso para abandonar el claustro á las religiosas que quisieran vivir en el siglo. Todo esto acompañado de discursos acalorados y con poca reserva para ocultar las tendencias del partido liberal, produjo en el pueblo un efecto poco favorable al nuevo sistema y un mormullo de reprobacion manifestaba, que no era fácil arrancar del corazon de los españoles viejos sentimientos, ni se podia insultar impune los objetos más venerados de los pueblos. Tampoco se respetaba la persona del rey en los periódicos y en las discusiones, y esto manifestaba que la violencia ó la necesidad, para precaver mayores males, habian obligado á jurar la Constitucion á Fernando VII, pero que en secreto condenaba las disposiciones de las cortes y encargaba los trabajos de zapa á sus fieles amigos para derrocar el nuevo orden de cosas.

8. Las disputas acaloradas de las cortes fueron la causa de una division; la libertad mal entendida produjo la anarquía y atropellos, y esto obligó á pensar con reflexion sobre el abismo en que la nacion se veria sumergida, sino se cortaba el mal en un principio. Los realistas crearon una junta en Bayona par dirigir una insureccion, y pronto se vieron pulular por todo el reino pequeñas partidas, que al grito de ¡Viva la Religion y

el Rey! declararon la guerra á los liberales. Más el partido que se hallaba en el poder léjos de cejar en su marcha para acallar el descontento de la nacion, quiso perseguir á los que llamaba *serviles*, insultando á todas horas á los que no se habian declarado adictos al régimen constitucional con el *Tragala*, cancion popular, que era acompañada de insultos y atropellos.

9. En Navarra y provincias vascongadas era imponente el movimiento reaccionario, y en Cataluña el baron de Eroles y Bisieres reunian fuerzas agregándoseles D. Antonio Marañón (a) el Trapense y otros caudillos de los decididos guerrilleros. Hasta ahora el reino de Valencia se hallaba pacífico, si bien se notaba una inquietud, con deseos marcados de seguir el movimiento reaccionario.

Desde mediados del año 1820 la plaza de Morella se hallaba descuidada. Su castillo estaba confiado á unos cuantos artilleros y no tenia más tropa que una pequeña compañía de guardias de la Hacienda. Cuando el Gobierno vió que en algunas provincias se aumentaban las partidas, envió un teniente de caballería, D. Patricio Manduïña, con veinte y dos ginetes con la órden de recorrer el terreno; fuerza insignificante que no podria detener una simple partida, en el caso de penetrar en estas montañas. El abandono pues de esta plaza, la topografía del terreno y el espíritu realista que dominaba en los habitantes de estas montañas, hicieron pensar á los realistas de Valencia el modo de combinar un movimiento de insurreccion, apoyado por las guerrillas de Cataluña y alguna partida que habia aparecido en el bajo Aragon. El General Elío estaba preso y su causa inspiraba se-

rios temores. Los liberales no habian olvidado de que Elío habia sido un enemigo terrible del liberalismo y buscaban pretextos para condenarle: la situacion del preso era crítica y convenia un pronto cambio de situacion para salvarle la vida; sus amigos trabajaban en secreto.

Uno de los que más se habian merecido la confianza de Elío, durante el tiempo que estuvo en el mando, era D. José Felipe Sunyer, natural de Morella, que despues de haber servido en las compañías del Roselló y durante la guerra de la independenciam, se hallaba de Gobernador de Murviedro. Este honrado coronel, habia sido respetado de todos los partidos, pero en su corazon sentia una aversion continua á los atropellos y exageradas pretensiones del liberalismo, y no podia apartar su pensamiento del General Elío, cuya amistad no habia menguado al verle entre cadenas. Instado por los realistas valencianos, se vino á Morella para explorar el espíritu público, y ver si podia contarse con algunas fuerzas de paisanos, en caso de levantarse el reino. Enconados se hallaban los partidos en esta poblacion, y solo faltaba una chispa para levantar llamas. En los dias de Carnaval salió una comparsa de músicos con andrajosos trajes, entraron en casa de un liberal y sin apercibirse, se colocó en las espaldas de uno de ellos un rótulo, que decia: viva la constitucion; y como al salir á la calle una chusma de muchachos leyera esas palabras, comenzaron á gritar: *son negros*, y arremetiendo con algun empujon, enviaron algunas piedras sobre los finjidos músicos. Estos, conociendo la burla que habian hecho con ellos, se marcha-

ron á la puerta del bromista liberal y dieron algunos mueras á la Constitucion. Fueron denunciados los músicos á la autoridad y mientras se daba parte á Valencia les encerraron en el *cacho*, estrecho calabozo en las rocas del castillo. Esto fué la causa del grande encono entre los jóvenes de ambos partidos, los liberales cortos en número, pero con armas y proteccion; los realistas, perseguidos y sin armas, se valian de las piedras para rechazar á los que llamaban sus enemigos: el pueblo de Morella por la noche era un campo de batalla.

Tal aspecto presentaba, cuando á principios de Mayo de 1822 llegó el coronel Sunyer á esta plaza, sino con ánimo de levantar partidas, para alentar á los realistas y participarles la aprobacion del rey Fernando á todo lo que fuera para restituirle en el pleno de sus derechos y libertades. Ya no se podian contener algunos jóvenes deseosos de salir al campo y levantar la bandera de Fernando rey absoluto; las reuniones eran frecuentes y acaloradas, y como la guarnicion de tropa era escasa, se burlaban de los milicianos, la mayor parte forzados y que abundaban en los mismos deseos. El dia ocho de Mayo se hallaban algunos jóvenes á la raiz del muro que mira al sud, en el sitio llamado *les Roquetes*, cuando la guardia de la puerta de San Mateo comenzó á insultarles cantando el *Tragala perro*. No tenian la sangre tan fria que no contestaran con alguna palabra que manifestase el fuego de la venganza comprimido dentro del pecho. Al entrar por el portal algunos milicianos empujaron al viejo Manuel Llisterri (a) Sarsenal, pero

como éste reclamase la proteccion de sus dos hijos Pedro y Manuel, se arrojaron sobre los milicianos y hubo un pigilato entre unos y otros. Joaquin Gazulla, jóven sombrerero, defendió á la familia del Sarseral y enardecido en la disputa, llamó á los liberales ruin canalla, que debiera arrastrar el grillete. Dióse parte á la autoridad y los jóvenes comprometidos se vieron obligados á buscar su libertad en los montes. Aquella noche durmieron en una masía, y determinaron levantar el grito de ¡Viva Fernando VIII! ya que en otras provincias tenia el rey absoluto sus defensores. Pero Gazulla más avisado, dijo: Que vamos á hacer, amigos, sin armas y sin dinero? Mejor será permanecer ocultos algunos dias y escribir á muchos amigos que tengo en Uldecona y riberas del Ebro, ó marchar silenciosos á verles personalmente, pues tengo la confianza de que seguiran nuestras escitaciones. El viejo Llisterri y sus dos hijos convinieron con Gazulla y al dia siguiente tomaron una mula, únicos bienes que poseian y se dirigieron á Uldecona. Tenia Gazulla parientes en esta villa, á donde pasaba algunas temporadas y su carácter franco y jovial le habia proporcionado algunos amigos entre los jóvenes más simpáticos. Roman Chambó, Domingo Forcadell y otros eran sus camaradas y á estos comunicó el pensamiento, que mereció la aprobacion. Deteniales, sin embargo, la falta de recursos para proporcionarse armas y municiones; pero el viejo Llisterri se levantó diciendo: mañana vendo mi mula y con su producto compraremos polvora y balas; las armas las buscaremos en donde esten. Valor se necesita y constancia, lo demás ya vendrá. Todos aplau-

dieron las palabras del anciano, y le comisionaron para pasar á Tortosa á vender la mula y proporcionarles municiones. Comprometieron hasta veinte jóvenes de Ulldecona, y nombraron por gefe á D. José Rambla, teniente que habia sido en la division de Mánso, en la guerra de la Independencia. Tres dias despues llegó Llisterri con un saco de polvora y algunas arrobas de balas y los comprometidos conocieron que era llegada la hora de preparar el levantamiento. Reunidos en un pajar fuera de la poblacion fabricaban cartuchos y reunian algunas armas, cuando un amigo les avisó que la tropa de Tortosa habia salido para prenderles. Dejaron la poblacion, recorrieron algunas casas de campo en donde sabian hallarse escopetas, y cuando se habian reunido veinte y cinco hombres dieron el grito de ¡Viva Fernando!

La primera poblacion en donde entraron fué la Cenia, en donde se les reunió Pedro Beltran con sus voluntarios: llegaron otros de la Galera, Godall, y Rosell, hasta poder reunir una fuerza de cien hombres, la mayor parte sin armas. En la Cenia quitaron la lápida de la Constitución y escribieron toscamente. *Plaza de Fernando VII.* En esta poblacion cayó en su poder D. José Cid de Tortosa, joven que apenas contaba quince años, de una familia de la ciudad adicta al liberalismo, pero fué tratado con toda la atencion que su edad se merecia.

El dia primero de Junio salieron de la Cenia con ánimo de poner sitio á la plaza de Morella. ¡Loco pensamiento, por más que esta plaza solo contara con algunos soldados de guarnicion! Llegaron á Vallibona, y aquí pareció regularizar apuella tropa informe, forman-

do un consejo de los voluntarios mas influyentes y nombrando el cargo que cada uno debería desempeñar. Se confirmó la eleccion de gefe á D. José Rambla, siquiera porque habia pertenecido al ejército. A Roman Chambó se le nombró ayudante; secretario á Joaquin Gazulla, y Domingo Forcadell, Pedro Beltran y otros, se contentaron con el nombramiento de oficiales subalternos. Rambla mandó tocar á llamada con un mal tambor que habian tomado al pregonero de Rosell, y reunida aquella hueste abigarrada y grotesca, la dió á conocer á sus gefes, prometiendo una pronta victoria si seguian dóciles á sus órdenes. ¿Quien no se sonriera al mirar aquella mascarada con infulas del ejército de voluntarios defensores del rey? Pero eran las primeras señales de un movimiento reaccionario, la primera voz del pueblo que protestaba contra el nuevo orden de cosas en la política de España.

El dia 2 de Junio por la noche se recibió en Morella el parte de haber aparecido una partida de realistas y que se dirigian á esta plaza. El Ayuntamiento y el comandante de la milicia forzada participaron la noticia al teniente de caballería D. Patricio Minduiña, gefe de la tropa, y éste jóven determinó salir á encontrar á los enemigos y darles una carga con sus veinte y tres caballos. Solo los acompañó el médico D. Agustín Ortiz, liberal entusiasta que, montado en su caballo, quiso participar de la gloria de la expedicion. Salió Minduiña de la poblacion el dia 3 por la mañana, pero una avanzada que los realistas tenian en la masia de la Perera, habia recibido aviso, y Joaquin Gazulla, que se hallaba al

frente, envió á Pedro y Manuel Llisterri, para que á todo correr y trepando por veredas lo participaran á Rambla. Cuando éste recibió el parte verbal, la caballería asomaba en la cuesta de Vallibona y á los golpes del tambor, los improvisados realistas tomaron sus armas y se parapetaron á la izquierda del rio. Se acercó Minduiña, cuando una descarga del enemigo le sobrecogió y dió orden para que retirase la caballería. Ligeros como el gamo subieron los realistas la cuesta de Vallibona en seguimiento de los caballos. El del médico Ortiz tropezó, cayendo sobre su amo, que sin duda hubiera sido víctima de sus enemigos, á no socorrerle un cabo, cambiando de caballo y ayudándole á subir la cuesta. El joven teniente, aterrado al ver el arrojó y atrevimiento de los haraposos realistas, entró en Morella ponderando el número de los enemigos y la ferocidad en arrojarse sobre la tropa: era el primer ensayo.

Aquella noche envió Rambla una partida, que sirviera de avanzada, posesionándose de la masía de Moreno, eligiendo por gefe á D. Roman Chambó, que se habia dado á conocer en la accion de aquel dia, la primera de su vida militar; y dió la comision á D. Domingo Forcadell de reclutar todos los mozos, obligando á los hombres jóvenes y ancianos á presentarse á la plaza en la mañana siguiente, armados, siquiera con un palo: su plan tenia, y veremos el resultado.

10. Al dia siguiente, al rayar el alba los cerros del éste de Morella aparecieron cercados de gente armada; algunos hacian subir el número á mil, y no faltaba quien hiciera correr la voz, que las guerrillas de Cataluña ha-

bian pasado el Ebro y á pasos dobles se dirigian á siti-
 ar esta plaza. Pero en realidad apenas habia unos cien
 voluntarios mal armados y unos cuatrocientos paisanos
 de Vallibona con palos levantados, segun tenia manda-
 do Rambla. Los llamados gefes tuvieron consejo en el
 meson Nuevo, y aunque Rambla miraba una temeridad
 intimar la rendicion de esta plaza, el bravo Chambó ma-
 nifestó la conveniencia de aprovechar aquellos momen-
 tos, vista la cobardía del teniente Minduiña. De este
 parecer fué el secretario Gazulla y el teniente Forcadell;
 y resolviose, que pasara un oficio, y cuando no surtiera
 efecto, se acometiera un asalto fingido, dirigiéndolo los
 morellanos Gazulla y los Llisterris, concedores del ter-
 reno. Se escribió un oficio al teniente Minduiña, que nos
 parece copiar por la petulancia de su contenido (1)

«La accion de ayer dió á conocer á V. el valor de
 mis soldados, defensores de Fernando VII. Estoy deter-
 minado á asaltar esa plaza, pero sería mejor que V. la
 entregara buenamente que yo respetaría la vida de V.
 y soldadõs y se les daría libertad, sino entraremos á la
 fuerza, y si se dispara un tiro, todos serán pasados á
 cuchillo. Dios guarde á V.—Campo de honor 5 de Ju-
 nio de 1822—José Rambla—Señor D. Patricio Mindui-
 ña.»

El gefe realista colocó á los paisanos en las alturas
 de Aguilar y Beneito y envió á Chambó y Gazulla al

(1) Cuando ya teniamos escritos estos párrafos, llamamos á .D Joa-
 quin Gazulla, el secretario que fué de Rambla, y su prodigiosa me-
 moria, nos hizo rectificar y añadir algunas noticias. El oficio lo es-
 cribió Gazulla.

camino del molino de en Pí, previniéndoles que al primer toque del tambor avanzaran hasta la muralla. Pero no fué menester, porque aturdido Minduiña conferenció con el Ayuntamiento y se determinó entregar la plaza. En su consecuencia salió una comision á la cruz del molino de en Pí, á cuya cabeza iba D. José de La Figuera, como Regidor, se abrió la puerta del Forcall y entró Chambó con unos veinte hombres, mientras se daba parte á Rambla, para que avanzase con toda la *tropa*.

En la calle de la Zapatería se hallaba Minduiña con sus veinte y dos ginetes desmontados, que entregaron armas y caballos á D. Roman Chambó, porque ya desde entónces quiso se le tratara con distincion, y una hora despues entró Rambla con su division, compuesta de paisanos con palos y unos cien hombres con trabucos, ma-las escopetas y algunas hojas de espada vieja. Grande fué la sorpresa del teniente al ver la asquerosa gente á quien entregaba la espada, y un soldado, como arrepentido de haber entregado las armas, manifestó su despecho, que fué reprimido y puesto en la carcel. Este inesperado acontecimiento alarmó al partido liberal de la capital del reino, que se afaná en enviar tropas para reconquistar la plaza de Morella; pero puso tambien en movimiento á los que esperaban una ocasion para lanzarse al campo á defender al rey, como decian. En pocos dias se reunieron en Morella cuatrocientos cincuenta voluntarios. Ramon Moles de Cinctorres y Mezquita, que años despues fué el maestro de Cabrera; Ramon Marqués, (a) Barron, de Ares; Monteverde, de San Mateo (a) Pedreño; Galí, Codroy y otros, presentaron sus pequeñas

partidas de voluntarios y engrosaban la division de Rambla. Dos dias despues se levantó en Benasal Tomás Miralles, jóven simpático de una familia bien acomodada y con él media poblacion. Desde entónces suenan ya los nombres de Manuel Miralles, Francisco Soligó, Manuel Miralles y su hermano José, conocido despues por el Serrador, José Girona, y otros que figuraron en la última guerra de los siete años, mientras que de Alcalá y otros pueblos del Maestrazgo seguian el movimiento insurreccional. Pero todos estos esfuerzos nada podian por entónces contra un ejército disciplinado y con armas y municiones. La partida de Benasal fué derrotada á los pocos dias en los llanos de San Mateo, y los que enarbolaron la bandera de Religion y Rey en nuestro castillo, se vieron cercados por todas partes de tropas regulares, que amenazaban combatirles con armas de mejor temple.

La primer *fazaña* de Rambla al entrar á Morella fué derrocar la lápida de la Constitucion, llevarla al peso de la carnicería en señal de desprecio, y haciendo de ella menudos trozos, los arrojó á los cuatro vientos, y con toda solemnidad colocó otra en la que se leia *Plaza de Fernando VII*: al ménos no se derramó sangre en esta accion, si bien se manifestaba el empeño en derrocar al partido contrario.

11. Cuando llegó á noticia del Capitan General de Valencia la ocupacion de la plaza de Morella por un puñado de paisanos, le pesó de haber dejado abandonado este punto, y aunque necesitaba de la tropa para sostener el órden en la capital, turbado á todas horas por la

demagogia, hizo un esfuerzo y envió al coronel D. Antonio Madera con dos batallones, uno de Fernando VII y otro de Málaga con alguna fuerza de caballería. Esta columna se vino por la tinanza de Benifazar, y receloso Madera de encontrar apostado al enemigo, hizo una inflexion á la derecha, posesionándose de las sierras del camino de Aragon. Rambla que se vió amenazado, envió á Chambó con doscientos hombres, con el objeto de hostilizarle en su marcha; pero apesar de la decision y ligereza de Chambó en sus maniobras de guerrilla, tuvo que retroceder y encerrarse en Morella, dando noticia á su gefe de la actitud del enemigo. Conoció Rambla que con una fuerza de quientos hombres, con malas armas y sin subordinacion á sus gefes no podia resistir un sitio, determinó dejar la plaza, y marchó silenciosamente en la noche del diez y seis. Se habia dicho, que el coronel Madera llevaba orden de pasar á cuchillo la poblacion y esto alarmó á los morellanos, obligando á los más comprometidos á seguir la suerte de los sublevados en el campo, mientras que otros buscaron una seguridad en las cuevas ó en lugares ocultos. Al rayar el alba las cumbres de San Pedro martir y la Querola aparecieron coronadas de soldados y un oficial precedido de un corneta se adelantó hasta Santa Lucía para intimar la rendicion. En la plaza reinaba el más profundo silencio y no se veia persona alguna en las murallas, ni en las cercanías de Morella. Detúvose el oficial parlamentario receloso de alguna celada, pero observó que desde un tejado hacian señales de paz, con un pañuelo blan-

co. Acercose á la puerta de San Miguel y la encontró abierta de par en par. Entónces salió una comision del Ayuntamiento y presentándose á Madera le manifestó el estado de la plaza. El diez y siete entraron los liberales, recorriendo las calles, y permitiéndose algunos desmanes, denostando á los morellanos con los nombres de *sérviles y traidores*.

Sabedor el coronel D. Antonio Madera del desacato hecho á la Constitucion, arrancando su lápida, dispuso una funcion cívica para reponerla en su lugar. Se informó de cuales eran las personas más autorizadas, adictas á los realistas, y quiso que estas fueran las encargadas de poner otra lápida, que hizo pintar aquella noche. A D. Pascual Pastor, que por ausencia del arcipreste regentaba la iglesia mayor, encargó un discurso, y para llevar la lápida eligió á los presbíteros D. Antonio Martí y D. Manuel Domenech, y á los regidores Miguel Gazulla y Francisco Centelles (a) Faena. El dia 18 se hizo la colocacion de la Piedra con toda la pompa, obligando á los vecinos á asistir á dicho acto y á celebrarlo con luminarias.

12. Desde entónces se reconoció la importancia de esta plaza para una guerra cívica y de guerrillas, y se dejó una guarnicion, nombrando para Gobernador á D. Juan Daura, y por gefe de tropa al comandante Cabrafigal; pero hasta que Daura pudiera encargarse, dió comision al Alcalde para regularizar la milicia urbana, y levantar bandera de voluntarios liberales, dándoles cuatro reales de fondos municipales: estos voluntarios eran conocidos por *peseteros*. Desde ahora los dos partidos eran

nombrados, *blancos* los realistas, y *negros* los liberales. El distintivo de los voluntarios de la libertad era una cinta verde en el sombrero con el lema *Libertad ó muerte*; el de los realistas una lista encarnada, en la que se leía; *Per la Religion y el Rey el morir es ley*.

A mediados de Julio se encargó del gobierno de esta plaza D. Juan Daura, militar prudente y experimentado, que procuró conocer el carácter morellano, para llenar debidamente su cometido. Oía á los liberales, pero obraba con cautela, asociándose á las personas influyentes de la poblacion sin distincion de colores. Manifiestó deseos de que regresaran al hogar doméstico los que se hallaban en las guerrillas, publicando un indulto y ofreciendo tratar á los que se acogieran con toda la deferencia. Algunos se presentaron y acaso hubiera logrado su intento, si las noticias que se recibian de otras provincias y las del extranjero, no alentaran á los realistas.

13. Regularizó la milicia forzada, haciendo entrar á todas las personas honrradas sin tener en cuenta su color político; despreciaba las acusaciones y chismes, si bien velaba y procuraba sagazmente saber la verdad; en fin el Gobernador Daura se propuso hermanar los dos partidos locales y sino logró su objeto, mantuvo la paz en el pueblo y evitó el que los vecinos de Morella se marcharan á engrosar las filas del enemigo.

14. Recordaremos un acontecimiento, que tuvo lugar en sus dias, y en el que Daura se portó como padre del pueblo: la gran nevazca, la mayor que recorda-

mos en este siglo. El día 14 de Diciembre las guerrillas llegaron á San Mateo, y Daura que recelaba un ataque contra esta plaza, tapió la puerta de San Miguel, y puso en el castillo una compañía de tropa. Tres días que se hallaban encerrados en el fuerte, cuando en la noche del 18 comenzó á nevar con tanta furia, que se obstruyó la comunicacion. Sigió en los días 19, 20 y 21 subiendo la nieve once palmos valencianos, sin que los soldados del castillo pudieran recibir el socorro de comestible, ni los de la plaza y paisanos se atrevieran á abrir comunicacion. Al peso de la nieve se desplomaban las casas y era tal la necesidad de las familias pobres, que algunas pasaron tres y cuatro días sin poder desayunarse. El Gobernador abrió una suscripcion voluntaria y reunió dinero y abundante comestible, con lo que pudo socorrer á los necesitados y empleando á los pobres en abrir minas por bajo la nieve, se llegó hasta el castillo en donde los soldados de su guarnicion se hallaban cuasi muertos de frio y debilitados por el hambre. Y sin embargo debemos consignar un hecho humanitario de aquellos soldados cercados por la nieve. En los calabozos del castillo habia algunos presos políticos, que recibian el socorro de la villa, pero tres ó cuatro días, que amontonados en las humedas habitaciones se hallaban olvidados de todos. Las voces de socorro se perdian entre los copos de nieve, sin llegar á los oidos de los soldados de guardia. Entre el frio y la escaséz recordaron estos el estado de los presos, pero distaban cincuenta pasos de sus calabozos y era preciso abrirse camino. Con empeño tomaron las tablas de sus camas y pudie-

ron lograr salvar las vidas de aquellos infelices presos. Cuando el Gobernador Daura pasó la comunicacion de este acto benéfico de sus soldados, lo hizo con palabras que revelan su apasionamiento, pues el estilo se parece á otro que se usa despues de medio siglo.» Allí, decia, hubiera querido ver á esos seres viles, que motejan con nombres, cuya significacion ignoran, el patriotismo de la tropa. ¿Que hubieran hecho esos fieros, fanáticos, hipócritas y supersticiosos, cuando quiera que disfrazados con el hermoso velo de religion..... El Señor Daura podia saberlo, pues en la lista de donativos, que adjunta enviaba, los que figuraban en primera línea, no eran liberales: tenemos la lista en nuestro poder y podemos juzgar con ménos pasion.

15. Una mirada al exterior. Las naciones de Europa tenian fija su vista en España y temerosas de que la revolucion cundiera, determinaron intervenir en la pacificacion de nuestro reino; esto no era un misterio y el partido realista cobro ánimo, aumentándose las partidas de voluntarios tomando parte muchos de los gefes de tropa. Por otra parte la conducta del partido liberal no era tan cuerda para ganarse las voluntades de los españoles. Valencia habia presenciado el triste espectáculo de ver subir al patíbulo á un General honrrado. D. Francisco Javier Elío acabó su vida en el cadahalso el dia 4 de Setiembre de 1822 y su sangre derramada para satisfacer la venganza de un pueblo exigente é inconsiderado debia por necesidad producir un efecto poco favorable al partido que en la muerte de la ilustre víctima cantaba la victoria. No puede leerse sin asomar las lá-

grimas á las ojos la carta que Elío escribió á su esposa poco antes de subir al cadahalso, los mismos historiadores liberales condenan la crueldad y las ilegalidades de aquel proceso. Todo, pues, contribuyó para que el partido realista despertara del sueño de su indiferencia, y se lanzara al combate.

En las provincias del norte el movimiento reaccionario era cuasi general; Cataluña tenia sus guerrillas que desafiaban con osadía á las tropas liberales; el bajo Aragon miraba engrosarse las tropas de los realistas Samper, Capapé (a) el Royo; y en nuestro Maestrazgo Ulman y Chambó, que por sus hazañas habia reemplazado en el mando á Rambla, tenian encerradas en los fuertes á las tropas liberales.

16. Faltaba á los realistas una plaza fuerte, para que sirviera de depósito y hospital de sangre, y pusieron sus miras en Morella, que situada en los limites de Aragon, Cataluña y Valencia y en medio de las montañas, era el punto más apropósito para centro de operaciones militares. Se convinieron Samper y Capapé con Ulman y Chambó en poner bloqueo á esta plaza, mientras prepararian un sitio formal. El 14 de Febrero de 1823 se hallaban en el Forcall algunas compañías, disponiendo lo necesario para un bloqueo, y reuniendo escalas, por sí en un descuido podian asaltar las murallas. El Gobernador Daura tomó las precauciones, que en tales casos se requieren. Destacó una compañía al castillo; un cuerpo de guardia en cada torre, tapió las puertas y dispuso algunos retenes de soldados y paisanos. El dia 20 diferentes pelotones de guerrilleros se habian colocado en

los puntos más ventajosos, prohibiendo la entrada y salida de esta plaza, pero sin hacer fuego ni acercarse á las murallas. El 24 recibió el Gobernador un parte del Alcalde del Forcall, en el que le participaba haber desaparecido las tropas *facciosas* y pocas horas despues levantaron el bloqueo para reunirse á Samper, que á marchas dobles caminaba á Segorbe. Esta determinacion de las tropas realistas se celebró en Morella como un triunfo, y para premiar la vigilancia de los soldados se dispuso un banquete en el Llano del Estudio, siendo servidos por los señores del Ayuntamiento y á espensas de la villa.

17. La rápida marcha de los realistas de estas montañas obedecia á una consigna para atacar á la division de Laviña que se hallaba en las inmediaciones de Segorbe. El dia 8 de Marzo habia salido el gefe liberal con su division en busca del enemigo, pero como los realistas se hallaban apostados, le atacaron con denuedo, obligándole á ceder y cayendo en su poder el mismo Laviña, los coreneles de Écija y de Jaen, y un sinnúmero de oficiales y tropa, y ocupando Segorbe y demás poblaciones del Mijares. Esta señalada victoria reportó á los realistas, no solo armas, caballos y dinero; sino muchos voluntarios que corrian á alistarse á sus banderas. Alentados los voluntarios de Samper ya no temian las fuerzas regulares de los liberales y en cualquier parte tomaban la ofensiva. El dia 18 de Marzo desde el histórico castillo de la inmortal Sagunto se veian coronadas todas las sierras inmediatas de realistas. En vano los liberales hicieron un esfuerzo para atacar á sus enemi-

gos; un dia despues el castillo de Murviedro estaba en poder de los realistas, firmando la capitulacion su Gobernador Bucarellí, y entregando el gran depósito de municiones y la numerosa artillería. Desde Sagunto salian columnas para recorrer los pueblos de la plana de Castellon y huerta de Valencia, teniendo choques los más dias, con exito diferente, pero nosotros no reseñamos los acontecimientos de aquella guerra civil, sino los que tuvieron lugar en Morella.

18. Más nos permitiremos recordar el hecho heroico de un morellano. El dia 1.º de Abril D. Antonio Fernandez Bazán, comandante de la provincia de Castellon consiguió una pequeña victoria á la sombra de Murviedro, pasando á Valencia á recibir los honores del triunfo. Este halago de la fortuna le hizo salir otra vez en direccion á su provincia con ánimo de dar otro golpe al enemigo, confiado en sus tropas numerosas. En las inmediaciones de Chilches encontró las avanzadas que cedieron poco á poco el terreno para llamar á Bazán al punto en donde estaba la artillería. El comandante General de Castellon, sin recelar la celada, entró con sus soldados, y atacado por todas partes, y diezmados por la metralla, estaban á punto de rendirse, cuando los lanceros y micaletes de Tarragona quisieron hacer un esfuerzo desesperado, arrojándose sobre la artillería. Este ataque brusco y fiero puso á los artilleros realistas en un conflicto y comenzaban á dejar los cañones; pero un oficial, que se habia dado á conocer por su valor en la guerra de la Independencia, detuvo á los artilleros, y cargando los cañones, disparó contra la caballería tal gra-

nizada de metralla, que la mayor parte de los ginetes se amontonaron muertos ó heridos á los piés de las baterías. Esto fué la causa de haberse ganado una completa victoria. El oficial de artillería, se llamaba D. Ramon Carbó; en Morella su patria era conocido por el apodo. de *Taleca*, y nosotros le hemos visto en la última guerra civil no desmentir el valor de su juventud.

19. Bazán pudo escapar y retirarse á Valencia, y los realistas no tardaron en sitiar aquella ciudad, capital de nuestro reino. Escaseaban los recursos para un largo sitio, por lo que la junta de Gobierno hizo un empréstito, ofreciendo tomar plata labrada con el intento de acuñar moneda. No sabemos quien daría la órden, pero el mismo Bazán ofreció venir á Morella y apoderarse de toda la plata y oro de sus iglesias. Dijose entónces que traia una apuntacion de las alhajas y vasos de la arceprestal, y la voz pública acusó, tal vez injustamente, al Arcipreste. De cualquier modo Bazán desembarcó en Vinaroz, y con algunas compañías de tropa llegó á Morella el dia seis de Mayo. Aquella misma noche llamó al Vicario, y á los curas de San Juan y San Miguel, obligándoles á presentar un inventario del oro y plata que se hallaba en las iglesias que estaban á su cuidado; concluyendo, que si ocultaban la menor alhaja, serian castigados. Hondo pesar causó la noticia en los corraones morellanos, pero en vano buscaron medios de salvar las riquezas que sus padres legaron á las iglesias. Al dia siguiente se presentó Bazán con el alcalde y un secretario y sacrilegamente despojaron la casa del Se-

ñor de vasos sagrados, alhajas, y hasta los broches de los misales. (1). Los franceses respetaron las alhajas de la iglesia arciprestal, los españoles solo dejaron algunos cálices y estos costaron caros. El odio y la venganza de los morellanos estaban dibujadas en su rostro. ¡Y cual fué el destino de tanta riqueza! Solo se supo, que no llegó á Valencia, y que antes de embarcarse los comisionados dispusieron de algunas alhajas.

20. En el congreso de Verona se habia determinado intervenir en los asuntos de España para reponer á Fernando en su poder y abolir el régimen constitucional. El duque de Angulema salió de Paris el 15 de Marzo con un poderoso ejército y al llegar á Bayona, receloso que los españoles de entónces fueran como los de 1808 publicó una proclama, manifestando el fin que se proponia al entrar en la península. En la órden del dia que dió á los soldados decia estas palabras. «Voy á pasar los Pirineos á la cabeza de cien mil franceses; pero es para unirme á los españoles amigos del órden y de las leyes, para ayudarles á rescatar á su rey cautivo, á restablecer el altar y el trono, á librar del destierro á los sacerdotes, del despojo á los propietarios, al pueblo

(1) He aquí los preciosos objetos que se llevó Bazán. Un cáliz de oro, de gran valor. La hermosa custodia gótica—Dos cruces procesionales. Otra gótica. Tres incensarios. Tres azafates y un jarro. Un plato con vinageras. Una campana. Una palmatoria Un atril. Una cruz, del *Lignum crucis*. Cinco ostensorios. Otras dos cruces procesionales menores. Veinte y una lámpara, todo de plata. De San Juan se llevaron—Una cruz procesional, un cáliz; un portapaz; un platillo con vinageras; nueve candeleros y una lámpara. De San Miguel Dos cálices de plata y dos candeleros.

todo del dominio de algunos ambiciosos que, proclamando la libertad, no preparan sino la esclavitud y la destrucción de España.» Esto decía el duque de Angulema el 2 de Abril, cuando había de pisar el suelo español; su entrada no era como en 1808 y el movimiento espontáneo de este pueblo heróico no podía ser para lanzarse contra los franceses, sino para recibirles como á libertadores.

Su marcha hasta la corte fué una ovacion de los pueblos. El grande ejército estaba dividido en cinco cuerpos, que acompañaban los voluntarios de Navarra y Provincias vascongadas; y apenas encontró oposicion. El General Ballesteros se retiró por Aragon á Valencia, y si obligó por unos dias á levantar el sitio, que puesto tenía á nuestra capital el realista Samper, pronto se vió precisado á seguir su precipitada marcha para escapar de las manos de los realistas que con encanto brotaban por todas partes. Capapé (a) el Royo penetró en la ribera del Jucar y se apoderó de las principales poblaciones y D. Rafael Samper envió á Chambó al Maestrazgo con órden espresa de sitiar á Morella.

21. Aunque la principal fuerza realista operaba á las órdenes de Samper en el centro del reino; algunas partidas sueltas quedaron en estas montañas para hostilizar continuamente á los constitucionales. A mediados de Mayo bloquearon esta plaza, dejándola sin comunicacion. D. Francisco Soligó con una partida de cien hombres impidia la entrada de comestibles por la parte del sud, y la del norte estaba confiada á las partidas de Aragon. Llegó en esto Chambó y estrechó el sitio, co-

locando destacamentos en todos los puntos que creyó necesario. Tampoco se descuidó el Gobernador Daura, pues hizo tapiar todas las puertas y construir un rastillo á la entrada del castillo, encargando la mayor vigilancia á la tropa y recorriendo personalmente el recinto de la plaza. Sabia el Gobernador, que el pueblo le era hostil y perdiendo su prudencia y carácter conciliador, que hasta entónces habia manifestado, tornose cruel y receloso, vejando á los paisanos y exigiendo al pueblo lo que no podia darle. La clase pobre, sin recursos y sin poder encontrar comestible en las tiendas, imploraba la caridad de los ricos, pero estos apenas podian remediar tantas necesidades y el hambre crecia, y el Gobernador se gozaba en verles padecer.

El 16 de Junio llegó á los sitiadores un gran refuerzo de tropas, que enviaba Samper, y en la mañana siguiente intentó Chambó un asalto por la puerta de Alós. Apercibiéronse los sitiados y cargando la fuerza sobre aquel punto rechazaron el asalto, con pérdida en los sitiadores de doce muertos y veinte heridos. En el mismo dia envió el gefe realista á un oficial para intimar la rendicion, ofreciendo respetar las vidas é intereses de militares y paisanos, y darles salvoconducto para el punto que eligieran, concluyendo el oficio con estas palabras: *porque de hoy á mañana espero la artillería y seria locura esponer al pueblo y á la guarnicion á los resultados inevitables de una entrada á viva fuerza.* La respuesta del Gobernador Daura fué: *que los liberales sabian morir, pero jamás ser traidores á su patria.* Este mismo dia llegó un cañon de diez y seis reforzado, que se colocó en la

altura de Beneyto, sin duda para intimidar á la guarnición; porque poca brecha podía hacerse con una pieza de artillería. Sin embargo, el fuego que durante el día siguiente hizo el cañon desmoronó la torre de la Fuente y parte del almenaje de la muralla y destruyó las casas contiguas.

22. Una de las disposiciones del Gobernador fué despedir de la plaza á los viejos, mujeres y niños, como inútiles y que pudieran servir de embarazo. En su consecuencia se abrió la puerta de San Mateo y, como una oleada, salieron más de cuatrocientas personas dirigiéndose por la cuesta de San Vicente. Al ver Chambó aquella gente, envió una compañía para detener el grupo, sospechando si entre el pueblo se ocultaría alguno de los principales comprometidos, añadiendo, que en caso de no obedecer hicieran fuego. ¡Bárbaro mandato que se llevó á cabo sin consideracion á las indefensas personas, á la edad y sexo á que pertenecian! Una descarga de los sitiadores hizo retroceder á los que buscaban el amparo en los que se decian sus amigos. Pero si bárbara fué la disposicion de Chambó, salvaje estuvo el Gobernador Daura, mandando á los artilleros del castillo que hicieran fuego á los que se retirasen otra vez á la plaza. Grande fué la confusion de aquella multitud al verse entre dos fuegos. Los gritos de las mujeres, de los niños y de los ancianos no llegaron ni al campamento ni al castillo. La mala suerte alcanzó á dos hermanas, doncellas, de una hermosura poco comun, Agustina y Juana, hijas de Mariano Adell, en la cuesta de San Vicente fueron atravesadas por una bala de cañon, arrojada

de las baterías del castillo, quedando muertas, una en el acto y otra poco despues. Era esto el dia 28 de Junio. Al saber esta desgracia D. Ramon Chambó, dió orden para que condujeran al Real aquella gente, y reconocida que fuera, se les diera paso franco para el punto que eligieran.

23. Hasta el dia 18 de Julio no ocurrió cosa notable; la artillería disparaba algunos tiros de vez en cuando; se aumentaban las tropas sitiadoras, acercándose con escalas á la muralla, pero retrocedian por la serenidad de los sitiados. Tampoco Chambó queria esponer la vida de los soldados, pues tenia una seguridad, de que en el estado en que la nacion se encontraba, se habia de entregar la plaza. Pero en la noche del 18 se observó desde el castillo un gran movimiento de tropas, y como se esperaba la artillería de batir, creyó el Gobernador Daura que no debia esponer la tropa á los rigores de un sitio, ni permitir el bombardeo sin resultado favorable para la causa constitucional, perdida ya. En la mañana del 19 flotaba sobre el castillo una bandera blanca, paráronse las hostilidades y no tardó en salir un oficial al meson Nuevo en donde se hallaba Chambó. Areglados los pactos se firmó la capitulacion en la mañana del 20 y á las once de este dia entraron en la plaza algunas compañías realistas, siendo la entrada del General Chambó así se escribe, en aquella tarde. Las condiciones eran: Gefes y soldados dejarian las armas y serian acompañados hasta Peñíscola y los paisanos comprometidos, quedarían en sus casas, sin que nadie los molestara.

Sin embargo de este pacto solemne el partido triun-

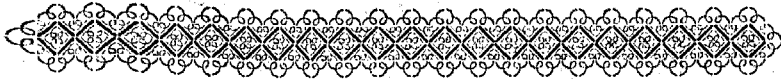
fante no cumplió lo ofrecido. Recordando los insultos del *Tragala perro*, quiso vengarse con otras canciones también insultantes, el *Serení* y la *Pepita*, y manifestando su oculta venganza, amenazaba escenas más tristes. Con un pretexto sacó de sus casas á los liberales y cuando les tenia en la calle descargaron los toscos palos contra aquellos indefensos con tal furia, que algunos quedaron como muertos. Dijose que el Gefe realista, al corregir los desmanes, con señas les animaba al bárbaro apaleamiento. Deploramos hechos que nuestro corazon reprueba y quisieramos que jamás se repitieran. El dia 23 se cantó un *Te=deum* y se celebró una funcion religiosa en accion de gracias.

24. Los realistas habian entrado en Valencia, obligando á los liberales comprometidos á marchar con Ballesteros á las plazas de Alicante y Cartajena. Pero cercado el ejército constitucional por todas partes procuró sacar partido, deponiendo las armas y buscando otros su seguridad en la emigracion. Las cortes, reunidas en Sevilla privaron á Fernando del trono de San Fernando, y como si estuvieran en la agonía, se agitaban en convulsiones que solo sirvieron para hacerse más odiosas á la nacion. El nombre de liberal era ya un sarcasmo ¡tanto habian mudado las cosas en pocos dias!

La regencia creada en Madrid durante el cautiverio de Fernando enviaba comisionados regios á las provincias. Para Valencia nombrose á D. Luis María Andriani Gobernador que habia sido de Morella en el tiempo de la guerra de la Independencia; y este antiguo militar dirigió sus miradas á esta plaza, nombrando por Goberna-

dor á D. José Felipe Sunyer, que despues de haber sufrido todos los rigores de una pasion enconada, se procuró la libertad y se hallaba en Murviedro. El Gobernador Sunyer, como hijo de Morella, procuró calmar los ánimos de sus compatricios, y moderar la exaltacion de sus corazones despues de conseguida la victoria, pero no era fácil cerrar los labios al bajo pueblo, que á todas horas se paseaba delante las casas de los liberales, cantando la *Pepita* ó el *Serent*, acompañando canciones insultantes, que herian la susceptibilidad de personas respetables por su honrradéz.

El rey Fernando, libre ya del cautiverio, salió de Cadiz, entró en Madrid entre las aclamaciones, del pueblo y anulando los actos de las cortes constitucionales, comenzó una nueva era, que acabó con su vida. Dedicaremos un capítulo aparte, siquiera breve, y reseñaremos los hechos principales de los realistas.



CAPITULO VII.

RESUMEN.

1—REALISTAS. 2—Movimientos de rebelion. 3—Alzamiento de Cataluña. 4—Pasan el Ebro algunos guerrilleros. 5—Espedicion de los realistas morellanos á Benifazár. 6—Paz. 7—Continuacion del reinado de Fernando VII. 8—Su muerte.

1. **V**amos á encerrar en breves páginas los acontecimientos que tuvieron lugar en Morella en los diez años que precedieron á la última guerra civil. Para juzgar sobre la conducta de los morellanos poco despues de la muerte de Fernando VII, no debe fijarse la vista en un hecho aislado, sin tener en cuenta los que le precedieron; ni se debe escuchar la voz apasionada de los hombres de un partido, cuando la sangre esté caliente y no se hallan del todo cicatrizadas las llagas abiertas en una guerra fatucida. Hubo un tiempo en que la fidelidad á los reyes era una virtud, porque se les miraba como pa-

dres del pueblo; despues se dijo, que eran tiranos y se escupia en las paredes de sus palacios. Los sentimientos del pueblo, cuya historia resoñamos, se hallan dibujados en las páginas de nuestra obra, si otro dijéramos, seria contrahecha. Desde D. Jaime I de Aragon hasta Fernando VII Morella ostentaba con orgullo el lema de fidelidad á sus reyes legitimos, y no habia sido desmentida esta singular prerrogativa. ¿se borró este lema que escrito estaba en el escudo de sus armas? Cuando lleguemos á ese periodo lo examinaremos: ahora seguiremos nuestra narracion.

Anuladas las disposiciones del Gobierno constitucional y desarmadas las milicias urbanas, crearonse los cuerpos de voluntarios realistas, pasando las armas de unas manos á otras. Si esto podia asegurar el trono, dejaba dividida la nacion y abria nuevas llagas, dando lugar á las venganzas y resentimientos. Fácil es comprender de que en Morella correrian todos á tomar las armas, adornando sus sombreros con la escarapela de Fernando, ó la *cucarda*, como los liberales la llamaban por desprecio. Creose un batallon de voluntarios, nombrando por comandante á D. Gaspar Zorita, bien que bajo la inspeccion del Gobernador. En Febrero de 1824 D. José Sunyer fué repuesto en su destino de Murviedro, y nombrose para Gobernador de la plaza y distrito á D. Antonio Ronda, y éste regularizó el cuerpo de voluntarios realistas, buscó arbitrios para comprar armas y vestuario, y hasta mandó comprar una bandera que se bendijo en la Arciprestal el 24 de Octubre, celebrándose una funcion civico—religiosa, y prestándose juramento de fidelidad

al rey por las autoridades; pero con poca cordura, algunos de exaltadas pasiones se permitieron insultos al partido vencido; el pueblo sensato reprobó esta conducta poco conforme con los principios que se proclamaban.

2. Despues que el partido monárquico consiguió el triunfo sobre los liberales, ni estos renunciaron á nuevas tentativas, ni los realistas estaban de acuerdo en todas las disposiciones del rey. Dificil era poder contentar á todos los que habian tomado parte en la reaccion, y más difícil sofocar el ardor del partido vencido. El partido *apostólico* dicen que fijó sus miras en D. Carlos, hermano del rey, bien que este príncipe, que tanto amaba á su hermano, y que era delicado hasta el extremo, nunca consentiría en acceder á una traicion: pero era un pretesto. Algunos de los principales caudillos realistas se declararon en rebelion, mientras que los emigrados liberales aprovechaban alguna ocasion para encender de nuevo el fuego, ya que entre los realistas se encontraban descontentos.

Uno de los que quisieron probar fortuna fué Bazán, el sacrilego espoliador de los templos de Morella. Desembarcó con sesenta hombres en la costa de Alicante, se apoderó de Guardamar y cuando esperaba que los liberales en masa se levantarían para ayudar sus esfuerzos, vióse cercado de realistas, que de Elche, Alicante y otros puntos acudían á cortar sus pasos. Acosado por todas partes, buscó en los montes de Clevillente un refugio; pero allí le alcanzaron, cayendo él y sus soldados en manos de los realistas, y conducido á Orihuela fué fusilado el dia 4 de Marzo, sufriendo en Alicante la misma suer-

te veinte y ocho de sus compañeros. Al saber los morellanos la muerte de Bazán..... no lloraron. Tampoco fueron más afortunados los realistas rebeldes. Bessieres, que salió de Getafe con parte del regimiento de caballería de Santiago, cayó en manos del conde de España y sufrió la última pena, y Capapé (a) el Royo tampoco tuvo quien siguiera su movimiento. Temíase, que el bajo Aragon se sublevase, y el capitán General de Valencia encargó á Ronda la mayor vigilancia para guardar las fronteras. El Gobernador dispuso que el batallón de voluntarios realistas se posesionara de los puntos importantes, y saliendo de esta plaza, ocupó el pueblo de Zorita para detener á los sublevados, que amenazaban penetrar en este reino. No fué necesario disparar un tiro, porque el movimiento no fué seguido por los realistas, que habian jurado fidelidad á Fernando.

3. Más seria fué la sublevacion de Cataluña en 1827. Una gran parte de los oficiales que pelearon en la lucha anterior bajo las banderas del realismo se habian enviado á sus casas sin recompensa alguna; mientras que muchos de los liberales conservaron sus destinos, ó fueron empleados. Esto, que tal vez sería reconocer el mérito ó una prudente medida, llenó de indignacion á los burlados realistas, y mostráronse resentidos, publicando con más ó ménos desimulo, que el trono estaba minado por los liberales; que Fernando, ó demasiado débil para apartarse de sus opresores, ó bien porque se le habian pegado las ideas del liberalismo, halagaba á los de este partido y trataba con dureza á los que habian peleado para restituirle en el goce de su poder; añá-

diendo que su hermano D. Carlos debía ocupar el trono, ya que el rey por falta de sucesion dejaría el cetro en sus manos ó los de sus hijos. No se contentaron con la propaganda, y á principios de Abril se levantaron partidas en Cataluña, que en pocos dias se aumentaron hasta contar con sesenta mil hombres.

4. El rio Ebro no podia servir de barrera á los *Camalluens*, como se llamaban, y Ralda pasó á esta parte é hizo un llamamiento á los que habian sido sus compañeros de armas. Algunos respondieron, otros se declararon contra su arrojo temerario y no quisieron ser infieles al rey que habian defendido. Entre los primeros se encontraron Monteverde, Colubi, Guardia y Rambleta; pero tuvieron que buscar un terreno quebrado para su seguridad, y eligieron los Puertos de Beceite y montañas de Benifazár: los rebeldes tocaban á las puertas de Morella, victoreando á D. Carlos, ¿responderan los realistas? Seran infieles al juramento de lealtad á Fernando VII? Bueno será consignar su conducta en aquellas circunstancias.

5. D. Antonio Ronda se hallaba de Gobernador, y para comandante del Batallon de realistas se habia enviado á D. Joaquin Lopez; el primero jamás habia sido liberal, el gefe de los realistas habia seguido la anterior campaña de comandante de caballería y secretario de D. Rafael Samper, no eran liberales, pero respetaban á su rey, sin atreverse á manifestar en las criticas circunstancias por las que atravesaban.

El capitan General de Valencia D. Francisco Longa habia dispuesto que los realistas de Morella ocuparan

los puntos de Benifazár y el batallón de Benasal, al que pertenecían las compañías del Forcall, Cinctores, Castellfot, Villafranca y los pueblos de la Encomienda de les Coves, se reunieron en Benasal, para detener el levantamiento. Pero el sagáz Ronda guardaba una reserva con el comandante Lopez, porque como habia sido tan decidido en la campaña del veinte y tres, temia no so adhiriese al movimiento de Cataluña. No faltaba talento á Lopez y quiso ser reservado con el Gobernador. Recibida la orden de Longa, llamó á su casa á los gefes realistas, para sondear sus sentimientos, y les habló de un modo, como si se hallara indeciso entre la fidelidad á Fernando VII y seguir á los que proclamaban á su hermano D. Carlos. «Conozco, Señores, dijo, que nos hallamos en un estado embarazoso, y cuyo desenlace no es fácil prever. Pero bueno será caminar de acuerdo en tan difíciles circunstancias. Quisiera saber si VV. se hallan prontos á obedecer las órdenes del capitán General, ó si debemos permanecer neutrales, hasta ver el resultado de Cataluña» Estas palabras de Ronda sorprendieron á los gefes realistas; pero D. Joaquin Lopez, comandante del batallón, se levantó y con un lenguaje digno: Señor Gobernador, dijo, hace pocos años que el batallón de voluntarios de Morella, juró su bandera en donde se lee, *Fernando VII*, y no desmentirá jamás la fidelidad á su rey. Cualquiera que sea el lema escrito en el pendon de los sublevados no merece nuestra aprobacion, cuando el rey lo reprueba. Nosotros estamos prontos á marchar al combate y cumpliremos con el sagrado deber que nos impone la bandera que hemos levantado de voluntarios

realistas. No reconocemos otro rey que á Fernando VII.» Levantose Ronda y apretando la mano de Lopez; ya sabia, le dijo, que era V. un militar honrado y consecuente; no podia ménos de ser fiel á sus juramentos.»

Se dió la órden para salir algunas compañías á recorrer los pueblos de Benifazar, la que se cumplió á principios de Setiembre (1827) sin resultado notable. Pero el 12 se tuvo noticia, de que los *camallucens* ó *malcontents*, como entónces se les denominaba, se hallaban en el Bojár y salió una compañía de cazadores en su persecucion, más al divisar á los voluntarios realistas, se internaron en los puertos sin haberles podido dar alcance. En estos dias desaparecieron de Morella el preceptor de latinidad D. Bernardo Viciano y D. Jaime Tena, únicos que tomaron parte en la rebelion, y se unieron á la partida que vagaba por los montes de Benifazár y el de Beceite, mandada por Ralda, que contaba ya con unos cuatrocientos hombres.

El rey habia salido de Madrid y se dirigia á Cataluña para sofocar el movimiento de insurreccion con su presencia, y mientras en el Principado el conde de España desplegaba toda su energia, encargó al General Longa la activa persecucion de los que habian levantado bandera en la derecha del Ebro. Longa ofició al gobernador D. Antonio Ronda, para que se presentase á las inmediaciones de Benifazár con el batallon de voluntarios realistas: era el 30 de Setiembre. A las doce del dia el batallon se hallaba formado en la plaza, su comandante Lopez aguardaba al Gobernador para emprender la marcha, y no tardó en llegar D. Antonio Ronda mon-

tado en su caballo. Quiso dirigir su palabra á los voluntarios que por primera vez se esponian á las balas del enemigo: y «Voluntarios, les dijo, los enemigos del rey nuestro señor se presentan audaces y amenazan acercarse á nuestras murallas. Ahora se presenta ocasion de conocer al verdadero realista y al traidor. No basta lucir el uniforme en las plazas y las paradas; el realista defensor de su rey debe presentar su pecho á las balas de los enemigos y atacarles sin cobardía. Voluntarios, no mancheis vuestro nombre. Subordinados á los gefes, mostrad vuestra fidelidad al rey, atacando con bravura á los que son sus enemigos.» Esta locucion fué contestada con un entusiasta; Viva Fernando VII. Salió pues el batallon y á las cuatro y media se hallaba en Castell de Cabres, en cuyo punto se recibió una comunicacion de Longa, que disponia pasase al Bojár. El General se hallaba en el monasterio de Bernardos, y Ralda con cuatrocientos hombres en Fredes: era preciso el vigilar. Ronda, cumpliendo las órdenes que se le habian comunicado, distribuyó la fuerza, colocó algunas avanzadas en los puntos peligrosos y puso una compañía en la Iglesia al mando del capitan D. Juan Francisco Cruella.

A las ocho de la mañana siguiente se recibió orden de avanzar por el camino de Fredes, ocupando los puntos inmediatos á la poblacion. El capitan Cruella y su teniente Gallen se posesionaron de un montecillo no lejos de la poblacion, dos compañías habian de defender la garganta en el cauce del rio y á pasos dobles se dirigian, cuando los enemigos les cortaron la marcha, colocándose á medio tiro de fusil. Entónces los voluntarios

rompieron el fuego sin orden de sus gefes, y conociendo los enemigos, que era preciso aprovechar aquellos momentos, antes de reunirse la fuerza, se arrojaron para desalojar la compañía que se habia posesionado del montecillo. Sonó una corneta y algunos voluntarios interpretaron toque de retirada, dejando al capitán con seis ó siete hombres. Fortuna que D. Cristoval Felú, al ver la dispersion, pudo detener á los voluntarios, recorriendo con su caballo el terreno é increpándoles su cobardía. Colocó en ála las compañías de fusileros en la falda de la montaña y á los cazadores en un pequeño pinar, y esta disposicion, no solo detuvo á los sublevados, sino que dió tiempo para llegar la caballería de Longa, que entró á la carga, dispersándoles y cayendo prisioneros una gran parte. El General no quiso se derramase la sangre de aquellos españoles engañados, y sacando un pañuelo blanco les prometió un indulto si se entregaban. Sin más escolta que tres ginetes se adelantó Longa, trepando por un enredado laberinto de matorrales y pedruzcos, y al querer atravesar un romeral, se detuvo el caballo, cuando un muchacho de malas trazas, que solo contaba quince años, salió de una mata, apuntó su trabuco al General á quema ropa; pero no salió el tiro. Hecho prisionero el mozalvete: ¿Que te proponias? preguntó Longa. Matar á V, respondió el rapáz sin inmutarse. Toma le dijo el militar, dándole una moneda, y te perdono, porque con el tiempo serás un valiente. Sesenta y dos prisioneros, entre estos el P. Viciano y el célebre guitarrista Tena que habian salido de Morella,

á los que hizo descargar las armas, y con ellas fueron conducidos á Vinaroz. Los voluntarios morellanos recibieron la comision de registrar los montes, cojiendo algunos prisioneros, que presentaron al gefe, que se hallaba en el Más de Barberans, y pacificado el terreno volvieron á sus hogares con la gloria de haber servido en defensa de su rey.

6. El rey Fernando habia pasado á Cataluña, publicando en Tarragona en 28 de Setiembre un bando, en el que ofrecia escuchar las quejas de los catalanes; pero amenazaba con castigos ejemplares á los que no depusieran las armas y volvieran al seno de sus familias. La sublevacion de Cataluña fué una gran llamarada, que amenazaba abrasar á la nacion, pero apagose en pocos dias, sin haber dejado otros rastros que la sangre derramada en la ciudadela de Barcelona por el conde de España. Tranquilo el Principado, el rey se vino á Valencia á recibir á su esposa, en cuya capital de nuestro reino entró el 30 de Octubre entre las aclamaciones del pueblo.

7. Un doloroso suceso cubrió de luto á toda España. El dia 17 de Abril de 1829 murió la reina D.^a Amalia, cuyas virtudes cristianas la hacian apreciable. Habia Fernando estado casado con tres mujeres; en 1802 caso con María Antonia de Napoles, que vivió hasta 1806; en 1816 con María Isabel de Braganza, que murió dos años despues, desposándose luego con D.^a Amalia. Solo de la segunda esposa habia tenido dos infantas, que murieron á los pocos dias; por lo que los dos partidos que se disputaban sordidamente el triunfo cabilaban por el por-

venir. El partido carlista (porque ya desde entónces se manifestaba el apostólico adicto á D. Carlos,) miraba proximo el dia de que entrase á reinar el infante, ya que D. Fernando no tenia sucesion, y el partido liberal solapado aconsejaba al rey un nuevo enlace que le diera un sucesor á la corona. Dos infantas, la mujer de D. Carlos y la de D. Francisco, rivales por ambicion ó por envidia, intrigaban y buscaban medios de conseguir sus intentos. Por fin triunfó Carlota, y se arregló el casamiento del rey con D.^a María Cristina de Borbon. El 11 de Diciembre entraba la nueva reina en la capital de la monarquía entre las aclamaciones del pueblo. El casamiento de Fernando con Cristina, mirose como un suceso político de importancia, y desde entónces previeron algunos hombres la marcha que tomarian los asuntos de España. Nosotros no escribimos la historia de esta nacion, solo apuntamos hechos que pudieron influir más ó ménos en los sucesos posteriores, de los que tendremos que ocuparnos largamente.

Pero si la reina Cristina dió muestras de proteger al partido liberal, los que se hallaban emigrados en el extranjero se precipitaron demasiado en sus intentonas, pagando caro su arrojo temerario y el ardor para restablecer en España la Constitucion. Pareciales que era tiempo de levantar la bandera de la libertad y esperaban que el pueblo se agruparía bajo su sombra. Crearon pues una junta, que se estableció en Perpiñan, bajo la presidencia de Calatrava, y quisieron probar fortuna, atravesando los Pirineos D. Francisco Valdés y Mina con algunas compañías. Pero una activa persecucion les obli-

gó á repasar los montes y esperar otros tiempos. Tampoco fué más feliz Torrijos en Enero de 1831, cuando entró por Algeciras, porque con harto trabajo se refugió á Gibraltar. Otra vez penetró en la costa de Andalucía en Diciembre del mismo año y la fortuna le fué tan contraria, que cayó prisionero con muchos de los suyos, y fué pasado por las armas el cinco del mismo mes, juntamente con cincuenta y dos de sus compañeros. Estas intentonas frustradas desmayaron al partido liberal, que comprendió que debia emplear otros trabajos ménos es-puestos, y más seguros si tenia calma.

Vamos á retroceder un año. La reina Cristina habia dado señales de hallarse en estado interesante; se temia que diera á luz una niña, y la pragmática de Felipe V de 1713 escluia del trono á las mujeres: el heredero del rey enfermizo ya era su hermano D. Carlos, y este príncipe habia manifestado pocas simpatías al partido liberal. Menester era no dormirse; uno y otro partido debian aguzar su ingenio, para asegurar el porvenir, y muestras dieron de estar prácticos en las intrigas y manejos palaciegos.

Dícese, que en 1789 se trató de la conveniencia de anular la ley de sucesion á la corona de España; pero esta resolución, si la hubo no se publicó, y Fernando, instado por su esposa, quiso que se publicase la pragmática—sancion, derogando la ley de Felipe V y admitiendo á las mujeres á la herencia de la corona á falta de varon. Nadie pudo protestar contra esta ley en el estado en que se encontraba la imprenta en España, pero no faltaron artículos en los periódicos extranjeros que

manifestaban, que el partido realista no sería tan dócil para obedecer una ley que ellos veían injusta. En efecto la reina dió luz á una niña y uno y otro partido procuraban afianzar el porvenir de la nación según sus deseos, y se trabajaba en hacer propaganda, ahora dentro del palacio, luego en los gefes del ejército y en las personas influyentes por su posición. En lo exterior había cambiado la política de Francia; el cetro había pasado de las manos de Carlos X á las de Luis Felipe, que enarbó la bandera tricolor, y los españoles liberales, que se hallaban allende los Pirineos, podían hacer acopio de armas y municiones. El ascendiente que la reina ejercía en el corazón del rey; el natural deseo de asegurar la corona en la frente de su hija, y no sabemos si el de tomar ella misma en sus manos las riendas del gobierno, todo esto era poderoso para buscar un apoyo en el partido liberal, ya que el realista dirigía sus miradas á D. Carlos. Tampoco estos se descuidaban. Cuando la vida del monarca amenazaba acabar por momentos, sea que los remordimientos de su conciencia le obligasen á anular su decreto, privando á su hermano de la corona, ó que temiere los trastornos, lo cierto fué, que restituyó la ley Sálica, dejando burlado á un partido, que esperaba sacar el fruto de sus aspiraciones, coronando á la niña Isabel. Burlado, pero no abatido el liberalismo, continuó sus trabajos que no fueron inútiles, pues el rey destituyó el ministerio; nombrose otro á gusto de la reina, separáronse las principales autoridades de provincias, y facultose á Cristina para despachar los negocios en nombre del rey. No seguiremos las peripecias de los últimos días de la

vida de Fernando VII; al comenzar la reseña de la última guerra civil, será preciso retroceder algunas semanas, para comprender las causas del levantamiento de Morella, punto, que merece ser examinado, porque hasta ahora nadie que sepamos ha escrito una línea con acierto. Ni podían hacerlo escribiendo de lejos y no teniendo documentos á la vista. Hemos visto escritos y hemos examinado testigos que fueron actores en aquel drama y rectificaremos lo que hemos leído en obras que vieron la luz pública. Concluiremos el reinado de Fernando.

8. D. Carlos había sido desterrado á Portugal; los liberales batían palmas; la enfermedad del rey se agravaba y el día 29 de Setiembre de 1833, atacado de un accidente de apoplejía, dejó de existir, acabando un reinado, que comenzó en medio de la turbación y dejaba al pueblo dividido, en actitud amenazadora, y como si entre negras nubes se divisara las espadas del guerrero y el fuego de la discordia: nadie dudaba, que España había de sufrir días amargos, cuyo desenlace todos temían y todos esperaban. Testigos nosotros, compendiamos los hechos principales de la guerra de los siete años que nos pertenecen como cronistas de Morella, y apuntaremos alguno que pueda interesarnos para ilustrar nuestra narración.

Hemos llegado al punto desde donde debíamos haber partido. La historia contemporánea era la que particularmente llamaba nuestra atención; la que avivaba la ansiedad de los que nos comprometieron á emprender nuestra tarea; la que reclamaba, que se rectificasen mil inexactitudes, que estamparon en los periódicos, en los

libros y hasta en las novelas, no sabemos si la ignorancia ó la mala fe. Al dibujar el carácter morellano, en días en que las pasiones enconadas cegaban á los hombres, se trazaron algunas líneas sin conocer el original, y las más estrañas caricaturas, trazadas en días de borrasca por los enemigos de este pueblo singular, sirvieron de modelo á los escritores, que despues quisieron conocerle: al leer sus apreciaciones, ó nos irritaba su mala fe ó compadecianos su ignorancia.

Nosotros conociamos á los hombres de entónces como á los de hoy, y borramos indignos epitetos con que se creia desacreditar á los que nuestro corazon amaba. Pero no sabiamos lo que fué este pueblo en los tiempos que pasaron, y antes de publicar sus recientes hechos, nos pareció que debiamos retroceder y estudiar la historia de lo pasado y conocer á este pueblo en la serie de los tiempos. Lo hicimos; revolviendo los archivos recogiamos cuantos datos podian aprovecharnos, cuantas noticias se hallaban olvidadas entre el polvo, todo lo que pudiera darnos alguna luz para conocer á los morellanos de otros siglos, y ¡Cosa singular, que no sabemos si podrá decirse de pueblo alguno! En las revueltas y trastornos que han sufrido los pueblos, en los cambios y vicisitudes, Morella ha conservado siempre incólume un nombre, que escribió en el escudo de sus armas el rey Conquistador. Con Jaime I en la guerra con D. Blasco; con D. Fernando de Antiquera en la que tenia con el de Urgel; con D. Juan II en la que le declararon los defensores del de Viana; con D. Carlos I contra la Germania; con Felipe IV contra los rebeldes de Cataluña;

con Felipe V contra Carlos de Austria; con Fernando VII contra los sublevados del Principado..... ¿Y luego, porque se declararon hostiles á Isabel II? No anticipamos nuestro juicio, referiremos los hechos y despues vendrá nuestro humilde parecer, sí no faltan recursos para seguir en nuestra terea. Entre tanto se nos permitirá alentar un poco, porque ha sido largo el camino que hemos atravesado y nuevas fuerzas se necesitan para emprender el que nos resta, en tiempos trabajosos y en los que necesitamos calma para no precipitarnos.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN EL TOMO III.

CAPITULO IV.

Preliminares. 1—Coronacion de D. Pedro III. 2—Subyuga á los moros de Montesa. 3—Pretensiones de los nobles de Cataluña. 4—Guerra de Sicilia. 5—Desafío. 6—Continuacion de las hostilidades en Sicilia. 7—Privilegio de la UNION. 8— Entra en España el ejército francés, y sitio de Gerona. 9—Muerte de D. Pedro. 10—Alfonso III, sus hechos, su muerte. 5 à 26.

CAPITULO V.

1. D. Jaime II. 2. Reclamaciones de las aldeas de Morella. 3. Pretensiones de la casa de Alagon. 4. Templarios. 5- Reduccion de Miravet , Peñarroya , Cantavieja y Castellote. 6. Orden de Montesa. 7. Maestrazgo. 8. Fiestas en Morella por la bendicion de la Arciprestal. 9. Muerte de D. Jaime II. 10. D. Alfonso IV. 27 á 48.

CAPITULO VI.

1. D. Pedro IV. 2. Pretensiones de los catalanes y valencianos. 3. Parlamentos. 4. Mañas arteras de D. Pedro para apoderarse de Mallorca. 5. Guerra de la Union. 6. Conducta de los morellanos. 7. Guerras en esta montaña. 8. Peste. 9. Batalla de Epila. 10. Córtes en Zaragoza. 11. Castigos en Valencia. 12. Confinados en Morella. 13. Lápida Sepulcral. 14. Continuacion del reinado de D. Pedro. Su muerte. 49 á 72.

CAPITULO VII.

1. D. Juan I, su carácter. 2. Sentencia del largo litigio entre Morella y sus aldeas. 3. Muerte del rey. 4. D. Martin, su carácter.

tor. 5. Estado moral en estos reinos. 6. Pequeña cruzada. 7. Predicacion de San Vicente Ferrer. 8. Muerte de D. Martin. 9. Pretendientes á la corona, bandos, guerra civil en estas montañas. 10. Compromiso de Caspe. 11. Eleccion de D. Fernando de Antequera. 73 á 96.

CAPITULO VIII.

1. Coronacion de D. Fernando. 2. El cisma. 3. Entrevista del Papa y el rey en Morella. 4. Segundo viage del Papa á Morella. 5. Muerte del rey. 6. D. Alfonso V. 7. Tenacidad del Papa Luna. 8. Su muerte y eleccion de Muñóz. 9. Fin del cisma. 10. D. Juan de Navarra. 11. Córtes en Morella. 12. El Príncipe de Viana. 13. Guerras de Cataluña. 14. Sitio de Amposta. 15. Muerte de D. Juan II. 97 á 132.

CAPITULO IX.

1. D. Fernando el Católico. 2. Desposase con Doña Isabel de Castilla. 3. Gloriosos hechos de su reinado. 4. Muerte de la reina. 5. D. Felipe y Doña Juana. 6. El cardenal Jimenez de Cisneros. 7. Expedicion al Africa. 8. Muerte de D. Fernando. 9. D. Carlos. 10. Adriano de Florencia. 11. Estado moral en que se encontraban estas montañas. 12. Comunidades de Castilla. 133 á 148.

CAPITULO X.

(1.) Principio de la Guerra de la GERMANIA. 2. Nobles y plebeyos. 3. Juntas populares. 4. Sorolla. 5. Actitud hostil del pueblo de Valencia. 6. Sublevacion en el reino. 7. MORELLA. 8. Junta de prohombres. 9. Sorolla en Morella. 10. Preparativos para la defensa de esta plaza. 11. Sepáranse algunas aldeas. 12. Nieganse á prestar auxilio á Morella, Cantavieja y otras buallas. 13. Prision de los capitanes agermanados de las aldeas. 14. Represalias en Valencia. 149 á 174.

CAPITULO XI.

1. Estado en que se encontraba el reino. 2. Motin en San Mateo. 3. Arrojo de los morellanos. 4. Carta del Rey. 5. Consejo de los Trece. 6. Estelós en Villareal. 7. Nieganse auxilio á los de Morella. 8. El duque de Segorbe. 9. Derrota de Estelós. 10. Desórdenes en Valencia. 11. Las tropas realistas en Nules. 12. Batalla en Murviedro. 175 á 206.

CAPITULO XII.

1. Derrota de los realistas en el Júcar. 2. Retírase el virey á Morella. 3. Segundo tercio morellano. 4. Consejos y deliberaciones en Nules. 5. La bandera de Ciurana sobre el castillo de Murviedro. 6. Tercer tercio de Morella y bloqueo en Valencia. 7. Convocacion á los síndicos de las villas. 8. Sitio de Alcira. 9. Id. de Játiva. 10. Capitulacion. 11. Los tercios en Morella. 12. Renuevase la guerra. 13. Llega á España el rey D. Cárlos. 14. Fin de la guerra de la Germanía y castigo de los gefes. 15. Entrada triunfal de Ciurana en Morella. 16. Juicio crítico sobre aquella conmocion popular. 207 á 240.

CAPITULO XIII.

1. Conquista de Méjico. 2. Rebelion de los moros. 3. Tercios morellanos en Espadan. 4. Reduccion de los rebeldes. 5. Resúmen de los hechos principales del reinado de Cárlos I. 6. Su abdicacion; su muerte. 7. D Felipe II. 8. Jornada de San Quintin. 9. Batalla de Lepanto. 10. Felipe III. 11. Espulsion de los moriscos. 12. Conducta de los morellanos con aquellos desterrados. 13. Muerte de Felipe III. 241 á 270.

CAPITULO XIV.

1. Felipe IV. 2. Guerra con la Francia. 3. D. Francisco Ciurana. 4. Rebelion de Cataluña. 5. Preparativos de guerra en Morella. 6. Entran los franceses en Tortosa. 7. El obispo y curia eclesiástica en Morella. 8. Mision del V. Pascual. 9. Sequía, hambre y peste. 10. Los tercios de las aldeas en San Mateo. 11. Sitio y recuperacion de Tortosa. 12. Sitio de Barcelona. 13. Solemnes fiestas en Morella. 14. Muerte de Felipe IV. 271 á 290.

CAPITULO XV.

1. Cárlos II. 2. BUREOS. 3. Rivalidades entre masoveros. 4. Venganzas. 5. Procesos. 6. Motin de los masoveros. 7. Inútiles persecuciones. 8. Medios para hacer las paces. 9. Paz. 10. Resúmen del reinado de Cárlos II. 291 á 304.

ÉPOCA TERCERA

CAPITULO I.

PRELIMINAR. 1. El duque de Anjou entra en España y es jurado rey con el nombre de Felipe V. 2. El emperador Leopoldo le declara la guerra. 3. Entrada de los austriacos en España. 4. Dividense en dos bandos los pueblos de esta montaña. 5. Guerra civil la más encarnizada. 6. D. Vicente Feliu en Caspe. 7. Acciones y escaramuzas. 8. Los Migueletes bloquean esta plaza. 9. Sitio. 10. Capitulacion de los morellanos. 11. Conducta de los austriacos en Morella. 12. Segundo sitio. 13. Se amotinan los morellanos y obligan á entregar la plaza á los borbónicos. 14. Entra en Morella el teniente General Arene. 15. Acciones y escaramuzas. 16. Esplosion del polvorin. 17. Derrota de los morellanos en el puente de la Todolella. 18. Se proyecta el sitio tercero. 305 á 340.

CAPITULO II.

1. Se abastece la plaza de Morella. 2. Llega el Gobernador Bustamante. 3. Revista de las tropas de la guarnicion. 4. Atacan los austriacos la plaza. 5. Denuedo de los morellanos. 6. Un traidor descubierta. 7. Salidas de la plaza. 8. Llega al campamento el conde de Zabala. 9. Bombardeo. 10. Asalto rechazado. 11. Accion de Santa Lucía. 12. Apurada situacion de los sitiados. 13. Los sitiadores redoblan los esfuerzos. 14. Capitulacion. 15. Entran en Morella los austriacos; su conducta. 341 á 368.

CAPITULO III.

1. Estado de la guerra á últimos de 1710. 2. Zabala marcha á Cataluña y deja en Morella una pequeña guarnicion. 3. Llegan tropas de D. Felipe á la vista de Morella. 4. Cuarto sitio. 5. Disposiciones del comandante militar. 6. Atacan con artillería la plaza las tropas borbónicas. 7. Brecha. 8. Motin de los morellanos. 9. Capitulacion y entrada de las tropas reales. 10. El Baron de Itre por Gobernador. 11. Se amotinan los prisioneros; castigo cruel. 12. Paz general. 13. Concesion del feriado. 14. Continuacion del reinado de D. Felipe. 15. Su muerte. 369 á 388.

CAPITULO IV.

1. D. Fernando VI. 2. Discordias locales 3. Carlos III. 4. Estrañamiento de los Jesuitas. 5. Carlos IV. 6. Revolucion francesa. 7. Guerras del Rosellón. 8. Napoleon I. 399 á 406.

CAPITULO V.

Preliminar. 1. Conducta pèrfida de Napoleon. 2. Se apoderan los franceses de las plazas fronterizas. 3. Indignacion general. 4. Fernando VII. 5. El Dos de Mayo. 6. Milicias. 7. El Gobernador Betés. 8. Armamento. 9. Los franceses en Alcañiz. 10. Confusion en Morella. 11. La Imàgen de María de Vallivana. 12. Se reaniman. 13. Accion de la Pobleta. 14. Entran en Morella los franceses. 15. Peste. 16. Rogativas. 17. Segunda visita de los franceses. 18. Estado general de la guerra. 19. Habert en Morella. 20. Sitian los españoles la plaza. 21. El P. Nebot. 22. Convite. 23. D. Manuel de los Rios. 24. Quinto. 25. Los franceses en Peñíscola. 26. Rumfort. 27. Boissomacs. 28. Las guerrillas entran en Morella. 29. Sitio. 30. Entran en Morella los españoles. 31. Paz general. 407 á 446.

CAPITULO VI.

1. Propaganda liberal. 2. El ejército de la Isla se rebela. 3. El rey jura la Constitucion. 4. Motin de Valencia. 5. Se pública la Constitucion en Morella. 6. Peste en Tortosa. 7. Las Cortes. 8. Reaccionarios. 9. Partidas realistas. 10. Entran en Morella. 11. Ocupan esta plaza los liberales. 12. D. Juan Daura. 13. Milicias. 14. Gran nevaska. 15. Se aumentan los realistas. 16. Bloqueo. 17. Los realistas en Segorbe. 18. Accion de Nules. 19. Despojo sacrilego. 20. El ejército francés. 21. Chambó sitia á Morella. 22. Salen de la plaza las personas inútiles. 23. Entran en Morella los realistas. 24. Paz.

CAPITULO VII.

1—REALISTAS. 2—Movimientos de rebelion. 3—Alzamiento de Cataluña. 4—Pasan el Ebro algunos guerrilleros. 5—Espedicion de los realistas morellanos á Benifazàr. 6—Paz. 7—Continuacion del reinado de Fernando VII. 8—Su muerte. 481 á 496.

ERRATAS MAS NOTABLES.

----- 69 -----

<u>Página</u> <u>Lin.</u>	<u>Dice</u>	<u>Lease</u>
5 6	pretenciones	pretensiones
7 29	ascendian	ascendia
8 14	hostalizando	hostilizando
31 8	temple	Temple
38 22	Vilaroba	Vilanova
93 3	bombardcas	bombardas
96 8	albanda	alabando
98 30	y D. Pedro	de horrescas
127 Nota	Siorna	Escorbá
225 12	revelado	rebelado
243 5	cemitarras	cimitarras
312 26	haciendo	haciendo
340 7	Zaballos	Zabala
365 6	heroica	heroico
383 6	Ombria	Umbria
405 27	revoloteando	revoluteando

PLANTILLA PARA LAS LÁMINAS.

TOMO I.

Morella Fiel, Fuerte y Prudente.	3.
Regreso de la prima.	91.
Tribunal del Lligalló.	223.
Fachada de la Arciprestal.	301.
Masoveros en una mañana de nieve.	415.

TOMO II.

Varones ilustres.	3.
Muerte de Sertorio.	339.
Los infantes moros ante D. Blasco.	445.

TOMO III.

Batalla de Murviedro.	201.
Accion de Santa Lucía.	362.
